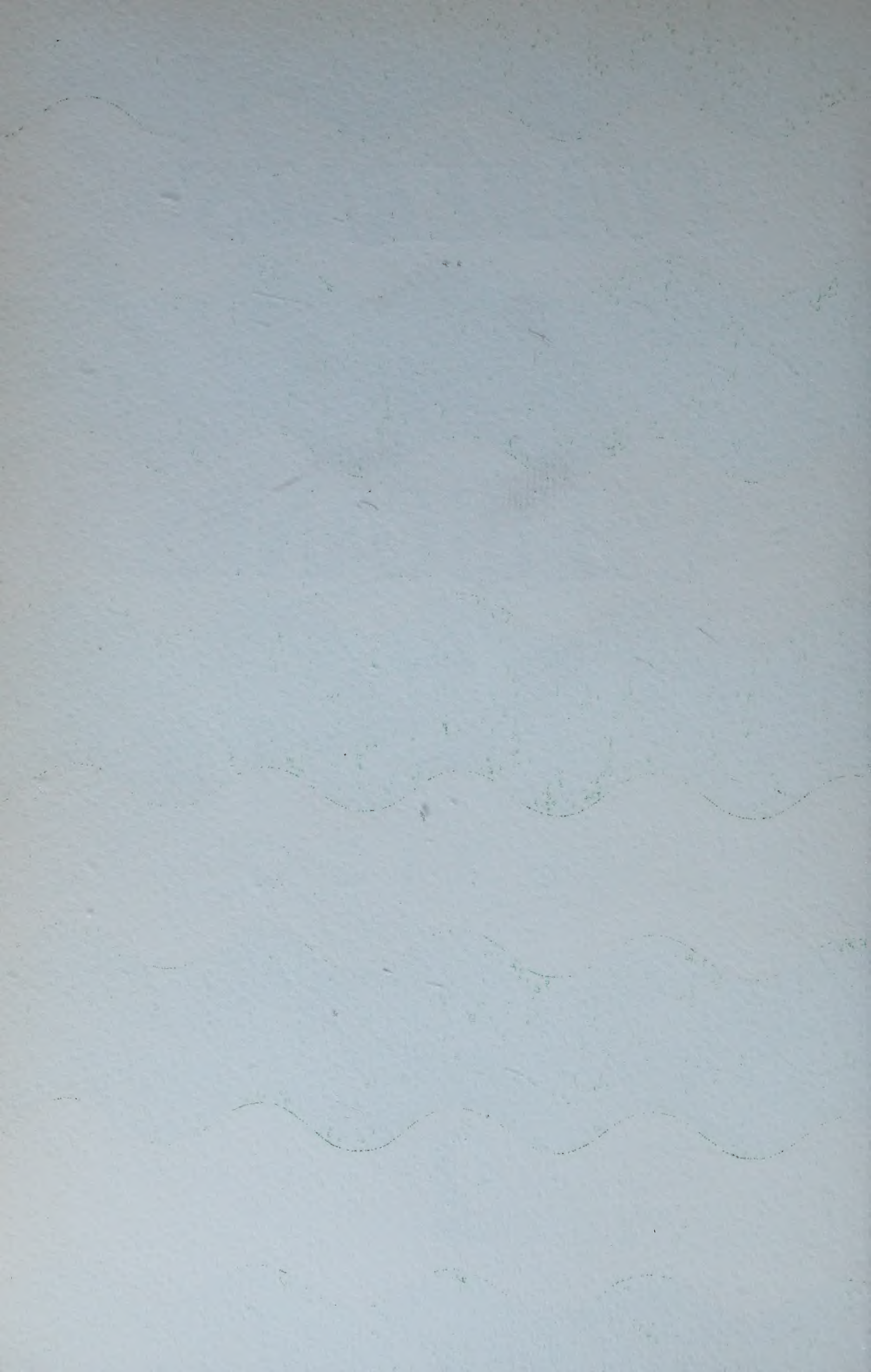
CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

2



SIN COBRO ADICIONAL,



Al comprar con la anticipación que usted guste sus boletos de primera clase, le s
separado, SIN CARGO ADICIONAL, un asiento para su uso exclusivo donde
viajará segura y cómodamente.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

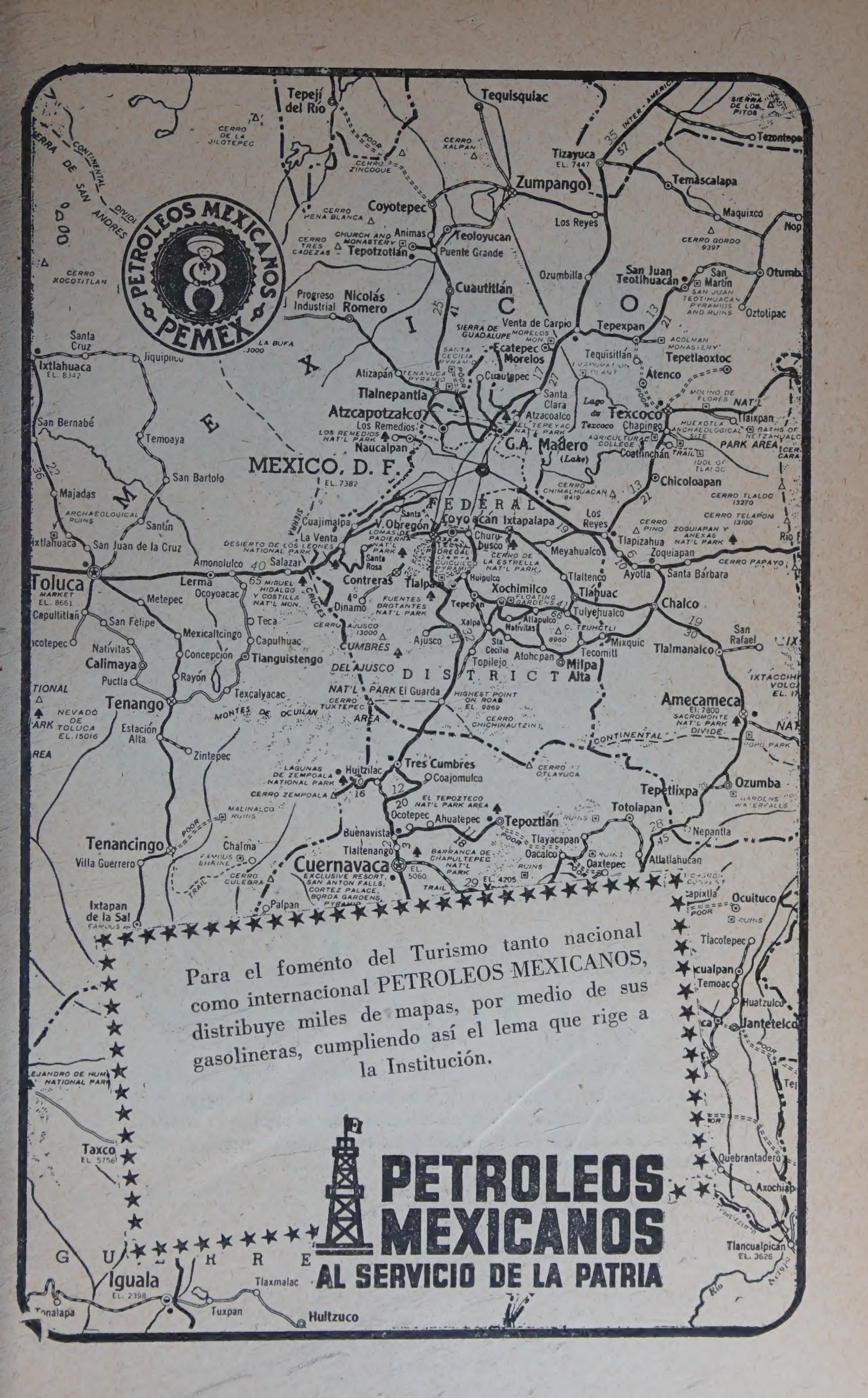


NUESTROS PRODUCTOS SATISFACEN LAS NORMAS DE CALIDAD DE LA SECRETARIA DE LA ECONOMIA NACIONAL Y ADEMAS LAS ESPECIFICACIONES DE LA A. S. T. M. (SOCIEDAD AMERICANA PARA PRUEBAS DE MATERIALES)

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 - APARTADO 1336

FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO 206


PETROLEOS MEXICANOS
PEMEX
Para el fomento del Turismo tanto nacional como internacional PETROLEOS MEXICANOS, distribuye miles de mapas, por medio de sus gasolineras, cumpliendo así el lema que rige a la Institución.
PETROLEOS MEXICANOS
AL SERVICIO DE LA PATRIA
MEXICO, D. F.
EL. 7382
FEDERAL
DISTRICT
Tepejí del Río
Tequisquiac
Tizayuca
Zumpango
Temascalapa
Coyotepec
Teoloyucan
Tepotzotlán
Puente Grande
Cuautitlán
Los Reyes
Ozumbilla
San Juan Teotihuacán
San Martín
Otumba
Oztotipac
Progreso Industrial
Nicolás Romero
Venta de Carpio
Tepexpan
Ecatepec Morelos
Tequisitlán
Tepetlaoxtoc
Atenco
Santa Cruz
Ixtlahuaca
Jiquipilco
Atizapán
Tlalnepantla
Cuautepec
Santa Clara
Atzcapotzalco
Los Remedios
Naucalpan
Texcoco
Chapingo
G.A. Madero
Coatlinchán
Tlaixpan
Chicoloapan
San Bernabé
Temoaya
San Bartolo
Majadas
Santín
San Juan de la Cruz
Toluca
Cuajimalpa
V. Obregón
La Venta
Coyoacán
Ixtapalapa
Churubusco
Meyahualco
Los Reyes
Tlapizahua
Zoquiapan
Ayotla
Santa Bárbara
Amonolulco
Salazar
Lerma
Ocoyoacac
Metepec
Capultitlán
San Felipe
Contreras
Tlalpan
Huipulco
Xochimilco
Tlaltenco
Tláhuac
Chalco
Tulyehualco
Dinamo
Teca
Mexicaltcingo
Capulhuac
Ajusco
Xalpa
Tepepan
Mixquic
Tecomitl
Tlalmanalco
San Rafael
Natívitas
Calimaya
Concepción
Tianguistengo
Topilejo
Atohcpan
Milpa Alta
Puctla
Rayón
Tenango
Texcalyacac
El Guarda
Amecameca
Estación Alta
Zintepec
Huitzilac
Tres Cumbres
Coajomulco
Ozumba
Tepetlixpa
Totolapan
Tenancingo
Villa Guerrero
Chalma
Ocotepec
Ahuatepec
Tepoztlán
Buenavista
Tlaltenango
Tlayacapan
Oacalco
Nepantla
Cuernavaca
Oaxtepec
Atlatlahucan
Ixtapan de la Sal
Palpan
Ocuituco
Tlacotepec
Temoac
Huatzulco
Jantetelco
Taxco
Quebrantadero
Axochiapan
Iguala
Tlaxmalac
Tuxpan
Huitzuco
Tonalapa
Tlancualpican
G U E R R E



ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA

Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

REG. S. S. A. 4598 "A" PROR-B-203


Belmont
HECHO EN MEXICO
Belmont
Belmont
COMPARE CALIDAD
...y Precio!

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2 Marzo - Abril de 1953 Vol. LXVIII

INDICE

Págs.

DIMENSION IMAGINARIA

Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS *son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.*



Reg. 39136 "A"-SSA

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XII VOL. LXVIII

2

MARZO - ABRIL
1953

MÉXICO, 1º DE MARZO DE 1953

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de

Fotograbadores y Rotograbadores Unidos, S. de R. L.

Bucareli No. 24. — México, D. F.

Nuestro Tiempo

RAIZ Y ALA DE JOSE MARTI

(BIOGRAFIA Y VIVENCIA HISPANOAMERICANA DEL PROCER DE LA LIBERTAD DE CUBA)

Por *Vicente SAENZ*

Portada

ESCRIBIÓ Carlyle que los ingleses, entre sus colonias y Shakespeare, se quedarían con Shakespeare. No sé lo que opinen al respecto los magnates de la City de Londres. Y aun me atrevo a poner en duda que se inclinen más al dramaturgo, que al petróleo, los accionistas de la Royal Dutch.

Podría en cambio afirmarse que el pueblo cubano —como pueblo: con su memoria ancestral, consciente o subconsciente; con su tradición y su cultura intrínseca—, ante el dilema de escoger entre su genio tutelar y sus reliquias coloniales, sus zafras o su Capitolio, se iría como un solo hombre tras la figura luminosa de José Martí.

"El es nuestra mayor riqueza", dirían del maestro y del apóstol los cubanos de alcurnia espiritual; y los *mambises* de heroico temple; y los *negros con el alma blanca,* que ya no son ni nunca más serán esclavos en el territorio de la gran Antilla.

Y de uno al otro confín del Continente escucharíamos millares y millares de voces, de hombres y de mujeres, de niños y de ancianos, con este único pensamiento y con este clamor de un pueblo entero, indestructiblemente cohesionado por la magia, la mística y la sangre de un varón excepcional:

—¡Que nadie intente despojarnos de José Martí!

—Todo lo damos por él, porque Martí somos nosotros mismos.

—Martí es nuestra propia conciencia.

—Martí es el corazón de nuestra patria.

—Quitarnos a Martí sería como dejarnos sin Cuba; sin bandera; sin lo mejor y más limpio que tenemos; sin nuestro

más alto símbolo de libertad, de civilización, de justicia y de protesta contra el entreguismo, el desenfreno, la dictadura y la barbarie.

Mas ¿quién es este hombre extraordinario, que así unifica las ideas y los anhelos, el pasado y el presente de toda una nación?

¿Quién es esa figura inmensa, multiforme, polifacética, rectilínea, llama pura y purificadora, más espíritu que cuerpo?

¿Quién es este iluminado de matices tan brillantes: poeta, escritor, pensador, estadista, tribuno, maestro, político de visión profética, cuya presencia en nuestra Historia es para que nos sintamos consolados y optimistas los que tenemos por hogar común a la América Española?

¿Fué, acaso, un general victorioso, que con el filo y la punta de su espada, con bombarderos, acorazados, tanques y cañones, logró marcarle más amplias fronteras a su patria?

¿O, tal vez, un viejo príncipe en su trono, con mucho poder y fuerza, bien dotado de armas y de obedientes súbditos guerreros, para enfrentarse a los enemigos de su reino y dominarlos?

¿O hijo venturoso de gentes ricas de abolengo, que pudieron instruirlo y educarlo para que se elevara, con su preparación y su talento, a la máxima altura de los grandes guías americanos?

Primeros años

No. En humilde cuna mecieron sus padres, hace un siglo, al niño José Julián. Nació en La Habana el 28 de enero de 1853, en una pobre pero limpia vivienda de la antes Calle de Paula núm. 102, barriada de San Isidro.

Don Mariano Martí Navarro, su progenitor, natural de Valencia, no pudo escaparse de las quintas. Y en quintas fué traído a la colonia de Cuba, para que cumpliese su servicio militar. Recio, flaco, de larga perilla y bigote tan obscuro y tan tupido que solían decirle sus compañeros de armas "Bocanegra"; testarudo, hasta en su honradez que era cabal; reñido con las ciencias, las artes y la filosofía; de pocas letras, en resumen, he aquí el retrato de don Mariano.

Dulce y comprensiva su mujer, doña Leonor Pérez Cabrera, laboriosa y abnegada, deshacíase por darle ánimo al marido con su bondad y su ternura. De Santa Cruz de Tenerife, corazón de

las Islas Canarias, fué llevada, la que sería madre del prócer, al corazón de Cuba.

Ya es sargento de artilleros don Mariano, cuando le nace el hijo. Y en 1855 se le asciende a subteniente de infantería. Pero es hombre de trabajo, y de trabajo fuerte, como lo fueron sus padres y sus abuelos en Valencia. La holganza del cuartel; los arreos y los saludos y las maniobras militares; el cuadrarse frente a cada uniforme con mayor número de rayas y un individuo adentro; y la soldada escasa, sobre todo, sin perspectivas de mejorarla para criar debidamente a la familia que ha empezado a crecer, le van agriando el carácter de mal en peor.

Necesita trabajar, producir, dejarse de taconeos y cornetazos. Resuelve entonces, heroicamente, licenciarse del ejército. Recordará sin duda sus años mozos, pensando que no es cosa del otro mundo establecer una cordelería, para seguir en esa forma el oficio de sus antepasados.

¿Comerciante varón como él, de malas pulgas con el posible cliente, que ve, pesa, mide, vuelve a mirar y regatea? ¿Comerciante don Mariano, cuando incluso será terco en no cobrarle al prójimo sino lo que Dios manda y permite, echándose así la enemiga de sus cofrades peninsulares, tan caritativos siempre y tan devotos, que hoy como ayer le suben el precio a la mercancía o le cargan la balanza, conforme aumenta la penuria de los de abajo?

De lo que hiciera detrás de un mostrador el buen sargento, el inconforme subteniente de infantería, no se tiene en realidad noticia cierta. Sabemos todos en cambio que en 1856, por urgencias económicas, no tuvo más remedio que aceptar una plaza de celador de policía en el barrio del Templete. Y que a los pocos meses, puesta su ilusión en el retorno al solar nativo, se quitó de nuevo el uniforme y embarcó con los suyos a Valencia.

Tenemos así que el pequeño José Julián, apenas cumplidos los cuatro años de edad, hizo su primer viaje a la metrópoli.

Mas como suele ocurrir a los españoles absorbidos por América, por ambiente tan distinto del europeo, por el embrujo de las selvas, de los montes, de la plácida villa, de la ciudad alegre o del cañaveral, sintieron los Martí nostalgia de Cuba y del Caribe. Ni las costas, ni las aguas, ni los aires del Mediterráneo eran su medio.

Y sea por esa nostalgia del clima americano, o porque no encontrase el jefe de la familia medios suficientes para trabajar en Valencia, al cabo de dos años atravesaban de nuevo el Atlántico el padre, la madre y el hijo —quien iba ya por el sexenio—, radicándose otra vez en la bella y acogedora capital de la mayor Antilla.

Pero no le sonríe tampoco la fortuna a don Mariano. Preocupado anda y con el ceño hecho una arruga, hasta caer inevitablemente, porque no hay otro camino, en sus viejas funciones de celador de policía. Ahora lo han nombrado en el barrio de Santa Clara. Y en la Escuela Municipal de ese sector habanero cursará sus primeros estudios, con precoz inteligencia, el pálido niño de ojos brillantes, cabello negro alborotado, frente amplia y maneras suaves, José Martí.

YA vimos que era rudo don Mariano. Rudo, y terco, y honrado. Y un hombre terco en el cumplimiento de la ley, de mal carácter por añadidura y sólo con bastón de mando, pero sin mando, mantendrá a salvo su honradez, pero lo sacarán del puesto. Y del puesto sacaron al valenciano intransigente, cuando quiso imponer su precaria autoridad sobre personas e intereses que por su alcurnia, o sus influencias, pretendían violar los reglamentos.

Cesado y amargado, más fruncido el ceño, tiene que enfrentarse nuevamente el padre de Martí con la injusta escasez de la pobreza. Semanas y meses de vocablos agresivos y de mal talante, hasta que al fin lo nombran capitán de partido en el Hanábana. Y como ya su hijo Pepe sabe escribir con buena letra y sin faltas de ortografía, consigo lo lleva el padre para que redacte oficios y le vaya sirviendo de amanuense.

Allí está el niño, feliz cuando monta todas las tardes su alegre potro, al que cuida mucho; y cuando ve cómo crece, y cómo canta al amanecer un gallo fino, al que cría don Mariano y le aceita las espuelas para pelearlo. Va por los nueve años José Julián. Y es tan viva la descripción que le hace a doña Leonor del gallo y de la cabalgadura, su prosa tan correcta, que ya la quisieran para sí no pocos bachilleres con diploma en marco, y aun ciertas gentes muy sabidas de mayor edad.

Sin embargo, no se muestra satisfecha, no parece tranquila doña Leonor. Su tierno hijo también le habrá contado, con lá-

grimas en sus grandes ojos melancólicos, con indignación y con espanto, las atrocidades que ha podido presenciar.

Le hablará de los azotes a los esclavos; de sus gritos de dolor; de salpicaduras de sangre y de pedazos de carne, adheridos al látigo del infame capataz. ¡Y del pobre negro al que vió "colgado en una ceiba"!

SUFRE, pues, la madre. Le hace ver a don Mariano cómo es sensible el muchacho, y cómo tiene despierta la imaginación. Luchará para que comprenda, además, mientras mueve el valenciano su tupido bigote, hasta qué punto pierde el tiempo y se le achata el horizonte a Pepe en la Capitanía. Explica, ruega, implora. Y convence a la postre a su marido de que es mejor para el pequeño continuar sus estudios que seguir en el Hanábana.

Ingresa entonces Martí en el Colegio de San Anacleto, dirigido por el maestro de grata memoria don Sixto Casado. Como premio de su aplicación y regalo del décimo cumpleaños —estamos en 1863—, compra los textos y paga la matrícula su padrino Arazoza. ¡Nunca se empleó con más alto provecho tan modesta suma de dinero!

Pronto será Martí el primero de la clase, y el primero en compostura, y el primero en ayudar y prestar sus apuntes a los compañeros que se van quedando a la zaga. De esas aulas nace su amistad de toda la vida con Fermín Valdés Domínguez, cuyo padre guatemalteco y su señorial y opulenta familia darán siempre la mano, primero al niño pobre, después al patriota y al revolucionario.

Mas he aquí que otra vez interviene don Mariano en contra de las aspiraciones del hijo, de la madre y del padrino. Al viejo celador no le parecía cuerdo soñar con bachilleratos, doctorados ni licenciaturas, cuando en el hogar faltaba tanto para las hermanitas menores y para lo más indispensable. ¡Faltaba pues, lo indispensable, por mucho que él se matara trabajando, y por mucho que se matara también doña Leonor, desde la mañana hasta la noche, con sus costuras mal pagadas, siempre de urgencia, para damas de sociedad!

"Ya es tiempo de que seamos prácticos", le dice el valenciano a su mujer. "¿Acaso los ricos del barrio saben algo de letras o de caligrafía?" Y sin dar tiempo a discusiones instala de nuevo al niño en el Hanábana, frente a la gran mesa, y los

papeles, y los oficios de la Capitanía, mientras afuera canta el gallo fino, veterano ya de varias lidias, y en su cuadra relincha y suda de calor el potro.

HEMOS llegado a 1865. Ya tiene doce años José Martí. Y por fortuna para él, aunque infortunadamente para don Mariano, le aplican al padre un nuevo cese. Cejijunto el grande, sorprendido el chico, ambos regresan a la capital.

Aprovecha entonces la oportunidad doña Leonor, a quien la inteligencia del hijo y su intuición de madre, la hacen concebir fundadas ilusiones. Que siga estudiando el muchacho es lo indicado, en tanto no requiera su ayuda don Mariano en otro puesto.

Grande es la buena fama de que goza, merecidamente, don Rafael María de Mendive. Mucho se habla de él como hombre íntegro, como educador y literato. Esperanzada está doña Leonor. ¿Sueña, tal vez, con lo imposible? Va, viene, pide consejo a su compadre Arazoza. Entrevistan los dos al ilustre y prestigiado maestro, Director del Colegio de San Pablo. El señor Mendive desea conocer a su probable alumno.

Emocionada la señora, animoso y con traje de dominguear el jovencito, se encaminan una tarde al afamado colegio, conocido también por Escuela Municipal de Varones. Es una hermosa casona en el Paseo del Prado, con sus amplios corredores, verdes enredaderas, su refrescante jardín, sus mangos, sus nísperos y la sombra bienhechora de un higuerón al centro.

Afable y bondadoso los recibe don Rafael María. Entra en diálogo con José Julián. Le dicta algunos versos. Lo interroga sobre diversas materias. Lo escucha. Torna a preguntarle. ¡Ya es alumno del colegio! Y de allí en adelante, conforme el maestro va conociendo a su discípulo, ya tiene defensor y abogado el futuro apóstol de la libertad de Cuba.

ENCONTRARÁ el señor Mendive la forma de hacer que entienda don Mariano cuánto vale su hijo. Le costeará los gastos de su segunda enseñanza. Y al amparo suyo, de sus orientaciones y de su limpio ejemplo, se irá forjando el gran Martí, el patriota por antonomasia, el continuador más fervoroso de la obra de Bolívar en América. En realidad, lo que fué Simón Rodríguez para el prócer venezolano, eso fué el señor Mendive para José Martí.

"No he podido borrar jamás ni una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles". Estas son palabras de Bolívar a su preceptor, radicado en el Viejo Continente, cuando se encontraba el inmortal caraqueño en el apogeo de su carrera y de su gloria.

Martí a su vez, adolescente todavía, le escribirá a Mendive: "Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto, y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a usted se lo debo".

¿Y don Mariano? El noble y generoso espíritu de Martí lo recordará igualmente, con devoción y con filial ternura: "Papá —les escribe a sus hermanas— es un hombre admirable. Fué honrado, cuando ya nadie quiere serlo. Y ha llevado la honradez en la médula como lleva el perfume una flor y la rudeza una roca".

Y en carta para doña Leonor, fechada el 15 de mayo de 1894, un año antes de su inmolación: "Pero mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar. Preste cada hombre, sin que nadie lo regañe, el servicio que lleve en sí. ¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quien pude heredarlas, sino de mi padre y de mi madre?"

En la prisión

Del colegio pasará Martí a la cárcel. El 10 de octubre de 1868 estalló *la guerra grande*, acaudillada por el patriota sin mácula Carlos Manuel de Céspedes.

El Grito de Yara estremeció a la isla. Y el estudiante Martí ocupó su puesto, con las únicas armas que tenía a la mano: un pequeño periódico, "El Diablo Cojuelo", aparecido en los primeros días de 1869, y un número único de "La Patria Libre", con su intencionado poema "Abdala", que se publica el 23 de enero.

Son horas heroicas y amargas, de tumultos, desórdenes y sangre. "La madre ruega y el padre ordena y prohibe —escribe Andrés Iduarte—, en un humano y natural deseo de apartar al hijo de caminos peligrosos. Español y celador de policía, don Mariano sabía qué medidas se tomaban, y podía medir qué medidas iban a tomarse en contra de los rebeldes. Todo el absurdo de la política española respecto a las colonias, parece amonto-

narse contra la Isla desde 1810. Siendo la soberdia igual que siempre, y Cuba cien veces más pequeña que el Continente, vemos caer aquí los errores de la Monarquía española de una manera más brutal, ciega y numerosa. Martí será una de las nuevas grandes víctimas".

Y sobre lo que le ocurre al joven de 16 años en esos días de prueba, nos pinta la siguiente escena Rafael Estenger: "El señor Mendive recibió el semanario con el poema "Abdala", y comenzó a extrañar que Martí no hubiera ido a visitarlo. Con el señor Mendive, en torno de una gran mesa de caoba, charlaban el viejo don Cristóbal Mandan y el bondadoso Fermín Valdés Domínguez. Muy cerca, doña Micaela Nin, la esposa de Mendive, con sus costuras en las manos. Oyeron de pronto un peculiar toque en la puerta. Llegaba José Martí. Dicen que doña Micaela preguntó al recién llegado:

"—¿Qué te pasa, Pepe?

"El visitante apretó fuertemente los labios, como para contener un sollozo. Sus grandes ojos tenían una dramática angustia. El sombrero le vacilaba en la mano trémula. Todos callaban estupefactos, de pie junto a la mesa. No pudo el muchacho responder a la pregunta sencilla de Micaela, y se dejó caer en una silla, donde rompió a sollozos largamente. ¿Qué le había ocurrido al muchacho poeta de "Abdala", que no venía con la sonrisa en los labios para recibir las felicitaciones de los amigos? Nada decía, rojo de vergüenza.

"El señor Mendive se quedó entonces a solas con el discípulo lloroso, porque las grandes penas quieren recogimiento, y le oyó contar al oído las iras de don Mariano al recibir "La Patria Libre". El celador le amenazaba y le reñía. Cuando leyó, a destajo, aquel periódico sincero, le pegó enfurecido. El dulce maestro que tenía barba de apóstol, y lo era, trataba de consolar al muchacho.

"—Estoy seguro, le dijo, que a tu padre se le pasará el mal humor: llegará a respetar y comprender tus ideales".

Así le hablaba el señor Mendive a su discípulo, cuando ya la policía rodeaba su casa, acusado el maestro de complicidad en los desórdenes y tiroteos del Teatro Villanueva. Fué un acto emocionante a beneficio de los insurrectos, en la noche del 22 de enero, que coincidió con la aparición de "La Patria Libre".

Grupos entusiastas de mujeres cubanas: criollas de alcurnia, señoras de la clase media, guapas señoritas habaneras, ataviadas con la bandera azul y blanco de la insurgencia y de la cubanidad, irrumpieron en la función del Villanueva. Y se armó esa noche la de Dios es Cristo, entre vivas a Cuba, mueras a España y nutridos disparos de guardias y *voluntarios* contra la concurrencia.

Encarcelado el señor Mendive en el Castillo del Príncipe, lo mandarían después al destierro. Cerca de él estuvo siempre Martí, en la prisión con sus visitas, en el exilio con sus cartas. Y como el Colegio de San Pablo fué clausurado por las autoridades el 23 de marzo, decidió don Mariano que Pepe trabajara. Y trabajó Martí en un almacén como contable y escribiente, de las seis de la mañana a las ocho de la noche, "por cuatro onzas y media" que ponía, devotamente, en manos de su padre.

Mas he aquí que para el 21 de octubre ya están presos los jóvenes Eusebio Valdés Domínguez —hermano de Fermín—, Manuel Sellén y Atanasio Fortier —"el francesito", a quien protegió y pudo libertar el Cónsul de Francia—, confesos y convictos de haber lanzado cáscaras de naranja a un batallón de presuntuosos voluntarios; y los amigos inseparables, José Martí y Fermín Valdés Domínguez, porque la policía ha encontrado un documento comprometedor, con la firma de los dos adolescentes.

"A Carlos de Castro y Castro —decía el papel—. Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María de Mendive, no ha de dejar sin contestación esta carta.—José Martí. Fermín Valdés Domínguez".

En la cárcel tenemos, pues, a José Julián, quien no se amilana por los padecimientos y habla de felicidad, de los tropiezos de la vida y, a sus cortos años, del cuerpo y el alma de las mujeres. Vale la pena transcribir unos cuantos párrafos de la carta que escribió a doña Leonor, desde su celda, el 10 de noviembre de 1869:

"Madre mía: . . . Mucho siento estar metido entre rejas, pero de mucho me sirve mi prisión. Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta, y no las de-

jaré de aprovechar. Tengo 16 años, y muchos viejos me han dicho que parezco un viejo. Y algo tienen de razón.

"...Es verdad que usted padece mucho, pero también lo es que yo padezco más. ¡Dios quiera que en medio de mi felicidad, pueda yo algún día contarle los tropiezos de mi vida! ... Nada me hace falta, sino es de cuando en cuando 2 ó 3 reales para tomar café —pero hoy es la primera vez que me sucede. Sin embargo, cuando se pasa uno sin ver a su familia ni a ninguno de los que quiere, bien puede pasar un día sin tomar café. Papá me dió 5 ó 6 reales el lunes. Dí 2 ó 3 de limosna y presté 2". Expresa a continuación el deseo de ver a sus hermanitas, y es aquí donde habla de las mujeres. Cita también al señor Mendive, y termina su deliciosa carta pidiéndole a su madre la bendición y que le mande libros de versos:

"Tráigame el domingo a alguna de las chiquitas... Esta es una fea escuela; porque aunque vienen mujeres decentes, no faltan algunas que no lo son. Tan no faltan, que la visita de 4 es diaria. A Dios gracias, el cuerpo de las mujeres se hizo para mí de piedra. Su alma es lo inmensamente grande; y si la tienen fea, bien pueden irse a brindar a otro lado su hermosura. Todo conseguirá la cárcel, menos hacerme variar de opinión en este asunto.

"...En la cárcel no he escrito ni un verso. En parte me alegra, porque ya usted sabe cómo son y cómo serán los versos que yo escriba... Aquí todos me hablan del señor Mendive, y esto me alegra... Mándeme libros de versos y uno grande que se llama "El Museo Universal". Dele la bendición a su hijo.

PEPE".

CON su fervor por la amistad, a pesar de las protestas de Fermín, quien declaraba ser responsable del escrito contra el compañero apóstata, logró convencer Martí a los jueces de que eran suyas la redacción y la letra de la carta. Pena de muerte pedía el fiscal Lanzas y Torres para el culpable, "por insulto a la Escuadra de Gastadores del Primer Batallón Voluntario de Ligeros, y por sospechas de *infidencia*".

Sumamente severo era el fiscal. Seis años de presidio fué la sentencia para Martí, y seis meses de arresto mayor para Valdés Domínguez. A los otros dos estudiantes, Sellén y el hermano de Fermín, los de las cáscaras de naranja, se les expulsó de la Isla por tiempo indefinido.

¡Y a cumplir la condena! De la cárcel de La Habana fué trasladado Martí a los tormentos del presidio, el 4 de abril de 1870, en las horribles canteras de San Lázaro. ¡Grillete en el tobillo! ¡Cadena de cuatro eslabones colgada a la cintura! Picó piedra bajo el sol tropical y bajo el látigo de los "brigadas". El terreno calizo era como fuego que le llagaba los pies. Su resplandor le hacía supurar los ojos. Y los grillos y las cadenas le mordían de tal modo la carne, que para el resto de su vida quedó marcado con úlcera maligna, padeciendo hasta su muerte las consecuencias y los dolores de aquel suplicio.

Pudo visitarlo varias veces don Mariano. Hombre fuerte y rudo —ya lo hemos visto—, palidecía sin embargo de indignación y de angustia, al darse cuenta de las atrocidades del presidio. ¡No: eso no era España!, pensaría el buen celador. Y acaso por primera vez en su vida, mientras estrechaba contra su pecho al hijo primogénito, lloró sin disimulo y sintió que resbalaban sus lágrimas sobre el tupido bigote.

Pero a Martí, antes que lo suyo propio, le atormentaba el sufrimiento de los demás: de otros prisioneros que gemían y se doblaban, sangrantes las espaldas por los azotes; que se iban muriendo; que se iban acabando. Y le preocupaba también, hondamente, el recuerdo de doña Leonor y de sus hermanas pequeñas, cuyas alegres risas estarían apagadas —¡por su culpa, por cumplir con su deber!— en la amargura y la tristeza del hogar paterno. Le escribe entonces a su madre con cariño inmenso; y el 28 de agosto de 1870, casi a los cinco meses de llevar cadenas, quiere darle ánimo con recados de tanta delicadeza como éste:

> Mírame, madre, y por tu amor no llores:
> Si esclavo de mi edad y mis doctrinas
> Tu mártir corazón llené de espinas,
> Piensa que nacen entre espinas flores.

El opulento catalán José María Sardá Gironella, de mucha influencia en la Capitanía General, arrendatario además de aquel infierno blanco que eran las canteras, consiguió el indulto de Martí. Se le trasladó entonces a La Cabaña y después a la Isla de Pinos, el 13 de octubre. Seis meses había pasado en el presidio de San Lázaro, y casi un año sin libertad, a partir del 21 de octubre de 1869, cuando él y sus compañeros fueron detenidos y encerrados en la cárcel de La Habana.

Bajo la garantía personal del señor Sardá quedó recluído el prisionero. Lo aloja el catalán en su finca *El Abra,* en la citada Isla de Pinos, hasta su deportación a España el 15 de enero de 1871. Al atardecer de ese día levó anclas el vapor-correo *Guipúzcoa,* con dirección a Cádiz. A bordo, bien vigilado, se encuentra José Martí.

Sobre cubierta va el joven rebelde, sin salud pero con fe; físicamente quebrantado, pero espiritualmente robustecido; sin más fortuna que unos pequeños ahorros de los suyos, pero con la riqueza de su talento privilegiado, con el tesoro inigualable de su hombría, que se ha forjado hasta la madurez. ¡Y apenas se acerca a los 18 años!

Humedecidos los ojos, ve Martí cómo se aleja el barco de la costa. ¡Cuántos recuerdos! Sus padres, sus hermanas, sus amigos, su maestro Mendive, que del exilio en España pudo escaparse a Nueva York. Al pensar en ellos le parece que no hay pasado, que sólo hay presente en cosas profundas del corazón. ¡Cómo siente que los lleva a todos dentro de sí mismo!

Y al conjuro de los seres queridos, de quienes lo han amado y estimado y en él han puesto su confianza, olvida lo que ha hecho, olvida incluso lo que ha tenido que sufrir, para centrar su pensamiento en lo que hará, en lo que debe hacer.

¿Enfrentarse a la vida para ganar el pan? No es problema que lo arredre. ¡Ganar la independencia de su patria es lo que le preocupa! Para eso lleva, todavía en apuntes, "El presidio político en Cuba". Lo publicará llegando a España. Y en mitad del océano cobra fuerza lo que dirá más adelante: "Por Cuba que sufre, hasta la última luz y hasta el último aliento".

En el destierro de España

YA tenemos a Martí en la capital del reino. Pocas semanas antes ha caído asesinado don Juan Prim, conde de Reus, el ilustre general español tan grato a Hispano América, por su actitud inolvidable contra la invasión de México, que ya tenía preparada Napoleón III en 1862.

Comentarios van y comentarios vienen, además, porque Amadeo de Saboya, duque de Aosta, acaba de ocupar el trono de los Austrias y de los Borbones. Desde la caída de Isabel II en 1868 —mismo año del Grito de Yara—, no tenían los monárquicos a quién ponerle la corona. Hasta que después de lar-

gas negociaciones encontró testa para ella, en la persona de otro príncipe extranjero, la regencia accidentada del general Serrano.

Se relaciona el joven rebelde José Martí. Procura aclimatarse. Se aloja en posada humilde. Para comer, al menos, da clases a los menores de la familia Alvarez Torrijos. No está bien de salud. ¡La úlcera que le dejó el presidio! ¡Las huellas de latigazos en la espalda! Pero ríe con el ingenio, las bromas, los epigramas, la frivolidad alegre y contagiosa de Madrid.

Cuchufletas sobre el monarca importado, a quien los desafectos al régimen comparan con el intruso José Bonaparte. Cuchufletas acerca de *la Borbona*, radicada y haciendo de las suyas en París. Rumores sobre quién mandó matar a Prim. Zumba implacable para el que ha sido jefe de la regencia: para este general don Francisco Serrano y Domínguez, conde de San Antonio y duque de la Torre, ayer liberal, luego moderado, hoy *saboyano,* a quien todos apodan *el Judas de Arjonilla.*

Nuestro sensitivo José Julián empieza a conocer el verdadero espíritu español. ¡Esta España no es la misma que atormenta y mata en Cuba! Visita el Ateneo y otros centros de cultura. Se pasa horas enteras en el Museo del Prado. Admira los mejores cuadros de Velázquez, El Greco, Zurbarán, Goya y otros maestros de la pintura verdadera, que no necesita explicaciones para interpretarla. Se detiene ante *La maja desnuda,* y le parece más, mucho más interesante que *La maja vestida.* Escribe sus impresiones sobre arte y temas literarios, pero no olvida sus cuartillas para "El presidio político en Cuba".

Lo animan varios compañeros de la Universidad Central, en la que ha podido matricularse para que no sigan interrumpidos sus estudios. Figura entre los universitarios un nuevo amigo y compatriota, de origen francés, Carlos Sauvalle, quien le ofrece cuanto sea necesario para que se pueda imprimir y distribuir aquel trabajo. El y otros estudiantes lo han leído con delectación, y ya la muchachada liberal, que sueña también con la República, le ha dado el visto bueno.

BIEN puede sentirse satisfecho nuestro José Martí. Ha estado enfermo, ciertamente. Ha tenido que enfrentarse a la pobreza. El crudo invierno de Madrid y el viento glacial del Guadarrama, por otra parte, le han hecho tiritar y deprimirse, con la misma nostalgia de Cuba y del Caribe que habían sentido en Valencia doña Leonor y don Mariano.

Pero nuevas clases particulares a niños de "familias bien", que le ha conseguido la guapa viuda doña Barbarita Echeverría, han mejorado su situación para ir pasando. Con el alivio de mejores ingresos entró, también, la primavera. Ha salido el sol; ha cambiado el clima; los jardines están llenos de flores. ¡Y desde hace algunas semanas circula y se comenta su folleto!

Adhesiones de la emigración cubana. Simpatía en los círculos más avanzados del país. Estimación y afecto para el valeroso estudiante de encendida prosa. Aunque pálido y endeble se le ve animoso al joven, sacando fuerzas de flaqueza para seguir adelante su cruzada. Y cobrará ímpetu mayor el esfuerzo de Martí, al recibir noticia de que en La Habana han sido fusilados, el 27 de noviembre de 1871, ocho estudiantes de medicina. Treinta y cinco muchachos más han sido condenados a presidio.

"¡Hay que hacer algo!", le dirá Martí a Sauvalle. Y se ponen los dos en movimiento; hablan con periodistas amigos; acuden a las redacciones de los diarios, consiguiendo al fin que la prensa liberal inicie una campaña memorable. ¡Hasta las Cortes llega la protesta! Se ordena entonces una investigación, y se resuelve que sean puestos en libertad los detenidos. Entre ellos figuraba Fermín Vadés Domínguez, quien milagrosamente había escapado de que lo pasaran por las armas.

"¡Póstrense de hinojos en la tierra, tiemblen de remordimiento, giman de pavor los que en aquel tremendo día ayudaron a matar!" Así terminaba una proclama que escribió Martí, y que fué repartida en hoja suelta en la propia capital de la metrópoli, al cumplirse el primer aniversario del asesinato. Y con la proclama su oda desafiante, "A mis hermanos muertos el 27 de noviembre", de la que entresaca Rafael Estenger el verso famoso: "¡Cuando se llora como yo, se jura!"

Grito de protesta, reto a las autoridades, sordas, ciegas, torpes, que seguían empleando el terror contra la dignidad cubana. Pero a los que alzaban su voz en Madrid o en las provincias, nadie los amenazaba ni los perseguía. ¡Tiempos aquellos, siquiera en lo interior, tan diferentes de la época fernandina o de la moderna hispanidad franquista, que a falta de colonos en ultramar, para humillarlos y escarnecerlos, ha hecho de la misma España un enorme campo de concentración!

Era el buen paréntesis de Amadeo de Saboya, sin plumas de Mussolini; sin aviones de Hitler; sin empréstitos de potencias llamadas democráticas; sin Falanges ni moros en su guardia; sin

el piadoso amor de Franco por los sistemas purificadores del cadalso y de la Inquisición.

Sin duda que Valdés Domínguez anduvo de por medio en lo de repartir proclamas, y en lo de pegarlas en muros bien situados. Porque ya está Fermín en Madrid. Salvado del presidio, lo embarcaron también a España. Y en España lo tenemos desde julio de 1872, cooperando en toda forma con su entrañable amigo y compañero de la infancia.

Se reúnen con los emigrados, asisten a diversas tertulias, concurren a logias masónicas, suman voluntades. Decididos, esperanzados, aprovechan la abdicación de Amadeo y la instauración de la República, en febrero de 1873, para dar una nueva batalla por la liberación de Cuba. Circula a la sazón otro folleto de Martí, "La Repúbica española ante la Revolución cubana", con argumentos irrefutables. Pero el nuevo gobierno demuestra la misma incomprensión que los monárquicos.

Ni el primer Presidente don Estanislao Figueras; ni la noble figura de Pi y Margall; ni don Nicolás Salmerón; ni don Emilio Castelar; ni el Ministerio-regencia presidido por Cánovas del Castillo mientras se tambaleaba el régimen republicano, en diciembre de 1874 —al compás de la gran tizona de Martínez Campos—, han querido darse cuenta de la realidad en sus últimas colonias.

Cuando se derrumbó la República ya Martí se había graduado, precipitadamente, en la Universidad de Zaragoza. Allí estuvo con Valdés Domínguez, desde mayo de 1873 hasta noviembre de 1874, estudiando con ahinco para recuperar, a orillas del Ebro, el tiempo que en más de dos años de agitación apenas pudo dedicar a las aulas en Madrid.

Esa agitación; su salud siempre precaria; el pensamiento puesto en Cuba y un perturbador idilio que su propia conciencia le reprobaba —después lo pintará en su drama "Adúltera"—, lo habían hecho decaer como estudiante en 1872. Sólo aprobó dos materias, en otras dispuso no presentar examen y lo suspendieron en Economía Política.

La pena de verse reprobado; el desengaño que le produjo la República; la convicción de que era inútil pedir lo que sólo a fuerza se podía lograr; y el cumplir 20 años sin esperanzas de título académico, sin nada en firme para que lo tomaran en cuenta. Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Bartolomé

Masó, Cisneros Betancourt, Máximo Gómez, Calixto García, Antonio Maceo y otros grandes líderes en armas, de uno al otro extremo de su lejana patria; toda esa inquietud febril, enervante, agotadora, de un predestinado en el exilio, hicieron que él y Fermín tomaran la decisión del traslado a Zaragoza.

Quería sincerarse Martí con sus amigos; no dar pábulo a que murmurasen de él sus adversarios. Y lo que no pudo hacer en la capital de la Península, logró realizarlo plenamente en el antiguo reino de Aragón. Asignatura tras asignatura, hasta completar el bachillerato. Licenciado en Derecho Civil y Canónico. Licenciado en Filosofía y Letras. ¡Todo en diecisiete meses! Y a continuación, con sus diplomas enrolladas, ¡acercarse a Cuba!

México es lo más cercano en la tierra firme: a golfo de por medio. Allí lo esperan sus padres y sus hermanas. ¡México! ¿Acaso no se fundó en aquel país la Junta Protectora de la Libertad de Cuba y Puerto Rico? ¿Y no vivió José María de Heredia al lado de Guadalupe Victoria, después de la conspiración cubana de "Los rayos y soles de Bolívar"? ¿Y no fué su paisano Pedro Santacilia secretario de don Benito Juárez? ¿Y no encontraron tantos otros cubanos ilustres, a falta de patria libre, comprensión y simpatía en la hospitalaria tierra mexicana?

Desgarrado sale Martí de Zaragoza. Calor de hogar, afectos inolvidables encontraron él y su amigo Fermín en la vetusta ciudad aragonesa. ¡El pintor Gonzalvo! ¡Sus compañeros que lo despiden emocionados! ¡Y el adiós tembloroso a Blanquita Montalvo, la "maña" rubia y bella, amor imposible porque el deber lo llama al otro lado del mar!

Pocos días se detendrán los dos amigos en Madrid. Cafés, tertulias, bulliciosos comentarios. Otra vez ríe José Julián, y le hace coro Fermín, con las cuchufletas, el ingenio, los epigramas, la frivolidad alegre y contagiosa de los madrileños. ¡Martínez Campos será peor que el general Serrano! Y es que don Arsenio prepara la vuelta al trono de un nuevo Borbón, Alfonso XII, hijo de Isabel II. ¡La vieja dinastía que en 1879 será una sola con los Habsburgos, por las segundas nupcias del monarca con María Cristina de Austria, en cuyas manos perdió al fin España lo que aún le quedaba de imperio colonial!

Como Martí no puede embarcarse sin peligro en puertos españoles, Valdés Domínguez decide invitarlo y acompañarlo

a Francia, respaldándolo en toda forma, con la esplendidez de un hermano acomodado. ¡En París celebrarán la Navidad de 1874! Y el 8 de febrero de 1875, después de visitar museos, admirar obras de arte, hablar con Víctor Hugo, practicar francés y tomar muchos apuntes, desembarca en Veracruz José Martí.

Dos años en México

MÉXICO será una doble revelación para el cubano insigne. La revelación de su América, de la América independiente que no había conocido, con sus gobiernos buenos o malos, pero propios. Y la revelación de la extraordinaria naturaleza que ha podido admirar, en su ascenso al altiplano, conforme bordea el ferrocarril las Cumbres de Maltrata.

"El contemplar tanta grandeza —escribe— me hizo un bien inapreciable. El hombre se hace inmenso contemplando la inmensidad y la belleza, y siente como que algo se le cae dentro del pecho y se arrodilla".

De luto lo reciben en la estación sus familiares. Pocos días antes ha muerto Ana, la hermana menor, la preferida. Le explica don Mariano con cuántas ilusiones lo esperaba; pero no pudo resistir la altura. "No quiero irme —decía— sin ver a Pepe". ¡Y ya le fallaba el corazón —18 años de corazón—, y se quedó dormida! En las pestañas del viejo celador de policía tiembla una lágrima. Lo abraza José Julián y cambia de conversación. A las preguntas del recién llegado responde el padre:

—Vamos tirando, hijo, vamos tirando. Tengo un contrato para suplir de uniformes al Ejército. ¡Es un ángel tu madre! ¡Cómo trabaja! ¡Cómo me ayuda! La casita que habitamos en las calles de la Moneda te parecerá un taller. Pero todo limpio. Todo en orden. No, no podemos quejarnos sin tentar a Dios.

En esa casita de la Moneda, junto con su madre y sus hermanas, para conocerlo y saludarlo, esperan al joven Martí algunas de las amistades que ha hecho la familia. Sus compatriotas Pedro Santacilia y Antenor Lezcano, que se saben de memoria "El presidio político en Cuba". Y con ellos Manuel A. Mercado, cuyo afecto por Martí, como amigo y confidente, será uno de los más arraigados que tuvo el prócer en los veinte años, en los cuatro lustros tormentosos que le quedaban de vida.

Pocos días han transcurrido, y gracias a Mercado ya tiene Martí algún trabajo en "El Federalista". Ingresa después en la

"Revista Universal": escribe gacetillas, corrige pruebas, sube a redactor, colabora en la página editorial con el pseudónimo de *Orestes.* Pero, sobre todo, gana simpatías y afectos perdurables en el brillante círculo intelectual de la ciudad de los palacios.

¿Sus amigos? Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez o *El Nigromante,* Manuel Ocaranza, Francisco Sosa, Manuel Payno, Gabino Barreda, Ignacio M. Altamirano, José Peón Contreras, Gustavo Baz, Juan de Dios Peza, Manuel Gutiérrez Nájera, Justo Sierra, lo mejor y más selecto del arte, de la literatura y del pensamiento mexicano en aquella época. Se reúnen en diversos sitios. Y alguna vez en las calles de San Ildefonso, a donde se han pasado los Martí.

Ingresa como miembro activo en varios organismos culturales. Frecuenta las logias masónicas. Acude a conferencias y a tertulias. Discute, lo oyen, lo rebaten, pero siempre con estimación y con cariño. Polemiza en el Liceo Hidalgo. Y sin pedir ni esperar nada del Gobierno —por su respeto a la dignidad humana, casi sin conocerlo—, admira y defiende, de palabra y por escrito, al Presidente don Sebastián Lerdo de Tejada.

Va en esa forma y en ese ambiente ahondando a México, impregnándose de México, sintiéndose cada vez más mexicano. Es decir, más hispanoamericano. Y más apasionado por la independencia, por la libertad de Cuba, de tal modo que su patria no siga siendo colonia, ni tenga esclavos, y pueda por fin agregarse al concierto triunfal de las repúblicas americanas.

AL hablar de independencia recordará con entusiasmo la epopeya de México, iniciada con el Grito de Dolores en 1810. ¡Cómo le impresiona la figura de don Miguel Hidalgo, cien años mayor que él! ¡Cómo soñará, cómo sentirá el anhelo de ser algún día semejante a Hidalgo; de tocar otra vez, allá en su Isla, como lo hizo Céspedes en La Demajagua, la campana de la libertad; de dar su sangre, "y que después hagan de él lo que quieran", para que termine al fin la esclavitud! ¡Y quién le hubiera dicho que en 1953 celebraría dos centenarios la América Española: el suyo y el de aquel extraordinario sacerdote, a quien dedicó páginas inolvidables!

"... Desde niño fué el cura Hidalgo de la raza buena... Vió maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo... El cura montó a caballo, con todo su pueblo... Entró triunfante en Celaya, con

músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general y empezó un pueblo a nacer". ¿Después? El sacrificio que tanta significación tenía para Martí, cuando ya vencido se retiraba don Miguel al norte, con Allende y otros jefes de la insurgencia:

". . . Iban juntos buscando amparo en su derrota, cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. . . Lo sacaron detrás de una tapia y le dispararon los tiros de muerte. Cayó vivo, revuelto en sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula. . . Enterraron los cadáveres descabezados. ¡Pero México es libre!" (Pequeños extractos de la semblanza de Hidalgo, publicada por Martí en 1889, cuando vivía en Nueva York, pero gestada sin duda durante su permanencia en México).

Igual admiración le infunde Juárez, "aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente al lado de Bolívar, y en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce". O este otro apunte: "¡Tabaquero, bandido fué el indio Juárez, que echó un imperio al mar, y supo desafiar la pobreza con honor, y reconquistó y aseguró la independencia de su tierra!"

Nunca decayó la fervorosa reverencia de Martí por el humilde zapoteca de Guelatao, apenas comparable a su devoción por Lincoln, el humilde leñador de Norte América. Sin embargo, en su célebre discurso del 19 de diciembre de 1889, ante los delegados de lo que habría de llamarse Panamericanismo, reunidos en Nueva York, no pudo menos que exclamar: ". . .Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez".

Con sus palabras quería Martí evitar que los plenipotenciarios hispanoamericanos, tan dados a punibles complacencias por complejo de inferioridad, tomaran de pretexto al gran Presidente antiesclavista para cantar loas a su país, con fines que no eran los suyos ni los de Juárez, olvidando además los sufrimientos que ha padecido nuestra América.

PERO mientras vive en *su Tenochtitlán,* impregnándose de México como se dijo antes, no sólo estudia Martí las costumbres y

la evolución histórica del país; no sólo clama por el dolor de Cuba y por la guerra inacabable que la desangra, sino que se refiere también a otros muchos temas en sus crónicas y *boletines* de la "Revista Universal". Conocer muy bien, de preferencia, lo que atañe a nuestros países. Enseñanza obligatoria. Trabajo bien retribuído. Crearle necesidades a la masa indígena, porque "de la necesidad viene la aspiración, animadora de la vida". Y "porque hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América".

¡Y las disciplinas que tocan al espíritu! Música, pintura, poesía, en la que el joven revolucionario se va destacando de tal manera que será uno de los precursores de la nueva escuela. Después de escuchar al violinista antillano White —anotaciones de Benjamín Jarnés y de José de J. Núñez y Domínguez—, hace una crónica que no le va en zaga a la maestría del aplaudido mago del violín. ¿Crónica? ¿Crítica? Aclara Martí: "No cabe crítica de los poetas, ni crónica de lo que conmueve nuestro ser".

En sus artículos sobre la Exposición de Bellas Artes y la Academia de San Carlos, intuye el sitio destacado que tendrá en el mundo la pintura mexicana —"pulcritud en el dibujo, viveza de color"—, si los pintores deciden inspirarse en lo propio, en lo nacional, en "nuestros tipos y paisajes". ¿No es cosa de videncia? Su punto de vista:

". . . Todo anda y se transforma, y los cuadros de vírgenes pasaron. . . Hay grandeza y originalidad en nuestra Historia: haya vida original y potente en nuestra pintura. . .". Entonces nos harían ver los pintores "la luz de Ximantecatl y el dolor en el rostro de Cuauhtemotzín"; y "cómo se contraen los miembros de los que expiraban sobre la piedra de sacrificios"; y los movimientos de compasión y amargura en el rostro de doña Marina, "por el amor invencible a Cortés y la lástima de sus míseros hermanos".

Pensará de igual manera en relación con el arte de escribir: "México necesita una literatura mexicana. . . ¿Cómo quiere tener vida propia y altiva el pueblo que paga y sufre la influencia de los decaimientos y desnudeces de la gastada vida ajena?" Más adelante, en Guatemala, escribirá una carta interesantísima a su paisano José Joaquín Palma, en la que considera que "dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; arrojarse en las cimas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al

viejo sol de Europa. . . , vale tanto como apostatar. ¡Apostasías en literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometemos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y cuerpos extraños!"

Dos citas más: ". . . ¿A qué leer a Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro por el desierto americano?" . . . "O la literatura es cosa vacía de sentido, o es la expresión del pueblo que la crea. Los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende, ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio. . . sombras de sí mismos, que de limosna andan vivos por la tierra?"

OPINA lo mismo del teatro: "México tiene su vida: tenga su teatro. . . ¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea?" Y como desde niño con "Abdala" y de adolescente con "Adúltera" lo atraía la acción en el escenario, resuelve estrenar en el Teatro Principal su proverbio "Amor con amor se paga". Es el 19 de diciembre de 1875. Está radiante José Martí. Desde su palco le sonríe jubilosa doña Leonor. A don Mariano se le mueve el bigote y se le atosiga la voz en la garganta. Exito clamoroso del sutil sainete y de un romance que se ha venido comentando: ¡El autor tiene puestos los ojos en la primera actriz Concha Padilla, y al calor de los aplausos arde lo que ya está en punto!

Se ha prendado también de la musa de poetas, letrados y artistas, Rosario de la Peña, como lo estuvo Manuel Acuña, como lo está el maduro don Ignacio Ramírez, como lo habrá de estar Manuel M. Flores. Pero se le apagan los amoríos con el amor de la que será su esposa, Carmen Zayas Bazán, cuyo padre cubano vive refugiado en México.

Casi dos años lleva en el generoso ambiente mexicano, querido, bien relacionado, con medios decorosos de vida, cuando triunfa el Plan de Tuxtepec y toma el poder don Porfirio Díaz, en noviembre de 1876. Martí se siente mexicano. En sus *boletines* de la "Revista Universal" ha roto lanzas por el Presidente don Sebastián Lerdo de Tejada, quien no fué tirano, ni hombre de negocios en el poder, ni violó la libertad de sus compatriotas por mucho que sus adversarios lo atacaran.

Podría quedarse el ya glorioso hispanoamericano en el país que le da hospitalidad, donde vive su novia, donde tiene amigos,

trabajo, estimación. ¡Podría quedarse y no se queda! Sabe Martí que lo ahogará el caudillismo. Ya empiezan a llamarlo extranjero. ¡Y han surgido voces que lo injurian! A su hermana Antonia, por otra parte, como sucedió con la menor, la perturba desde hace algunos meses el aire enrarecido del altiplano. ¡Y sus padres no pierden la ilusión de regresar a Cuba!

Todo lo ha pensado Martí. Lo ha discutido con los suyos, con Juan de Dios Peza, con Manuel Mercado, con Gutiérrez Nájera: las ventajas y los inconvenientes de su viaje; el riesgo que corre al llegar a La Habana; el desgarramiento que le ha de producir su salida de México.

Se decide, sin embargo, adelantándose a sus familiares. Irá con pasaporte a medias supuesto, a medias verdadero: su segundo nombre y su segundo apellido: Julián Pérez. Y ya resuelto, sobreponiéndose a la tristeza que lo domina, toma el tren hacia Veracruz el 29 de diciembre de 1876.

SALIÓ Martí de México, pero ya nunca más saldría México del alma de Martí. Cuando en el extranjero ataquen a la nación mexicana, será el primero en defenderla. Y cuando más adelante, en la desesperación de su cruzada por libertar, por salvar a Cuba y a las Antillas, tenga que dolerse por la actitud de gobiernos timoratos o de intelectuales interesados, a quienes adula "su vieja dueña España con literaturas y cintas. . . , o bajo cubierta de academias felinas y antologías de pelucón"; cuando observe que personajes hispanoamericanos, "estatuas deceguedad", se alzan de hombros o simpatizan con la monarquía española, sin darse cuenta del peligro que a todos nos rodea, señalará siempre, con fe y con esperanza, a México y a Juárez:

"No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá a su hora, y bajará del cielo, pronto y bien armado: ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con sus treinta locos, que llamaron luego "inmaculados", de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente. . . Y la nación del indio fugitivo es hoy cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra. . . ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo".

Y dejará constancia, en estas palabras emocionadas, de su amor al país hermano que le dió hospitalidad y le hizo abrir los ojos hacia el pasado y el futuro de nuestra América española:

"¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás; tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas".

Guatemala - Cuba - Otra vez España

Después de esperar varios días en Veracruz, en donde recibe el año nuevo con la natural amargura de encontrarse lejos de los suyos, embarca Martí en *El Ebro,* el 2 de enero de 1877. El 6 lo tenemos ya en La Habana, sin que el nombre de Julián Pérez despierte en las autoridades la menor sospecha.

Sólo siete semanas permanece en su patria, poniéndose en contacto con viejos amigos, arreglando el traslado de su familia, palpando en la propia Isla cómo agoniza *la guerra grande.* ¡Nada hay que hacer! Está exangüe el país, solo en la pelea, con ciudades y regiones enteras arrasadas, en donde no queda vestigio de población masculina.

Ha sido tan pavorosa la cantidad de víctimas, de una y otra parte, que en la propia España se escuchan sordos rumores de protesta, de indignación contra el Gobierno, porque han perdido la vida más de cien mil soldados. Habrá que multiplicar la cifra varias veces, para tener idea de la matanza de cubanos, entre ellos muchos millares de negros esclavos, que se lanzaron de lleno a la guerra por su libertad.

Libres los había declarado el régimen de la República, establecido en la villa de Guaimaro en abril de 1869, con Carlos Manuel de Céspedes como Presidente, electo allí mismo por la Asamblea Nacional. La abolición de la esclavitud y la República, desgraciadamente, no habían podido consolidarse, debilitadas con la muerte del prócer. En las montañas de San Lorenzo, al cabo de seis años de epopeya, cayó como un valiente el inmortal De Céspedes. Con las armas en la mano, desde octubre de

1868 hasta octubre de 1874, lo vió y lo siguió el pueblo de Cuba; lo vieron y lo siguieron los libertos, que por él y por tener patria se enfrentaban a los españoles.

Antes que Céspedes había también rendido su tributo a Cuba, muerto en batalla, el dechado de lealtad y heroísmo que se llamó Ignacio Agramonte. Y muchos de los más valerosos dirigentes de la gran revolución. Y centenares de cabecillas rebeldes, aprehendidos por las autoridades militares y condenados, inmisericordemente, a la pena capital. ¡De momento —lo estaba comprobando el futuro libertador—, nada había que hacer!

Arreglada la situación de sus padres, no quedaba más camino que volver al destierro. Guatemala era en esos años un refugio. Allí estaba en su apogeo el movimiento de reforma, iniciado en 1871 por los caudillos liberales Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios. Ya el señor Valdés Domínguez le había escrito a México, ofreciéndole a Martí su ayuda y haciéndole ver las posibilidades que encontraría en el medio guatemalteco, donde trabajaban con desahogo, y eran tratados con respeto y con cariño, varios cubanos del agonizante régimen que se forjó al calor del Grito de Yara.

Con el respaldo del padre de Fermín —quien además era amigo personal del Presidente Barrios—, con sus cartas de recomendación y las de otros amigos, arregla Martí su pequeño equipaje. Y el 24 de febrero, en el *City of Havana,* se aleja otra vez de su patria con dirección a la tierra del quetzal.

LARGO viaje, lleno de interés para un estudioso y sagaz observador como Martí: Veracruz, Progreso, oportunidad de visitar Mérida y pasarse unos días con sus amistades yucatecas, Isla de Mujeres, Belice, Livingston. Por donde pasa pregunta, admira, toma notas, que serán después bellos trabajos.

En abril ha llegado a Guatemala. Su compatriota revolucionario, el distinguido bayamés don José María de Izaguirre, lo recibe con efusión. ¿Qué mejores credenciales que "El presidio político en Cuba"? Dirige Izaguirre la Escuela Normal Central, y en sus aulas encuentra Martí sitio adecuado, previo nombramiento del Ejecutivo, como catedrático de Literaturas Extranjeras y de Historia de la Filosofía.

Igual que en México, pronto se hace de afectos imperecederos. Lo traen, lo llevan, lo hacen vicepresidente de la sociedad literaria *El Porvenir,* pronuncia discursos emocionantes, escribe

en los periódicos. Apenas se estará quitando el polvo del camino, y ya el diario "El Progreso" ofrece publicar "un notable estudio sobre los códigos nuevos, escrito por el joven e ilustrado abogado cubano don José Martí. . . Llegado recientemente a Guatemala, muestra actividad extraordinaria al emitir juicio completo de los códigos, desconocidos para él hace poco, y estudiados ya y comparados en su esencia y en su forma, y en manera tan escogida que nada deja que desear".

En la misma edición, correspondiente al 22 de abril de 1877, reproduce aquel periódico la carta que con su estudio envió Martí a don Joaquín Macal, Ministro de Relaciones Exteriores. Párrafos esenciales:

"Mi respetable amigo: ¿Quería usted saber qué pensaba yo del Código nuevo, y ver algo de lo que dicen que yo he escrito? ¿Por qué me pide usted nada de lo pasado? La vida debe ser diaria, movible, útil; y el primer deber de un hombre de estos días es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias. . . Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que yo quiero es servir más. . . Llego a Guatemala y la encuentro robusta y próspera, mostrándome en sus manos orgullosas el libro de sus Códigos; lo tomo, lo leo ansioso, me entusiasman su sencillez y su osadía. . . Vengo a comunicar lo poco que sé, y a aprender mucho que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consuelos de un trabajo honrado y en las preparaciones para un combate vigoroso. . . Por sistema me tengo vedada la ingerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y esa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas".

Lo mismo que en tierras de Anáhuac, se está impregnando Martí de Guatemala. Visita y describe distintas regiones del país: Amatitlán, San José, la Antigua, Quezaltenango, Salamá; habla con los indios; cambia impresiones con gentes entendidas en café, caña, sementeras, ganadería, arte, arquitectura; estudia y analiza la producción literaria del país: Pepe Batres, García Goyena, Montúfar, José Milla, García Peláez, Lainfiesta; otros intelectuales y poetas están en sus apuntes, al lado de pintores, músicos y escultores de valía. ¡Y el clima! ¡Y el cielo azul! ¡Y el amor que nace!

Porque también hace vida de sociedad José Martí, y frecuenta la casa señorial y acogedora de don Miguel García Granados. Nace allí su idilio, su romántico idilio con María, la hija más bella y más dulce del patricio, "la niña de Guatemala, la que se murió de amor".

Lucha consigo mismo el antillano enamorado. ¿Acaso no está comprometido en México? Dos nombres y dos figuras acariciadoras le dan vuelta en la cabeza: ¡Carmen Zayas Bazán! ¡María García Granados! ¿No proclama él mismo que debe cumplirse la palabra empeñada?

Se retira Martí de las tertulias sociales del prócer guatemalteco. Se advierte su ausencia. Se le llama una tarde. "¿Alguien lo ha ofendido?" "¿No es como de la familia?" "¿No es amigo de la casa?" Y como respuesta le escribe entonces a María en su álbum, no en nombre del amor sino de la amistad:

A ti va alegre mi canción de hermano
¡Cuán otro el canto fuera,
Si en hebras de tu trenza se tañera!

Termina el año y ha llegado otra vez a la capital de México José Martí. Ha hecho el viaje desde Guatemala, para contraer matrimonio con Carmen Zayas Bazán. Ausentes ya sus familiares, hacen los arreglos de la boda Manuel Mercado, sus demás padrinos y un grupo selecto de sus amistades.

En el Sagrario Metropolitano tiene lugar la ceremonia, el 20 de diciembre. Y en enero de 1878 ya está la joven pareja en Guatemala, y está de nuevo en sus cátedras José Martí. ¡Será por muy poco tiempo!

Justo Rufino Barrios, a quien lo salva ante la Historia el haber dado su vida por la unión de Centro América, se ha ido convirtiendo en dictador de Guatemala. El maestro Izaguirre ha tenido dificultades con el Gobierno, y desde arriba se le ha obligado a renunciar la Dirección de la Normal.

Martí, sin otros medios de vida que sus clases, con su mujer en cinta, con buenas relaciones aunque no le faltaran también sus adversarios, bien podía quedarse en el colegio, bien podía quedarse en Guatemala. Pero frente al caudillismo, frente a la dictadura, no puede titubear. Envía su renuncia al Presidente, y sale de Guatemala el joven matrimonio el 6 de julio, dirigiéndose a Cuba por la vía de Honduras. A Cuba, porque se ha firmado el Pacto del Zanjón y se ha ofrecido un indulto

general. Y para que en el territorio de la gran Antilla les nazca a los Martí su primogénito.

¡Larga y penosa la jornada de Guatemala a Honduras! Varias semanas se detienen los viajeros en la república vecina. Embarcan por fin en el puerto de Trujillo, y llegan a La Habana el 3 de septiembre de 1878.

Al transcurrir de los años recordará Martí su estancia en Guatemala, con gratitud y con cariño. No habrá de perdonarle su tiranía a Justo Rufino Barrios, ni la falta de humanidad con que "hacía caer apaleados a los sospechosos". Pero nunca confundirá a la nación guatemalteca con los falsos revolucionarios, por cuya culpa languideció y se corrompió el movimiento de reforma. He aquí unos párrafos de la portada a su folleto "Guatemala", síntesis del sentimiento de Martí por la tierra del quetzal:

"...Yo llegué, meses hace, a un pueblo hermoso; llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza, el pueblo aquél, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho. Me da trabajo que es fortaleza, casa para mi esposa, cuna para mis hijos. Diré con mi palabra agradecida cuánto es bella, y fraternal, y próspera la tierra guatemalteca, donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre".

Pero, sobre todo, dejó Martí a la posteridad el mejor homenaje, la más pura ofrenda de un poeta, que ilumina con sus versos a la tierra en que amó y fué bien querido, con el romántico amor de una mujer que cerró los ojos al perderlo. Basten, como modelo, cuatro estrofas:

Quiero a la sombra de una ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

Como de bronce candente
al beso de despedida

era su frente —¡la frente
que más he amado en mi vida!

Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Dos meses después de su repatriación en La Habana, el 12 de noviembre de 1878, les nace el hijo a los Martí: José Francisco. ¡El único hijo de un matrimonio que pudo ser feliz, si la independencia de Cuba no hubiera estado de por medio! ¿Se quedará tranquilo en Cuba José Martí?

Ya vimos que el Pacto del Zanjón, firmado el 19 de febrero anterior, dió fin a la *guerra grande* y ha servido para evitar las represalias que se temían contra los patriotas. Martí se puede desenvolver en su país, tomar algunas cátedras en la Universidad, ejercer su profesión de abogado. Eso esperan sus padres, y lo desea su mujer ardientemente, y no es otro el criterio de sus parientes políticos.

De acuerdo con el pensamiento unánime de sus seres más queridos, trabaja sin descanso nuestro gran Martí, en el bufete del licenciado don Miguel F. Viondi. Pasan los días, las semanas, los meses, y está el apóstol litigando, haciendo escrituras, revisando legajos. Pero conforme se le va el tiempo le arde la sangre; y pronuncia discursos "literarios" de fondo peligroso; y su mujer le recuerda acongojada el peligro a que se expone y le señala al hijo.

Unos meses más, y ya lo tenemos conspirando. Juan Gualberto Gómez y otros revolucionarios serán sus compañeros. Advertidas las autoridades toman preso a Martí, el 17 de septiembre de 1879, al año de su regreso. Y ocho días después, el 25, se le deporta en el vapor *Alfonso XII* con rumbo a Santander.

En Madrid atiende algunos asuntos jurídicos del licenciado Viondi; habla con diferentes funcionarios; se convence de que no hay esperanzas de comprensión para Cuba, y sale como puede de la Península hasta llegar a Francia. En París hablarán con él muchos cubanos durante los últimos días de 1879.

Nueva York - Venezuela - Nueva York

Y AHORA, ¿hacia dónde? ¿Hacia dónde, cerca de Cuba? Ni pensar ya en México. Ni pensar en Guatemala. Sueña con Venezuela, la patria del Libertador, pero allí la situación anda revuelta y no podría ganarse la vida decorosamente. Además, debe reunirse con su esposa y con su hijo en lugar seguro. Es entonces cuando resuelve el viaje a los Estados Unidos, el país de la libertad que abre sus puertas y le brinda amparo al inmigrante, al hombre de ambición y de trabajo.

Entre gentes extrañas, en alta mar, pasará el año nuevo. Y el 3 de enero de 1880 desembarca en Nueva York, la Babilonia de cemento y hierro, en donde podrá ganarse el pan e iniciar sus grandes campañas por la libertad de Cuba. Palmo a palmo le hará frente a sus necesidades: artículos en la revista "The Hour", y no precisamente en castellano sino en inglés, con todo el trabajo que significa escribir en un idioma extranjero; crónicas para el diario "The Sun", clases, traducciones.

No olvida lo suyo. Se ha puesto en comunicación con emigrados cubanos. Ha tenido con ellos varias juntas. Ha dado una conferencia en el Steck Hall y se preparan otras. Sin embargo, está pegado a la tarea, trabajando en lo cotidiano, produciendo, porque es triple el conflicto moral y económico de este varón predestinado: su esposa y su hijo, a quienes insiste en tener a la par suya; su madre y su padre, enfermo y achacoso don Mariano, quien no ha salido de pobre; y su propia, aunque modesta subsistencia, en la enorme y bulliciosa ciudad de subterráneos y de rascacielos.

Ciertamente que Martí ha encontrado en Nueva York una pensión de hispanoamericanos, en donde todos lo aprecian, y lo animan, y en donde la dueña de la casa, doña Carmita Miyares de Mantilla le da calor de hogar, lo admira y lo comprende. Pero esto es grave. Martí es hombre de afectos, dado a la ternura, amigo del hogar: "Fuera del hogar legal y normal, no hay nada". ¡Nuevo conflicto, que en el resto de su vida será el amor hondo y sincero de una gran mujer, se le avecina!

SE preocupa, medita, escribe varias cartas a su esposa, para que con su hijito se le reúna en Nueva York. El licenciado Viondi suplirá lo necesario. Pero ella, mujer de alta sociedad, no se decide, titubea, quiere más bien que su marido regrese a Cuba. "Si se retira de la política, será el abogado de mayor

clientela". Insiste Martí, hasta que a la postre, en marzo la señora y el hijo llegan a la gran ciudad.

¿Ha fracasado la reconciliación? Martí sigue dando conferencias; se ha unido con el veterano general Calixto García, quien no estuvo de acuerdo con el Pacto del Zanjón; están los dos organizando a los refugiados y han establecido una junta revolucionaria. Así no entiende la esposa el cumplimiento del deber, agotándose su marido, entregándose a lo que nada le produce, cerrándose además las posibilidades de establecerse en Cuba, en donde volverán a perseguirlo las autoridades. ¡Y a vivir con sus padres regresa doña Carmen Zayas Bazán de Martí, a La Habana, en noviembre de ese mismo año!

Cuando se le va su mujer, ha fracasado la insurrección del general García —*la guerra chiquita* de 1880—, que con relativa facilidad debelaron en la Isla las fuerzas españolas. Los ánimos están decaídos después de tanta sangre. Hay que esperar, hacer una tregua para el golpe final, usar la pluma y el verbo, convencer. ¡Cuando todos estén convencidos, será fácil vencer!

Abandonado de su esposa; con la nostalgia del hijo ausente; y con su problema sentimental en la casa de huéspedes que lo alberga, no ve Martí otra salida que alejarse de Nueva York. Otra vez la inquietante pregunta: ¿Hacia dónde? Lo sigue obsesionando Venezuela, cuna de Bolívar. ¡Hacia Venezuela, entonces, hacia la patria del Libertador!

En marzo de 1881 se ha instalado en Caracas. Pero antes de instalarse, tan pronto llega a la ciudad heroica, se dirige al monumento del más ilustre fundador de pueblos. Porque no hay duda, y así lo creen sus principales biógrafos, que el viajero a quien Martí se refiere en "La Edad de Oro" no es otro que Martí:

"Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, sólo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo".

A las pocas semanas de encontrarse en "tierra propia", da clases Martí en el colegio de don Guillermo Tell Villegas y en el de Santa María. Conmueve a la juventud con sus experiencias y sus enseñanzas. Visita y se hace contertulio del gran valor

moral e intelectual que fué Cecilio Acosta, a la sazón gravemente quebrantado. Hace amistad, a la vera del enfermo, con los más destacados escritores y artistas del país. Colabora en "La Opinión Nacional", dirigida por Fausto Teodoro de Aldrey. Y en la misma imprenta del periódico, en el mes de julio, empieza a publicar su "Revista Venezolana".

PERO no habrá de permanecer mucho tiempo en Venezuela José Martí. Su admiración por Cecilio Acosta, adversario del Presidente y general don Antonio Guzmán Blanco; el cálido elogio que hizo de aquel incorruptible pensador, en el segundo y último número de su revista, con motivo del fallecimiento del poeta; y los discursos y las conferencias del cubano, hacen arrugar el ceño al dictador.

Puede quedarse; seguir publicando la revista; mantener sus cátedras; escribir en los periódicos, si se somete a ciertas condiciones. ¡Puede incluso seguir exaltando a Bolívar, y a Hidalgo, y a San Martín, pero sin olvidar al General-Presidente don Antonio Guzmán Blanco!

La esquivez fué la respuesta de Martí, su contestación a la sutileza con que desde la altura le llegaban las insinuaciones. Y así como salió de México por el caudillismo, así como salió de Guatemala por ser alérgico a la dictadura, salió también de Venezuela, para no vivir bajo un régimen que no era el que deseaba para Cuba ni para las demás repúblicas de América.

De nuevo la pregunta: ¿Hacia dónde? Piensa en La Habana, en su mujer y en su hijo, en sus padres, en el licenciado Viondi, en los Valdés Domínguez. Mas no da tiempo Guzmán Blanco para meditar. "¿No vino acaso de Nueva York?" —será su pregunta—. Y su decisión rotunda: "¡A Nueva York!"

El *Claudius* está en la Guaira, en maniobras para zarpar. Es el 28 de julio de 1881. Y sin que pueda Martí despedirse de sus amistades, precipitadamente, se le hace ir al puerto y se le embarca en el navío, que habrá de conducirlo, otra vez, a la Babilonia en que "se vive a caballo en una rueda", y en que "los hombres no mueren sino que se derrumban".

NO pudo despedirse Martí de sus mejores amigos venezolanos, pero dejó escritas para Venezuela estas palabras, por medio del señor Aldrey, director de "La Opinión Nacional":

"...Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajero en su camino; los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida..."

"...De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla; ella tiene en mí un hijo".

Y siempre fué hijo Martí de Venezuela, a la que en diferentes escritos y en magníficas conferencias consideró como "la madre de nuestras repúblicas..., con su bandera más limpia de sangre inocente, y más empapada de sangre gloriosa, que ninguna otra de las grandes banderas del mundo".

En la segunda semana de agosto de 1881, procedente de Venezuela, atraca el *Claudius* en un muelle del Hudson. Desde entonces hasta el 31 de enero de 1895 —tres meses y medio antes de su muerte—, vivirá en Nueva York José Martí. Por segunda vez se ha instalado en la heterogénea urbe norteamericana, que sólo habrá de dejar temporalmente, a partir de 1891, durante sus viajes rapidísimos como Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

La residencia de Martí en España, en México, en Guatemala y en Venezuela; su conocimiento de los Estados Unidos; su experiencia de la vida, sus penalidades, la tragedia íntima de su hogar deshecho, le han dado visión, fortaleza y tolerancia para ser el gran iluminado. Hará de Nueva York su centro de actividades. Desde allí mantendrá contacto con lo más valioso de América. Y al cabo de pocos años, por su extraordinaria fuerza moral, su preparación y su talento, tendremos que este hombre frágil, menudo, pálido, enfermizo, a quien consume un fuego interno, es el motor de la inmigración cubana, y de cuanto se relaciona con la independencia de su patria, o con la cultura y la libertad de hispanoamérica.

Se gana el pan como puede. En la firma de importación y exportación Lyons & Company. En la casa editorial Appleton.

Dando clases de español en una escuela superior nocturna, que dirige el irascible George White. Y en medio de tanto batallar escribe, escribe sin descanso: para "La Opinión Nacional", de Caracas; para "El Partido Liberal", de México; y de 1882 a 1891, durante nueve años, para "La Nación" de Buenos Aires, que lo nombra su corresponsal. Así asegura sus ingresos para lo indispensable y para los suyos, porque su mayor deseo es ayudarlos y tenerlos cerca.

Feliz se siente cuando le puede girar los pasajes a don Mariano, y llega el viejo de La Habana, y lo instala y lo cuida el hijo en su pequeño departamento de Brooklyn. Desde septiembre de 1883 hasta junio de 1884, en que su padre regresa a Cuba, todo fué cariño, amistad y confidencia entre el viejo celador y su brillante primogénito. Enfermo y achacoso seguía el buen don Mariano, hasta rendir su jornada en 1886. Quiso entonces Martí estar al lado de su madre viuda, y con él se fué doña Leonor a Brooklyn, en donde el apóstol la mimaba con su filial ternura. Y le abrió su corazón, y comprendió la madre, y vió el sufrimiento y las razones de su hijo, pero la noble dama no tuvo palabras de censura para ninguna de las dos Carmitas.

Seguirá trabajando Martí, no sólo para producir lo indispensable, sino también para respaldar lo que no produce sino fama y alegría interior: discursos, conferencias, ensayos. Y versos para su hijo, "Ismaelillo", libro que empezó a componer en Venezuela. Y más adelante sus "Versos Libres". Y de julio a octubre de 1889 su admirable revista mensual para los niños, "La Edad de Oro" —escrita toda por él—, de la que sólo pudieron financiarse cuatro números. Y todavía, en 1891, la donosa limpidez de sus "Versos Sencillos".

Su prestigio se va haciendo continental. Se leen y se comentan sus crónicas. Se reproducen sus artículos en numerosos periódicos. En la propia ciudad de Nueva York dirige el semanario "La América". La Asociación de la Prensa de Buenos Aires lo nombra su representante en Estados Unidos y el Canadá. En El Salvador lo hacen miembro correspondiente de la Academia de Ciencias y Bellas Artes. A partir de 1887 organiza el culto del 10 de octubre, en conmemoración del Grito de Yara. El 19 de diciembre de 1889 pronuncia su sensacional discurso en la Sociedad Literaria, ante los delegados a la Conferencia

Internacional Americana. Poco después es Cónsul del Uruguay, Cónsul de la Argentina, Cónsul del Paraguay.

Sin embargo, a pesar de esos nombramientos, no deja lo de Cuba: sigue dando conferencias, cohesionando a la inmigración, ganando voluntades, hasta que pone en movimiento a la Liga Patriótica Cubana, inaugurada el 22 de enero de 1890. Y ese mismo año, no obstante su labor revolucionaria, el gobierno uruguayo lo designa como su delegado en la Conferencia Monetaria que se celebra en Washington.

Pero el débil organismo de Martí ya no resiste. Tiene que hacer un gran esfuerzo para cumplir tal cúmulo de obligaciones. ¡Y a su quebranto físico se agrega su gran pena moral! Ha hecho nuevos esfuerzos para reconstruir su hogar, para tener consigo a la mujer y al hijo, y en distintas épocas lo ha logrado. ¿Cómo iba a sospechar que el rompimiento definitivo se hiciera inevitable, precisamente cuando nada falta en la casa, cuando su situación es envidiable?

Honores, consulados, representaciones, son actividades en las que estará de acuerdo su mujer. ¡Pero volver a las andadas con la Liga Patriótica Cubana! ¡Y concurrir allí todas las noches, y dar clases y conferencias a los emigrados, y seguir agotándose, y echarse encima más responsabilidades, le parece a doña Carmen aberración o locura! Y sale para La Habana, una vez más, inopinadamente, y se lleva al niño, sin autorización ni conocimiento de Martí.

Siente el apóstol que se le acaba la vida. Varios días estará postrado en su lecho. Escribirá después a doña Leonor: "Todavía no me siento con fuerzas para escribirle. No es nada; no es ninguna enfermedad; no es ningún peligro de muerte: la muerte no me mata. Caí unos días cuando la infamia fué muy grande, pero me levanté. La gente me quiere y me ha ayudado a vivir. . . Mucho la necesito: mucho pienso en usted: nunca he pensado tanto en usted: nunca he deseado tanto tenerla aquí. . . Bueno: los tiempos son malos, pero su hijo es bueno. . . Nada más ahora: usted lo sabe todo. . .". Y a un amigo: "Los pulmones se me quejan y el corazón salta más de lo que debe".

REACCIONA sin embargo el prócer: "Calzo las botas invisibles que de un tranco, como las del gigante del cuento, van del valle a la montaña". Y con esas botas invisibles quiere darse prisa. Fundar el Partido Revolucionario Cubano. Organizar la

guerra de independencia sin nuevas dilaciones. No olvida ciertas palabras del maestro Mendive: "La verdad, que es fuente inagotable de toda elocuencia, está más en los hechos que en las palabras".

Hemos llegado a 1891. Se van limando viejas asperezas. En 1884 habían ido a Nueva York los generales de *la guerra grande* Máximo Gómez, Antonio Maceo y Flor Crombet, dispuestos a lanzarse desde luego en una difícil aventura. Martí no estuvo de acuerdo con la hora inoportuna ni con los procedimientos. Se distanciaron; hubo amargas críticas para "el licenciado", para "el doctor", para "el poeta". Pero al correr del tiempo comprendieron los militares que tenía razón Martí, y ahora se disponen a librar juntos la pelea.

El 10 de octubre de 1891 pronuncia Martí su gran discurso en el Hardman Hall. Es el llamamiento a la guerra: "¡Entrese nuestro caballo por el invasor, y espántelo y derrótelo!". Protesta el Cónsul de España en Nueva York. ¿Cómo puede un funcionario consular decir impunemente lo que ha dicho el señor Martí? Renuncia entonces el apóstol sus consulados del Paraguay, del Uruguay y de Argentina. Renuncia la presidencia de la Sociedad Literaria Hispanoamericana. Renuncia a todo para iniciar la lucha.

A fines de noviembre está estremeciendo con su elocuencia a la inmigración de Cuba en Tampa. ¡Su discurso emocionante, el 26, en el Liceo Cubano! "Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal para levantarnos sobre ella". Deja fundada la Liga Patriótica, y establecidas las bases del Partido Revolucionario. Fervor y entusiasmo en Cayo Hueso. Establecidas también las bases del Partido Revolucionario, el 3 de enero de 1892, y ratificadas a los pocos días en una velada histórica del Círculo Cubano.

Reunión en Nueva York el 24. Viaje a Santo Domingo para ofrecer el mando militar al general Máximo Gómez. Vuelta a Nueva York, en donde el 14 de marzo funda Martí el periódico "Patria", y queda definitivamente aprobada la constitución del Partido Revolucionario Cubano, el 10 de abril de 1892. Al gran forjador de voluntades se le nombra Delegado. No quiere ser nada que implique dirección o presidencia. *Delegado.* Simplemente *Delegado.* Y va de un sitio para otro en ese año de intensa actividad, venciendo su frágil naturaleza

que una vez más lo hace guardar cama: "Es imposible que este cuerpo no oiga mis ruegos. Que me deje andar. Que me deje pensar. Que me deje escribir. A veces la angustia es mucha y creo que acabo".

Pero no acaba José Martí. En 1893 estará de nuevo con el general Gómez en Santo Domingo. Y de un tranco, "con sus botas invisibles", pasará por Haití, por Jamaica, por Costa Rica, en donde gozan de hospitalidad Antonio Maceo y un grupo selecto de dirigentes cubanos. De allí a Panamá. Otra vez Tampa. Otra vez Cayo Hueso. Otra vez Nueva York, Filadelfia, Jacksonville, Nueva Orleans. "Quisiera ser relámpago y cubrirlo todo".

En 1894 llega el general Gómez a Nueva York. ¡Hay que acelerar los preparativos! Noches enteras discute y traza el plan de campaña con el Delegado. La revolución brotará del país mismo. Los viejos jefes de *la guerra grande* llegarán de afuera con barcos y pertrechos. Urge otra entrevista con el general Maceo. Es indispensable prevenir a los demás jefes, diseminados en diversos países. Nuevo viajes de Martí: Filadelfia, Florida, Nueva Orleans, Costa Rica —en donde la fecha del movimiento queda convenida con Maceo—, Panamá, Jamaica, Nueva York.

¡Y no termina todavía! Faltan fondos. Un empuje más. Piensa en México José Martí. Y en México lo verán sus amigos en julio de 1894, con la cara demacrada, con su traje raído, con su bombín de siempre, con su maletita de mano. Viaja en camarotes de segunda; se aloja en hoteles modestos; se mueve solo, sin secretarios, sin secretarias, sin los lujosos equipajes que suelen llevar consigo los políticos contemporáneos. Pide "caridad para Cuba". Se impresionan sus amigos mexicanos. Está exhausto Martí. Manuel Mercado lo saca del hotel para atenderlo en su casa. Todos le piden que se quede en México. ¡Inútil ruego! Seguirá su ruta el gran iluminado.

1895.—Ya todo está dispuesto. Ya todo está en marcha. Pero el 10 de enero fracasa el plan de la Fernandina, porque las autoridades norteamericanas deben ceñirse a las leyes de neutralidad. Martí se derrumba de indignación y de pena, al comprobar que hubo un delator. Terrible noche pasa en Jackson-

ville. Reacciona. Se rehace. Se perderán los barcos: ¡mas he aquí que la policía se ha hecho de la vista gorda, y logran salvar los revolucionarios gran parte de los pertrechos! "¡En una cáscara de pino, en una uña se hará el transporte y se ganará la guerra!" Regresa el prócer a Nueva York.

29 de enero de 1895.—Orden para el levantamiento general. Grito de Baire. El 31 sale Martí de Nueva York y se dirige a Santo Domingo, para tomar las últimas medidas y reunirse con el general Máximo Gómez. El 7 de febrero llega a Montecristi. Recorren los dos toda la Isla. Se organizan grupos. El fracaso de Fernandina sirve de experiencia para precaverse. El 25 de marzo está listo el Manifiesto. El 1º de abril embarca el apóstol con el general Gómez y otros compañeros hacia Cuba. El 11 se interna el grupo en territorio de la gran Antilla. Cinco semanas después, el 19 de mayo, José Martí habrá cumplido su misión, bañado en sangre.

La honda de David

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895.—Mientras los jefes militares echan un sueño en sus hamacas, y vigilan alrededor de Vuelta Grande los centinelas mambises, escribe su última carta José Martí. "Mi hermano queridísimo —le dice a don Manuel Mercado—: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación... Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber, puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo..."

¿Y qué entendía por *su deber* el gran cubano? Sigamos leyendo su carta póstuma: "Impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin".

Hace luego hincapié en la urgencia de "impedir que en Cuba se abra el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte, revuelto y brutal, que los desprecia". Y agregará

su frase famosa: "Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David".

Le cuenta después Martí al señor Mercado su conversación con Eugenio Bryson, corresponsal del "Herald", quien había entrevistado al Capitán General Martínez Campos. Este le hizo saber al periodista que "sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos".

El prócer, sin embargo, no pierde la fe, porque "la guerra de Cuba es una realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas"; y porque los Estados Unidos —bien les conoce las entrañas y la forma de no comprometerse sino con garantías y protocolos—, no aceptarán la anexión de un país en guerra, levantado en armas por su independencia. Pero teme, temerá siempre la intervención del poderoso, incluso en favor aparente de la independencia de Cuba, y no sólo por Cuba sino por "nuestras tierras de América".

No eran infundados los temores de Martí. ¿Por qué no pudo independizarse la Isla al mismo tiempo que México, Centroamérica y la América del Sur? ¿Por qué siguió bajo el dominio de España y con el tráfico de esclavos, a pesar de las conjuras y de los levantamientos de sus mejores hijos, como natural reflejo de la liberación haitiana y de la guerra continental de independencia? ¿Por qué fracasaron los preparativos de Bolívar y de Páez para ayudar a Cuba y Puerto Rico? ¿Y el movimiento libertario de 1837, y los que siguieron, y las expediciones de Narciso López, y la guerra grande de 1868 a 1878?

Bien sabía Martí, desde que estudiaba en la biblioteca del señor Mendive, que a la libertad de Cuba, como a la libertad de Puerto Rico, no sólo se opusieron las autoridades peninsulares, multiplicando las matanzas de campesinos y de los más destacados jefes rebeldes, sino también los poderosos intereses esclavistas norteamericanos. Para la anexión, y no para otra cosa, esperaban momento propicio dichos intereses, como habían hecho con Texas, sobreviniendo las consecuencias que todos conocemos: la injusta guerra contra el país hermano y débil, desatada por el Destino Manifiesto del Presidente Polk; el Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, y medio territorio de la nación mexicana cercenado.

Sabía también Martí que en ese mismo año recibió instrucciones el Ministro norteamericano Saunders, en Madrid, para que ofreciese al gobierno español hasta cien millones de dólares por la isla de Cuba. Y no ignoraba que a partir de la epopeya de Céspedes, como reacción sin duda contra el despotismo intransigente de la corona española, y por la influencia cada vez mayor de fuertes monopolios norteamericanos —establecidos en el país y expertos en hacer su propaganda—, había tomado fuerza peligrosa el sentimiento anexionista en algunos círculos cubanos.

Ciertamente que la opinión pública de los Estados Unidos, ajena a las ambiciones de la banca y a las intrigas del Gobierno, simpatizaba con la lucha heroica de los cubanos por su independencia. Martí lo había podido constatar durante su larga permanencia en Nueva York. Pero la opinión pública no es la que decide en esta clase de conflictos, sino las autoridades. Y las autoridades se mostraban hostiles a los revolucionarios, alegando neutralidad.

En efecto, el Presidente Grover Cleveland y su Secretario de Estado, Richard Olney, eran enemigos rotundos de la "perturbación de la paz en el Caribe", según se desprende de una proclama suya, fechada el 12 de junio de 1895, recién inmolado nuestro visionario apóstol. Igual actitud asumió el Presidente Mc Kinley, sucesor de Cleveland. Y no tuvieron mejor aliado ambos gobernantes, ni lo tuvieron los magnates de Wall Street, que el Arzobispo Ireland, de vehemencia tan anticristiana como la que hoy emplea el Cardenal Spellman, con fines semejantes y mucho rociar de agua bendita.

FÁCILMENTE podrá entonces comprenderse cómo era lúcida la visión de nuestro grande hombre. ¡Lúcida y profética! Porque al fin y a la postre, con el pretexto de la voladura del *Maine* en la bahía de La Habana, el 21 de abril de 1898, estalló la guerra de Estados Unidos contra España. Y con la intervención del vecino poderoso, con su victoria sobre la marina y los ejércitos españoles, ¡lo que tanto temía Martí!: "la extensión de Estados Unidos por las Antillas".

Y no sólo por las Antillas sino también por el Pacífico, gracias incluso a la indiferencia irresponsable o a la complicidad de los gobiernos hispanoamericanos, que con la excusa

de la *madre España* pusieron oídos de mercader a los llamamientos insistentes del patriotismo cubano, cuando aún era tiempo de evitar lo que sucedería después.

Lo que sucedió después ya lo hemos visto. El dominio político, militar y económico de los Estados Unidos sobre una extensión inmensa, apenas comparable a la que México tuvo que entregar en 1848, por el Tratado de Guadalupe Hidalgo. O sea que Washington redondeó, a precio más bajo y con mayores ventajas estratégicas y materiales, la proposición que cincuenta años antes había hecho a España el Presidente Polk.

Pudo así cumplirse, además, lo que Martínez Campos le había declarado al periodista Bryson: "Llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos". Y se entendió. ¡Pero vencida y a qué costo! Con el Tratado de París del 10 de diciembre de 1898, por el cual no sólo habría de perder a Cuba, sino también sus posesiones en Puerto Rico, Culebra, Vieques, Guam, Filipinas, lo que aún conservaba de imperio colonial.

Y de ese modo quedó abierto el camino que Martí pugnaba por cegar. El camino que condujo a las rutas canaleras de Panamá y de Nicaragua, mediante la fuerza, la diplomacia del dólar, la traición y el entreguismo —¡lo peor de Estados Unidos y lo peor de Hispanoamérica!—, propiciando los Tratados Bunnau-Varilla y Bryan-Chamorro. El camino de los bombardeos y de las intervenciones, siempre en nombre de la paz. El camino, en fin, el ancho camino del Caribe, por el cual se deslizaron los acorazados hacia la propia Cuba, Haití, Santo Domingo, Veracruz, la patria de Darío y de Sandino.

Donde los intereses norteamericanos juzgaron oportuno hacer más firme su dominio, o ir ampliando su zona de influencia y afianzarse, allí estaban los acorazados. ¡Siquiera que en esa forma, de paso y por añadidura, dignos de verse y admirarse y propagarse, quedaban fortalecidos y en luna de miel con alguna satrapía los ideales democráticos, que tanto dolor y tanta sangre le han costado a nuestra América!

Pero será preferible, como síntoma de gran cordura y de amor sincero por la democracia, no insistir en tales hechos; guardar silencio; cerrar los ojos y los oídos; no acordarse de la Historia; olvidar pues y perdonar, para que se mantenga firme y radiante lo del buen vecino.

HAY en esta última carta de Martí, carta-testamento a su mejor amigo mexicano, otro aspecto que se lee con emoción. Quería dejar constancia escrita, con su pluma y con su sangre, de cómo era capaz de dar la vida por su país y por su deber. "¡Tengo ánimos con qué realizarlo!" Así contestaba el apóstol a los que habían puesto en duda su decisión heroica, creyéndolo bueno únicamente para pronunciar discursos, para echar a la gente por delante, y no para tomar las armas. Sobre "un largo viaje", sobre el sacrificio de su vida, le había escrito a su madre el 25 de marzo, en Montecristi, después de haber redactado el "Manifiesto":

"Madre mía: Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en la cólera del amor, del sacrificio de mi vida; y, ¿por qué nací de usted, con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

"Abrace a mis hermanas y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición".

Y a don Federico Henríquez y Carvajal, el ilustre dominicano, en otra carta inolvidable fechada el mismo día, también en Montecristi: "...De vergüenza me iba muriendo, cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida...

"...Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio... Mi único deseo sería pegarme al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora...

"...Me arranco de usted y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: ¡hermano!... Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria".

Varias páginas podrían llenarse con citas de Martí sobre este tema de la muerte, de la muerte heroica, que lejos de atemorizarle le atraía. Desde Chicago, al describir para "La Nación" de Buenos Aires el ajusticiamiento de las víctimas propiciatorias, con motivo de la manifestación obrera del 1º de mayo de 1886, no pudo ocultar su admiración por la forma en que llegaron a la horca:

"Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza; el de Parsons, orgullo radioso; Engel hace reír con un chiste a su corchete... Resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que le oyen les entra en las carnes: *La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora...* Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: *Este es el momento más feliz de mi vida*".

Subraya Martí las frases que pone en boca de los que ya van a morir. Las hace resaltar. ¿No está diciendo desde entonces, no está pensando desde que se hizo responsable de la carta que lo llevó al presidio, cómo el entrar en una *muerte útil,* en una *muerte heroica* sería el momento más feliz de su vida?

ANDRÉS IDUARTE nos da en "Martí, escritor", síntesis como éstas: "Otros lamentan la muerte necesaria. Yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida" (1891, IX, 173).

"...Yo voy —dice a Gualterio García— a que me estrujen, a que me acorralen, a que me intriguen, a que me nieguen... ¿Qué importaría un puñado de gusanos ante tanta sublimidad y abnegación, ante el martirio sonriente de los que están dispuestos a morir por los mismos que nos deshonren?: es tanto el azul del cielo que no lo puede empañar una nube..." (V, 96).

"...Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria toda la vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio" (204).

Júbilo, alegría; "no se nota divorcio de mentes ni agrio de almas"; se siente puro y leve "como la paz de un niño". Describe sus impresiones, los vítores, los aplausos, cuando lo hicie-

ron Mayor General del Ejército Libertador el 16 de abril. ¡Y la entrevista de los jefes principales en el ingenio de La Mejorana, el 5 de mayo, donde se decidió que él regresara a Nueva York! Se trataba de cierta misión sumamente delicada, que sólo Martí era capaz de realizar.

¡Lo que sentiría entonces, "cuando ya la luz había entrado en él"! Pero antes de emprender su nuevo viaje al Norte quiso acompañar al General en Jefe, ser testigo de algunos combates, montar el caballo brioso y blanco que le había regalado José Maceo.

Por eso estaba el 18 de mayo en el Campamento de Dos Ríos. Le iba diciendo en su carta a don Manuel Mercado: "Hay afectos de tan delicada honestidad. . .", y no pudo continuarla. Acababa de llegar el veterano y noble general Bartolomé Masó, con tropas frescas de Manzanillo y de Bayamo.

Largamente hablaron esa noche Gómez, Masó, Martí y otros jefes sobre los planes de campaña en Camagüey; sobre la invasión de Occidente por el glorioso general Antonio Maceo, según lo acordado en La Mejorana; y sobre el próximo viaje de Martí. "¡Mañana mismo, señor Delegado. Mañana mismo, si es posible!".

En la inmortalidad

Campamento de Dos Ríos, 19 de mayo de 1895.—Mediodía tropical, con un sol que abrasa y reverbera, según cae en las aguas del Cauto o se refleja en las del Contramaestre. Están sudando de calor la propia selva y el corazón y la frente de los hombres.

A hora temprana, estandartes al viento, tuvieron parada militar las tropas de los mambises. Breves palabras de Máximo Gómez. Elocuente discurso del general Masó. Arenga encendida de José Martí.

Almuerzan después en la casa de Las Bijas. Y cuando van de nuevo al Campamento y están listas las hamacas para una corta siesta, llega la voz de alarma. ¡Por la otra margen del río, con buen número de fuerzas españolas, avanza el coronel Ximénez de Sandoval!

"¡A la carga!", ordena el general Gómez, y al frente de 300 hombres se lanza a vadear el Contramaestre. Abre fuego el enemigo, apostado en la pequeña sabana de Dos Ríos. Pro-

tege Gómez a Martí que está a su lado, que lo sigue en su caballo blanco. Le ruega pasarse a retaguardia, porque "aunque es Mayor General no tiene mando de tropa".

Se encarniza la batalla. Acometen los mambises con machetes y mosquetones. Contraatacan los españoles en posición ventajosa. Y ante el peligro de exponer a sus soldados en campo descubierto, el General en Jefe dispone la retirada.

PERO un jinete, seguido a pocos metros por Angel de la Guardia, casi un niño que no lo desampara, sigue adelante, brillantes los ojos, la mirada en alto, sin precaverse, sin advertir que a poca distancia está el enemigo, porque no ve a los soldados que le disparan sino a Cuba y su bandera, más allá de los ejércitos, sobre las cabezas de todos, como prendida entre las nubes, flameando enorme sobre la sabana de Dos Ríos.

¡Es como una aparición, como un desdoblamiento de lo que lleva en la claridad de su alma iluminada!

Y sigue galopando: hacia Cuba, hacia su bandera, hacia lo alto. Y siente que su corcel se eleva también, como un pegaso. Y vuela, vuela el jinete hacia la inmortalidad, abrazado, poseído de la muerte que lo hace rodar exánime por tierra.

Angel de la Guardia salta de su yegua alazana para prestarle auxilio, para recoger el cuerpo ensangrentado del maestro. Inútil esfuerzo del adolescente. Avanzadillas españolas casi lo rodean. Monta de nuevo; le clava las espuelas al noble animal; de bruces sobre la montura se libra de las balas; y en veloz carrera llega con la mala nueva al Campamento.

HA muerto en Dos Ríos José Martí. La noticia corre de boca en boca, se publica, se comenta. No la creen sus partidarios. La niegan sus amigos en Tampa. La niegan en Nueva York. La niegan en Cayo Hueso.

¡No! Martí no ha muerto. Lo han enterrado los españoles en Remanganaguas, sin ataúd ni ceremonias, al día siguiente de su inmolación, el 20 de mayo de 1895. Lo han desenterrado el 22 para llevarlo, sobre parihuelas, a Palma Soriano y a San Luis. De San Luis lo condujeron a Santiago y allí lo enterraron otra vez, el 27, en el Cementerio de Santa Efigenia.

¡Lo enterraron, pero Martí no ha muerto! Vive y seguirá viviendo, como faro, en lo más alto del Continente. Y como

guía, para no extraviarnos, en lo más hondo de la conciencia hispanoamericana.

Hispanoamericanismo de Martí

La carta de Martí a don Manuel Mercado, que el tránsito del prócer a la inmortalidad dejó inconclusa, así como tantas otras opiniones suyas sobre el mismo tema, podrían dar la impresión de antiyanquismo a todo trance, sin distingos entre lo bueno y lo malo de aquel gran país. Igual juicio pudiera tenerse de Bolívar, por la conocida frase de su carta a Sir Patrick Campbell: "Los Estados Unidos parecen haber sido puestos por la fatalidad en el nuevo mundo, para causar daños a nuestra América en nombre de la libertad".

Escritas en 1829 estas palabras, es indudable que el Libertador pensaba en Cuba y en Puerto Rico, a cuya independencia se opusieron obstinadamente los esclavistas norteamericanos, cuando el batallón Junín y otras fuerzas del sur se aprestaban a cooperar con los insurgentes de las dos Antillas. Pero ni las palabras de Bolívar ni las admoniciones de Martí, justificadas ante la amenaza del *Destino Manifiesto,* implican, necesariamente, antiyanquismo. Reflejan, a lo sumo, un temor fundado y un supremo anhelo: defensa de lo propio: hispanoamericanismo.

En el concepto del uno y del otro, no es precisamente la geografía el aglutinante de las naciones, sino el común origen, la tradición, el idioma, la cultura. Y que eso es verdad nos lo demuestra la pequeña geografía de Europa, de donde han salido las más sangrientas guerras de los últimos siglos, por rivalidades entre las viejas potencias, a pesar de hallarse todas ellas en el mismo Continente.

Me parece oportuno traer esto a colación en el primer centenario del natalicio de Martí, porque sus crónicas, llenas de simpatía para el pueblo laborioso de los Estados Unidos, para sus instituciones ejemplares, para sus valores éticos más representativos; su admiración por Lincoln, Walt Whitman, Emerson, Wendell Phillips, Cooper, Alcott, Sheridan y otros personajes de altura espiritual; el hecho, incluso, de haber vivido quince años en Nueva York; todo eso, y *algo más,* se está aprovechando para ofrecer una visión incompleta de su ideario.

En forma tan bien o malintencionada nos presenta cierta publicidad extranjera a nuestro gran cubano, que casi nos lo convierte en pilar del Panamericanismo, cuya paternidad se le pretende adjudicar ni más ni menos que a Bolívar. Me refiero al Panamericanismo oficial, que dió origen a la Unión Panamericana de Washington, de no muy grata memoria, y posteriormente a la sigla O. E. A. (Organización de Estados Americanos), burocrática entelequia que al negar que existan problemas graves en América —¡y la mitad de ella está sufriendo de furor totalitario!—, demuestra que sus dirigentes proceden por consigna, o como si hubiesen perdido la razón.

Todo eso y *algo más,* dije antes, se aprovecha para desfigurar el ideario hispanoamericano. El *algo más* es lo que bien pudiera definirse como habilidad diplomática de la peor especie, porque siempre vamos a la de perder. O como sutileza casi grotesca de los que le buscan sonrisas al poderoso, sin que les duela mutilar, según convenga a sus intereses, hasta la biografía y el pensamiento de nuestros más altos valores.

Que lo haga la contraparte nada tiene de extraordinario, porque está en lo suyo. Pero que así procedan gentes de nuestro propio bando, generalmente avispadas, de mucha jurisprudencia y bien movido predicamento, es como para mesarse uno los cabellos. Conducta inadmisibe, sobre todo, en quienes llevan la representación de gobiernos más o menos responsables, que habrían de ponerse a la altura de lo que es y significa la América Española.

RESPECTO de Bolívar, acaso no sea esta la ocasión más propicia para insistir en su arraigado hispanoamericanismo. Baste recordar que desde el principio de su carrera hasta su muerte física, en 1830, durante 20 años, ese fué su *pensamiento substantivo.* Y así se comprueba en la Carta de Jamaica, de 1815; en su discurso de 1819, ante el Congreso de Angostura; en sus comunicaciones al Protector argentino, Juan Martín de Pueyrredón; en sus invitaciones de 1822 y de 1824 para reunir el Congreso de Panamá; en su discurso del 10 de febrero de 1825 ante el Congreso peruano.

Siempre hablará Bolívar en esos documentos de "las repúblicas americanas, *antes colonias españolas*"; y de la Confederación o Liga *hispanoamericana* que, con la independencia territorial y con la libertad del sér humano, dentro de un orden

democráticamente establecido, viniese a ser modelo para el mundo.

¿Por antisajonismo? ¿Por antieuropeísmo? No. Por hispanoamericanismo. Siente admiración por Europa, por la legislación inglesa, por la democracia norteamericana. No somos peores ni mejores, sino diferentes. He aquí su tesis:

"Somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares... Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte... No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles".

A esa especie media —agregará Bolívar— corresponden leyes apropiadas a su naturaleza y a su carácter, "a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, al género de vida de los pueblos, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus costumbres, a sus modales". Exclama a continuación en el Congreso de Angostura: "¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!"

Por lo que a Martí se refiere, para honrarlo y honrarnos con su presencia; para sentirlo como si estuviera con nosotros; para no extraviarnos en esta confusión de la época contemporánea, será preferible usar sus propias palabras, extractadas de diversos textos. Pequeñas gemas, nada más, de tan alucinadora y rica pedrería. Tocante al hispanoamericanismo de que se trata, ningunas tan adecuadas como las que voy sacando de su conocido ensayo "Nuestra América", publicado en 1891:

"Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras... No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados... ¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!... Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes".

¡Frases aleccionadoras las de Martí! Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, es más poderosa que un

escuadrón de acorazados. Hemos de andar en cuadro apretado, para que no pase el gigante de las siete leguas.

¡Si anduviésemos en cuadro apretado los hispanoamericanos, viendo por nosotros mismos y para nosotros mismos; sin hacerle el juego a ningún gigante de los que se amenazan y amenazan a la especie humana; sin dictadores que ofrecen defender la democracia fuera de sus fronteras, y violan y escarnecen la libertad en su propio territorio; si nos diésemos cuenta de lo que somos y de lo que podríamos ser, qué papel tan importante y decisivo desempeñaríamos en los grandes concursos internacionales!

"Somos débiles y pobres", dirán los que llevan a cuestas su complejo de inferioridad. Al punto les ataja Martí: "Sólo a los sietemesinos les faltará el valor. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses". Y seguirá diciendo en "Nuestra América":

"La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, o de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india.

"El buen gobernante de América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés... Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república.

"...Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España... Se ponen en pie los pueblos y se saludan. '¿Cómo somos?', se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América.

"...Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!"

Enumera después Martí los peligros que corren los pueblos hispanoamericanos, entre ellos uno "que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales". Y exclama:

"El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece".

Lo peor, para Martí, en los Estados Unidos —según entresaco de otros trabajos suyos—, son los políticos del Tammany Hall, los funcionarios que se dejan sobornar, los banqueros de "pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto, ayer mineros, luego nababs, luego senadores... que merodean y devastan a la usanza moderna... y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan".

Dirá de ellos que no son banqueros ni funcionarios sino *bandidos*, que lo tienen todo: "periódicos, polemistas que defienden sus intereses, damas con las que bailan en los saraos y prohombres respetuosos, que esperan en su antesala y comen a su mesa".

Se indigna el apóstol ante la corrupción, ante el inmoderado afán de lucro, ante lo peor de Norteamérica, que es también lo peor en el medio político hispanoamericano, hasta escribir esta tremenda frase: "¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, deberían ser paseados por las calles esos malvados, que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos!"

Pero ya hemos visto de qué manera, al mismo tiempo, admiraba y exaltaba Martí lo mejor de los Estados Unidos: "Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América —dijo con emoción—. Los esculpiría, firmando su obra enorme. Abriría un camino sagrado hasta el templo de mármol blanco que los cobijase. Y cada cierto número de años establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de piedra de los patriarcas, los hombres, las mujeres y los niños".

Con lo mejor de Norteamérica está Martí: con el pueblo trabajador, con los grandes estadistas, con los filósofos, con los intelectuales que nos entienden. Sin embargo, como éstos no gobiernan; y como, por regla casi general, tampoco gobiernan los mejores en el resto del Continente; y como somos además "razas opuestas", quiere amistad y comprensión, pero no alianzas, que pudieran devenir en entreguismo y vasallaje.

"En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres —escribió en 1894—, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de una cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; del otro lado está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigos". Ser amigos pero no aliados. ¿Por qué? Replica el prócer:

"Porque ellos creen en la superioridad incontrastable de la raza anglosajona sobre la raza latina. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?"

Son preguntas como para estos mismos días, de tan prolongada y enervante histeria. ¿Nos invita el poderoso a pactos de

ayuda mutua, útiles para sus intereses, o *útiles alguna vez para la América Española?* Otras frases de Martí, proféticas, como si estuviese con la pluma a cien años de distancia, darán esta respuesta que bien vale la pena meditar:

"Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero... ¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo?"

Me parece que los párrafos transcritos nos dan ideas orientadoras y concretas. Las hay también, luminosas, en su ya citado discurso del 19 de diciembre de 1889, que se publicó después con el título de "Madre América". Y en su encendido elogio a Bolívar, en el mismo local de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, el 28 de octubre de 1893. Y en tantos ensayos, advertencias, estudios, epístolas, trabajos diferentes en prosa y verso, que llenan ya setenta volúmenes, dados a la estampa en Cuba por la Editorial Trópico. Vale la pena, en todo caso, reproducir siquiera unos fragmentos de aquí y de allá, dignos de que se guarden en la memoria:

En "La América", 1883: "Del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo... Vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena, que trae cuño de Francia o Norteamérica. Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América Latina... Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto".

"Pueblo, y no pueblos —escribirá en 1884—, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal acción espiritual, se amarán luego... Surgirá en el porvenir de América, aunque no la divisen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora, como en Roma, sino hospitalaria".

En Guatemala —cita de Andrés Iduarte— hará este llamamiento: "Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desuni-

dos?... Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de esta América... Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar; Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutajiles. Puesto que la desunión fué nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?"

Y el temor que expresaba en 1889, cuando se reunió la Conferencia Panamericana, al ver "amenazada a nuestra América por un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella".

Y la frase final del ensayo más esclarecedor del maestro en 1891, "Nuestra América", del cual tanto se ha transcrito en estas páginas: "...Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora: del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el gran Semí, por las naciones románticas del Continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!"

Y COMO en un hispanoamericanismo auténtico tiene también que entrar la verdadera España, veamos algo de lo que pensaba Martí de los españoles buenos, empezando por lo que escribió en alabanza de Fray Bartolomé de las Casas en la "Edad de Oro". Unos pocos apartes de la hermosísima semblanza:

"...Si iba a ver al rey, se encontraba la antesala llena de amigos de los encomenderos, todos de seda y sombreros de plumas, con collares de oro de los indios americanos; al ministro no le podía hablar, porque tenía encomiendas él, y tenía minas, o gozaba los frutos de las que poseía en cabeza de otros..."

"...De miedo de perder el favor de la Corte, no le ayudaban los mismos que no tenían en América interés. Los que más lo respetaban, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, o lo decían donde no lo oyeran; porque los hombres suelen admirar al virtuoso, mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino, bajan los ojos al verlo pasar,

o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra. . ."

". . .El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo; ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!"

De su discurso en el Liceo Cubano. Tampa, Florida, 26 de noviembre de 1891: "¿Al español en Cuba habremos de temer?. . . ¿Al español llano que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia?. . . ¿Temer al español liberal y bueno; a mi padre valenciano; a mi fiador montañés; al gaditano que me velaba el sueño febril; al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos; al malagueño que saca en sus espaldas, del hospital, al cubano impotente; al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles les atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida!"

Aquí tenemos a Martí, como en el Manifiesto de Montecristi, defendiendo al español auténtico, al español humano, de honda raigambre democrática, porque "la guerra nueva no será de cubanos contra españoles, sino de los amigos de la libertad contra sus enemigos". Semanas antes, el 10 de octubre de 1891, en su famoso discurso del Hardman Hall de Nueva York, había dicho:

"Reconocemos —¿cómo no hemos de reconocer, recordando a Mina en México, a Gaínza en Guatemala, a Villamil en Cuba, al gallego Insúa en Nueva York?— reconocemos el valor positivo del español amigo de la libertad, que le deja franco el paso, sin oponerse a su triunfo, o sale a defenderla a la luz del día. ¡Y nuestra estimación por el español bueno, sólo iguala a nuestra determinación de arrancar de raíz, aunque se queje la tierra, los vicios y las vergüenzas con que el español malo nos pudre!"

El español malo es el de la otra España: la de Torquemada, la de los encomenderos, la de Fernando VII, la España feroz y absolutista que ha caído en poder de Franco y su Falange, contra la cual siguen luchando los españoles liberales, los de "Fuente Ovejuna" y "El Alcalde de Zalamea", enfrentados desde 1936 al nazifascismo vergonzante del Generalísimo, y al de Hitler y al de Mussolini que imperan todavía en el mundo.

¡Cómo estaría Martí con la República Española, combatida y difamada por la caverna internacional! ¡Y cómo alzaría su voz admonitoria contra los turiferarios, los espadones y los levíticos hispanoamericanos de la democracia, que ahora mismo están pidiendo la admisión de Franco en las Naciones Unidas! ¡Y que propiciaron, además, su inexcusable ingreso en el plácido convivio de la Unesco!

Hermano, le hubiera dicho nuestro Martí continental, nuestro Martí bolivariano y antiabsolutista, a don Manuel Azaña.

Hermano, a don Francisco Madero, por haberse enfrentado al caudillismo en esta tierra del Anáhuac, que fué como la suya propia.

Hermanos, a los forjadores honestos de la revolución mexicana y de la expropiación petrolera.

Hermano, al general Augusto César Sandino, que pudo defender la integridad de Centroamérica.

Hermano, al doctor Juan José Arévalo, de Guatemala, porque supo luchar airosamente contra la imposición extranjera.

Hermanos, a los guatemaltecos leales al movimiento revolucionario del 20 de octubre de 1944, por haber iniciado y proseguido la liberación de su patria.

Hermano, a Rómulo Gallegos, representante de la cultura y de la dignidad de Venezuela.

Hermano, a Víctor Raúl Haya de la Torre, preso o asilado —¡durante cuatro años!— en la Embajada de Colombia en Lima.

Hermanos, a los mineros y a los heroicos patriotas de Bolivia, que con su decisión y con Víctor Paz Estenssoro a la cabeza, le han torcido el cuello al monopolio del estaño.

Hermanos, en fin, a los exiliados políticos; a los nuevos apátridas; a los perseguidos de las dictaduras; a los defensores sinceros de tantas Cartas democráticas como se han firmado y vulnerado, con su cabeza bajo la bota del retador implacable de la inteligencia, del hombre de cuartel y de ametralladora, que

con el espaldarazo de los poderosos sigue dominando en España y en diez repúblicas hispanoamericanas.

Conclusión

TERMINARÉ con esta última cita de Martí, que corresponde a un discurso suyo del 10 de octubre de 1890, aniversario del Grito de Yara: "...Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están demás cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden".

¿Qué podrán fundar, ni esclarecer, ni atraer, ni añadir, conmemoraciones y homenajes en recuerdo de José Martí, si detrás de ciertas charreteras y levitas oficiales, muy dadas al verbo falso, no palpita un corazón honrado?

¿Cómo enaltecer al prócer de la gran Antilla, si no pocos de quienes con una mano y una pluma lo exaltan, con otra pluma en la otra mano están al servicio de feroces regímenes totalitarios, en diversos países de nuestra pregonada anfictionía hemisférica?

Es una pena. Pero son los amos, y mandan. Son los segundones, y obedecen. Y mientras éstos pronuncian discursos, aquéllos elevan monumentos y llevan coronas a nuestros hombres-guías.

Sin embargo, si alguno de los grandes apareciese en la tribuna; si Martí bajara en carne y hueso de su pedestal, los enemigos de la liberación hispanoamericana "dirían maldades de él".

"Le clavarían la puñalada en la sombra".

Tratarían de acabarlo.

Lo encarcelarían.

Lo lanzarían al destierro.

Lo llevarían incluso al cadalso por proclamar, en esta época de locura bélica, que las ideas son más poderosas que los acorazados.

Y por decir que debemos atajarle el paso al "gigante de las siete leguas".

MAS he aquí que los peores, afortunadamente, van pasando y se borran en la Historia. Y nos queda la siembra fecunda del hombre superior. Y la luz de su paso por la tierra, para

que los hijos de sus hjios y los nietos de sus nietos no pierdan el camino.

No lo ha perdido nuestra América. No lo perderá, a pesar de quienes tratan de llevar al mundo de Colón por rutas extraviadas. Contra ellos están los pueblos con su memoria ancestral. Y sus genios tutelares. Y los mejores espíritus, de uno al otro confín del Continente.

Están, pues, contra la simulación y el engaño; contra las propagandas interesadas; contra las grandes mentiras que nos agobian y nos desorientan; están *por ser nosotros mismos,* los que saben que para honrar a Martí —para honrar en general a los libertadores—, es necesario seguirlos con lealtad, beber sus enseñanzas, imitarlos, "tener limpio y entero el corazón".

Por eso, abriéndose paso entre la fanfarria de las trompetas y de los espadones, rompiendo el protocolo de los diplomáticos, podrán estos seres de excepción unir su voz al gran clamor de la dignidad hispanoamericana, de tal manera que sea nuestro el pensamiento de Carlyle en relación con Shakespeare:

—¡Qué nadie intente despojarnos de los próceres!

—Ellos son nuestra mayor riqueza.

—Lo que ellos fueron, somos nosotros mismos.

—Ellos son nuestra propia conciencia.

—Dejarnos sin ellos sería como dejarnos sin patria; sin bandera; sin lo mejor y más limpio que tenemos; sin nuestros más altos símbolos de libertad, de civilización, de justicia, de cultura y de protesta contra el entreguismo, el desenfreno, la dictadura y la barbarie.

CONSTRUCCION ECONOMICA EN CHINA

Por *Eli de GORTARI*

La liberación nacional de China ha terminado con su situación de semicolonia, en la cual los países del oeste tenían un mercado que absorbía parte de sus productos industriales excedentes y una fuente para abastecerse de materias primas baratas. La victoria de la revolución popular ha traído como consecuencia el fin del dominio extranjero y la iniciación de una política económica independiente, trazada conforme a los intereses del pueblo chino. Ahora, el gobierno popular viene resolviendo, a un ritmo acelerado, los graves problemas derivados de la operación interna y externa, y reparando los enormes daños causados por las guerras intestinas y las invasiones extranjeras, para poder impulsar a la nación dentro del cauce de la construcción económica, con la mira radical de elevar el nivel de vida de la población china. Para lograrlo, es indispensable transformar a China, cuya agricultura representaba cerca del 90% de la economía nacional al establecerse la república democrática —octubre de 1949—, en un país industrial. Por lo tanto, la creación de las condiciones necesarias para operar esta transformación es, justamente, el principio fundamental de la política económica del gobierno chino.

De los 960 millones de hectáreas que constituyen el territorio de China, son susceptibles de cultivo 160 millones, pero únicamente se encuentran en explotación 98 millones de hectáreas, es decir, el 61% de las tierras cultivables. Los campesinos forman las 4/5 partes de la población: 400.000,000. Antes de la liberación, su composición era la siguiente: 5% de latifundistas, 5% de campesinos ricos, 20% de campesinos medios y 70% de campesinos pobres y trabajadores agrícolas carentes de tierra. Entre los latifundistas y los campesinos ricos, 40.000,000, poseían más del 70% de la superficie cultivada; mientras que los campesinos medios y pobres, 360.000,000, sólo tenían, en conjunto, menos del 30% de la tierra. Por el laborioso esfuerzo

humano que hace muy productivo al suelo chino y debido a la elevada tasa de arrendamiento —generalmente la mitad de la cosecha neta— los latifundistas podían vivir exclusivamente de sus rentas. En cambio, los campesinos medios y pobres, y los trabajadores agrícolas, estaban sometidos a una servidumbre de tipo feudal, cuyas condiciones de miseria y atraso conformaban a China entera. Tal situación constituía, sin duda, el principal obstáculo para la democracia, la independencia, la unidad y la prosperidad del país. Por ello, se imponía realizar la reforma agraria, con el objetivo de abolir el sistema de la propiedad latifundista, basada en la explotación feudal, para establecer en su lugar el sistema de propiedad campesina, liberando a las fuerzas productivas rurales y desarrollando la producción agrícola. De esta manera, se resolverá, en parte, el problema de la miseria entre los campesinos; pero, su solución completa —tal como lo reconocen los dirigentes chinos— tendrá como condición ineludible la industrialización.

La política adoptada para efectuar la reforma agraria consistió en asegurarle el apoyo de los trabajadores agrícolas y de los campesinos pobres, en buscar la unión con los campesinos medios, en neutralizar a los campesinos ricos, en destruir de una manera metódica y reflexiva al régimen de explotación feudal, y en desarrollar la producción agrícola. Tal es el contenido político de la Ley de la Reforma Agraria, promulgada el 30 de junio de 1950. El apoyo de los campesinos pobres y de los trabajadores agrícolas se logró debido a que sus mismas condiciones de vida los convierten en la parte más resuelta y decidida de la población rural. Para los campesinos medios, la reforma les ha permitido conservar sus tierras y sus implementos, mejorando su nivel de vida; además, su alianza con los campesinos pobres y con los trabajadores agrícolas, ha acrecentado la fuerza activa de la reforma. A los campesinos ricos se les ha mantenido en posesión de las tierras que cultivan, ya sea por sí mismos o valiéndose de trabajadores agrícolas; de esta manera, se ha conseguido separarlos de los latifundistas feudales, y al mismo tiempo, se conserva y se protege su economía capitalista, la cual es necesaria para incrementar la producción agrícola. Respecto a los latifundistas, se les ha confiscado sus tierras, sin afectar físicamente a sus personas; y, como se trata sencillamente de liquidar al régimen feudal, se les ha dado una porción de tierra, semejante a la de los otros campesinos, para que la



Pastora mongólica después de la liberación.



Campesina china aprendiendo a manejar un tractor.



Tractorista en plena labor.



Se divierten después del trabajo.

Hao-Chien-hsiu, en una fábrica de hilados de algodón del Gobierno Chino.

Delegación en Pekín de una de las minorías nacionales, admirando una moderna máquina de la industria maderera.

Recogiendo la cosecha, fruto de su trabajo y de la tierra de su propiedad.

Esta obrera enseña cómo manejar un torno.

trabajen, y se les ha dejado en posesión de sus establecimientos comerciales y de sus fábricas.

La reforma de la propiedad agraria ha consistido en confiscar: 1. Las tierras de los latifundistas feudales; 2. Las tierras pertenecientes a los santuarios de los antepasados, templos, monasterios, iglesias, escuelas y otras organizaciones que encubrían su explotación bajo supuestos propósitos de beneficencia; 3. Las tierras adquiridas por extranjeros; 4. Las tierras poseídas por comerciantes e industriales que no residían en el campo; 5. En general, las tierras que eran dadas en arrendamiento por personas de un nivel de vida superior al medio en cada región. Todas estas tierras confiscadas han sido distribuídas entre las familias de trabajadores agrícolas, de campesinos pobres y de campesinos medios con tierra insuficiente. Esta solución general, se ha aplicado en lo particular, con acierto, de acuerdo con las condiciones concretas de cada lugar. De esta manera, en las regiones más fértiles, las familias campesinas han recibido poco menos de 2 *mu* (1,333 m.^{2}) por cada miembro. En otros lugares, la porción individual ha sido de 6 a 10 *mu* (4,000 a 6,666 m.^{2}). En fin, el promedio para toda China, por persona, ha sido de 3 *mu* (2,000 m.^{2}).

La reforma se ha llevado a cabo en cuatro etapas principales. La primera consistió en exterminar a los bandidos y en reducir las rentas de la tierra; con lo cual se logró arrebatar a los latifundistas las armas que empleaban para someter a los campesinos y, a la vez, sirvió para que los campesinos adquirieran amplia experiencia en la lucha. La segunda fase ha sido el constituir el órgano para la realización de la reforma agraria: la asociación local de campesinos. Para ayudar a esta organización, el gobierno ha enviado al campo, cada año, unas 300,000 personas con preparación política y económica. Su tarea es considerada como una de las más honrosas que se pueden desempeñar en la república democrática. La mayor parte de los estudiantes, intelectuales, dirigentes sociales y funcionarios, dedican dos o tres meses de cada año a este trabajo. Aun en el caso de un Vicepresidente de la República, como Kuo Mo-jo, a quien la complejidad de sus labores se lo ha impedido hacer personalmente, se ha contado con la participación de su esposa. Se trata de convivir por entero con los campesinos más pobres, aviniéndose completamente a sus condiciones de existencia, para convencerlos de que se organicen colectivamente y estudien en común sus problemas concretos. Para dar una idea de lo penoso

que es este trabajo —y, a la vez, de las miserables condiciones de vida de los campesinos antes de la reforma—, es suficiente con decir que el promotor tiene que pagar su propia manutención, la cual es de unos 10,000 yuans (50 centavos de dólar) al mes. Una vez organizados, los campesinos se encuentran en condiciones de llevar a cabo la reforma por sí mismos, evitando que únicamente tuviera un carácter formal. Así, la tercera etapa se inicia con la clasificación de toda la población de acuerdo con su condición social. Para esto, la asociación campesina hace un examen minucioso, hasta lograr determinar la situación de cada quien con tal precisión que se evite el descontento de los afectados por error. Entonces, se procede a confiscar la tierra, las bestias de trabajo, los implementos, las construcciones y las provisiones excedentes de quienes pertenecen a las clases antes señaladas; y se hace la distribución entre los trabajadores agrícolas, los campesinos pobres y los campesinos medios insuficientemente dotados. Conforme a esta distribución provisional se trabaja durante todo un año. Luego, viene la fase final, en la cual se vuelve a examinar la distribución, confrontándola con la experiencia adquirida y, haciendo las modificaciones necesarias, se otorgan los títulos definitivos de propiedad. En general, para el cumplimiento de estas cuatro etapas de la reforma agraria se han requerido entre 2 y 3 años.

Ahora, la reforma agraria está a punto de completarse. En la región norte se terminó desde antes de la promulgación de la ley, porque se trata de una zona liberada con anterioridad a la fundación de la república popular. En la región noroeste, la reforma se ha cumplido totalmente. En la región este, se ha realizado en un 93%. En las regiones central, del sur y del sureste, está hecha en un 81%. De esta manera, solamente restan los territorios habitados por unos 20 millones de la mayoría *han,* y por otros tantos miembros de las minorías nacionales. Respecto a los primeros, se espera terminar la reforma en los primeros meses de 1953. En cuanto a las minorías nacionales, se le ha dejado en completa libertad para realizar la reforma conforme a sus condiciones y costumbres peculiares, y en el momento en que ellas mismas lo decidan. Con la transformación de la economía agraria, se ha producido un mejoramiento inmediato en el nivel de vida de los campesinos, quienes han empezado a adquirir implementos agrícolas, maquinaria sencilla, fertilizantes, norias y otros equipos. Al mismo tiempo

que se eleva la productividad agrícola, se viene formando el mercado interior más grande del mundo, con 400 millones de hombres; el cual sólo existía antes en potencia, porque el poder adquisitivo de los campesinos era prácticamente nulo. Además, la reforma agraria comienza a suministrar capital para la industrialización de China: primero, porque los campesinos ricos ya no pueden invertir su capital en adquirir tierras, ni en especulaciones o lujos; segundo, porque una gran porción de la riqueza producida por el trabajo excedente de los campesinos se convierte en capital industrial, a través del comercio entre la ciudad y el campo; tercero, porque, junto con el aumento en la producción de alimentos y de materias primas agrícolas para la industria, se incrementa la producción de artículos de exportación —como el té, el aceite de madera y las fibras—, permitiendo la importación de maquinaria e instrumentos industriales; cuarto, porque el gobierno dedica los fondos recaudados como impuestos agrícolas, casi íntegramente, a inversiones industriales.

Una de las condiciones necesarias para evitar, primero, enormes pérdidas en las cosechas y (luego, para aumentar la productividad del suelo agrícola y ampliar la superficie cultivada, es el control de los ríos y el aprovechamiento de sus aguas para riego. El pueblo chino se ha ocupado de construir obras de irrigación desde hace millares de años. En las provincias de Shensi, Ninghsia, Shansi y Szechuan, todavía se pueden encontrar canales de riego construídos hace unos 2,000 años. También se tienen noticias, desde tiempos muy antiguos, de los esfuerzos emprendidos, para contener, cada año, las grandes avenidas fluviales. Sin embargo, los frutos siempre eran precarios e insuficientes, y las inundaciones seguían ocasionando pérdidas enormes. Tan sólo el río Huai, produjo 980 inundaciones mayores entre el año 246 a.e.n. y el de 1950, habiendo cubierto la última una superficie de 2.900,000 hectáreas. Por lo tanto, la política del gobierno popular respecto a los recursos hidráulicos, se ha concentrado en el problema de las inundaciones, considerando que sólo después de acabar con ellas, o de reducirlas en forma muy importante, se deberían emprender obras de riego de gran envergadura. Así, se ha dado la batalla para controlar los ríos, empleando una buena parte de la fuerza de trabajo liberada, ya sea total o parcialmente, por el nuevo régimen de producción agrícola. Desde 1950, se vienen ocupando

de estas obras más de 5 millones de hombres, trabajando con toda clase de instrumentos, desde las dragas más modernas y de mayor capacidad hasta el simple empleo de sus manos. La conquista de esta fuerza de la naturaleza ha sido formidable: en 1949 se inundaron 6.700,000 hectáreas; en 1950, la superficie inundada se redujo a 4.000,000 de hectáreas; en 1951, a 1.400,000 hectáreas; y, para 1952, se espera que la superficie total inundada no haya llegado a 300,000 hectáreas. A más de haberse logrado el rescate de estas tierras para una cosecha segura, se han construído, como parte secundaria, obras para dar riego a 1.397,000 hectáreas. De esta manera, se ha dado un impulso gigantesco para garantizar la productividad de una inmensa extensión del suelo agrícola y, a la vez se ha abierto la posibilidad de iniciar en firme, en 1953, la realización del programa de irrigación y de generación de energía eléctrica con plantas hidráulicas.

Otro elemento fundamental para la elevación de la productividad de la tierra, es la forestación de las cuencas fluviales. En China, la tala irracional y constante de los bosques era otra de las consecuencias del régimen imperante en la economía agraria. El inmoderado afán de lucro de los terratenientes feudales y la miseria de los campesinos, se conjugaban para derribar los árboles sin discriminación alguna. Actualmente, la superficie boscosa, es de sólo 50.000,000 de hectáreas o sea, un poco más del 5% del total. De acuerdo con los estudios científicos más avanzados, un país necesita tener cerca del 30% de su superficie total ocupada por bosques bien distribuídos, para poder regular su clima, controlar las inundaciones, detener la erosión por los vientos, y eliminar la sequía y otras calamidades naturales. Por consiguiente, la política forestal del gobierno chino consiste en proteger los bosques, en practicar los cortes conforme a un sistema racional y sin afectar el equilibrio ecológico, en utilizar la madera con el máximo aprovechamiento, y en realizar una intensa reforestación, empezando por ciertas regiones clave. Con arreglo a este plan, se calcula que la superficie boscosa aumentará, en 30 años, del 5% actual al 20% del territorio chino; con lo cual se mejorarán los suelos cultivados y se recuperarán extensiones importantes.

Dentro de las condiciones creadas por la reforma agraria, la producción del campo ha venido ascendiendo a pasos gigantescos tomando como índice el volumen cosechado en el año de máxima producción en toda la historia china anterior a la libe-

ración, tenemos los siguientes tantos por ciento para dos productos básicos:

Producción de Granos y Algodón

(Indice: 1936 = 100)

	1949	1950	1951	1952
Granos	72.5	87.0	92.8	101.5
Algodón	52.8	83.7	133.0	158.3

De esta manera, China ha dejado de ser un país importador y, luego, ha empezado a exportar granos, desde 1951, y algodón, desde 1952. La conquista de esta suficiencia ha traído aparejada la elevación del nivel de vida campesino y la importación de maquinaria industrial en mayores cantidades. Como una perspectiva del ensanche que se realizará en el mercado rural, podemos tomar el consumo de telas de algodón que se ha tenido en la región noreste, en la cual se efectuó la reforma agraria desde el año de 1947:

Consumo de telas de algodón en la región noreste

(1947 = 100)

Año	*Cantidad en millones de metros*	
1948	39.6	150.0
1949	105.6	400.0
1950	297.0	1,125.0
1951	363.0	1,377.8

Ahora bien, los resultados anteriores se han obtenido con el cambio en el régimen de la propiedad de la tierra. Pero, en la actualidad, cuando la reforma agraria está a punto de terminarse, la política del gobierno popular se orienta hacia la organización de la producción. Cada campesino tiene entera libertad para cultivar su parcela en forma individual; pero, las evidentes ventajas de la cooperación y el estímulo que se le presta, están llevando a la institución de organizaciones de ayuda mutua, en las cuales se establece cierta división del trabajo y se crean los

rudimentos de la explotación colectiva de la tierra. El desenvolvimiento futuro de esta institución, creará las posibilidades reales para la mecanización de la agricultura y, al propio tiempo, liberará nuevas fuerzas productivas rurales para llenar las crecientes necesidades de la industria. De este modo, el aumento de la productividad agrícola viene ampliando el mercado para los artículos industriales y puede suministrar la fuerza de trabajo requerida por la producción industrial en ascenso. A todo esto, se agregan las numerosas aplicaciones técnicas que se desprenden de las investigaciones que realiza la Academia de Ciencias, en el campo de la entomología, la fisiología vegetal, la botánica sistemática, la genética y la química biológica.

Por otro lado, los yacimientos minerales de China son ricos y abundantes. Respecto al carbón, sus reservas se estiman conservadoramente en 241,000 millones de toneladas; por lo cual, el país seguirá siendo autosuficiente en este sentido, aun cuando llegue a encontrarse altamente industrializado. Además, la mayor parte de los yacimientos pueden ser explotados a cielo abierto, reduciendo mucho los costos de extracción. En cuanto a las reservas de hierro, se calculan en 1,000 millones de toneladas, cuando menos. También se conocen mantos petrolíferos y minerales de cobre, estaño, zinc y otros metales; a pesar de que, en rigor, apenas ahora se han iniciado las exploraciones geológicas correspondientes. Así, se tiene cumplido otro de los requisitos fundamentales para la industrialización.

Las comunicaciones constituyen otro de los problemas fundamentales, a cuya solución dedica grandes esfuerzos el gobierno chino. La amplitud del territorio, los enormes contrastes de altitud y topografía, el retraso tan acusado en el desarrollo nacional y los destrozos causados por las prolongadas guerras, hacen que la tarea sea dura y que, necesariamente, tenga que durar mucho tiempo. Por esto mismo, se ha emprendido la realización gradual de un plan de restauración, reconstrucción, mejoramiento y ampliación de los ferrocarriles, las carreteras, las vías fluviales, los puertos, y las redes postal, telegráfica y telefónica, así como el establecimiento y la extensión de la aviación civil. Actualmente, ya se encuentran en servicio los 26,000 kms. de vías férreas existentes y se construyen activamente otros 1,500 kms. Asimismo, están abiertos al tránsito 100,000 kms. de carreteras modernas. A la vez, se habilitan constantemente caminos, como los que fué formando el ejército en su marcha

para la liberación pacífica del Tibet. Lo que se trata de asegurar, ante todo, es la distribución eficaz de los productos; evitando que se repita lo ocurrido durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, cuando se tuvieron que importar cantidades considerables de arroz para Shanghai, Cantón y Fuchou, mientras hubo siempre excedentes en las provincias de Hunan, Kiangsi, Anhuei y Szechuan, cuyo transporte fué impracticable. De este modo, la organización del sistema de transportes sirve como elemento para la ampliación del mercado interior.

La principal fuente de acumulación de capital en China, es la utilización racional y el desenvolvimiento de sus propios recursos humanos y materiales, para incrementar, de manera uniforme y coordinada, la producción, y para crear nuevas riquezas nacionales. El gobierno ha comprendido que no debe elevar constantemente los impuestos; porque esto sería en detrimento del nivel de vida del pueblo y representaría un grave obstáculo para la rehabilitación y el desarrollo de la economía nacional, en la cual desempeñan un papel muy importante los capitalistas privados, los artesanos, los campesinos y otros pequeños productores. La política adoptada consiste, por consiguiente, en los puntos que siguen: 1. Incrementar la productividad agrícola e industrial; 2. Practicar la economía y la sobriedad; 3. Emplear los equipos instalados a su plena capacidad y con máxima eficiencia; 4. Acelerar la circulación del capital; 5. Reducir los costos de producción.

Al lado de la agricultura, la industria ligera suministra capital para el desarrollo de la industria pesada. Por lo demás, la industria ligera y la agricultura se impulsan recíprocamente en su desarrollo; puesto que una buena parte de sus materias primas las obtiene la industria ligera de la producción agrícola y ganadera y, a la vez, lo primero que absorbe el mercado rural son los artículos de la industria ligera. Este proceso de desarrollo mutuo se advierte ahora, notablemente, entre la industria textil del algodón y la agricultura china.

Antes de la liberación, el grupo de las "cuatro familias" que dominaba en el gobierno del kuomintang —las familias Chiang, Soong, Kung y Chen, cuya fortuna se calculaba en cerca de 20,000 millones de dólares—, controlaba el 35% de las industrias extractivas, el 65% de las empresas productoras de energía eléctrica, el 39% de las fábricas de hilados, el 57%

de las fábricas de tejidos y la totalidad de las compañías de transportes marítimos y fluviales. El gobierno popular ha nacionalizado todas las empresas pertenecientes a los japoneses, a los capitalistas del oeste y a las "cuatro familias", o sea, al capital monopolista chino y extranjero. Sumando a estas empresas nacionalizadas, las nuevas instalaciones hechas por el gobierno, actualmente son de propiedad estatal las 4/5 partes del total de la industria pesada y las 2/5 partes de la industria ligera. En estas condiciones, el gobierno de la República China tiene en sus manos la dirección del proceso de industrialización y, sobre todo, la planeación y el desarrollo sistemático de la industria minera, metalúrgica, productora de energía, de combustibles, de artefactos eléctricos, de maquinaria, y química.

En favor de sus propósitos de industrialización, el gobierno democrático cuenta con los siguientes factores: 1. El aprovechamiento de los grandes avances tecnológicos logrados por los países más desarrollados del mundo; 2. La nueva estructura social, política y económica de la República; 3. La posibilidad de superar fácilmente los obstáculos institucionales que se presenten; 4. El hecho de que es el propio gobierno quien lleva la iniciativa en el desarrollo industrial; 5. El control adecuado del desplazamiento ocupacional, de la mano de obra artesanal hacia la industria, y de la mano de obra agrícola hacia la construcción de obras de riego y de comunicación y hacia la industria; 6. La decidida orientación hacia la producción de bienes de capital; 7. La obtención de capital exterior, de la Unión Soviética y de las Democracias Populares, sin peligro de que se dañe en el futuro la economía interna de China. Todos estos factores contribuyen a hacer que el proceso de industrialización lleve un ritmo acelerado.

Conforme lo estipula el Programa Común —es decir, la Constitución Provisional de la República— el comercio legítimo, ya sea público o privado, está protegido por el Estado. En el interior, el comercio es libre, salvo la prohibición de realizar especulaciones que perturben el mercado; las empresas comerciales de propiedad estatal cumplen, primordialmente, con la función de ajustar el abastecimiento y la demanda, estabilizando los precios. En efecto, a partir de marzo de 1950, se inició una señalada tendencia hacia el equilibrio de los precios. En 1951, sólo llegaron a subir un 13.8%. En 1952, en cambio, se han efectuado ya dos reducciones de precios, que van desde un 2%

en algunos artículos hasta un 40% en otros, con un promedio general de descenso de un 8%. Además, el volumen del comercio interior ha crecido considerablemente, hasta ser de un 170% en 1952, en comparación con el de 1950. En la práctica, se ha establecido una división del trabajo entre las empresas comerciales: privadas, cooperativas y estatales. Las cooperativas son estimadas y auxiliadas por el gobierno, pero siempre se establecen y funcionan por la buena voluntad de sus integrantes. Actualmente, el número de cooperativas es de más de 45,000 y cuenta con unos 60 millones de miembros. Las cooperativas manejan el 65% de los productos agrícolas y el 10% del comercio al menudeo.

Para el exterior, el comercio se encuentra sujeto al control estatal. Por primera vez, desde la guerra del opio en 1840, China tiene una política propia para su comercio exterior. De acuerdo con ella, ya en el año de 1950 se obtuvo una balanza comercial favorable —lo cual no ocurría desde 1877—, habiendo superado las exportaciones a las importaciones en un 9.34%. Al propio tiempo, el comercio exterior ha superado en forma considerable, también desde 1950, al promedio anual de antes de la segunda guerra mundial. Otro rasgo notable, es el hecho de que se ha pasado de la importación de bienes de consumo, a la importación de instrumentos de producción y de materias primas para la industria y la agricultura. Además, debido al bloqueo establecido por los Estados Unidos y a las facilidades ofrecidas simultáneamente por otros países, la dirección del intercambio comercial ha variado mucho, tal como se muestra en el cuadro siguiente:

Comercio Exterior de China

	1950		1951	
Países	*Imp.* %	*Exp.* %	*Imp.* %	*Exp.* %
Japón y países del oeste . .	78.79	69.55	29.97	22.06
Unión Soviética	19.84	26.58	44.70	51.51
Democracias Populares . . .	1.37	3.87	25.33	26.43

En julio de 1950, el presidente Mao-Tse-tung formuló un plan para transformar la situación económica y financiera de

China. Sus puntos principales eran: completar la reforma agraria, hacer un ajuste apropiado entre la industria y el comercio existentes, y reducir en gran escala los gastos del gobierno. El plazo señalado para la realización del plan, fué de tres años. Las tareas fundamentales que comprendía, eran: 1. Llevar a cabo la reforma agraria, por etapas y en forma ordenada; 2. Consolidar el control y la dirección unificada de las finanzas y de la economía; 3. Lograr el equilibrio entre los ingresos y los egresos; 4. Estabilizar los precios; 5. Desmovilizar parte del ejército e incorporarlo al trabajo productivo; 6. Reformar la educación y la cultura, de un modo metódico y cuidadoso; 7. Auxiliar y dar trabajo a los desocupados.

Para equilibrar el presupuesto se recurrió, fundamentalmente, a cuatro medidas. La primera, fué la introducción de un sistema único y eficaz para recaudar los impuestos. La segunda, ha sido la de equilibrar el abastecimiento de artículos esenciales, en escala nacional, como son los granos, el algodón, las telas, el carbón y la sal. La tercera, consistió en establecer el equilibrio entre los ingresos y los pagos, regulando el dinero en circulación, a través de la política de crédito del Banco del Estado. La cuarta, fué la de establecer grandes economías en los gastos del gobierno. Los resultados de la adopción radical de estas medidas han sido fructuosos. En 1949, el déficit fué de un 60%. En 1950, se redujo a un 18.7%, entre venta de bonos y emisión de papel moneda. En 1951, ya hubo un excedente en los ingresos. En el presupuesto de 1952 —adoptado el 6 de agosto— se prevé un aumento de 41.66% en los ingresos y de 55.52% en los egresos, con respecto al presupuesto de 1951. A la vez, se ha efectuado un desplazamiento en la importancia del origen de los ingresos. En 1950, los impuestos provenientes de la agricultura ocupaban el segundo lugar, y los impuestos pagados por las empresas estatales el tercero. En 1952, las empresas estatales han pasado a ocupar el primer lugar por el monto de los impuestos que pagan, mientras que los impuestos agrícolas han descendido al cuarto lugar en importancia.

Las fluctuaciones en el valor de la moneda nacional china, el *yuan*, se muestran en el cuadro siguiente. Sus datos son bastante elocuentes acerca de lo que se ha logrado, en este sentido, por el gobierno popular:

Tipos de cambio del yuan chino con respecto al dólar norteamericano

Fecha	*Yuans por un dólar*
1937	3
Mayo de 1942	20
Enero de 1946	1,480
Febrero de 1947	12,000
Septiembre de 1947 .	60,000
Octubre de 1947	100,000
Marzo de 1948	480,000
Junio de 1950	37,500
Julio de 1950	36,000
Agosto de 1950	32,200
Septiembre de 1950 .	31,000
Diciembre de 1950 ..	27,640
Enero de 1951	25,160
Febrero de 1951	23,130
Mayo de 1952	20,040

Como decíamos, se advierte claramente la diferencia entre la época en que las "cuatro familias" controlaban el sistema monetario y bancario del país, en estrecha conexión con el capital financiero de los países del oeste, y la actual época del gobierno democrático popular.

Tal como lo expusimos antes, la reforma agraria se ha llevado a cabo de manera sistemática y está a punto de terminarse. Los precios han sido estabilizados y empiezan a descender. Parte del ejército ha sido desmovilizado e incorporado al trabajo productivo y, aún más, el propio ejército está empeñado actualmente en el proceso de la construcción económica. Los desocupados han recibido auxilio, primero, y luego han adquirido ocupación permanente, de tal modo que es posible afirmar la desaparición del paro. Con todo esto, se ha cumplido el plan de estabilización de la economía y las finanzas chinas, anunciado por el presidente Mao Tse-tung en julio de 1950.

Una vez realizada la estabilización económica y echadas las bases para el impulso de la producción, la República Popular de China se prepara a emprender la construcción económica propiamente dicha. En los comienzos de 1953 se tiene proyectada la iniciación de un plan de industrialización en gran escala. El principio fundamental en el cual se apoyará este programa

constructivo, consiste en desarrollar la producción y desenvolver una economía próspera, a través de la política de tomar en cuenta los intereses públicos y privados, de beneficiar al capital y al trabajo, de acrecentar la ayuda recíproca entre la ciudad y el campo, y de ampliar el intercambio de mercancías entre China y los otros países del mundo, sobre bases de igualdad y de beneficio mutuo. El gobierno se encargará de coordinar y regular, en sus respectivas esferas de operación, la economía de propiedad estatal, la economía cooperativa, la economía individual de los campesinos y de los artesanos, la economía capitalista privada y la economía capitalista de estado. Asimismo, se ocupará de encauzar el abastecimiento de materias primas, de promover el ensanche de los mercados, de mejorar las condiciones de trabajo, de asegurar la obtención de equipo y maquinaria, de ejercer el control de las finanzas, etc. En este sentido, los diversos sectores componentes de la economía social, bajo la dirección de la economía de propiedad estatal, podrán establecer la división y la coordinación del trabajo, para desempeñar las funciones que les corresponden en el desarrollo de la construcción económica en su conjunto.

La economía de propiedad estatal ocupa el rango de fuerza dirigente de la economía social entera. Todos los recursos y las empresas de propiedad estatal son de propiedad pública del pueblo y constituyen la principal base material para el desenvolvimiento de la producción y la conquista de la prosperidad económica. Además, cualquier empresa, conectada con la vida económica del país, que ejerza una influencia dominante sobre la subsistencia popular, estará bajo la operación unificada del Estado. La economía cooperativa es considerada como un componente importante de la economía popular en su conjunto, por lo cual el gobierno le concede un trato preferente. Respecto a la economía de los artesanos, de los campesinos y de ocupaciones secundarias, se impulsará la organización de la producción y se promoverán diversas formas de ayuda mutua y cooperación en el trabajo. En cuanto a la economía capitalista privada, el gobierno popular estimulará la operación activa de todas las empresas cuyas funciones resulten beneficiosas para el bienestar nacional y para la subsistencia del pueblo, y les prestará ayuda para su desarrollo. La economía capitalista de estado, con participación conjunta de capital estatal y privado, será ampliada y fomentada. En tanto sea necesario y posible, se estimulará al

capital privado para desenvolverse en la dirección del capitalismo de estado, tomando a su cargo la operación de las empresas de propiedad estatal y explotando los recursos naturales de propiedad estatal, en la forma de concesiones.

De esta manera, los dirigentes de la República Popular esperan construir una gran nación industrial, siguiendo una trayectoria diferente a la de los países ya industrializados del oeste.

CARTA DE PARIS

El año 1952 había comenzado en un tono bastante gris a pesar del nuevo libro de Proust —manuscritos póstumos publicados por los herederos de Proust bajo el título de "Jean Santeuil"— pero dos ardientes polémicas han venido a dar un nuevo estímulo a las pasiones que dormitaban en el mundo literario de París. Por un lado ha estallado una grave crisis en la *Inteligentzia* francesa con la ruptura intervenida entre Jean Paul Sartre y Camus. Por otro lado se ha concedido el Premio Nobel a Francois Mauriac.

Empecemos por lo menos importante. La atribución del Premio Nobel ha levantado pocas veces tanta indignación en el propio país del laureado. La carrera de Mauriac había sido hasta la guerra la de cualquier novelista con talento, defendiendo ideas católicas, pero a la diferencia de su gran predecesor Paul Bourget lo hizo sin cursilería y con mayor mérito, tanto por su estilo brillante y ágil como por el atrevimiento de los temas escogidos. "Le baiser au lépreux" estigmatiza los círculos conformistas burgueses de la *provincia* francesa, donde no se vacila en entregar una hermosa y sana muchacha a un marido enfermo e impotente para salvar una cuestión de intereses sin que proteste ni la opinión pública ni el párroco, fieles apoyos de los medios políticos más tradicionalmente católicos. "Le noeud de vipères" trata de explicar como se forma la consciencia de un ateo por reacción contra la estrechez de una familia católica, "La pharisienne" como las anteriores gira alrededor de los vicios de la sociedad católica que Mauriac quisiera purificar. Es cierto que esta actitud le ha valido varias veces pasar por sospechoso ante la misma Iglesia, pero el ser el primero novelista católico *negro* era a la par un título bastante envidiable y seducía a las jóvenes generaciones. Este rasgo no bastaba sin embargo para hacer de él un maestro de las letras, aunque sí dejaba suponer carácter, energía y valor. De este valor Mauriac dió una prueba terminante participando en la publicación clandestina de *Les Lettres Françaises* bajo la ocupación alemana. Mauriac preparado ya por su pasado de lucha salió de la resistencia en 1944, fascinado por la extrema izquierda a la que se dedica desde entonces a combatir tanto más cuanto ésta más le atrae. Forma parte del grupo de los católicos socialistas que desean reformar la sociedad por la restauración de la Iglesia

y en contra del Comunismo al que dedica varias veces por semana vehementes artículos en el gran diario *Le Figaro*. Tal es el lado "favorable" del cuadro.

Tan favorable no parece para los católicos militantes más clásicos como Claudel (sin hablar de la rivalidad natural que existe siempre entre dos autores que participan del mismo ambiente y cuyos nombres suelen ser citados juntos por el público), pero la oposición más fuerte contra Mauriac proviene de las generaciones de la postguerra que le reprochan su falta de eficacia social, su anticomunismo sistemático que más bien parece una falta de imparcialidad debida a circunstancias personales y que le asimila a los peores panfletistas lanzados contra él por los comunistas. Le reprochan aferrarse a una ideología retrógrada y anticuada, encubierta bajo los aspectos del progreso social-cristiano. Le reprochan no estar al día e ignorar los problemas de las masas, y es cierto que para celebrar su triunfo, su propio periódico, *Le Figaro* le presentaba como el prototipo del gran escritor burgués. No parece este elogio susceptible de satisfacer los mismos partidarios de Mauriac.

Hay que reconocer imparcialmente que el juicio del jurado ha obedecido esta vez a consideraciones circunstanciales y efímeras que no suelen inspirar a los eminentes jueces de Estocolmo. Mauriac presentaba teóricamente las características ideales para un Premio Nobel: una doctrina fundamentalmente sana, aparentemente revolucionaria, una combatividad dirigida tanto en contra de la derecha clásica (Claudel) como en contra de la revolución violenta (Malraux o Aragón). En realidad han coronado a un autor de genio mediocre que no tiene la fuerza de Claudel, ni la balzaciana fecundidad de Aragón como novelista (cuyo estilo por otra parte va haciéndose execrable) ni el inmenso talento descriptivo que Malraux ha puesto en *L'espoir* o en *La condition humaine* estos libros inolvidables. Pero... Aragón es comunista, Malraux fascista desde la guerra, y Claudel conservador fanático. Se ha procedido pues, según parece, por eliminación... hasta que se pueda elegir a Sartre cuando sea un poco más viejo.

El conflicto entre Sartre y Camus es mucho más serio porque supone una crisis profunda dentro de la *Inteligentzia* francesa (véase su polémica en *Les Temps Modernes*, del mes de agosto de 1952). Sartre y Camus se conocen desde hace diez años. Han conquistado juntos la fama, dirigen prácticamente toda la nueva generación, ocupando juntos el puesto vacante desde la muerte de Gide. Han luchado, unidos, contra la opresión del espíritu y en pro de los valores humanos. Pero Camus es optimista, cree que el mundo puede ser salvado y se cree llamado para realizar esta regeneración. Ha escrito *L'homme*

révolté que examina sucesivamente los diversos aspectos de la lucha del hombre contra su destino. En este libro Camus, adopta desgraciadamente un tono didáctico y aun mesiánico; condena, liga, desliga, da absoluciones y, muchas veces, por su sola intuición, sin verdaderos conocimientos de la "causa".

Sartre es un pesimista. Su teoría de la humanidad se inspira fundamentalmente en las tesis filosóficas existencialistas: cada hombre por su acción compromete a la Humanidad. La humanidad se compone principalmente de cobardes y de inmundos. Cada hombre es responsable de la existencia de estos cobardes y de estos inmundos. En cambio cada uno es también responsable de la existencia de los genios, de los idealistas, de los profetas pero el balance deja un enorme saldo deudor. La humanidad en resumen es lo que cada uno la hace. Pero hay que hacerla bien. El bien es posible. El mal es la realidad diaria. Más allá del bien y del mal está todo lo que es, todo lo que existe. La condición humana es inefablemente trágica.

El choque entre ambos era imposible de evitar y se produjo porque Sartre como frío racionalista cartesiano había de decir lo que más repugna a un espíritu mesiánico como el de Camus: el mundo no es la obra de una minoría, de doce profetas ideales, sino una inmensa lucha en la obscuridad, el fango y la sangre, entre ciegos alocados que pugnan por ver el cielo sin saber que son ciegos y que aún si salieran de la oscuridad no podrían nunca VER.

La ruptura está consumada. La juventud se divide entre el hombre que escribió *La Peste* este himno magnífico a la gloria de la ascensión de la humanidad —de esta nueva Anábasis moderna— y el autor de *La Nausée* el lúgubre canto de la lucha de cada uno contra sus demonios, estos demonios que son todos los demás seres y la misma idea pluralista de la humanidad (como lo expresó escueta y fuertemente en Huis clos).

La lucha ha sido acentuada por razones circunstanciales. Camus forma parte de la Editorial Galimard cuyo jefe de fila es la eminencia gris de las letras francesas: Jean Paulhn. Este último no es más que un filólogo con talento crítico pero sin verdadera envergadura. Un dilettante que entró en la Resistencia durante la guerra y que ha puesto de moda el criticar sarcásticamente a la Resistencia. Forma también parte del equipo de Galimard, Malraux, ex-comunista y neo-fascista, que sus fracasos han conducido a internarse en la crítica de Arte. La editorial Galimard lucha por resucitar la célebre revista *La nouvelle revue française* creada a principios del siglo por Gide y muchos de sus amigos y que fué prohibida al terminar la guerra por haber colaborado

con el enemigo después de haber sido durante casi medio siglo la publicación más afamada y envidiada de París. Sartre publica la más brillante revista actual *Les temps modernes* y se encuentra en todos los aspectos opuesto al "equipo" de Galimard. El grupo de Sartre es un círculo cerrado con una orientación definida política y filosóficamente. No concibe el eclectismo ni la falta de sentido de responsabilidad que reina en la Casa Galimard, a la que sigue sin embargo ligado ya que publica en ella varios de sus libros.

Es probable que Sartre evolucione cada vez más hacia la izquierda y por de pronto ha participado en el Congreso de la Paz en Viena. Camus ha de seguir tarde o temprano los pasos de Koestler en la vía de las concesiones. Un crítico burgués decía con satisfacción después de leer *L'homme révolté:* "Avec Monsieur Camus la révolte change de camp".

El cisma ha de dejar un gran hueco en la conciencia intelectual francesa: también ella tiende, después de mucho luchar, a admitir que no caben en el mundo más que dos bloques trágicamente adversos e irreconciliables. Triunfa el principio gnóstico una vez más.

En lo teatral nada digno de mencionarse ha acontecido este año. La producción ha sido decente pero el teatro francés ha perdido momentáneamente la pujanza que le caracterizaba. Los grandes éxitos recientes han sido traducciones de obras americanas como *Death of a salesman.* Lo político ha invadido el escenario que se convierte cada vez más en tribuna. *Dialogues des Carmélites* de Bernanos fué quizás la mejor producción del año; es un cuadro de la Revolución Francesa magistralmente pintado por este gran autor católico. Roger Vaillant intentó representar su drama *Le colonel Foster plaifera coupable* obra comunista, vigorosa e interesante que fué prohibida por la policía bajo el pretexto de que daba lugar a incidentes en la sala... el día del estreno. Es el honor de la crítica francesa, tanto moderada como de derecha de haberse concertado para dar una larga relación de la obra en todos los diarios, para que se entere de ella el público pese a la policía.

El teatro francés contemporáneo está sosteniendo una lucha difícil para regenerarse. En efecto desde que terminó la guerra se ha podido notar en él un alejamiento sistemático de la tendencia que salvó el teatro entre las dos guerras y que se llamó el teatro del "cartel" fundado por Jouvet, Dullin, Baty y Pitoef. El teatro del "cartel" era un teatro de minorías, un teatro de ensayo, inteligente, vigoroso pero demasiado intelectual. Consiguió hacer desaparecer los gérmenes burgueses del teatro enfático de principios del siglo, bien moralizador o

bien deliberadamente cómico y superficial cuando se permitía algún deje de inmoralidad, en los famosos "vaudevilles", que parecieron tan divertidos y escandalosos entonces y que resultan ahora aburridísimos. El teatro del "cartel" terminó con este género fácil y vacío para internarse en lo más profundo del alma humana cuyas oscuridades descubrían por la sazón los superrealistas. Pero poco a poco este género se llegó a desecar de tal forma que el teatro había perdido todo contacto con las masas. Fué entonces, al terminar la guerra cuando empezó a hablarse de los "festivales". Estas eran manifestaciones teatrales de masas que se desarrollaban en antiguos anfiteatros romanos, en teatros griego-romanos (como el de Orange) o en el patio del palacio de los Papas de Avignon, ante varios miles de espectadores, campesinos, obreros, imitando el espíritu del gran teatro popular del medievo o incluso de la época clásica española cuando en el siglo de oro se montaban autos sacramentales delante de una inmensa concurrencia en la plaza pública, y para una sola función. Esto es lo que hizo sobre todo el más audaz de los reformistas, Jean Vilar, quien representa en el palacio de Avignon cada año con un éxito creciente, para una o dos funciones, algunas obras de gran valor literario, bien clásicas bien más modernas, francesas o extranjeras delante de un público que comprende no sólo las élites elegantes que se desplazan hasta Avignon para asistir a la función sino también a todos los moradores de la provincia. El teatro al aire libre delante de inmensos auditorios permitió con sus enseñanzas rejuvenecer las fórmulas del teatro *de sala* y, para llevar a bien la reforma, se puso a la disposición de Vilar el Teatro Nacional Popular, creado para él, con una subvención importante del Estado, abandonándole la sala más grande de París, la del Palais de Chaillot. Ahí se trabaja sin telones ni bastidores; el escenario aumentado del espacio que antiguamente componían estos bastidores es inmenso y permite grandes movimientos así como evoluciones audaces; las obras son asequibles a las masas y cuando los obreros no van a Chaillot, entonces el mismo Vilar se desplaza con una enorme tienda de circo y se marcha a los arrabales industriales de la ciudad en medio de las fábricas, donde representa para el pueblo las joyas de la literatura dramática. Es demasiado temprano para dar una apreciación definitiva sobre la obra de Vilar. Lo único que se sabe ya es que inmensas masas de espectadores acuden a sus llamamientos. Después de la función, organiza en los barrios bajos discusiones públicas con sus espectadores sobre las obras representadas. Desde el punto de vista educacional la idea tiene un valor indiscutible. Dentro de pocos años sabremos si el teatro mismo se ha renovado o si los jóvenes

autores siguen escribiendo para los teatros clásicos, "a lo italiano". Por de pronto el más conocido y el más dotado de estos jóvenes, Pichette, ha escrito ya *Nuclea,* una obra muy discutida para el teatro de Jean Vilar. Pichette, autor de esta extraordinaria aventura teatral que se llama *Epiphanies* es un autor audaz del que se espera mucho. Su estilo heredado de los superrealistas rompe decisivamente y poéticamente con la gramática; transforma en verbos los sustantivos, se expresa a veces en forma a la par tan incoherente y tan sobrada de sentido como cuando pone en boca de sus héroes enamorados declaraciones como la siguiente: "je t'émeraude" (te esmeraldo), "je te septembre" (te septiembro).

Por Pichette nos encontramos ineludiblemente conducidos a hablar de la poesía de Prevert que ha seguido el mismo proceso que el precedente pero en forma no dramática. "Ceux qui baionettent au canon", "ceux qui dreadnought", "ceux qui Marseillaisent" se encuentran a montones en sus versos. El resultado es que por este camino se ha renovado completamente la lírica y se ha llevado a su fin natural la revolución superrealista cuyos últimos destellos se apagaron, tiempo ha, pese a que André Bretón siga sostenido, claro está, lo contrario.

Desde que terminó el superrealismo la literatura poética francesa prácticamente se mantiene en un nivel bajísimo. La escuela letrista es el haz-me-reír del mundo literario y su gran jefe, Isidore Isou, no consigue que le tomen en serio. Si este tuviera tanto talento poético como de polemista sería uno de los más inspirados del siglo pero su acción es completamente negativa; critica pero no termina de dar a luz la obra maestra que demostrará la superioridad del verso puramente "silabista" (ya que el nombre de "letrista" es una manifiesta exageración) sobre el verso compuesto por palabras.

El arte por fin nos ha reservado este año grandes emociones. La exposición retrospectiva de Rouault ha resultado un inmenso triunfo. No sólo París sigue siendo un polo de atracción donde convergen los mejores lienzos del mundo entero sino que también un pintor auténticamente francés, como Rouault se ha colocado definitivamente con esta su última exposición, entre los más famosos pintores del siglo último, quizás al mismo nivel que Picasso y Braque. Es probable que esta trilogía de pintores sea frente a la historia el exponente de la primera mitad del siglo XX, en cuanto a la pintura europea, y poniendo aparte los dos genios de la pintura israelita, Soutine y Chagall que han hecho más discípulos en Oriente y Palestina que en Europa, como es natural, a pesar de haber vivido y pintado en Francia.

Y para acabar esta primera carta que sólo pretendía ofrecer un panorama de conjunto del mundo intelectual de París al terminar el

año 1952 presentaremos a nuestros lectores a Georges Braque que fué el co-inventor del cubismo, con Picasso, su rival de siempre, del que no ha conseguido separarse frente al juicio de la historia, que los confunde en la gloriosa responsabilidad común de haber HECHO la pintura moderna y la nueva sensibilidad pictórica. Antes de hablar en una próxima crónica de la querella del realismo socialista y de sus prolongaciones, era preciso darle la palabra.

Preguntamos a Braque lo que piensa de la teoría del arte comprometido (art engagé) que forma el centro de la controversia actual.

Braque dice: "Para mí no puede haber 'arte comprometido', aunque en cierto sentido, se puede decir que el mismo arte religioso sea función de un compromiso artístico, pero hay que hacer una distinción entre, por ejemplo, el tríptico de Colmar y las imágenes baratas de santos. Ambas categorías se encuentran dentro del concepto del arte comprometido, lo mismo que los carteles publicitarios. Ahora bien, de todas formas el compromiso introducido en el arte constituye siempre una mentira, una trampa para procurar una especie de hechizo; es un medio mágico. Percátese bien de que no se puede reprocharle su mala fe a un abogado, ya que de antemano se le sabe preparado a usar cualquier clase de engaños para convencer, para hechizar a los jueces, y cuanto más valedera le parezca la causa que defiende, más justificada se encuentra de usar estos medios que llamo mágicos. No se habla suficientemente de la magia en nuestros tiempos. La magia es el conjunto de los medios que crean la credulidad. Es tan peligrosa para el que la usa como para el que la sufre. El artista no debe ser ningún mago, debe quedar apartado de todo sistema".

—"Usted cree entonces en el arte por el arte?"

—"No, el arte no tiene ningún valor en sí mismo, sino como fuente de sugestiones. Lo importante para la pintura es la influencia que ejerce. Por ejemplo, Picasso y yo hemos sido responsables del camouflage en la guerra moderna, aunque esto parezca absurdo; mas nuestro modo de pintar ha mostrado a los estrategas que así se conseguía una mejor imitación de la realidad y no tiene usted más que fijarse para convencerse, en los carros del ejército y en cómo van pintados. Este sólo es un ejemplo de la influencia difusa del arte, pero lo importante es que la vida misma, es decir la vida interpretada por los artistas es lo que proporciona a los mismos filósofos las bases de sus teorías. Esta es la misma que debe tener el arte y este es el camino que debe seguir".

Marcel SAPORTA.

DISCURSOS DE ANIVERSARIO

El 8 de enero próximo pasado se efectuó en céntrico restaurante de la ciudad de México, la cena de Cuadernos Americanos que tradicionalmente se celebra al aparecer el primer número de cada año. En esa ocasión hablaron Arturo Arnáiz y Freg de México; Gil Coimbra de Bolivia, y Max Aub, de España. A continuación se insertan los discursos pronunciados.

MEXICO AL REGRESO

Una vez más, en el aniversario de Cuadernos Americanos, la vieja guardia y los amigos recientes de la revista, nos reunimos en torno de esta mesa hospitalaria para conversar un poco sobre las cosas que pasan en el mundo.

Invitado por don Jesús Silva Herzog, para leer unas líneas en esta noche en que la revista que dirige inicia un nuevo año —el décimosegundo de su existencia—, quiero acogerme al fácil mecanismo de una confidencia personal.

Todos vosotros lo sabéis ya. Durante cerca de catorce meses he viajado, casi sin reposo, dentro del ámbito del mundo occidental. En soledad obligatoria he corrido de San Francisco de California a Bagdad y Babilonia; de México, al Niágara; del Sahara a Oxford; de la primera catarata del Nilo, a Estambul; de los jardines de la Isla de Chipre a los palacios decadentistas de la Viena de Francisco José.

Salí hace más de quince meses. Un poco más de un año después de aquella fecha, en el penúltimo número que Cuadernos ha publicado uno de mis amigos más serenos, Silvio Zavala, señalaba en las páginas de la revista que: "En la construcción del "mexicano" emprendida no ha mucho en la Facultad de Filosofía y Letras, debiera haber un capítulo de relaciones exteriores".

Y en el mismo artículo veo ahora que pregunta; "¿Cómo sería?" Y se contesta: "México ha tenido vinculaciones con Europa y los Estados Unidos, Hispanoamérica, el Oriente y Africa". Zavala agrega: "De los contactos con Africa y el Oriente poco ha quedado, el mexicano de hoy no los tiene en cuenta como presencia viva".

Gracias a un conjunto de circunstancias favorables, puedo levantar aquí mi voz después de haber realizado precisamente ese periplo.

En años tempestuosos, un mexicano tenía que llegar a las tierras distantes dando disculpas. En mi viaje reciente, he tenido una fortuna excepcional; tan señalada y única que no podía perdurar. Antes de la última semana de octubre de 1952, parecía como si los mexicanos se hubieran puesto de acuerdo para presidirlo todo. Luis Padilla Nervo en la Organización de las Naciones Unidas; Jaime Torres Bodet, desde su gabinete de trabajador infatigable, la UNESCO. Amalia Caballero de Castillo Ledón, presidía desde Washington a las mujeres de América.

Un hecho básico rige y decide todavía la orientación de nuestro camino. Los mexicanos nacimos en el siglo XVI a la vida histórica, como producto de la fusión del imperio más poderoso de la Europa de entonces, con el imperio más poderoso de América. España, hija predilecta de Roma, luz del mundo árabe, no trajo a nuestras tierras un mensaje provincial. Los primeros frailes dieron a la Nueva España sólidos cimientos erasmistas. Desde el siglo XVI la convivencia de los pobladores de este país está teñida de una fuerte carga de humanismo cristiano. A ese mensaje generoso seguimos siendo fieles cuando vivimos atentos —cada día—, al esfuerzo de los hombres de pensamiento que alientan dentro y fuera de nuestras fronteras.

El español, síntesis vigorosa y agresiva de las victorias históricas del mundo mediterráneo, demostró en las tierras de América que podía tener la misma capacidad para aglutinar pueblos que distinguió al romano en las horas mejores del Imperio. De este lado del Atlántico, el hombre ibérico supo dar a los núcleos aborígenes la mejor oportunidad que hasta ahora se les ha ofrecido para entrar en convivencia plena a la cultura occidental. Desde que nacimos a este nuevo tipo de relación histórica, está visible en las páginas escritas por nuestros mejores hombres ese afán de equilibrado ajuste en lo universal.

En estos países que cada día se encaminan a su auge, seguimos viviendo como puertos libres abiertos a las más diversas y valiosas influencias culturales.

Es evidente que quedan todavía muchas cosas por hacer, pero a lo largo de todo este continente, una nota aparece como denominador común: todo señala para los años próximos como destino de América, la obligación de llevar la opulencia económica y la grandeza política con naturalidad.

Acontecimientos recientes indican que nuestra nación se encamina con firmeza hacia una nueva madurez. Es verdad que, como hace ya muchos siglos, seguimos careciendo de la útil y constructiva pequeña

codicia de todos los días. No es frecuente entre nosotros el hábito de ahorrar. Descendientes de mineros y de conquistadores, pueblos de loterías, sólo tenemos bien desarrollado el sentido del enriquecimiento fulminante.

Hace unos cuantos años, en una de las mejores páginas publicadas en CUADERNOS AMERICANOS, escribía Leopoldo Zea después del viaje que hizo a Sudamérica en 1945: "En México las grandes fortunas que se han hecho a la sombra de la Revolución no han podido lograrse por el simple medio de hacer que el trabajador del campo se agote, literalmente, en provecho de unos pocos, trabajando de sol a sol, como sucede en varios países. Las grandes fortunas se han obtenido en otra forma. Para obtenerlas se pueden hacer carreteras y especular así sobre millones; se pueden construir escuelas, hospitales, presas, etc. Con todo eso se puede especular, y está muy mal, lo reconozco. Pero siempre quedan las carreteras, las escuelas, los hospitales, las presas, mientras que en los pueblos donde la Revolución (Mexicana) se puede sentir por su ausencia, el hombre mismo es la materia de explotación y no quedan aquí ni carreteras ni escuelas ni hospitales ni presas ni nada".

En ese mismo artículo, agregaba después, a manera de consuelo: "En nuestra revolución se educa al hombre y con ello se le prepara para que en futuro inmediato reclame sus derechos; en esos países, el hombre no es sino instrumento al servicio de castas privilegiadas. De aquí también el atractivo de la Revolución Mexicana".

Amigos míos, basta repasar la lista de los hombres que gobiernan hoy nuestro país para advertir que, con pocas excepciones, en nuestro gabinete presidencial la nota fundamental es la honradez. En muchos lugares de responsabilidad y de riesgo, se hallan ahora algunas destacadas capacidades mexicanas. Entre los honrados, se ha sabido escoger con acierto a algunos de los que en años anteriores han sabido servir con eficacia.

En estos seis años venideros, en que muy pronto llegaremos a estar a cien años exactos del Plan de Ayutla o de la gran victoria liberal de 1857, no estorba —para los fines de la buena simetría histórica—, que en los puestos de mayor distinción política y administrativa sean colocados hombres dispuestos a servir, con la vocación más honda, con honradez cabal, los mejores intereses de nuestra patria.

Todos sabemos que existe la urgencia de una moralización administrativa. Sería suicida permitir que aumentase la pobreza de las clases trabajadoras. A nuestros compatriotas que ahora empuñan el timón les deseamos firmeza en el mando, mirada lúcida, y capacidad para las decisiones audaces en servicio del país.

El mexicano actual se complace en volver los ojos a su dramático pasado para sacar de él argumentos que refuerzan su amor por la libertad, por la distribución equitativa de los bienes materiales y por la convivencia pacífica con los demás pueblos de la tierra.

José Martí, figura señera en nuestro Olimpo americano lo supo ver muy claramente, y antes de iniciar su cruzada libertaria escribía para sus compatriotas: "No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra y saldrá a su hora, y bajará del cielo, pronto y bien armado". Y agregaba: "Para consolarnos no tenemos más que mirar al pueblo amigo de México que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con sus treinta locos, que llamaron "inmaculados", de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente". Y agregaba con su lucidez genial: "Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: ¡Con treinta hombres se puede hacer un pueblo!"

A "la *América de Lincoln"*, Martí la distinguía de *"la América en que nació Juárez"*. El sabía bien que nuestro indio admirable enseñó a los mejores cerebros mexicanos de su tiempo a trabajar unidos, a convivir en paz. Fué el zapoteca quien supo llevar a victoria decisiva los principios enarbolados por el partido del progreso. Perdonó, cuando lo creyó necesario para el bien de la Patria. Por servir al país, supo también ser implacable. Mexicano universal, su figura rebasa por su magnitud los límites de México. El dió al mundo la noción precisa de que nuestra república había llegado a madurez.

Cada vez que los grupos privilegiados —los antiguos o los más recientes—, intentan recuperar agresivamente sus viejas posiciones o romper el cauce marcado por las leyes, la figura de Benito Juárez surge solemne, lista para librar de nuevo la batalla antigua en la que supo vencer. Su gran lección de integridad ayuda todavía al mexicano de hoy a entender una de sus dos mitades. Junto a las joyas de oro que en los sepulcros vestían los huesos de los viejos caciques; al lado de las máscaras de jade y de turquesa, de los vasos de obsidiana y de cristal de roca, la silueta heroica de Juárez contribuye a la revalorización histórica de lo indio. Por eso su vida alcanza ahora proporciones de obra de arte.

En días que tenemos todavía cercanos, hemos visto cómo algunos de nuestros más brillantes escritores jóvenes han realizado un esfuerzo descriptivo sobre el mexicano en el que por insistirse valerosamente en la descripción de vicios y defectos, ha provocado algunas protestas. La autocrítica rigurosa a que se entregan, es una nota alentadora. En tiempos como éstos, propicios a deformaciones vanidosas de matiz nacionalista, esa tarea nos da, mejor que cualquier otro hecho aislado,

la medida justa de la capacidad de superación individual que, todavía intocada, llevan muchos mexicanos dentro de sí mismos.

Al volver a mi patria, a este México que es todavía hoy isla de libertades, me uno con el más vivo entusiasmo a esta conmemoración. La empresa gallarda de Jesús Silva Herzog, inicia ahora un nuevo año de existencia. Los CUADERNOS han llegado a ser, como revista, tribuna de lo más distinguido del pensamiento continental. Seguro estoy de que, cuando se repasen sus páginas dentro de varias décadas, podrá valorarse su jerarquía de compendio de las respuestas que el mundo hispánico ha entregado a las más hondas inquietudes de nuestro tiempo.

Decidido a servir a la América Latina desde la cultura, Silva Herzog ha logrado unir en propósito común a los más notables escritores de Iberoamérica con un núcleo de algunos de los mejores espíritus de la España contemporánea.

Mi viaje me ha permitido confirmar cómo el mensaje se conserva con respeto en todas las grandes bibliotecas del mundo.

"La revista es hija de un milagro entrañable, de un milagro de la amistad; nos ha dicho el propio Silva Herzog. En esta empresa que, con aliento de humanismo auténtico, ha tratado de poner la ciencia y el arte al servicio del hombre, logra desde hace varios años aplauso y reconocimiento en las latitudes más diversas.

En el esfuerzo cumple ahora once años completos. Por fortuna, todos somos testigos de que sigue resuelto a buscar los medios para que pueda realizarse uno de los sueños de Bolívar: lograr que la voz de nuestros pueblos pueda ser escuchada dentro del drama de la historia universal.

La revista ha estimulado en Iberoamérica el conocimiento de nuestras analogías y, por su parte, el editor admirable ha mostrado siempre su fe cabal en la capacidad creadora de los jóvenes. Todos lo hemos visto alentar docenas de valiosas vocaciones.

Por eso, al volver a México y estrechar la mano vigorosa de Silva Herzog, al hablar con este ilustre sembrador de amistades, he sentido que, de nuevo, se me aviva la confianza en las cosas limpias y nobles de la tierra.

Arturo ARNAIZ Y FREG.

BOLIVIA Y SU INDEPENDENCIA ECONOMICA

La aparición hace doce años de Cuadernos Americanos, como síntesis del pensamiento de México —Cuadernos hoy convertidos en tribuna del pensamiento latino— es una de las manifestaciones más tranquilizadoras para el espíritu del ciudadano libre, en esta época de apremio por el choque de apetitos en el control del alto desarrollo industrial del mundo.

Fué con grande visión que el profesor Silva Herzog invocó la americanidad en sus Cuadernos, visión que ha venido extendiéndose a lo largo de los meridianos que enmarcan todo el Continente. Fué con grande visión que desde su primera página predicó la comunidad del Derecho y la comunidad de la Justicia en el concierto de nuestras naciones; comunidad que en nuestros días, ya no dejará indiferentes a nuestros pueblos, frente a la agresión que pudiera sufrir uno de sus miembros.

Los Cuadernos Americanos han sido pues una forma muy expresiva del luminoso pensamiento de nuestros profetas y nuestros apóstoles: Unidad de los pueblos de nuestra América.

Dió impulso inicial a este pensamiento la egregia palabra del Libertador Bolívar con su visión de una anfictionía en Panamá que viniera a contrarrestar la dispersión de nuestras nacionalidades. Le infundió grandeza dramática el verbo y el sacrificio de Martí, que ya enfocó en concreto el peligro que amenazaba del Norte. Y como este testamento de nuestros grandes iluminados es y será por siempre actual, otras naciones más avisadas hicieron de él un señuelo para sus maniobras que de la idea, pasaron a los números del cálculo frío.

Cuando la Unión Panamericana vino a la vida internacional, la evolución del mundo en el campo de la industria ya estaba tomando vuelos fantásticos. Las guerras ya no se hicieron por arrogancia marcial, sino que resultaban de un imperativo económico: La distribución de las materias primas y de los mercados de consumo. Y a la demanda de las materias primas indispensables para la industria de paz, vino a sumarse la demanda de los materiales estratégicos.

Hay un país que produce más de la mitad de la industria pesada que consume el mundo, pero para esa industria extrae de su suelo apenas un tercio de la cantidad de materiales que emplea; los otros dos tercios vienen de otros países. Por esta necesidad vital, la diplomacia entre los hombres dejó de ser el Derecho de Gentes aplicado, y se hizo la ciencia y el arte de las negociaciones con provecho unilateral.

El precio de las materias primas de cuya venta vivían nuestros pueblos, ya no lo fijaba el libre juego de la oferta y la demanda, sino que estaba "diplomáticamente" marcado por los Grandes, que eran los compradores. Y el precio de venta de las mercaderías que elaboraban, también estaba marcado por los Grandes, que eran los vendedores.

Es lo que en lenguaje gráfico popular vino a llamarse la "Ley del Embudo". Y, ¿por qué ocurrían estas cosas?

Era que en esos días nuestros pueblos estaban espalda con espalda. Era que en nuestros pueblos se fomentaba desde afuera las rencillas domésticas. Cada país de la comunidad latina, era un témpano de hielo, aislado, compacto, impenetrable... Era la estrategia de los Grandes dividir, para pagar más barato.

Por eso es que pudo darse la dolorosa paradoja de que en el país más aislado y más pobre de nuestro hemisferio, hubiese aparecido con sus dólares depositados en el National City Bank de Nueva York, el multimillonario más rico de la América del Sur.

Muy sordas y lejanas vibraban las últimas palabras de José Martí, clamando por la unidad de las Antillas, por la unidad de nuestra América para no desaparecer avasalladas por los poderosos... Muy lejanas y muy sordas, pero vibraban al fin, hallando eco en el alma indolatina.

Pero la taimada diplomacia que ya no es más el Derecho de Gentes aplicado, sino la ciencia y el arte de las negociaciones con provecho particular, creó para adormecernos algunas palabras, como la "buena vecindad", una vecindad de pueblos descalzos, desnutridos e ignorantes, que entregaban por unos peniques su petróleo, su café, su estaño, su cobre, y el esfuerzo de sus hijos, con el vitaminoso y supernutrido país que tiene el secreto de transformar esos productos en mercadería de exportación.

Y vinieron luego el "Punto Cuarto", y la manida asistencia técnica, y los leoninos empréstitos concedidos a base de humillaciones. Pero nunca vino desde allá, el menor estímulo para que los pueblos se incorporaran con soberanía económica, piedra sillar en que se asienta la soberanía política y el decoro de las gentes.

Pero la voz de los profetas de nuestro pueblo seguía clamando incesante... Y aquí en este suelo legendario del azteca, y allá sobre la inmensa vastitud de una tierra encuadrada por los contrafuertes del Ande, nuevos hombres inspirados que salieron de pueblos que cuajaron en las disciplinas del estudio y en las meditaciones del destierro —como Martí— levantándose con los pastores o con sus trágicos mineros, dinamita en mano desceparon de un solo tajo esa horrenda hidra de siete cabezas... Y paróse ahí —Dios sabe que para siempre— el sistema im-

perial de los menguados peniques, a cambio de la pródiga savia de nuestro suelo.

Y vino ahora un milagro mayor: Y es que en las organizaciones internacionales en donde aún imperan los Grandes, ya se puede hablar del control por los pequeños de sus propias materias esenciales y de sus productos estratégicos.

Y tenemos ahora, señores, sobre el tapete, la orden del día para todos nuestros pensadores y para los conductores de nuestras nacionalidades: Solidaridad. Unidad del mundo indolatino. Para mejor resistir a la explotación. Para el mayor respeto entre naciones. Para el triunfo de la dignidad humana.

Brindo señores, por la silenciosa pero eficiente obra de unidad continental que desde CUADERNOS AMERICANOS ha emprendido hace doce años este nuevo apóstol de nuestra raza, el ilustre y querido profesor Jesús Silva Herzog.

¡Salud!

Gil COIMBRA.

FRANCO EN LA UNESCO

UNA vez más, la voz doliente y agradecida de un español. Tan bien como cualquiera sé que no es este lugar, ni ésta la hora para levantarla, ni ustedes público apropiado para un trono. Ni la convivencia amistosa, ni los manjares convidan a la tristeza, menos a la indignación, más parando mientes en que los que aquí nos reunimos bajo la sonriente égida de don Jesús Silva Herzog, tenemos el buen denominador común del asco por el actual régimen español.

Mas esta repugnancia amenaza extenderse a gran parte del mundo, si es cierto aquello de que los amigos de mis amigos son mis amigos, así estuviera mejor decir, sin ambages, que los amigos de mis enemigos son mis enemigos; porque la España nacida de la traición ha ingresado en la UNESCO y se atilda para penetrar en la antesala de la ONU, digo en la antesala, porque me huelo que no ha de llegar al salón, por mor de algún veto. Pero en la UNESCO, sí —pese a los votos contrarios de algunos países que todavía no han perdido la virtud de la me-

moria ni de la justicia—. Pero el acceso a la ONU no sería, tal y como andan las cosas de nuestro mundo, tan denigrante como ha sido su ingreso en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. El solo enunciado completo del nombre de la UNESCO basta para sonrojar al más pintado.

Ustedes lo saben, lo han visto y oído, se han indignado de esta vergüenza. Sucedió hace pocos meses, ya no se habla de ello. La actualidad es gran comedora. Sin embargo, el hombre lo es porque, entre otras cosas, no olvida. Pero la política le lleva mil veces a borrar palabras y hechos de la memoria porque esa es la medida de las conveniencias. Los buenos políticos suelen tener mala memoria; mas el escritor vive de ella y por ella se hace. Divergencia fundamental que puede explicar el fracaso de tantos escritores, si lo son de veras, metidos a políticos. Las obras sólo quedan de la voz de la fama; y nosotros luchamos contra el olvido. Los políticos llegan al recuerdo —que es la Historia— a fuerza, muchas veces, de lo que llaman contemporizar; es decir, ser contemporáneo, olvidar lo pasado con tal de asegurar el paso inmediato, transigir, condescender, mentir. No son estas prendas del escritor, como no sea por juego.

Huela pues a pesadez, cargue la repetición —Franco en la UNESCO— aburra la reiteración —Franco en la UNESCO— muela el decirlo una y otra vez, fastidie nuestra perseverancia, enoje nuestra presencia, enfade nuestra tozudez —Franco en la UNESCO— cause tedio nuestra esperanza, canse el reiterar —Franco en la UNESCO—, rinda el volver sobre el tema, ajetree el tornar del motivo de nuestras airadas quejas —Franco en la UNESCO—, aburra la reincidencia en los motivos, —Franco en la UNESCO— reviente nuestro porfiar, no por eso hemos de callar, volviendo a la misma canción —Franco en la UNESCO— ¡y que no se nos caiga de la boca, dale que dale, dale, que le darás algún día!

El ingreso de Franco en la UNESCO es el florón de ignominia de toda una política, una paletada más de cieno que recibimos en la cara el sinnúmero de personas decentes que todavía nos empeñamos en andar por el mundo. He aquí que la Educación, la Ciencia y la Cultura de las Naciones Unidas se ponen de acuerdo y acogen con todos los honores al deshonor, a la mochería, a la más sangrienta cáfila reaccionaria, a la negación de los derechos del hombre.

¿Hasta dónde va a llegar el rebajamiento —y el relajamiento— del sedicente mundo libre? ¿Qué nos queda a los que repugnamos de todas las dictaduras? Sucede que el mundo ha perdido la memoria y por eso

me permito, así os enfade, machacar y volver a machacar este Inri en la puerta del año nuevo: Franco en la UNESCO, Franco en la UNESCO. . .

Tampoco es hombre el que desespera, y tampoco nos debemos cansar de repetir, para que no caiga jamás en olvido, que México se opuso, hasta donde más no podía, a tal ignominia; ni cansarnos de hacer presente nuestro fraternal agradecimiento.

CUADERNOS AMERICANOS tiene la edad de nuestra derrota, y es una de nuestras mejores victorias. México pudo, por nuestro pasajero vencimiento, dar, en cierto sentido, la medida de su grandeza.

"México crece" —dijo hace setenta y cinco años José Martí, ese gran valenciado; y para que no falte en su loor en estos meses en que será tan celebrado, las palabras de un español, así sea tan poco representativo como yo, concluyo con unas palabras suyas, que asombran por su clarividencia: "México crece. Ha de crecer para la defensa, cuando sus vecinos crecen para la codicia. Ha de ser digno del mundo cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo". Luego, sigue: "¡Abajo el cesarismo americano! Las tierras de habla española son las que han de salvar, en América, la libertd, las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes".

"Albergue honrado" es lo que nos ofreció México a nosotros los españoles honrados y no el deshonrado y deshonroso que a la España del fango, y de manos del miedo, acaba de regalarle, en bandeja de lodo, la UNESCO.

Y mi mayor satisfacción es que estas palabras hubiera podido pronunciarlas cualquier mexicano.

Max AUB.

Aventura del Pensamiento

TOYNBEE FRENTE A LOS PANORAMAS DE LA HISTORIA

(SEGUNDA ESTACION DE UN ANALISIS)

Por *Víctor Raúl HAYA DE LA TORRE*

"HEMOS hallado" —concluye Toynbee al cerrar las páginas iniciales de la Introducción de su obra— "que en el primer plano del pensamiento histórico brilla un resplandor de relatividad". Y advierte sin alarde, la posibilidad de que la averiguación de tal hecho conduzca a establecer la presencia fundamental "de algún objeto del pensamiento histórico que sea constante y absoluto".[1]

Arriba a esta conclusión, primero de los anchos escalones por los cuales ha de ascender hacia los más altos niveles de su señero puesto de observador, después de mostrar los tortuosos caminos sin salida de la "industrialización del pensamiento histórico";[2] o de la historia concebida "en términos de nacionalidades", "grande y de pequeño calibre".[3] Según él, "el sistema industrial presenta un aspecto humano en la división del trabajo y uno no-humano en la aplicación del pensamiento científico occidental moderno al contorno físico del hombre".[4] Mas el industrialismo lo ha invadido todo: "La teoría y hasta la práctica del pensamiento occidental, durante el último medio siglo, han reflejado esas características del sistema industrial".[5] Y así ha acontecido con "el espíritu de nacionalidad".[6]

---

[1] ARNOLD J. TOYNBEE. *Estudio de la Historia.* Edic. castellana Emecé. Buenos Aires, 1950, p. 38. Subrayados nuestros.

[2] *Ob. cit.,* p. 27.

[3] *Ob. cit.,* pp. 35-36.

[4] *Ob. cit.,* p. 24.

[5] *Ob. cit.,* p. 24.

[6] *Ob. cit.,* p. 31. Sobre "los extremos a que es capaz de llegar esta tendencia" —del espíritu de nacionalidad— Toynbee presenta un insigne caso en Camilio Julián quien "es quizás la mayor autoridad viviente

Ambos han dominado en la Historia. Ella ha sido *industrializada y nacionalizada.* Los historiadores occidentales "han consagrado sus mejores energías al *montaje* de materias primas —inscripciones, documentos y afines— en cuerpos y revistas; y, cuando han intentado *elaborar* esas materias, transformándolas en artículos *manufacturados* y *semi-manufacturados,* han recurrido una vez más a la división del trabajo y han producido historias sintéticas. . .".[7] Y los *nacionalistas* de la Historia, quienes siguiendo el miraje de las "grandes potencias" pretendían hacer de cada país "un universo en sí",[8] han sido infiltrados por esa arrogancia patriótica de autosuficiencia. "Todos los Estados nacionales, desde los más grandes hasta los mínimos proclamaron la misma pretensión de ser entidades duraderas, auto-suficientes, e independientes del resto del mundo".[9]

Toynbee se rebela contra el pensamiento histórico que "se halla entre esos campos extraños en los cuales se ha impuesto el prestigio del sistema industrial"; dominio de la mente cuya historia "tiene como objeto no cosas sino personas". Y alega que "no hay seguridad alguna de que el moderno sistema industrial

---

sobre la prehistoria de la porción de la Europa Occidental que constituye ahora el territorio de Francia" (pág. 33). Julián, un patriota francés al mismo tiempo que un científico, pretende llevar su nacionalismo hasta descubrir "los lineamientos de Francia sobre la figura de Europa en la edad neolítica" (pág. 34). Y cree descubrir ya en los caminos por los cuales viajaban en aquella remota edad el hombre prehistórico que habitó en aquella zona europea las *"routes vitales, par las quelles, pour une si grande part, se fera la France" (De la Gaule a la France: Nos origines Historiques,* Cap. II). Una Francia entonces inexistente, puesto que ella debía conformarse millares de años después sobre aquel escenario cuyos primitivos habitantes no pudieron siquiera soñarla. En cuanto al nacionalismo histórico balcánico, Toynbee aduce como ejemplo característico la magistral History of Serbia de H. W. V. Temperley (Londres, 1917), en la cual se muestran "las dificultades con las que debe luchar el historiador al intentar escribir la Historia de una nación de esa monta", desligada de la historia bizantina y otomana y de la "cuestión balcánica" (pág. 35). Como se sabe, los nacionalismos balcánicos son típicos por su jingoísmo arrogante y turbulento, y su "caso" —y su ominoso epílogo— podrían ser estudiados más atentamente por muchos de los historiadores y políticos de nuestros "balcanizados" países indoamericanos. Sobre el nacionalismo de los griegos de hoy, ver TOYNBEE, *ob. cit.,* p. 380.—H. de la T.

[7] TOYNBEE, *Ob. cit.,* p. 26.
[8] *Ob. cit.,* p. 32.
[9] *Ob. cit.,* p. 32.

occidental sea el mejor régimen bajo el cual vivir y trabajar":[10] La metodología industrialista y el nacionalismo aplicados a la ciencia fragmentan y esterilizan su obra. En apoyo de su concepción universalista, cita a Bergson quien insiste en "sentir la vida como un todo".[11] Recuerda asimismo que en la obra científica de Einstein, aun quien esté lejos "de comprender el pensamiento del gran hombre, puede por lo menos percibir que Einstein piensa sobre el universo como un todo y no meramente sobre éste o aquel trozo de la realidad física".[12]

Toynbee confía pues, en la universalización de la ciencia, de la historia y de la política. Piensa que "podemos esperar, en el futuro próximo, un cambio de la concepción y de las actividades de los historiadores occidentales, paralelo al cambio reciente en las condiciones generales de la sociedad occidental".[13] Y así como las mentes rectoras en el campo científico contemporáneo "han superado ya la etapa de estudio en la cual el sistema industrial parece ser un método fecundo y apropiado de investigación",[14] la humanidad avanza hacia un orden democrático ecuménico. "El espíritu de nacionalidad —dice— es un agrio fermento del vino nuevo de la Democracia en los viejos odres del tribalismo",[15] pero esa época ha sido superada. Durante ella el tribalismo, elevado a la categoría nacional, se aparejó con la forma industrialista, y "el industrialismo y el nacionalismo, antes que el industrialismo y la Democracia, son las dos fuerzas que han ejercido el dominio *de facto* sobre nuestra Sociedad Occidental en nuestra edad y durante el siglo que terminó hacia 1875".[16]

Es alrededor de aquel año cuando Toynbee descubre las primeras rupturas entre el nacionalismo y el industrialismo, las cuales hasta entonces "operaban de consuno en la construcción de grandes potencias".[17] Mientras el industrialismo se expande en dimensiones universales el nacionalismo se agudiza y pulula

---

10 *Ob. cit.*, p 10. El lector notará que Toynbee no usa las palabras "capitalismo" o "edad capitalista" sino el vocablo "industrialismo" y sus derivados. Y, aludiendo a su origen, "la revolución industrial", p. 32. *Supra.* H. de la T.

11 *Ob. cit.*, p. 30, de *L'Evolution Creatrice.*

12 *Ob. cit.*, p. 25, nota 4, *infra.*

13 *Ob. cit.*, pp. 37-38.

14 *Ob cit.*, p. 24, nota 4, *infra.*

15 *Ob. cit.*, p. 31.

16 *Ob. cit.*, p. 32.

17 *Ob. cit.*, p. 36.

en la formación de pequeños Estados —época de la independencia de los turbulentos reinos balcánicos— "que eran incapaces no sólo de formar grandes potencias sino hasta de constituir Estados menores dueños de una total autonomía política, económica y cultura en el sentido corriente de estos términos".[18] Tras la Guerra General de 1914-1918 proliferaron las naciones diminutas, en tanto que "aùn las grandes potencias sobrevivientes, están disminuídas en la esfera económica por la escala mundial en que el industrialismo ha llegado ahora a conducir sus negocios: Todos los Estados por igual se sienten de menos en menos capaces de mantenerse por su exclusiva cuenta".[19]

En medio de esta pugna de forcejeos violentos, entre el industrialismo mundialista, y el nacionalismo comarcano aparecen las innovadas tendencias universales. "Estas tendencias múltiples pueden sintetizarse en una forma única: En la nueva edad —asevera Toynbee— la nota dominante en la conciencia colectiva de las comunidades es un sentimiento de ser parte de un universo más amplio, mientras en la edad que ha concluído ya, la nota que dominaba era una aspiración a ser universos en sí mismos".[20] Tales conceptos, ilustrados por referencias a hechos correspondientes al panorama político de 1934 —año en que el primer volumen de la obra de Toynbee fué publicada en Inglaterra—, han sido mantenidos inalterablemente en todas las ediciones sucesivas. Por ende, quedan en pie.

Con las precedentes reflexiones abre su libro el autor desbrozando los enmarañados prejuicios que entraban su paso hacia una nueva visión cósmica y relativista de la Historia. Y parece adelantar así la revelación del contenido doctrinal de toda la obra. Puede presumirse que al cabo de ella Toynbee la abastezca con la sobre-carga de su apretada lógica y extraiga del hallazgo

[18] *Ob. cit.*, p. 36. Cabe recordar aquí que en 1878 el Congreso de Berlín bajo la égida de Bismarck garantizó la artificial independencia de los belicosos estados balcánicos Rumania y Serbia, consagrando formalmente la autonomía de los principados de Bulgaria y Montenegro constituídos en reinos ya después, en 1907 y 1910 respectivamente. El reconocimiento de Grecia independiente en 1829.—H. de la T.

[19] *Ob. cit.*, p. 36. Toynbee alude a las subdivisiones de nacionalidades políticamente autónoma que creó el Tratado de Versalles, 1919, en Europa —entre ellas algunas sin litoral marítimo, como Checoslovaquia, Austria y Hungría— y puede recordarse también la independencia de Albania (1917), de Polonia, de las Repúblicas Bálticas, del Estado libre de Danzig y con el mapa de hoy recapitular su historia.

[20] *Ob. cit.*, p. 37.

del expandido universo pretérito que él desvela un nuevo mensaje futurista rico en certeros pronósticos.

Raymond Aron, en su conocido libro *Introduction a la philosophie de l'histoire* —Sec. IV, 2ª parte— reconoce que "Las filosofías de la historia caen evidentemente bajo los golpes de la argumentación relativista". Pero ¿es este "relativismo", el que "no reconoce ni acumulación de verdades, ni progreso sino a lo sumo una dialéctica sin fin", al cual alude el autor francés? Toynbee en cierto modo asume otra actitud. Su relatividad es más bien comparable a la de la Física: el objeto inseparable del observador, es distinto según el nivel a que se le capta; relatividad en el fondo original, como debido en último análisis a lo equívoco del devenir del espíritu y a lo inacabado de la evolución" (Ob. cit., Sec. IV, 3ª parte). Hay sin embargo algo más en el trasfondo de su dialéctica: No solamente *deseuropeiza,* —tal queda dicho— la perspectiva de la Historia desplazando y pluralizando sus ejes de observación y estimativa, sino que la *desnacionaliza* ensanchando sus campos de estudio, y la *desindustrializa* en sus métodos hermenéuticos. Asoma en el pensamiento toynbeano la ambición de colmar el inmenso vacío que encara el hombre de hoy al entrar en una nueva Edad, frente a los viejos senderos circunscritos o ciegos de un historicismo obsoleto. Ante el mundo que adviene y que él prevé y anuncia, Toynbee se adelanta a jalonar otros derroteros hacia el porvenir, posibilitando un encuentro con los más altos planos universales de la nueva ciencia, de la nueva filosofía y de la nueva política. Acaso su intento sea también el de *democratizar* la Historia al negar lo que él llama "la ilusión egocéntrica", "la unidad de la civilización", y el menosprecio de los pueblos "nativos" o "indígenas" y de "los que no tienen historia". La revolución de la ciencia y de la tecnología —que es la profunda revolución de nuestro tiempo—, conduce al hombre hacia la libertad ecumenicista de una revitalizada ordenación democrática justiciera. En ella ha puesto Toynbee su esperanza. Y responde al aserto de que "el tópico de que la Historia se repite no contiene verdad alguna" avalando su experiencia no como meta de retorno, sino como línea de partida de un recorrido comparativo que es obligado conocer en cada uno de sus pasos dados para seguridad y certeza de los que quedan por dar.

¿Cuál ha de ser la obra de los historiadores en esta nueva edad?

Toynbee conjetura: "Tal como al final de la época que hemos dejado detrás, la obra de los historiadores terminó por conformarse al sistema industrial y su visión fué captada y limitada por la idea de nacionalidad, así, en la nueva época en que hemos entrado, hallarán ellos probablemente su campo inteligible en algún paisaje donde no restrinjan el horizonte a los límites de una sola nación, y adaptarán su método de trabajo actual a operaciones mentales de mayor escala".[21] Ese es el escogido derrotero toynbeano, al acometer la exploración de un *campo inteligible del estudio de la Historia* allende los contornos de un Estado-ciudad o de un Estado-nacional, y liberado de la industrialización del pensamiento histórico que "hace al alfarero esclavo de su arcilla".[22]

Comienza por buscarlo en el "espléndido aislamiento" británico, ya que "Inglaterra ha sido una especie de *alter orbis* a lo largo de la historia occidental". Más, fundadamente previene, "que si se encuentra que Gran Bretaña —como heredera y cesionaria de Inglaterra— no constituye en sí misma un campo inteligible del estudio histórico, podemos inferir confiadamente que ningún otro Estado nacional occidental de los tiempos modernos saldrá airoso de la prueba".[23] Y lo demuestra. Ni por la conversión de los ingleses al cristianismo en el siglo VI; ni por la implantación del sistema feudal en el siglo XI; ni por el Renacimiento en el siglo XV; ni por la Reforma y la expansión ultramarina en el XVI; ni por la instauración del gobierno parlamentario responsable en el siglo XVII; ni por la revolución del sistema industrial de economía en el último cuarto del siglo XVIII, "la historia nacional británica no es, nunca ha sido, y casi con total certeza nunca será, un *campo inteligible de estudio aislado;* y si esto es cierto de Gran Bretaña, debe con seguridad ser cierto a *fortiori* de cualquier otro Estado nacional".[24] La nación británica —concluye— forma parte de "una sociedad que contiene cierto número de comunidades de la misma especie",[25] de la cual son miembros, además, Francia, España, Portugal, Holanda, Italia, los Países Escandinavos, etc., como integrantes de la Sociedad Occidental que comprende a las Américas "hasta con-

[21] *Ob. cit.,* p. 38.
[22] *Ob. cit.,* p. 29.
[23] *Ob. cit.,* pp. 40-41.
[24] *Ob. cit.,* pp. 43-44.
[25] *Ob. cit.,* p. 44.

frontar el mundo del Lejano Oriente, sobre las costas opuestas del Pacífico, desde las Filipinas y Australia".[26]

Esa "Sociedad Occidental", así distendida, coexiste con otras sociedades hoy vivientes, de su misma especie: La *Cristiana Ortodoxa o Bizantina* en Europa Sud Oriental y Rusia. La *Islámica* en el Norte africano y Medio Oriente hasta la muralla china. La *Hindú,* en el subcontinente tropical de la India. El Lejano Oriente en las regiones subtropical y templada, entre la zona árida asiática y el Pacífico. Además en esta clasificación, Toynbee añade a "las reliquias fosilizadas" de sociedades extintas: los cristianos monofisitas de Armenia, Mesopotamia, Egipto y Abisinia, y los nestorianos de Curdistán y Malabar; los budistas mahayanianos, lamaístas del Tibet y Mongolia, los hinayanianos de Ceilán, Birmania y Thailandia y los jainas de la India.[27]

Estos son los "*campos inteligibles del estudio de la historia*" del mundo de hoy. El formado por la *Sociedad Occidental* es, geográficamente de mayor extensión y "ha crecido a medida que ha ido envejeciendo".[28] Mas, a pesar de su vasta dominación espacial, Toynbee repara que "el Occidente nunca ha llegado a ser coextensivo con el mundo entero en todos los planos de la vida social, y otras sociedades de la *misma especie,* nunca han dejado de existir en el mundo lado a lado con él".[29]

---

26 *Ob. cit.,* p. 57.

27 *Ob. cit.,* p. 58. Toynbee dice que hay "sociedades extintas representadas hoy por ciertos *fósiles*" (p. 114). Así, "los judíos y los parsis son manifestaciones fósiles de la Sociedad Siríaca" (p. 115) de la cual se hará referencia adelante. También, "los cristianos monofisitas y nestorianos son reliquias de la reacción subsiguiente de la Sociedad Siríaca contra el intruso extranjero" (*Ibid.*) helénico. "Similarmente los jainas de la India y los budistas hinayanianos de Ceilán, Birmania y Thailandia son... fósiles de la Sociedad Indica" (*Ibid*). "Los budistas mahayanianos lamaístas del Tibet y Mongolia corresponde a los nestorianos y monofisitas en cuanto representan una reacción abortiva... en un intento vano de hacer retroceder el Mahayana sobre el camino histórico a lo largo del cual esta religión originalmente índica... realizó por último su destino en el mundo sínico" (*Ibid*). "Estos fósiles no nos han procurado claves para identificar ningún otro miembro... de la especie de sociedades que estamos estudiando; pero nos han dado cierta visión de las "fallas" y "malformaciones" y "estratificaciones" que ocurren cuando chocan dos o más sociedades de esta clase... aspecto de la "geología social" (p. 116) del examen toynbeano.

28 *Ob. cit.,* p. 59. Subrayados nuestros.

29 *Ob. cit.,* p. 59.

En esta disposición cámpica de la Historia, Toynbee remarca que "debemos trazar una distinción bien neta entre relaciones de dos géneros: aquellas que se dan entre comunidades dentro de una misma sociedad y aquellas de diferentes sociedades entre sí".[30] Para las primeras, el término "relaciones internacionales" lo considera ambiguo. Prefiere llamar "relaciones provincianas" a las que existen "entre Estados que se hallan dentro de una Sociedad determinada" y "relaciones ecuménicas" a las que vinculan a las sociedades mismas.[31]

Los *campos inteligibles del estudio histórico* son, pues, "sociedades que tienen mayor extensión, tanto en el Espacio como en el Tiempo, que los Estados-naciones o los Estado-ciudad, o que cualesquiera otras comunidades políticas".[32] Esas comunidades son más reducidas en área espacial y de más breve dilatación temporal que las Sociedades de que forman parte como indesligables de la unidad de aquéllas: *"Los átomos sociales con que deben trabajar quienes estudian la Historia son Sociedades y no Estados"*.[33] Y esas Sociedades de las que forman parte los Estados-Nacionales —como Gran Bretaña en la Sociedad Occidental moderna—, o los Estados-ciudades —como Atenas en la Sociedad Helénica— son independientes ya que cada una constituye un *campo inteligible del estudio histórico;* pero "están a la vez relacionadas entre sí en el sentido de que todas ellas son representantes de una *especie única* de sociedades".[34] Este concepto *especie* —ya varias veces citado y subrayado— corresponde a una de las especies del *género sociedad*: la "especie" de las sociedades primitivas o *estáticas* y "la especie de sociedades llamada civilización",[35] o *dinámicas.* Ya que "las civilizaciones no son condiciones estáticas de las sociedades, sino movimientos dinámicos de tipo evolutivo".[36] Y esta es su esencial diferencia de las relativamente quietas comunidades prístinas.

---

[30] *Ob. cit.,* p. 59.

[31] *Ob. cit.,* p. 59.

[32] *Ob. cit.,* p. 68.

[33] *Ob cit.,* p. 68. Subrayado nuestro.

[34] *Ob. cit.,* p. 68. Subrayados nuestros. Y sobre la idea de especie, pp. 44, 74, 173 y 199.

[35] *Ob. cit.,* p. 208.

[36] *Ob. cit.,* p. 203. Toynbee se remite a "la forma de la palabra latina supositicia *civilizatio* de la que deriva la palabra inglesa *civilization*", recordando que en latín los substantivos abstractos formados de raíces verbales añadiendo el sufijo *tio* connotan siempre movimientos,

De ahí que ninguna de las sociedades estudiadas abarque a la humanidad íntegra, o espacialmente, al planeta; o sea coextensamente coeva de la *especie* a que pertenece. Toynbee aduce como ejemplo a nuestra Sociedad Occidental de hoy, "que no fué concebida hasta que la Sociedad Helénica" —de la cual aquella proviene— "no hubo pasado su madurez".[37] Y es pertinente advertir aquí que la voz "Helénica" en la peculiar clasificación toynbeana, abraza sinónimamente el más conocido término "grecorromana" pues "esa Sociedad fué creada originalmente por los antiguos griegos o helenos y los romanos sólo recogieron el legado helénico en una fecha posterior. Por consiguiente el término *helénico* será usado en este sentido en el resto del presente estudio".[38] Así explica Toynbee su aserción sobre la *no coetaneidad* entre una Sociedad y su *especie*: extinta la Sociedad Helénica desde hace doce siglos y medio, "en cualquier caso, su lapso completo de vida ya sería menor, en esa medida, que el lapso de vida aún incompleto de la especie".[39]

Anúdase aquí el tema de *"La continuidad de la Historia"* que, a tenor de las palabras del relativista Toynbee "es la más atractiva de todas las concepciones ideadas por analogía con la Ciencia Física occidental *clásica* por los historiadores occidentales".[40] ¿Qué es exactamente —se pregunta— lo que los inventores de la expresión quisieron denotar con ella? "Si quisieron decir sencillamente que la *continuidad de la Historia* era un caso particular de la continuidad de la vida, su fórmula es, entonces, una perogrullada inatacable pero no muy iluminadora. Alguna suerte de continuidad es distinguible ciertamente entre todas las manifestaciones de la vida —entre la amiba y el vertebrado, entre el antropoide y el ser humano, entre los padres y los hijos de una familia— pero esta continuidad es tan abstracta que la percepción de ella nos lleva sólo al umbral del entendimiento de qué es la vida".[41] Alega Toynbee que la idea de continuidad sólo

---

procesos o acciones. (*Ibid.* Nota 1. *infra*). Sin embargo —como habremos de anotarlo oportunamente, "el contraste entre la condición estática de las sociedades primitivas. . . y la moción dinámica de las sociedades en proceso de civilización, no constituye una diferencia permanente y fundamental sino un accidente de tiempo y de lugar". (p. 221).

37 *Ob. cit.*, p. 68.

38 *Ob. cit.*, p. 64, nota 1, *infra.*

39 *Ob. cit.*, p. 68.

40 *Ob. cit.*, p. 66.

41 *Ob. cit.*, p. 66 hasta 67 *supra,* referencias, p. 180 y además el anexo, p. 375.

tiene significación "como un fondo mental simbólico".[42] Y se pregunta a continuación si interpretarlo de otro modo no despista seriamente. Discerniendo pues, los distintos grados de *continuidad,* entre la que enlaza los capítulos, o períodos, o fases sucesivas de la historia de una misma sociedad y aquella que une las vidas de diferentes sociedades" dice: "Los capítulos de la historia de una misma sociedad semejan a las experiencias sucesivas de una persona dada; las *filiaciones y paternidades* entre dos sociedades semejan a las relaciones entre padre e hijo".[43]

Esta relación cualitativa de *paternidad* y *filiación* entre las sociedades civilizadas es fundamental en el grandioso esquema toynbeano. A lo largo de su obra el autor rastreará tales "parentescos". En su empírica búsqueda retrospectiva de lo conocido hacia lo desconocido y partiendo de la presente Sociedad Occidental, halla su "paternidad" en la Sociedad Helénica que nace en los Estados-ciudades griegos, culmina en el *Estado universal* del Imperio Romano hasta que "durante el profundo sueño del interregno —*circa* 375-675 d. de C.— que corrió entre la quiebra de aquel y la aparición gradual de nuestro mundo occidental, a partir del caos, se arrancó una costilla del flanco de la sociedad más vieja y se la transformó en la columna vertebral de una criatura de la misma especie".[44]

En las otras sociedades hoy vivas y *fósiles* precedentemente enumeradas, que coexisten con la Occidental, Toynbee descubre "la paternidad" por sus "señales" o *γνωρίσματα*[45] de su relación parental histórica. Ellas aparecen en los fenómenos sociales que acompasan el surgimiento, culminación y caída de la Sociedad Helénica a la cual subsiguen, tras el precitado *interregno,* la So-

---

[42] *Ob. cit.,* p. 66.

[43] *Ob. cit.,* p. 47.

[44] *Ob. cit.,* p. 62. Según Toynbee, "la sociedad Helénica comenzó a surgir probablemente antes del fin del siglo XII a. de C. y empezó a expandirse antes del fin del siglo VIII. Nuestra Sociedad Occidental comenzó a emerger antes del fin del siglo VII de la era cristiana, fracasó en su primer intento de expansión —las Cruzadas— y no empezó a expandirse con éxito hasta el fin del siglo XV". (p. 279, nota 1, *infra*).

[45] *Ob. cit.,* p. 75. Toynbee adopta la palabra "señal" en este caso, de las marcas de identidad *gnorismata* que era permitido dejar en la Sociedad Helénica en los recién nacidos repudiados y expósitos "a fin de que quedara abierta una posibilidad de restablecer la relación entre el niño y sus padres". (*Ibid,* nota 1, *infra*).

ciedad Occidental y la Cristiana Ortodoxa o Bizantina delimitadas a partir del llamado Cisma de Oriente de 1054.

Importa seguir a Toynbee en esta parte de su indagación porque de ella han de obtenerse los prototipos de lo que él llama su "plan de operaciones" cuya reiteración, en métodos y vocablos, enrumba la integridad de su ingente trabajo. En la Sociedad Helénica, los Estados-ciudades o locales evolucionan hasta el ápice de lo que el autor llama el *Estado universal,* característico en casi todas las sociedades modernas y antiguas que estudia. El Imperio Romano aparece como tal, precedido de unos *tiempos revueltos* —expresión tomada de "un pasaje de la historia rusa al comienzo del siglo XVII, el episodio del Falso Demetrio y su secuela" [46]— y cuando la Sociedad Helénica declinaba; "una declinación que detuvo temporalmente pero que resultó ser el síntoma de una enfermedad incurable".[47] En la dimensión espacial del decadente Imperio Romano —en la parte de su antiguo territorio que llegó a ser cuna de la Sociedad Occidental de hoy— "el vacío en la dimensión temporal representado por el *interregno* —arriba aludido— "fué llenado por dos instituciones que se asemejaron en el hecho de ser transitorias, aunque hubo una vasta diferencia en el grado de importancia de sus funciones históricas respectivas".[48] Ellas fueron: la Iglesia Cristiana y "una banda de *Estados-sucesores* efímeros"[49] que surgieron a raíz de las invasiones de "los *bárbaros,* provenientes de la *tierra de nadie,* allende las fronteras imperiales".[50]

Nuevamente nos encontramos con el léxico convencional típico de Toynbee, vigente en todo su Estudio: los cristianos representan lo que él denomina *proletariado interno.* La palabra "proletariado" adquiere en el uso de Toynbee un significado específico que él justifica reivindicando la etimología latina de los *proletarii,* para denominar "cualquier elemento o grupo social que en alguna manera esté *"en"* pero no sea *"de"* una sociedad determinada, en una edad determinada de la Historia. En

---

[46] *Ob. cit.,* p. 76, nota 4, *infra.*

[47] *Ob. cit.,* p. 76.

[48] *Ob. cit.,* p. 76. El término "interregno", lo usa Toynbee para designar el período más o menos prolongado que subsigue a la declinación y derrumbe de un imperio o "estado universal". H. de la T.

[49] *Ob. cit.,* p. 77. "Estados sucesores" son generalmente en la terminología toynbeana los que, dispersos, surgen a la caída de un imperio. H. de la T.

[50] *Ob. cit.,* p. 77.

otras palabras, un *proletariado* es un elemento o grupo *en* una comunidad que no tiene *interés* en ella fuera de su existencia física. Este es el sentido amplio en que la palabra *proletariado* se usa en el curso de este Estudio, y no en el sentido especializado... restringido de la palabra, que es el corriente hoy... puesto en circulación por Marx como uno de los términos que acuñó para trasmitir los resultados de su estudio de la Historia.[51] El *proletariado externo,* los "bárbaros", forman la *völkerwanderung,* expresión alemana que significa "viaje o migración de los pueblos",[52] muy relevante en el vocabulario-clave de Toynbee.

Contra la Sociedad Helénica declinante, el *proletariado interno* —la Iglesia Cristiana de origen extranjero— y el *proletariado externo* —la *völkerwanderung* bárbara—"Reaccionaron cada uno a su manera".[53] Pero "en comparación con el papel de la Iglesia, el desempeñado por los bárbaros durante ese interludio fué insignificante: La Iglesia... estuvo íntimamente implicada en la *filiación* de nuestra Sociedad Occidental a partir de la Sociedad Helénica y no apenas accidentalmente asociada a ella: Su papel frente a la sociedad *filial* fué creador". Fué "la *crisálida*" —otro vocablo importante en la terminología toynbeana— "de la que surgió nuestra Sociedad Occidental. Por su lado los *Estados-sucesores* bárbaros del Imperio Romano no fueron las crisálidas de los Estados-locales en que la Sociedad Occidental se integró...".[54] "Así, los bárbaros no fueron los asesinos del poderoso muerto, sino meramente los buitres que se alimentan de la carroña, o los gusanos que se arrastran sobre la res putrefacta".[55]

Aparece el concepto de las *iglesias universales,* cuyo valor como "señal" de "filiación" "es absoluto porque las iglesias

---

[51] *Ob. cit.,* p. 64, nota 2, *infra.* Toynbee remarca en esta nota que "son más de una, entre estas acuñaciones de Marx, las que han adquirido circulación incluso entre quienes rechazan los dogmas marxistas".

[52] *Ob. cit.,* p. 77, *supra* y nota 1 *infra.* Además pp. 79, 81, 85 y 89.

[53] *Ob. cit.,* 79.

[54] *Ob. cit.,* pp. 81 y 82. La *crisálida* y la *mariposa símbolos* de inmortalidad entre los minoicos que han sido hallados en sus tumbas "bajo la forma de amuletos de oro". (p. 122).

[55] *Ob. cit.,* p. 85. Véase comparación del Imperio Romano con "el árbol de raíces podridas", p. 80.

pertenecen por su naturaleza al futuro al par que al pasado".[56] La "señal" de los *Estados universales* y de los *völkerwanderung* son secundarias porque ellos sólo son pretéritos. Sin la presencia de una *iglesia universal* la *paternidad* de una sociedad anterior respecto de una posterior sólo puede inferirse. En todos los casos de relación directa y patente la *gnorismata* de la *filiación* es una "iglesia".

Así nace la Sociedad Occidental "hija" de la Sociedad Helénica. Su escenario se desplaza en una línea de partida que avanza desde Roma a través de los Alpes hasta Aquisgrán y desde allí, a través del Canal de la Mancha hasta la Muralla Romana en Inglaterra. "Hacia el Sudoeste ese eje principal fué llevado a través de los Pirineos por Carlomagno. . . extendido hasta la boca del Guadalquivir por las conquistas castellanas del siglo XIII y, con el tiempo, prolongado a través del Atlántico meridional hasta lo que es ahora la América Latina".[57] De otro lado la Sociedad Cristiana Ortodoxa o Bizantina —también *filial* de la Helénica— presenta el más completo cuadro de su desprendimiento y conformación: Un *Estado Universal* —el Imperio Romano de Oriente— una *Iglesia Universal* —la Católica Ortodoxa— y una *völkerwanderung* de teutones, bereberes, euroasiáticos, árabes y eslavos.[58] La expansión de la Sociedad Cristiana Ortodoxa, inicialmente marítima, es menor que la de la Sociedad Occidental. Aquélla "se extendió a lo largo de un eje transversal que corta el eje principal en Constantinopla".[59] Avanza sobre el ámbito griego de la que fué cuna de la Sociedad Helénica *paterna;* se extiende en el siglo XI sobre Rusia y se espacia sobre parte de Europa Septentrional hasta el Artico y, a lo largo de Siberia, cruzando el Asia, hasta el Pacífico.

Completada su delimitación de las dos Sociedades Cristianas contemporáneas, la Occidental y la Ortodoxa —filiales de la Helénica—, Toynbee prosigue en su análisis de las otras tres grandes Sociedades asimismo hoy vivientes: la Islámica, la Hindú y la del *Lejano Oriente.* Apercibidos de su plan, provistos de su semántica, es más hacedero seguirle, aunque obligadamente a grandes pasos. En el trasfondo histórico del Islam

---

56 *Ob. cit.,* p. 86.
57 *Ob. cit.,* p. 60 y también pp. 55, 61 y 86.
58 *Ob. cit.,* p. 87.
59 *Ob. cit.,* p. 89. Esta Sociedad se desdobla en "Cuerpo Principal" y rusa por clasificación geográfica, p. 158.

descubre un *Estado Universal* en el Califato Abasida de Bagdad, una *iglesia universal* en el islamismo y la *völkerwanderung* en la invasión del Califato por los nómadas turcos y mongoles de la estepa euroasiática, los bereberes del Sahara y los montañeses del Atlas. Estos fenómenos "no son idénticos a aquellos del fondo común de la Cristiandad Occidental y la Ortodoxa, pero son indiscutiblemente análogos a ellos".[60] El Califato Abasida de Bagdad —del cual "el Califato Abasida del Cairo posterior fué una evocación de una sombra. . . del mismo tipo que el Imperio Romano de Oriente en la Cristiandad Ortodoxa y el Sacro Imperio Romano en el Occidente" [61] se diferencia en su formación del *Estado universal* de la Sociedad Helénica: "No se estableció mediante el lento y laborioso proceso que fué necesario para la hechura del Imperio Romano. . . Ganó su posición de un solo golpe",[62] sin que ocurrieran los *tiempos revueltos* que precedieron a la formación de aquél. En su veloz movimiento expansivo el Califato Abasida de Bagdad destruyó —y "esa fué su víctima única con cuya ruina hizo su fortuna" [63]— al Califato Omeya de Damasco que fué un "Estado-sucesor" árabe, del Imperio Romano, reuniendo así originariamente al mundo islámico.[64] En él surgen dos sociedades: la *Iránica* y la *Arábica,* las cuales —como en el caso de las Sociedades cristianas Occidental y Ortodoxa respecto de la "paterna" Helénica— aparecen después del *interregno* post-abasida, en que ya se había disuelto

[60] *Ob. cit.,* p. 91: las Sociedades Iránica y Arábiga.

[61] *Ob. cit.,* p. 91, nota 2, *infra* y p. 95 nota 2.

[62] *Ob. cit.,* p. 97.

[63] *Ob. cit.,* p. 97.

[64] Toynbee sostiene que "los Omeyas fueron barridos por los Abasidas, para reanudar, en la vida de una vieja sociedad oriental, un movimiento indígena que había sido interrumpido, mil años atrás, por la intrusión violenta de la Sociedad Helénica mediante las conquistas de Alejandro Magno" (p. 82) que "había hendido en dos el antiguo territorio del Imperio Aqueménida" (p. 100), "después de la destrucción del Estado asirio y del Imperio Neobabilónico de corta vida que intervino entre la caída de los asirios y el surgimiento de los aqueménidas" (p. 103) que unió políticamente a los iranios y sirios en su Imperio (ver p. 105, nota 1) que fué el "Estado universal" de la Sociedad Siríaca. Su civilización ocupó parte del suelo sirio, ocupado anteriormente por la Sociedad Sumérica, extinta, sobre cuyos restos avanzaron las viejas sociedades egipcíaca e Hitita en el siglo XVI a. de C., muy anteriores al surgimiento del Imperio Aqueménida, como ha de verse. (p. 106, *ibid,* nota 2, *infra*).

la anterior Sociedad Siríaca, como "filiales" de ésta.[65] Toynbee destaca en grado mayor la diferencia entre las Sociedades Cristianas y la Islámica remarcando que en las primeras "el germen del poder creador en el cristianismo no era helénico sino de origen extraño, en realidad de origen *siríaco*. . ." [66] mientras que ese germen "en el Islam, no era extraño a la Sociedad Siríaca sino nativo de ella: El fundador, Mahoma, extrajo su inspiración primariamente del judaísmo, que era una religión puramente siríaca, y, secundariamente, del nestorianismo, una forma del cristianismo en la cual el elemento siríaco había recobrado su preponderancia" y que fué "una reacción siríaca abortiva contra la intrusión del helenismo en el mundo siríaco".[67] Pero aquella diferencia y estas afinidades si bien relativizan el paralelo entre las sociedades Occidental y Ortodoxa y la Iránica y Arábiga, lo mantienen. Porque éstas, como aquéllas, provienen de un cisma religioso: La escisión islámica entre los ortodoxos —*sunies*— y los heterodoxos —*shiíes*— corresponde a la del mundo cristiano que, en ambos casos, subsiste hasta hoy. "Y al comparar los dos pares de sociedades *filiales* entre sí, se ve que la Sociedad Islámica, la cual emergió en lo que podemos llamar la zona pérsico-turca o *irania*, posee cierta semejanza con nuestra Sociedad Occidental, mientras que la otra islámica que emergió en la zona *árabe*, posee cierta semejanza con la Cristiandad Ortodoxa".[68] Contemporáneamente, el panislamismo ha pretendido conciliar estas diferencias entre la Shiah y la Sunnah. Y Toynbee aduce que "parece posible que los restos de la gran catástrofe islámica del siglo XVI d. de C., puedan ser despejados en este siglo XX, por último, mediante la incorporación de todos los fragmentos quebrados de las antiguas sociedades Iránica y Arábiga a la estructura, por entero diferente, de un mundo occidental que ha crecido hasta ser una Gran Sociedad ecuménica".[69]

---

[65] *Ob. cit.*, pp. 92 a 97, y 106 (denominación de la sociedad "siríaca") y Anexo p. 384.

[66] *Ob. cit.*, p. 107. Toynbee asevera: "El cristianismo fué engendrado en territorios siríacos que habían sido incorporados al Estado universal helénico (el Imperio Romano) y fué introducido al mundo helénico por indígenas siríacos que habían sido enganchados por fuerza en el proletariado interno de la Sociedad Helénica" (p. 114). Ver, también, p. 239, nota 1, *infra.*

[67] *Ob. cit.*, p. 107, *ibid.* nota 2, *infra.* Véase también nota núm. 27 de estas páginas.

[68] *Ob. cit.*, p. 97, subrayados nuestros.

[69] *Ob. cit.*, p. 438, anexo. Esta conjetura ha sido muy discutida a

Otra Sociedad superviviente es la *Hindú.* Ella es "filial" de la preexistente Sociedad Indica, que es la "paterna", cuyo "Estado universal" fué el Imperio de los Guptas —*circa* 375-475 d. de C.— y cuya "Iglesia universal" es el Hinduísmo; el cual "alcanzó su predominio en la India en la edad gupta, expeliendo y suplantando al Budismo después que éste hubiera dominado durante unos siete siglos —desde el tiempo de Ashoka— en el subcontinente indio que era la cuna común de ambas religiones".[70] La *völkerwanderung* invasora del área territorial del Imperio Gupta la formaron los hunos euro-asiáticos, los cuales también se desbordaron sobre la Sociedad Helénica. Y el *interregno* en que ellos predominan con los gujaras, por medio de los "Estados sucesores" del caído Imperio Gupta instaurados en la India Nordcontinental, transcurre alrededor de los años 475 y 775 de la era cristiana. "Luego comenzó a surgir sobre el suelo indio la Sociedad Hindú aún hoy viviente".[71]

---

la luz de acaecimientos posteriores a la publicación del primer tomo de la obra de Toynbee. H. de la T.

[70] *Ob. cit.*, p. 109.

[71] *Ob. cit.*, p. 109. Como en el caso de la Sociedad Siríaca, cuyo "Estado universal" o Imperio Aqueménida, recibió el impacto de la Sociedad Helénica con la intrusión de Alejandro Magno, —según queda acotado en la nota núm. 64 en estas páginas— también la Sociedad de la India soportó el choque de la Helénica. Pero Toynbee no fija el comienzo de esta intrusión "porque ese avance, por más que celebrado con justicia en la historia militar. . . no tuvo efectos que llegaran a pesar en la historia de la cultura. En la India la intrusión helénica no empezó realmente hasta que Demetrio el Griego, Rey de Batria —el "Estado sucesor" helénico del Imperio Aqueménida. . . cruzó los Hindukush para anexar territorios indios a su reino hace el año 190 a. de C." (p. 110). Cabe anotar aquí que el estadista hindú Jawahrlal Nehru, en su recuento histórico de la India —y acaso influído por el "espíritu de nacionalidad"— subestima la invasión de Alejandro en el siglo IV a. de C. desde el punto de vista militar, y después de la muerte de aquél a la intrusión del epígono Seleuco derrotado por Chadragupta debido —dice Nehru— a la superioridad bélica de la India que contaba con el elemento decisivo de los elefantes. Nehru reconoce que hubo frecuente intercambio comercial y cultural entre India y Grecia; consigna la tradición de que algunos sabios indios visitaron a Sócrates, pero coincide con Toynbee, sin mencionarlo, que el culto de las imágenes llegó a la India desde Grecia. (J. NEHRU. El *Descubrimiento de la India,* trad. castellana. Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1949, pp. 130, 131, 153, 202, 209, 210). Sobre la introducción a la India del "culto de deidades bajo forma de imágenes" que no tuvieron ni los Vedas ni el budismo primitivo, véase Toynbee, *ob. cit.*, p. 111.

La quinta sociedad —que como la Occidental y la Cristiana Ortodoxa, "filiales" de la Helénica; la Islámica, Iránica y Arábiga, "filial" de la Siríaca, y la Hindú "filial" de la Indica— todavía hoy vive es la del *Lejano Oriente*. Ella abarca desde las cuencas de los ríos Amarillo y Yangtsé, y "se expandió desde esa base hacia el S. E. hasta lo que desde entonces se ha tornado en tierra costera sudoriental de la China y hacia el N. E. hasta Corea y el Japón".[72] Esta Sociedad del Lejano Oriente es "filial" de la Sínica, cuyo *Estado universal* fué el imperio que fundó Tsin Shi Huang-ti en 221 a. de C., tras unos "tiempos revueltos" llamados *chan-kuo* —"el período de los Estados en lucha"— y cuya *"Iglesia* universal" es el Mahayama; "la variedad del Budismo que se abrió camino en el Imperio del Han posterior y se tornó la crisálida de la actual sociedad del Lejano Oriente".[73] La *völkerwanderung* bárbara "que siguió a la caída del Estado Universal —sínico— procedió de los nómadas de la estepa euroasiática que descendieron sobre la cuenca del río Amarillo".[74] La religión Mahayana semeja por sus características de procedencia a la Cristiana en que es extraña a la Sociedad Sínica, pues parece provenir de territorios índicos, como el cristianismo "fué engendrado en territorios siríacos" [75] y en esto se diferencia de las iglesias islámica e hinduista que fueron nativas de los suelos en que sus correspondientes sociedades surgieron. El Mahayana fué "adaptado por el proletariado interno de la Sociedad Sínica a sus propias necesidades",[76] como el "proletario interno" de la Sociedad Helénica adaptó al Cristianismo. Y "el conservatismo mundanal de Confucio" y "el quietismo ultraterreno de Laotsé,[77] aparecieron cuando la Sociedad Sínica declinaba: "Ambos se percataron de que, en la historia de su sociedad, la edad de crecimiento yacía ya detrás de ellos".[78]

Y resume así Toynbee: "En todos los casos de *paternidad* y *Filiación* que hemos investigado el vínculo social entre las dos

---

[72] *Ob. cit.*, p. 114. A Corea y el Japón la civilización se "trasplanta" (p. 298) "desdoblándose" (p. 159).

[73] *Ob. cit.*, p. 112.

[74] *Ob. cit.*, p. 112.

[75] *Ob. cit.*, p. 114.

[76] *Ob. cit.*, p. 114.

[77] *Ob. cit.*, p. 113. "Laotsé, quien pudiera ser un personaje ficticio para dar un fundador a la escuela de filosofía que corre bajo su nombre". *Ibid*, nota 3, *infra*.

[78] *Ob. cit.*, p. 113.

partes ha sido una iglesia universal creada por el proletariado interno de la sociedad más antigua que ha servido luego como la crisálida dentro de la cual la sociedad más joven ha llegado a existir y ha cobrado forma gradualmente. En la *paternidad* de la Sociedad Helénica respecto de la Cristiana Ortodoxa y la Occidental, ese papel fué desempeñado por la Iglesia Cristiana; en "la *paternidad*" de la Sociedad Siríaca respecto de la Arábiga e Iránica, por el Islam; en la *paternidad* de la índica respecto de la Hindú, lo desempeñó el Hinduísmo; en la *paternidad* de la Sínica respecto de la del Lejano Oriente, el Mahayama".[79]

Hasta aquí Toynbee ha demarcado los *campos inteligibles del estudio de la Historia* de las sociedades que viven aún en nuestro siglo reconociéndolas en calidad de hijas o sucesoras de otras antecedentes ya muertas, a través de "iglesias universales" que establecen esos vínculos *religiosos* de *paternidad* y *filiación.* El autor ha presupuesto en su llamado "plan de operaciones", "rastrear hasta su origen la *biografía* de cualquiera sociedad extinta que hayamos logrado identificar. . . a fin de investigar si tiene *filiación* o está relacionada, en cualquier otro modo, a su vez con alguna otra sociedad. . . de una generación anterior".[80] Penetra, pues, en los más distantes y silenciosos campos de las civilizaciones cuya época de óbito, en la mayoría de los casos por ver, se computa en milenios, completando así su inicial planteamiento. A las sociedades *paternas* arriba mencionadas —Helénica, Siríaca, Indica y Sínica— deben agregarse ahora otras más lejanas en el tiempo o en el espacio: la Minoica, la Sumérica, la *Hitita,* la *Babilónica,* la *Andina* o *Incaica,* la *Mexicana,* la *Maya,* la *Yucateca* y la *Egipcíaca,* que hemos de revistar.

Pero antes de proseguir, —y ya confrontando este primer recuento que hace Toynbee de las diecinueve sociedades de las cuales, hasta ahora, han sido sinópticamente descritas diez, entre *paternas* y *filiales,* y las nueve restantes sólo designadas—, importa detenerse, una vez más, en el tema de los "parentescos". Esclarecer sus grados cuando aquél existe entre las sociedades y distinguir las que son desemparentadas, o descubrir si, por otras motivaciones, deben sumarse algunas a las ya comprendidas en la enumeración anterior.

Tal se ha visto, Toynbee asigna a todas las sociedades que hoy superviven una *filiación* respecto de otras anteriores *pater-*

---

[79] *Ob. cit.,* p. 119.
[80] *Ob. cit.,* p. 74 y 75.

nas. Mas, como el vínculo entre unas y otras —y acaso repetirlo aquí no sea redundante— es una "iglesia universal" cuya procedencia puede ser autóctona o foránea, aparecen dos grupos de sociedades *filiales*: Las que lo son "mediante una iglesia crisálida de tipo *origen extranjero*" —la Occidental, la Cristiana Ortodoxa y la del Lejano Oriente— y las que lo son "mediante una iglesia crisálida de tipo *origen indígena*" —la Iránica, la Arábiga y la Hindú—.[81] Y entre las sociedades extintas, de acuerdo también con esta "clasificación religiosa primaria",[82] Toynbee las distribuye así: *Sociedades sin parentesco alguno* con otras sociedades anteriores o posteriores —la Egipcíaca y la Andina—; *Sociedades sin parentesco con sociedades anteriores pero que lo tienen con sociedades posteriores* —la Sínica, la Minoica, la Sumérica y la Maya—; *Sociedades Infra-filiales* que son emparentadas con sociedades anteriores "pero en una forma menos íntima que la de *filiación* a través de iglesias universales" —la Indica, la Hitita, la Siríaca y la Helénica y *Sociedades Supra-filiales,* que son las "que tienen parentesco con las sociedades anteriores pero en una forma más íntima que aquella de paternidad y filiación", el cual "consiste en heredar la religión de la minoría dominante de la sociedad más antigua con poco o ningún cambio",[83] grupo al que pertenecen las sociedades Babilónica, Yucateca y Mexicana.[84]

Empero, a la precedente "Clasificación religiosa primaria" Toynbee agrega una "clasificación geográfica secundaria" que se aplica sólo a las sociedades *con parentesco* [85] y se refiere a su escenario de surgimiento y desarrollo, según sea que la sociedad *filial* o *sucesora* no coincida, coincida en parte, o totalmente, "con los dominios de la sociedad anterior parienta".[86] Los casos

---

[81] *Ob. cit.,* pp. 156 y 157.

[82] *Ob. cit.,* p. 156.

[83] *Ob. cit.,* pp. 157 y 158, y p. 156 con subrayados nuestros. En la lista de sociedades de la p. 157 aparecen con signos de interrogación los nombres de la Indica y Helénica ante la suposición, en el primer caso, de que "la cultura del Indo" no hubiera sido una provincia excéntrica del "estado universal" sumérico, vale decir una sociedad "sin parentesco", y en el caso de la sociedad Helénica, si es que los misterios eleusinos y las Iglesias orfica, minoica, no hubieran sido para Grecia sino los rudimentos de una "iglesia universal". P. 157, notas 2 y 3, *infra.* Ver siguiente estación de este análisis.

[84] *Ob. cit.,* p. 158.

[85] *Ob. cit.,* p. 158.

[86] *Ob. cit.,* p. 158, Toynbee cita en la p. 155, la lista de socieda-

más notables de no coincidencia se presentan en la Sociedad Cristiana Ortodoxa, desplazada o "trasplantada" al vasto territorio ruso, y el de la Sociedad Sínica a Corea y al Japón. Estos desplazamientos o "trasplantes" definen nuevas sociedades. Y así, por esta "clasificación geográfica", Toynbee añade a las diecinueve sociedades vivientes y extintas *dos más* que aún hoy existen; de la Cristiana Ortodoxa, en su Cuerpo principal, separa la Cristiana Ortodoxa en Rusia, y de la del Lejano Oriente, en su Cuerpo principal, segrega y delimita la del Lejano Oriente en Corea y el Japón.[87]

En una primera lista de las veintiuna civilizaciones o sociedades entre vivientes y extintas pueden figurar así:

Sociedades aún hoy vivientes: Occidental, Cristiana Ortodoxa (cuerpo principal), Cristiana Ortodoxa (en Rusia), Iránica, Arábiga, Hindú, Lejano Oriente (cuerpo principal), Lejano Oriente (en Corea y Japón).

Sociedades extintas: Helénica, Siríaca, Indica, Sínica, Minoica, Sumérica, Hitita, Babilónica, Andina, Yucateca, Mexicana y Egipcíaca.

Concordando dentro del orden dispositivo de las sociedades según sus parentescos más arriba presentados, subseguirá este breve análisis en una próxima estación. El avanzará por el camino de las más a las menos próximas indagando la relación de las *paternas,* ya sumariamente referidas, con las anteriores a ellas si es que esa relación existe; o destacándolas en su aislamiento cuando se encuentren desemparentadas.

Vale remarcar aquí —novedad impar de esta innovada visión universal de la Historia— la presencia de las antiguas sociedades indoamericanas en el enfocamiento toynbeano. Al estudiarlas entre las originarias de la humanidad civilizada Toynbee destruye la "ilusión egocéntrica" [88] europeísta —y tan española— que las arruma en el rincón de "los pueblos que no tienen historia",[89] a los cuales los europeos vinieron a civilizar, las reivindica elevándolas al plano cimero de su autenticidad. Los his-

des civilizadas de la obra de Gobineau, *L'inégalité des Races Humaines* (1883) en la cual ya figuran las antiguas sociedades americanas entre las diez que "sont élevées a L'etat des societés completes". Y en la p. 184 Toynbee alude a la "intuición histórica" de Gobineau al negar que existe "una civilización única".

[87] *Ob. cit.,* p. 158, nomenclatura.

[88] *Ob. cit.,* pp. 184, 191 y 197.

[89] *Ob. cit.,* pp. 207, 219 a 222.

toriadores occidentales de la época del *industrialismo* y del espíritu de nacionalidad y buen número de sus epígonos aquende el *Mar-Océano,* se han referido desdeñosamente a nuestras viejas culturas "disipándolas como fenómenos impertinentes de un *alter orbis,* o, más groseramente, como intentos abortivos de civilización que estuvieron siempre demasiado lejos del éxito como para merecer atención alguna".[90] La nueva lógica histórica de Toynbee les otorga, en la constelación de las egregias, su categoría equipolente.

---

[90] *Ob. cit.,* p. 184. Véase por ejemplo el libro de Pedro Lain Entralgo "Viaje a Sudamérica", Madrid, 1949, (p. 48) quien se ha referido a la antigua raza andina creadora de las civilizaciones pre-incaicas e incaica, con estas piadosas palabras: "Una raza fabulosamente dotada para la imaginación mimética e incapaz de inventar su propia escritura". La respuesta la da Toynbee —*ob. cit.,* 471— cuando demuestra que inventaron otras cosas. Pero la "raza" o razas que pueblan España tampoco inventaron su propia escritura, legado de grandes sociedades extintas (Toynbee, *ob. cit.,* p. 127, nota 2, *infra*). Otro caso de la visión desdeñosa de ciertos europeos hacia nuestras civilizaciones lo ofrece la traducción de la obra excelente del autorizado profesor alemán Karl Brandi, sobre *Carlos V.* En una edición popular (México, 1950, Edit. Diana) la versión castellana del catedrático de la Universidad de Valencia don Manuel Ballesteros Gabrois ha sido espolvoreada con sus "notas del traductor" patrióticas y coléricas. Cada vez que el autor afirma que la conquista castellana en América se hizo por el oro, "unida a la brutalidad ejercida contra el hombre y la moralidad humana" el catedrático valenciano reacciona para proclamar que todo eso forma parte de "La Leyenda Negra" y que la conquista se hizo "por motivos más nobles", "la propagación de la fe y el llevar la civilización a territorios salvajes que practicaban ceremonias sangrientas y donde algunos eran hasta antropófagos". (Véase *Carlos V* por Karl Brandi. Trad. castellana, México, 1950, p. 164, nota 3, *infra,* y casi toda la curiosa anotación del libro; además del prólogo y epílogo —por otro catedrático de Madrid y homónimo del traductor— con que aparece aderezada la obra de Brandi). Ciertamente es difícil negar plena razón a Toynbee cuando alude al "patriotismo histórico" (*Ob. cit.,* p. 187) y lo califica, ante el alarde del catedrático Ballesteros de derribar las grandes civilizaciones indoamericanas de un plumazo. De tal "patriotismo" la reciente obra de Salvador de Madariaga sobre Bolívar es, quizás, el más agresivo y diciente mensaje hispanista para los pueblos de América Latina.

Nota Post Scriptum.—Ratificando nuestro reconocimiento al esforzado trabajo del traductor al castellano del primer volumen de Toynbee y sabiendo bien que no se trata en este caso de "traducir de lenguas fáciles", que "ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada, ni el que copia de un papel a otro papel" —acordándonos de *Don Quijote,* II, 62— oponemos algunos reparos a la versión del *Estudio de la Historia* publicada por la Editorial bonaerense Emecé.

No nos referimos al estilo del traductor —que el estilo es atributo muy personal y para la estimativa del lector asunto de gusto aunque el Sr. Perriaux, tal vez por ceñirse a la mayor exactitud del traslado expositivo, haya sacrificado a las veces sinónimos, matices y más flexibles concordancias. Enderezamos nuestra crítica a ciertas alteraciones de gran bulto: La primera de las cuales es la de traducir el vocablo-llave-de-bóveda de la II parte del esquema de Toynbee, "challenge", por "incitación" y no por "reto". Este, mucho más preciso que el escogido por el traductor, ha sido ya copiosamente divulgado por todos los comentaristas y glosadores del célebre autor británico. Habíamos objetado anteriormente al Sr. Perriaux su pretensión de imponer —en particularísimo y, entendemos, nacionalista homenaje a un académico de Madrid— la voz "tribual" en vez de "tribal" consagrada por el uso, amén de lógica mas fácil. Y habíamos insinuado que en una obra de tal grandor y complejidad como la de Toynbee —revolucionaria de fondo y forma— habría resultado mejor al traducirla, simplificar la semática que no atiborrarla de innovaciones caprichosas. Y esto, además, por tratarse de verter un trabajo tan original de una lengua más rica a otra que lo es menos. Ahora, advertimos que no seguiremos al Sr. Perriaux en su arbitrario cambio de la palabra "reto" por la palabra "incitación". Esta, según la Academia de la Lengua, o más propiamente según las academias de ella, quiere decir "acción de incitar o estimular", Estimular, es sinónimo de aguijonear, punzar, incitar, excitar vivamente. Y, excitar, lo es de "mover, incitar, estimular, provocar" también a tener del léxico académico. Pero lo que Toynbee quiere significar con el término "Challenge" no es "incitation —que corresponde a *to incite: stimulate goar, provoke*— sino "An invitation to engage in a contest; specifically a summons to fight as a duel: also the message conveying the summons". (Webster's) Es decir "desafiar" o "retar", verbos activos cuya netitud expresiva aparece intransferible. "Challenge", proviene del viejo francés "chalenge", "chalonge" y su raíz etimológica latina es *calumnari —atacar* con calumnias— pero en todos los casos refiérese a disputa. Así la palabra "incitación" no la traduce exactamente. En tanto que *reto* o *desafío* infiere *lucha* que es lo que Toynbee quiere describir específicamente: Al clima o medio geográfico —o al contorno humano— que retan a una sociedad y a la respuesta de ésta a tal desafío, en lance de pugna. Anotamos que el filósofo español Sr. Ortega y Gasset, tan bien provisto de un vocabulario lujoso, adoptó el vocablo "reto" en sus conferencias sobre Toynbee pronunciadas en el Instituto —no oficial—de Humanidades de Madrid, (véase *Cuadernos Americanos,* 1950, vol. V. pág. 108). Y citamos al Sr. Ortega justamente porque el Sr. Perriaux —y esta es una de sus ociosas intromisiones en sus Notas del Traductor del volumen de Toynbee que venimos comentando— no vacila en entremeter el nombre del autor de *"La Rebelión de las Masas"* para apuntar que él se adelantó a Toynbee en tal o cual idea. Estas curiosas acotaciones pueden leerse por lo menos en cinco ocasiones (págs. 37, 73, 199, 205, y 235 ob. cit.) a lo largo de la traducción del Sr. Perriaux. Lo cual aparece insólito porque no son las coincidencias del sabio inglés con otros autores lo que hace al

caso —y ellas serían incontables— sino la íntegra composición orgánica de la obra indisputablemente original, por sobre aquellas coincidencias; que no hay obra de tal envergadura que no las tenga y ostente. Y nos preguntamos: ¿por qué siendo tan declarado admirador del Sr. Ortega, hasta para introducir su nombre en un volumen nutrido de citas, que no lo mencionan absolutamente, por qué decimos, no lo siguió el Sr. Perriaux en la escogencia del vocablo "reto" y decidió trocarlo por otro impreciso que más confunde que esclarece? Ello no obstante, y en todo lo demás, marcharemos *ad-pedem litterae* tras la versión castellana de Emecé, para mejor uso de nuestras referencias y citas. Pero continuaremos valiéndonos de nuestra libertad de crítica en donde sea ineludible objetarla para elucidar. No usaremos, no, su ortografía en cuanto altera nombres propios, exentos de reglas, como escribir Ashoka sin h, o México con J. Que sobre todo en este caso —y aquí se trata de un viejo "capricho español" muy poco musical— es obligante respetar el nombre de una nación, al igual que el de una persona, como ellas determinaron escribirlos. Y México, es México con *x,* en el castellano de Indias, o indoamericano, del mismo modo que Xavier es Xavier, cuando Xavier refiera la x a la j.

AUGUSTO COMTE Y EL PROLETARIADO

Por *Maxime LEROY*

Al de 1952 se le ha llamado el año de Balzac. ¿Acaso no podría llamársele igualmente el año de Augusto Comte, ya que el de 1852 vió aparecer el célebre *Catecismo positivista* y una parte del *Sistema de política positiva,* cuya publicación se escalona de 1851 a 1854? En esas obras, tan dignas de nuestras lecturas y de nuestras meditaciones, se contiene lo que socialmente conserva de duradero el pensamiento del potente filósofo, cuya irradiación fué y sigue siendo intensa en América, sobre todo en la América central y meridional. En esta ocasión no puede pensarse en resumir toda esta filosofía, abundante y diversa; la empresa es seductora, pero el apremio de la brevedad nos impone un límite. Así, acogiendo con alegría esta toma de contacto con Comte, nos reduciremos a recordar aquellas de sus opiniones sociales que se hunden en la ardiente actualidad con un interés universal.

Comte exaltó al proletariado. "En el pueblo son más fáciles y más directas que en parte alguna la generalidad de los pensamientos y la generosidad de los sentimientos". Sólo el proletariado tiene "espíritu de conjunto"; sólo él posee las facultades de sociabilidad que deben animar y hacer efectivo el concierto social.[1]

No vió al proletariado como clase regularmente establecida, sino relegado como al margen inferior de una sociedad muy industrializada y sometida a la influencia "exorbitante" de la riqueza. De ahí la fórmula con que lo caracteriza: "elevación

---

[1] *Le prolétariat dans la cité moderne,* p. 175. Este libro es una especie de compilación de la ideología de Comte sobre el tema, elaborada por sus discípulos mucho después de su muerte. Observemos aquí, para dar su auténtico sentido a estas citas, que Comte no tuvo simpatía alguna por la pequeña burguesía, en la que, por otra parte, conquistó muchos partidarios: denunció su "ambición envidiosa".

temporal", fenómeno que vincula a la "anarquía intelectual", consecuencia a su vez de la filosofía individualista del 89.

En cuanto a esta riqueza opresora, la criticó menos en su principio inspirador que en sus efectos: "la potencia del capital, medio natural de emancipación al principio y luego de independencia, ahora ha venido a ser exorbitante en las transacciones cotidianas, por justa que sea la preponderancia que necesariamente deba ejercer en ellas, en razón de una generalidad y una responsabilidad superiores según la sana teoría jerárquica..." (*Curso*, VI, pp. 604-605).

Desprovistas de capital, ignorantes, abandonadas a sus pasiones, sin vínculos con la sociedad, "las masas proletarias", que todavía no se hallan verdaderamente incorporadas al sistema social, tienen necesidades (*Curso de filosofía positiva*, VI, p. 604) que hay que satisfacer; pero estas "justas reivindicaciones" relativas (*eod.* I., pp. 604-605) a su trabajo, a su educación y a su salario, Comte se negó a fundarlas en derechos: se satisfarán mediante el cumplimiento de los deberes sociales que a todos nos incumben con respecto a ellas desde ese triple punto de vista. Por otra parte, no es sólo la consideración de sus necesidades lo que debe tenerse en cuenta a este propósito: hay que ocuparse de los trabajadores por una razón de orden más general, ya que sobre ellos descansa cada vez más la suerte de la sociedad a causa de que "la civilización aumenta la dificultad de vivir sin industria" (*El proletariado en la sociedad*, p. 40).

Hecha esta crítica, planteadas en bloque las ideas de reforma, Comte no podía ponerse de parte de la doctrina económica, corriente en su tiempo, del "laisser faire, laisser passer", ni aun con la ingeniosa enmienda propuesta por un Charles Dunoyer, a quien estimaba, o por un Adolphe Blanqui, no menos estimable. Lejos de aliarse a ella, protestó vigorosamente contra una doctrina que era a sus ojos una verdadera apología del desorden social y de la miserable situación del proletariado. Condenó, pues, "la ceguera doctoral de la metafísica económica", que entrega "la industria moderna a su sola espontaneidad desordenada". Pero movido, ciertamente, por su admirable espíritu histórico, no se limitó a esta crítica negativa y quiso encontrar en esta ideología, declarada perniciosa, una explicación que la legitimase cronológicamente, pues no podía admitir que un hecho tan importante se hallase desprovisto en absoluto de razón de ser: afirmando que en el seno de la lucha económica existía

una armonía natural favorable en último término a la producción, los economistas habrían reconocido por encima de ese desorden, según él, que la sociedad no puede vivir sin orden. Si es verdad que se equivocaron en la interpretación de los hechos, no lo es menos que no se equivocaron en cuanto a la necesidad social de las sociedades, viendo así que el orden emergía necesariamente en el curso del conflicto de intereses. ¿Por qué abandonar la satisfacción de esta irreductible necesidad de orden, se pregunta entonces Comte, al azar de la competencia individual, sin procurar que la sociedad se beneficiase del "espíritu de conjunto", es decir, de las ventajas del conocimiento previsor y ordenador? (*Curso,* VI, pp. 440-441). En opinión suya, el orden espontáneo es "cada vez más modificable a medida que más se complica" (*El proletariado,* 30). Usemos, pues, de nuestros poderes para hacer intervenir a "la sabiduría humana en las diversas partes del movimiento social".

Esta "sabiduría" no penetrará en ese "movimiento" sino por medio de la acción concertada de filósofos y proletarios. Comte los declara "solidarios unos de otros". A esos proletarios que vió dotados de tanta virtud, les impuso la obligación de unirse a los detentadores del saber para asegurar la concordia social. "Sin uno de los dos grupos la doctrina mejor establecida carecería de ordinario de energía; sin el otro casi nunca tendría bastante consistencia para vencer los permanentes obstáculos que nuestra naturaleza personal y social opone a la preponderancia práctica de las reglas fundamentales" (*El proletariado,* p. 23).

No se realizará esta unión en provecho del progreso social si los proletarios no cesan de preocuparse por las luchas políticas como ahora se preocupan. No deben retener su atención más que aquellas cuestiones que orienten las costumbres hacia la concentración de buenas voluntades. Y no es ésta una proposición abstracta en él. Comte pretende que se halla justificada por la observación. Quizás no haya método que convenga considerar más que el hecho observado en sí mismo.

Preconizó este método de acción porque le parecía ser el que mejor correspondía a la psicología popular, habida cuenta de que los proletarios tienen, según él, "una aptitud natural para convertirse en los auxiliares del poder espiritual". Son por naturaleza altruístas —palabra que, si no inventó, por lo menos difundió. Los encontró y los encuentra "dispuestos a mantenerse

convenientemente en el punto de vista general". Inclusive ganarían a los filósofos "en cuanto al sentimiento social"; los filósofos, por tanto, sólo ventajas obtendrán "del diario contacto con una noble espontaneidad popular". Se encuentra así justificada la asociación (*El proletariado,* p. 12) entre los que saben y aquellos otros cuyas manos aseguran la producción industrial; poco a poco se organizará así "el imperio de la opinión pública", que Comte concebía como "el principal carácter del régimen final de la humanidad" (*eod.* I., p. 14).

Lo que hizo el pueblo en la Edad Media por sostener el catolicismo, está hoy destinado a hacerlo, por sus facultades naturales, por su "instinto social", en favor del positivismo, emanado de "la industria y la ciencia" (*eod.* I., p. 13).

¿Acaso el proletariado no será más que un simple asociado? No vacila Comte en instituirlo en el "regulador final" de los conflictos entre quienes poseen el poder pecuniario y quienes poseen el poder espiritual, agregando que "constituirá la garantía más segura del poder espiritual contra los intentos opresores del poder temporal" (*Curso,* pp. 606-607).

Y concluye: "Ninguna otra clase actual podría hallarse, gracias a la instructiva influencia de su posición natural, tan bien dispuesta como el pueblo para marchar directamente hacia la regeneración social. . . Frente al egoísmo de las clases superiores, el antagonismo popular es lo único que puede suscitar con bastante energía las opiniones elevadas y los sentimientos generosos" (*Curso,* VI, pp. 611-612).

Debe hacerse aquí una importante observación a fin de romper un optimismo social que sin duda podría parecer excesivo: a pesar de su optimismo sociológico, Comte no creyó en el triunfo ineluctable de la filosofía positiva ni en la liberación social incondicionada del proletariado. Un geómetra tan sediento de absolutismo doctrinal como él, no olvidó "el juego natural de las pasiones humanas" y se limitó a creer solamente que esta filosofía era la mejor dispuesta para resistir su funesta presión. Tampoco olvidó los inconvenientes de la ignorancia.

Comte, genio profundamente humano, se empleó mucho, con pasión y prácticamente, de la enseñanza popular. No se contentó con reproches o protestas verbales, sino que durante años se consagró con regularidad a explicar cursos populares de astronomía. Creía que el proletariado no perdería su "carácter anárquico" hasta que fuese suficientemente instruído: entonces

y sólo entonces, los proletarios "se atreverán simultáneamente a facilitar a los prestidigitadores y a los utopistas un peligroso medio de perturbación social y a ofrecer a las clases superiores un motivo o un pretexto para suspender indefinidamente cualquier transacción amplia" (*Curso,* VI, p. 602).

Se comprende esta pasión: Comte creía firmemente que "el vuelo moral se correspondía con el progreso intelectual" y en esta creencia se fundaba para reprochar a las (*Curso,* VI, p. 647) "clases superiores" su "vergonzosa incuria con respecto a la educación popular".

Opiniones que hoy nos parecen tan fundadas no eran defendidas ni por los liberales, que se decían continuadores del 89: antes al contrario, las combatían. Uno de sus jefes, Thiers, durante la discusión de la ley Fallouy (1850), con un cinismo muy censatario, fué el intérprete de esta incuria que hubiera ofendido públicamente a los mismos principios que acababan de implantarse (en 48) en el régimen electoral: "Sí, digo y sostengo que la enseñanza primaria no debe ponerse, forzada y necesariamente, al alcance de todos. Diré, inclusive, que la instrucción es, para mí, un comienzo de comodidad, y que la comodidad no está reservada a todos" (Lacombe, *Les débats de la Commission de 1849,* 1879, p. 38).

¿Pero acaso estuvo más próximo a las necesidades populares el rival de Thiers, Guizot, promotor de la ley de 1833, que incorporó a la Universidad la enseñanza primaria? En 1837 se hizo recordar con dureza los sentimientos de humanidad por Garnier-Pagès, por haber admitido la legitimidad de un orden social fundado en la ignorancia y en el exceso de trabajo de las multitudes (sesión de la Cámara del 6 de mayo).

Al ocuparse del pueblo, Comte creía que marchaba en el sentido de la tradición revolucionaria mejor que los liberales; de ahí que, aunque arrastrado por otras opiniones, se uniese a los sucesores de Babeuf, pese a su falta de aversión a la violencia revolucionaria, al menos por el optimismo social que le orientaba hacia el porvenir: "Movida por un admirable instinto progresivo (la Convención fué llevada) a concebir la causa popular propiamente dicha como el objetivo esencial de la verdadera política revolucionaria" (*Curso,* VI, p. 612).

Para Comte no se trata solamente de elevar intelectualmente la condición proletaria: se proponía en la misma medida ennoblecer y embellecer el trabajo. No debe realizarse el trabajo

con sufrimiento, en la escasez, como una simple y dolorosa obligación individual: cuando trabaja, el proletario debe hallarse animado por un sentimiento social agotador. Como escribiera uno de sus más caros discípulos, el Dr. Robinet, "todas las profesiones útiles se convierten así en liberales; y el proletario deja de ser un esclavo emancipado, para tomar definitivamente en la sociedad el rango de ciudadano" (Dr. Robinet, *op. cit.*, p. 89).

A ESE proletario tan elogiado —tan adulado, inclusive— no lo sujetó menos Comte, por una especie de paradoja, a su condición subalterna. Confiaba sin duda en que al fin se le arrancaría a su ignorancia y a su miseria, ¿pero cuándo?

En espera de ese lejano día, el proletario debe mantenerse estrechamente bajo la dependencia del patriciado económico, al servicio de los que saben, y en el presente no debe esperar otra propiedad que la de una casa en el lugar de su trabajo. Privado de todos los derechos, de los supuestos derechos humanos que él mismo sometió a una despiadada crítica siguiendo a Burke y a Bentham, el proletariado no tiene sino deberes. Es verdad que los patricios y filósofos, es decir, los "ricos" y los trabajadores no manuales, a los que está subordinado, tampoco pueden reivindicar el ejercicio de los derechos del 89. Pero en condiciones tan diferentes no podría decirse legítimamente que Comte soñase en establecer una igualdad verdadera entre unos y otros en la distribución de los beneficios y las obligaciones sociales.

Lo que Comte teme en realidad es una prematura victoria proletaria. Puede decirse que la intentona revolucionaria ahogada en la sangre de junio del 48 justificó su prudencia. "Radicalmente alzados contra los ricos, los pobres quieren a su vez dominar, convirtiéndose, dado su número, no en la base, sino en el fin de la actividad colectiva. Por social que pueda parecer esta aberración (como la de los privilegiados), no es en el fondo menos opresora, ya que comprime lo interior en vez de lo exterior, sustituyendo el egoísmo de una nación por el de una clase. Además de la inanidad moral del argumento numérico, en el que descansa esta transformación del egoísmo colectivo, el principio mismo no podría suscitar más que luchas infinitas entre los diversos elementos del proletariado".

Se explica este temor —como en Saint-Simon y en Fourier— por el recuerdo de las jornadas revolucionarias, jornadas tumul-

tuosas en las que no triunfaron el orden ni el progreso que les eran caros: matanzas revolucionarias y despotismo napoleónico.

Uno de los puntos que puede mostrársenos como bastante singular en Comte, después de esta especie de llamada al orden histórico del proletariado, es su adhesión a la lucha de clases y su apología de la huelga, puntos comtianos de conocimiento poco extendido (*Sistema de política positiva,* III parte, discurso preliminar). Lejos de soñar en la atenuación del contraste social, del que con tanta insistencia subrayó lo nocivo, se propuso "llevarlo hasta la sistematización del antagonismo entre las dos clases activas". La realidad de ese contraste la registra casi sin indignación; la describe casi podría decirse que con simpatía, no dudando en admitir inclusive la huelga de funcionarios.

A ese admirable proletariado, al que sin embargo se proponía mantener en la obediencia respecto del patriciado, del poder espiritual supremo, el propio Comte, en una licencia imprevista y audaz, no vacila en aconsejarle la interrupción concertada del trabajo. El Dr. Robinet, su íntimo discípulo, veía en la huelga "la principal garantía política del proletariado" y se negaba a desear la próxima desaparición de ese medio de lucha, es claro que sin haber podido prever el prodigioso desarrollo que adquiriría desde 1900 (Robinet, *op. cit.,* p. 89).

¿Demagogia? Comte no tenía nada de un orador de club. No era, pues, el desorden, sino el orden, a pesar de las apariencias, lo que él creía excitar. ¿Acaso la exacerbación del conflicto no suscita la conciliación? Así lo creía Comte. ¿Pero la suscitaría por sí misma, espontáneamente? Comte no lo creía. En este punto prevé intervenciones que, apenas formado el movimiento de reivindicación, coadyuvarán con él para fortificarla. En suma, en esas páginas en que a veces se estaría inclinado a descubrir la temeridad social más singular, Comte se muestra como el más prudente de los consejeros, mucho más preocupado por el orden general que por los intereses o necesidades inmediatas de aquellos a quienes sólo en principio espoleó al concierto reivindicatorio. No fué tan audaz sino porque creía que, gracias a las precauciones tomadas por él, la huelga suscitada por un descontento grave y justo cesaría antes de convertirse en tumulto. Nos hallamos, pues, en presencia de una curiosa mezcla de ideas, propósitos y medios, y aun de cierto maquiavelismo involuntario.

Lo que en todas las circunstancias turbias hace falta es un mediador; pero no puede desearse un mediador más que cuando la dificultad amenaza llegar a ser peligrosa. Tal es la razón que impulsaba a Comte a desear que se agriase el "conflicto entre la riqueza y el número". "En cuanto los trabajadores franceses se concierten tan libremente como sus jefes, el antagonismo material se desarrollará de tal manera que bien pronto se hará sentir a las dos partes la necesidad de un regulador espiritual".

Un regulador espiritual. Dicho en términos más humildes, ¿un dictador, como al día siguiente de febrero y de junio del 48? El golpe de Estado de Luis Bonaparte, en el 51, no contrarió a Comte. Si no en su forma, al menos por su objeto correspondía, después de tantas coaliciones y motines, a la necesidad de orden que en él no era una vaga aspiración verbal. Comte escribió siempre tal y como pensaba; y siempre pensó como hombre que deseaba en ocasiones y casi a cualquier precio el fin de la anarquía política y filosófica que lo atormentó desde su juventud.

ESTA idea de la coalición ocupa un sitio original en la obra de Comte. No se la comprenderá perfectamente sino analizándola con algún detalle. Posibilidad de coalición, es decir, tal como precisó, medio para el trabajador, público o privado, de "hacer sentir la importancia desconocida de su función habitual". "Al obrero no puede obligársele a trabajar, como tampoco al empresario a administrar". Comte vió ante sus ojos, sin ningún temor, el desarrollo de la huelga parcial, pero también el de la huelga que se extendía a toda una profesión y a todas las profesiones. Y esta generalización, más o menos extensa, la declaró "indispensable" para la "plena eficacia" de la coalición.

Concede esta facultad —que no definió como un derecho natural, debe subrayarse así— a las dos partes de que se trata, como una especie de obligación de hecho en los casos de descontento justificado, y encontraba injusta toda legislación que no la concediese más que a los empresarios de modo exclusivo (*Curso,* VI, p. 440), y tal era el caso de la legislación francesa. No vaciló Comte en unir esta facultad con el recuerdo de los artículos más tumultuarios de la Constitución de 1793: "Esta teoría de la coalición se reduce, en el fondo —escribió sin ambages—, a la sistematización del derecho de insurrección. . .,

como un recurso extremo de todo organismo colectivo, en las relaciones industriales".[2]

Al enunciar tales principios, que puso verdaderamente por encima de las leyes, podía creerse que Comte iba a declararse partidario de un sistema de plena libertad política y social; nada de eso ocurrió, pues no pudo sustraerse a la necesidad de orden que en su espíritu se imponía sobre la idea de progreso: en cierto lugar de su demostración examina a la intervención, espontánea o provocada, del poder espiritual. Como si se doblegase bajo el imperio de una necesidad ineluctable, codificó en cierto modo la parte que correspondía al desorden, al que no hay sociedad que pueda sustraerse, y ello bajo el imperio de una necesidad exterior, pero también bajo la presión de su propia psicología. En el fondo, pese a sus declaraciones relativistas y de sus apelaciones a la opinión, su espíritu no se contentaba con una simple coherencia lógica; a una coherencia más profunda tendía este poderoso genio constructivo, aun a costa de una aparente incoherencia de pensamiento. Como trabajaba por la reconstitución de un nuevo orden, a ese propósito subordinó el conjunto de sus preocupaciones reformadoras que tendía a la constitución de un poder espiritual. Y estableció firmemente este orden en su dependencia, despótico poder, no lo dudemos, y pieza esencial de su sistema social.

El proletariado, desde luego, está dotado de una profunda sabiduría; pero esta sabiduría no posee el freno interior del saber y la experiencia; de ahí que Comte afirme la necesidad de encuadrarlo a fin de evitarle peligrosos intentos. El gran peligro que debe preverse son los saltos de su humor revolucionario. A ese poder espiritual, órgano del positivismo, se le da

---

[2] Los artículos son éstos: Art. 33: "La resistencia contra la opresión es consecuencia de los demás derechos del hombre". Art. 35: "Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para cada sector del país, el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes".

En febrero de 1850 escribía Proudhon al prefecto de policía Carlier (conocido sobre todo porque en 1849 hizo abatir los árboles de la libertad): "El derecho a la insurrección se extingue al establecerse el sufragio universal". Algunas semanas antes había aconsejado la violencia "jacobina" (*Correspondencia,* III, pp. 123 y 83). Para dejar su diversidad a las doctrinas recuérdese que Comte rechazaba el sufragio universal y que Proudhon lo subordinaba a la "Revolución".

por misión servirle de mentor: "La política positiva es en verdad la única capaz de contener convenientemente el espíritu revolucionario, pues sólo ella puede, sin debilidad ni inconsecuencia, hacerle ante todo justicia exacta y circunscribir racionalmente su indispensable influencia entre sus verdaderos límites generales" (*Curso de filosofía positiva,* IV, p. 186).

Y concluye, no sin orgullo: realizando "el anhelo de la unidad romana y la universalidad católica (el positivismo), viene a cerrar la era de las revoluciones" (Robinet, *op. cit.,* pp. 94-95).

Comte no dejó, pues, a la libre disposición de los trabajadores la libertad de coalición, afirmada tan claramente. Subordinó su ejercicio a la previa autorización del poder espiritual. No se insistirá bastante en hacer observar que Comte pensó en la disciplina social mucho más que en la satisfacción de las necesidades particulares del proletariado, o más exactamente, que no quiere examinar esta satisfacción —que por lo demás desea muy sinceramente— sino en función de los intereses generales de la sociedad. Comte es, pues, social, pero no proletario; es decir, fué social desde un punto de vista por completo extraño al "socialismo científico".

En este punto y de una manera asaz curiosa, es posible aproximar su pensamiento social al de Proudhon, a quien no gustaba apenas. Uno y otro creyeron servir el orden, animados ambos por el mismo pensamiento: forzar a los contrastes sociales para que se desplegaran a fin de conocerse bien y de poder soportarse, o sea a fin de aliarse. "En un alma dueña de sì misma —escribía Proudhon—, las fuerzas no luchan ni un momento si no es para reconocerse, controlarse, confirmarse y clasificarse". Y unas líneas después agrega la siguiente proposición, dotada de una sonoridad muy clara, a la vez adamista y comtiana: "La oposición de las fuerzas tiene, pues, como finalidad su armonía".[3]

COMTE observó un hecho del que sólo nuestro tiempo ha comprendido la importancia y el peligro: el nacimiento de una clase independiente del proletariado en los confines de la alta burguesía, intermedia entre los sabios y los "directores de trabajos productivos". Nombró a los miembros de esta clase: se

[3] *Guerre et paix,* ed. Bouglé-Moysset, p. 134.

trata de los ingenieros, "cuya especial distinción está en organizar las relaciones entre teoría y práctica". Se empeñó en hacer notar que la doctrina apropiada al género de trabajo de ese cuerpo intermedio no había encontrado todavía su fórmula conductora: estudiado en las numerosas formas en que hoy se presenta, ¿cabría encontrar la fórmula de acción que necesitaba Comte? Y en cuanto a los técnicos, ¿se hallan en situación de exceder a los maestros del proceso social, agentes de esta tecnocracia que Comte no hizo más que entrever? (*Curso,* I, pp. 67-68).

Cualesquiera que sean las respuestas a estos puntos, Comte dió prueba con respecto a ellos de una perspicacia muy incisiva. Y esto conviene subrayarlo muy escrupulosamente.

La actitud de Comte con respecto a "la escuela revolucionaria" de su tiempo, sobre todo con respecto al comunismo es, dado su fondo, bien singular. Pensaba que en esta escuela residía "también de modo exclusivo el espíritu de progreso, a pesar de su carácter esencialmente negativo" (*Curso de filosofía positiva,* VI, p. 618). En consecuencia y pese a las críticas muy vivas que les dirige (y a las que llegaremos), creía que el proletariado debía adherirse a las sectas comunistas en tanto que el positivismo no hubiese acabado su plena formulación. Añadamos sin tardanza: colaboración limitada por completo en el tiempo, puramente empírica. La justificaba por el hecho de que su doctrina expresaba, sin ayuda de metafísica alguna, lo que a sus ojos era inapreciable, "la preponderancia fundamental del sentimiento social".[4]

Recuérdese que el partido liberal, en pleno predominio, cuando Comte publicaba la mayor parte de sus obras, se mantenía por completo extraño a lo social, que sin embargo manifestaba su existencia por medio de huelgas, motines y tentativas de regicidio. Peligrosa abstención a la que en su opinión era indispensable buscar e imponer con urgencia un correctivo, por imperfecto que fuese. Así se explica su actitud en este punto, teniendo en cuenta además que Comte se hallaba un poco confuso —hay que reconocerlo— frente a un proletariado víctima a un tiempo de su ignorancia, de su miseria y de las propagan-

[4] *Le proletariat dans la societé,* p. 28.

das de las diversas facciones socialistas, comunistas y democráticas, rivales y desordenadas.

Recobrándose a sí mismo, Comte reprochó a esos comunistas, depositarios de un mínimo de sentido social, que sumergieran la personalidad humana en el seno de una comunidad que se caracteriza por ser anónima, amorfa, multitud turbia que se opone a tomar en cuenta la existencia en todo hombre de un instinto individual que no debe negarse ni comprimirse; que debe utilizarse, añadía Comte, para favorecer inteligentemente el desarrollo de la "convergencia social", cuidando de no deteriorarlo en el curso de estas difíciles adaptaciones. Comte acusó al comunismo de impedir que surgieran las libres individualidades, siendo así que sólo ellas son capaces de provocar una acción en interés de todos. La colectividad necesita jefes que deben ser al propio tiempo independientes en sus movimientos, solidarios y responsables en el seno de la colectividad. "No hay ejército posible sin oficiales, como tampoco sin soldados; esta noción elemental es aplicable tanto en el orden industrial como en el orden militar" (*Curso,* VI, p. 34).

Sin insistir en la insuficiencia coordinadora de estas ideas con respecto a los hechos, quisiéramos llamar la atención acerca de la fuerte insistencia de Comte sobre el inconveniente de conceder el poder supremo a una "comunidad" inerte e "irresponsable" y sobre el papel de iniciador que corresponde al individuo. El individuo asume la iniciativa; debe favorecerse, pues, la "variedad de esfuerzos", que tiene buen cuidado de preconizar como "simultáneos".

Como el comunismo desconoce el papel del individuo como excitador y promotor, cabe temer que las fuerzas humanas se malgasten por exceso de igualdad y fraternidad. En este punto se declaraba de acuerdo con Charles Dunoyer, a quien tuvo por el más "avanzado" de los comunistas (*Curso,* VI, pp. 33-99). En este mismo punto habría podido invocar también la opinión de Proudhon, que se sentía lejos del comunismo a causa de su falta de respeto a la dignidad humana. Proudhon pensaba también, en efecto, que las multitudes eran incapaces de invención e iniciativa.

¿No se olvidaba un poco Comte, a lo largo de su crítica, de su propio sistema, en el que para lograr el triunfo tuvo en cuenta la disciplina social más bien que el individualismo?

IMPRESIONADO por el hecho de la concentración de la riqueza —como su contemporáneo Constantin Pecqueur y como sus mayores Saint-Simon y Fourier—, no dedujo Comte de este hecho, especialmente como Pecqueur, los elementos de un colectivismo que debiese reabsorber anónimamente la riqueza en provecho de la masa proletaria, su creadora. Más que su origen, le preocupó la manera como debe ser manejada esa riqueza. Poco importa al proletariado, pensaba, las manos en que se encuentre la riqueza; lo que le importa y nos importa a nosotros es que "su empleo sea necesariamente útil a la masa social". Una reglamentación, cualquiera que sea, no podrá desde luego ser eficaz por sí misma; sólo resultará provechosa para el mayor número una propiedad individual que la opinión desea limitada, provisional, que sólo será legítima en cuanto que la posean gentes que tengan profundamente arraigado el sentido social. Al positivismo corresponde la misión de enseñar a las "clases superiores" que ellas no son otra cosa que "las depositarias por necesidad de los capitales públicos" (*Curso,* VI, p. 604).

En suma, lo que proscribió fué el abuso del propietario, no el principio de su propiedad. También en este punto puede relacionarse a Comte con Proudhon, para quien la propiedad no se define como un "robo" sino en consideración de la suma de abusos de los que el derecho civil tolera y aun justifica la agregación.

Social en su origen, es decir, "resultado colectivo en el que el individuo tiene infinitamente menor parte que el conjunto de sus predecesores y de sus contemporáneos" (Robinet, *Notice sur Auguste Comte*, p. 88), la riqueza tiene que serlo menos en su destino. Así pues, nada más que una propiedad vitalicia centrada en una rigurosa idea de utilidad social: "Todo propietario no es sino un funcionario público, un poseedor responsable, encargado por la Humanidad de la gestión de una porción de la riqueza común, y obligado a emplearla de la manera más provechosa para todos... En consecuencia... la herencia teocrática emanada del régimen de castas... debe ser reemplazada por la herencia sociocrática; es decir, el patricio debe elegir libremente a su sucesor". (*eod. loc.,* p. 88).

Personal, vitalicia, sometida al más vigilante control público, la propiedad, desprovista de su antigua iniquidad, podrá cumplir eficazmente, creía Comte, su "indispensable función social": entonces sólo entonces, se hallará en verdad al servicio

de todos y será socialmente útil, gracias a esta combinación de principios que tiene en cuenta a la vez al individualismo, necesario a la iniciativa fecunda, y lo social, promoviendo a la opinión a la categoría de potencia reductora de los excesos del individualismo.

¿PUEDE colgarse al nombre de Comte el epíteto de socialista o el de comunista? Cabe plantear la cuestión y, una vez planteada, responder, en general, negativamente, sobre todo en vista de su viva crítica del comunismo. Si no mantuvo proposiciones propiamente socialistas o comunistas, sin embargo no es posible dejar de sentirse impresionado ante tantas y tan vehementes críticas contra el régimen capitalista y los abusos de la riqueza, vinculados a la servidumbre proletaria; ante su proyecto del régimen social de la propiedad, tan estrechamente sometido a las necesidades de la colectividad; en fin, ante el número de expresiones en que se muestra un pensamiento simplemente reformista. Así, en una de sus *Circulares* pidió "la incorporación normal del proletario a la sociedad moderna"; en otra escribe que "el proletariado acampa en medio de la sociedad occidental sin obtener todavía un lugar en ella" (*Circulares* núms. 5, 8 y 9). Es indudable que se ha extendido exageradamente el sentido de esas líneas al darles una prolongación general, cuando sólo se trata aquí, en el pensamiento del sociólogo, de favorecer el acceso del proletariado a la propiedad de su propia vivienda; pero no deja de ser igualmente evidente que esas palabras, y otras citadas antes, tienen una amplitud cuya sonoridad social invita al lector a establecer una aproximación entre Comte y los socialistas de su tiempo. Entre esas fórmulas las hay clarividentes como muchas de las de Proudhon y Rousseau: su sentido ha sido fijado no tanto por su contexto como por el estallido tumultuario de las palabras mismas de que están compuestas.

El sentido aristocrático latente en el sistema social de Comte lo aleja evidentemente del socialismo tal como se le concibe desde Proudhon y Carlos Marx. Se acerca a él, sin embargo, por los propósitos de renovación popular que animaban la sensibilidad del autor del *Catecismo positivista.* Si es verdad que vió en el pueblo algo así como un menor, por lo menos comprendió, como su maestro Saint-Simon, que las sociedades, trastornadas hasta en sus fundamentos por el desarrollo de la cien-

cia y de la gran industria, no volverían a encontrar cierto equilibrio moral y político más que adaptando sus necesidades y sus intereses a transformaciones populares decisivas. Estas pocas líneas me parece que resumen con exactitud esos propósitos humanos, cuyas primeras manifestaciones —no se insistirá bastante en ello— se remontan a 1819: "El punto de vista popular es desde ahora el único que puede ofrecer espontáneamente a la vez bastante grandeza y bastante claridad para situar a los espíritus de modo conveniente en una dirección en verdad orgánica, bastante acorde con las indicaciones filosóficas que resultan de una apreciación sana del conjunto del pasado humano" *(Curso,* VI, p. 610).

¡Cuántos sufrimientos se hubiesen evitado probablemente si este pensamiento de tan aguda observación hubiese hecho meditar útilmente a los contemporáneos de Augusto Comte, tanto al gran burgués de Guizot como al agitador revolucionario que fué Blanqui! No se trata aquí, es claro, bajo nuestra pluma, sino de una opinión que casi no soñamos en adornar con el epíteto de científica. Hecha esta reserva, ¿acaso no es infinitamente honroso para la memoria del gran filósofo que se la pueda formular, aunque sólo sea a título de homenaje al sentido humano de su duradero pensamiento?

EL PROBLEMA DE UNA LITERATURA NACIONAL

Por *Fernando DIEZ DE MEDINA*

¿Es lícito hablar de "literaturas nacionales" en Sudamérica? Según como se enfoque el problema. Para el investigador científico, probablemente no; para el poblador continental, seguramente sí. Pues en tanto aquél sólo vislumbra una confusa producción endeble, de carácter imitativo, a la cual califica genéricamente de "letras hispanoamericanas", sujetas a servidumbre y minoridad intelectual; éste distingue las literaturas nacionales —una en cada país— claramente diferenciadas, todavía en embrión, en formación, libres de vasallaje a la cultura castellana.

Examinemos ambas tesis.

Primero los negadores. Alegan ellos que después de treinta años sigue en pie el severo enjuiciamiento de Riva Agüero sobre las letras sudamericanas, cuyas condiciones generales son la incipiencia y la imitación. Abundan la copia ingeniosa, el lirismo barato, la fraseología de mal gusto. ¿No ha dicho Quintiliano que todo el que quiera ser semejante a otro, necesariamente ha de ser inferior a lo que imita? Escasean las grandes obras —si las hay— con valor intrínseco ajeno al medio y a la época. Descontando excepciones rarísimas, el continente Sur sigue produciendo baja literatura, de reflejo, prestándose los temas y las formas expresivas. Casi siempre el esfuerzo apresurado delata pobreza imaginativa, orfandad de estilo; y el libro se resiente por falta de tensión espiritual. El escritor sudamericano, pobre en ideas y en cultura escaso, cubre su desnudez con la vegetación verbal: habla, pinta, gesticula, grita. No ha dicho nada. Cierto que *La Vorágine, Don Segundo Sombra, Raza de Bronce, Doña Bárbara* llevan su mensaje propio, pero estas plantas exóticas ralean. Lo general es lo mediocre.

La división política en pequeñas repúblicas, la heterogeneidad de razas y de lenguas —pues además del español que

hablan las minorías cultas y las poblaciones cosmopolitas, existen grandes núcleos humanos que sólo conocen sus idiomas nativos— el analfabetismo, la ausencia de un gran ideal colectivo que conforme y dé sentido a las letras del continente, impiden que en rigor crítico se hable de "literaturas nacionales" al referirse a los países sudamericanos.

Una literatura es el producto de largas luchas donde se miden con desigual fortuna hombre, naturaleza e historia. Acierta el crítico que la nombra "flor de la historia de un pueblo, espuma de su dolor y su alegría". Mas en estos pueblos-fetales de la América sureña ¿de qué cultura, de qué proceso intelectual hablar, si las naciones mismas no concluyeron de estructurarse en forma orgánica? Quien se ignora no puede juzgarse. Para un juicio severo, con sentido de las jerarquías mentales, no existe una "literatura peruana", como no hay una "literatura colombiana", ni es dable mencionar una "literatura argentina", aunque existan aislados buenos libros compuestos por autores nacidos en Perú, Colombia y Argentina. Estos pueblos jóvenes, de trasplante y aluvión, viven todavía el tiempo épico de la pugna con el medio; les falta mucho para alcanzar una lírica genuinamente sudamericana. Y más aún, para el ajuste dramático del hombre con las cosas, cuando medido el mundo exterior, sondeado el orbe interno, el poblador encuentra su equilibrio en la justa expresión de su medio geográfico y social y el modo cómo reacciona frente a él.

Los dos mayores males de la producción literaria en la América meridional: la falta de originalidad en el concebir, la ausencia de una técnica formal para expresar.

No se puede hablar seriamente de "literaturas nacionales" en el hemisferio sur. Y justamente de esta negación brotará una profesión de fe; el sudamericano, para llegar a ser algo culturalmente, debe comenzar por reconocer que no es nada todavía.

Hasta aquí pesimistas y censores despiadados. Veamos, ahora, qué contestan los afirmadores.

La historia de la literatura es la historia del alma humana: cómo viven, cómo piensan, cómo se hacen conocer los hombres. Donde hay un pueblo organizado, habrá un fenómeno literario que lo exprese. Tradición oral o letra impresa, todo cuanto constituye el lenguaje peculiar de una colectividad, su creación más genuina, su manera entrañable de moverse en las ideas,

el modo bello de contar lo propio, ya es literatura. Todos los pueblos la tienen: grande o pequeña, ilustre o desvalida.

La emancipación política se inició en 1809; la económica recién ha comenzado; pero ya es tiempo de preparar la independencia intelectual del hemisferio sur. Ni "letras hispanoamericanas" ni cultura "latinoamericana"; eso se fué con los abuelos. No renegamos de la herencia hispana, tampoco de las savias latinas, mas queremos destino fidedigno. No se puede enjuiciar con pupila europea la realidad criolla, cuando hay un hecho indio y un fenómeno mestizo que se entrecruzan con la urdimbre occidental. El sudamericano despierta sociológica y culturalmente, forja su cultura y se alimenta de ella, está en proceso de crecimiento ¿cómo podría dar frutos sazonados? Ciertamente, no hemos dado un Balzac, pero Balzac es el producto de dos mil años de civilización. Esta realidad histórica en que nos movemos, requiere expresión típica, no foránea; por eso habrá que repetir: donde hay pueblo que vive y siente habrá literatura que lo resuma y manifieste.

Es innecesario detenerse en el detalle de obras y de autores. Basta la visión de conjunto —histórica, política, social— para comprender que cada una de las jóvenes naciones de la América Meridional alienta nuevas fuerzas psíquicas y morales, capaces de crear diversos tipos culturales. No rechazamos a Europa ni a España: las absorbemos, quisiéramos superarlas en un sentido espiritual. Creemos más en el hombre interior que brota de estas tierras vírgenes, menos en el mecanismo técnico y mental heredado de occidente. Hablemos, pues, de una cultura sudamericana en formación y de las literaturas nacionales que la expresan.

Al saber práctico, analítico de Europa, responde la inteligencia intuitiva y ética del sudamericano. Si el europeo nos aparece demasiado perfecto, racional, Sudamérica da un tipo humano siempre algo desordenado, instintivo, que se contrapone a la rigidez de la razón organizada. Keyserling reconoció que la naturaleza sudamericana —suelo y poblador— mantiene en toda su energía la fuerza creadora del tiempo primitivo, un impulso de tensión constante, gran plasticidad, quietud y anhelo de crecer. En esta época de destrucción, porque el hombre maneja fuerzas demasiado grandes, el continente sur representa un sentimiento libre y optimista de la vida. Y esto a pesar del drama social, que aún está por resolverse.

Acaso la raza cósmica de Vasconcelos sea un mito; utópico el ideal euríndico de Rojas; exageradas las afirmaciones de estudiosos que sostienen una edad de oro para las letras del hemisferio. Lo evidente es que las naciones sudamericanas van cobrando personería intelectual, por atisbos geniales y errores presurosos, en marcha rápida y mudable hacia fines espirituales. Si cultura es espíritu —como dice el filósofo— y espíritu algo vivo, fluyente, en constante proceso de fluctuación, crecimiento y desgarre, podemos afirmar que existe ya una surgente cultura meridional.

Nuestras literaturas nacionales son el mútiple espejo de esa cultura en formación.

Si existen libros y escritores que nos cuentan qué es un país, cómo son sus gentes, describiendo el orbe físico, mental y emotivo en que se mueven, existe ya un proceso literario. Y aunque en la escala de las jerarquías estéticas no podamos subir muy alto, preferimos el duro aprendizaje de lo propio a los regalos de la imitación y del transplante. América, la del Sur, no copia: crea formas nuevas aunque pocas, o transforma por alquimia transcultural las heredadas. Podemos hablar, con perfectísimo derecho, de una "literatura boliviana", de una "literatura chilena", de una "literatura brasileña", porque existen tres naciones distintas habitadas por tres pueblos diferentes que no es lícito confinar en el rótulo de ramificaciones de las letras iberas o lusitanas. Tres naciones jóvenes, con modos peculiares de vida, que ofrecen sendas fisonomías literarias. Bolivia y Chile hablan la lengua española, pero cada núcleo nacional acusa diversas formas de cultura y se tipifica por sus peculiares modos de vida. ¿No ha dicho Taine que en el fondo la historia es un problema de psicología? Pues bien: esta nueva humanidad psicológica y social que irrumpió a partir de 1809, quiere ser oída y comprendida en la diversidad de sus manifestaciones regionales. Las literaturas sudamericanas son, pues, un hecho histórico y cultural indiscutible.

Cada pueblo tiene voz propia; hay que saber recoger el tono y los matices de esa voz. Produjimos algunas cosas buenas, podemos producir muchas más. La Mistral, ganando el premio Nobel, ¿no es una evidencia del poder creador y vencedor de las letras sudamericanas?

Hasta acá los afirmadores.

Entre ambas tesis ¿cómo deberá orientarse quien busque orientar a su vez a los investigadores? Buscando el justo medio para llegar a la verdad: ni tanto bueno ni malo tanto. Y si descendemos del plano general sudamericano, al campo puramente nacional que nos interesa, podemos resumir la situación así.

Hay una literatura boliviana, no tan famosa como piensan algunos ni tan ignorada como creen otros. Mientras no aprendamos a usar una escala de valores que permita distinguir el engendro literario de la medianía y ésta del buen libro, jamás conoceremos el valor real de las letras patrias. También será necesario diferenciar la improvisación feliz de lo que produce el escritor de vocación. Lo primero que se requiere en este país, en materia literaria, es orden; orden jerárquico. Limpieza, selección, depuración, sobre todo esto último: depuración. Porque no todo el que esgrime pluma alcanza categoría de escritor, ni es lícito llamar libro a cuanto se publica. La generosidad —y a veces también la fatuidad— del boliviano, conspiran contra su sentido de apreciación crítica; se reparten elogios en exceso, se consagra valores prematuros, y esta hojarasca emotiva impide ver la selva real. Falta establecer la distancia que media de la verdadera artesanía literaria, al ejercicio periodístico o a la publicidad ocasional.

No existe una historia razonada de nuestro proceso intelectual: sólo ensayos fragmentarios, esquemas didácticos, panoramas ligeros. Ningún trabajo de conjunto que obedezca a un enfoque científico, conforme a plan, con análisis metódico de épocas y escuelas, que calibre con justeza obras y autores. Si no hay una estructura central, un desarrollo orgánico y planeado, menos puede exigirse en acabado y decoración. Críticos y comentadores carecen, casi siempre, de sentido de proporción, de capacidad para discriminar valores, de finura psicológica para entrever matices y coloración. No idean, no disciernen; enumeran y pasan por encima. Por lo general la escasa cultura corre pareja con la ausencia de buen gusto. Quien se asoma a nuestras letras, falto de hábiles guías, deberá ser hurón de biblioteca, papelista y benedictino al mismo tiempo. Todo o casi todo lo aprenderá por sí mismo, remontándose a las fuentes para no extraviarse. Carecemos de una clave literaria orgánica para seguir el ascenso intelectual del país. Prudencio y Medinacelli, seguramente los dos mejores críticos de la época moderna, no

publicaron sus valiosos trabajos en libros, hallándose dispersos en diarios y revistas, sólo accesibles a estudiosos o bibliófilos.

La *Historia de la Literatura Boliviana* de Finot, con ser un laborioso y meritorio esfuerzo, peca por exceso y superficialidad; exceso al acumular libros y autores mezclando lo bueno con lo malo; superficialidad en el análisis y en el ajuste de los valores estéticos. Reconozcamos la gran utilidad de esta obra como elemento de consulta —tiene, además, páginas muy acertadas especialmente en su primera mitad— pero anotemos su defecto sustancial: su condición de catálogo o archivo, sin discriminación de tendencias y jerarquías. El mismo autor corrobora en el prólogo su propósito: "...es menos historia crítica que nomenclatura o catálogo".

Las literaturas no surgen por acumulación —táctica elegida por Finot— sino justamente a la inversa, por simple eliminación, hasta quedar en lo esencial. Contra la prolijidad del catálogo —ocioso en un medio literario endeble— debe primar el principio de selección. Aunque en títulos y autores la producción nacional pase del millar, lo digno de leerse apenas rebasa la centena. Habría que aplicar, en nuestro caso, el justo criterio del maestro Henríquez Ureña: "Hace falta poner en circulación tablas de valores; nombres centrales y libros de lectura indispensables. Hay que dejar en la sombra a los mediocres. La historia de la literatura americana debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales". Es la misma norma señalada por el crítico sagaz; en la literatura, como en toda ciencia, sólo deben preocupar al historiador los fenómenos más salientes.

Claro está que tratándose de una cultura en formación no podemos limitarnos a señalar unos pocos nombres-solares; será preciso ocuparse también de los satélites, y aun de las "novas" lejanas y fugaces, ajustando el cuadro a un principio de gradación e intensidad: moroso estudio en lo central, rápido miraje a lo periférico. Elegir lo descollante, con libertad de juicio y de gusto, sin que la obligada prescindencia de algunos suponga necesaria subestimación, sino urgencia de reducir el enfoque para capturar lo fundamental. Ni cátedra ni veredicto. Una visión objetiva del medio social, y una subjetiva apreciación de libros y de autores. Retener lo mejor, olvidar lo accesorio. Este será el sistema elegido.

Nuestra literatura no se agrupa por tendencias generales ni se manifiesta en escuelas definidas. Las que adoptamos acaso

parezcan arbitrarias, mas no dejan de constituir hitos auxiliares para facilitar una comprensión ordenada del proceso literario. Cada escritor boliviano tomó rumbo solitario; la libertad anárquica es su ley. Todos vuelven al observador atento por la misma vorágine: autodidactos, desordenados, eclécticos, caudalosos, poliformes, desconcertados y desconcertantes todos. Polígrafos sin disciplina, ambiciosos de saber y de expresar, los bolivianos padecen la fiebre de publicar. La excepción no desmiente la regla. Por lo común en un solo escritor representativo, se puede seguir todo el proceso social y espiritual de su tiempo, porque la política y las letras andan confundidas en nuestra historia. Ordenar, sistematizar ese caos de ideas, de estilos, de multiplicidad en la producción unipersonal, en un país donde faltan bibliotecas, crítica seria, clima bibliográfico, será tarea de gigantes. Comencemos por el enfoque panorámico y sintético.

Cuatro son las formas principales para seguir el proceso de una literatura nacional: la histórica, la geográfica, la estética, la social. A no ser que se prefiera la visión circular, completísima, del crítico-artista, el que todo lo mira, lo absorbe y remodela con lente de mil prismas, reuniendo las agudezas del análisis con los primores del buen gusto. Para esto se requiere el genio de Brandés. Y el fenómeno Brandés no ha vuelto a darse.

Para el juicio histórico, tan atento a los cambios en el tiempo y al proceso de evolución colectiva, debemos acostumbrarnos a pensar que espiritualmente Bolivia no comienza en la Colonia; hay seis ciclos lógicos cuya continuidad ideal no es lícito romper: el tiempo mítico, el pasado kolla, la herencia quéchua, la conquista, la colonia y la república. Las literaturas arrancan su origen de la cosmogonía y de los mitos. ¡Mirad a las montañas, esa es la cuna del alma nacional!

Para el criterio geográfico que consulta suelo y raza, adoptaremos la división clásica: montaña, valle y selva, que enmarcan las tres razas primordiales de aimaras, quéchuas y orientales. El problema a dilucidar sería, entonces, cuáles son las influencias recíprocas entre lo andino, lo valluno y lo selvático; cómo reaccionan, se expresan, enlazan y divergen el alma ruda y beligerante del montañés, el alma tierna y sensual del poblador de zona templada, y el alma exuberante y enervante del hombre de los llanos. O sea la expresión vital de punas, tierras medias y llanuras reflejada en el triple espejo dramático del kolla, bucó-

lico del quéchua, pánico del oriental. La nación en su variedad étnica y territorial.

Para una valoración estética, la creación literaria se impone por sus cimas y sus quiebras, aun prescindiendo de tiempo, lugar y tendencia. Obras y autores calíbranse por sí, atendiendo sólo a su riqueza conceptual, a su belleza de estilo. El libro como obra de arte, como esfuerzo creador y ejemplificador.

Para una estimación social, se ha de tener en cuenta el cuadro general de la época estudiada: las condiciones políticas y económicas que la norman; los grandes sucesos colectivos y los hombres representativos que los encarnan; el lento y complejo ascender del espíritu a través de las constantes transformaciones técnicas que a su vez modifican los modos vitales. La historia literaria como historia de la sociedad que la produce.

Estos cuatro planteamientos esenciales, que en un estudio a fondo, orgánico y razonado, deberían agotarse exhaustivamente, sólo serán considerados a grandes rasgos en esta introducción a nuestras letras.

Para nosotros y para quienes nos sucedan, valgan estos juicios generosos de dos espíritus elevados: francés uno, el otro boliviano. Dijo Alcides D'Orbigny: "Si la tradición ha olvidado la memoria del lugar donde estuvo el Paraíso, el viajero que visita ciertas regiones de Bolivia puede exclamar con entusiasmo: ¡Este es el perdido Edén!" Añade con emoción indianista nuestro Santiago Vaca Guzmán: "Nuestro porvenir literario está en la riqueza y variedad del suelo boliviano, portentoso escenario natural donde el espectáculo, a pesar de ser el mismo, parece por su majestad siempre nuevo. Aquí donde la luz vibra como las chispas del diamante, el corazón no puede permanecer insensible ni la imaginación estéril". Tenemos, pues, tema y sujeto: Bolivia y el boliviano. Sólo falta aceptar el consumo de fe, de energía, de esfuerzo disciplinado y consciente para transmutar la realidad viva en elaboración artística. No basta explorar la geografía ni sondear lo humano; flaqueamos en la fusión, en la interpretación, en estilizar el hombre y el suceso. De suelo tan desmedido, de poblador tan complicado, sale aminorado el intérprete. Y sólo podremos hablar de una genuina literatura nacional, cuando en vez de simples contempladores nos convirtamos en modeladores del cosmos circundante.

Grave error sería pretender confinar a lo puramente típico la creación literaria —vasta, libre, diversa cuanto lo es el genio

humano— a sólo título de nacionalismo espiritual. Pero si al superior hombre de letras debemos aceptarle que sea el forjador de sus temas, sería preferible que en estos tiempos de crecimiento y organización nuestros escritores jóvenes ahonden en sí mismos, en su suelo y en su raza, en la indagación de lo vernáculo, hasta encontrar los gérmenes de una auténtica literatura nacional. Libertad temática, osadía de expresión, son los modos vitales del acaecer literario; pero una cultura en formación, como la nuestra, debe tender al miraje introspectivo antes que al periplo universal, buscando la verdad más que la originalidad.

Aquí donde todo está por descubrirse ¿qué vocación más noble para un escritor que la de revelar ese mundo escondido?

Telurismo, folklorismo: dos caminos para alcanzar el horizonte nacional. Telúrico es lo que brota del fondo de la tierra, volver al propio núcleo para extraer savias entrañables; folklórico es lo epidérmico y circunstancial, la anécdota. La literatura boliviana debe partir de lo telúrico-ancestral. La vuelta a la tierra es un imperativo biológico, porque toda cultura se origina en la tierra —Spengler— y si queremos incorporarnos a la geografía literaria del planeta, debemos comenzar por ser fidedignos en la expresión de lo que somos.

"Jacha-Pacha-Mama", la Gran Tierra Madre, es la clave de un nacionalismo espiritual.

¡Guardaos de confundir el episodio folklórico con el telurismo raigal! No basta el manejo de tema y nomenclatura locales, ni la mera descripción de paisajes y costumbres; ahóndese el estudio, búsquese el sentido profundo de caracteres y tradiciones, porque son ellos los que darán contenido anímico trascendente a nuestras letras. Copiar, contar no; buscar, plasmar y sublimar el orbe interno que se embosca detrás del mundo exterior. Revelar, desentrañar. Nos ha tocado la misión de interpretar un orbe nuevo saturado de viejísimas esencias. Porque Bolivia, cosa grande y maravillosa, encierra al boliviano, enigma sutil que no ha sido descifrado todavía.

Tenemos lo primordial: tema y sujeto ricos de novedad y sugestión. Nos falta la otra mitad del hecho literario, una técnica madura para expresar nuestra verdad vital, una escala de valores que nos redima de la suficiencia criolla.

Corto es lo realizado, mucho lo que falta por hacer. Amemos no obstante lo poco que tenemos y aceptemos la grave carga de conformar una literatura propia, recordando el consejo de

Van Wyck Brooks: "la literatura es una profesión estudiada, diez veces más difícil que el derecho; tiene problemas que no pueden resolverse apretando un botón; y al fin el gusto y la destreza literarios son la recompensa de años de esfuerzos humildes".

¿Cuántos saben que el buen escribir requiere largo aprendizaje?

De inteligencia despierta, rico de imaginación y sensibilidad, guardando en su seno las potencias vírgenes de un pasado fabuloso y un presente dramático, cargado de electricidad humana, el pueblo boliviano dará grandes escritores al continente. Sólo falta que las nuevas generaciones se sometan a una escuela de disciplina y autocrítica, para combatir la ignorancia, la pereza, la ausencia de sentido de medida y de buen gusto que vienen frustrando la producción media del país. Y algo más: los peligros de la facilidad, el talento rápido o la habilidad ligera, que pasando por encima de las zozobras del pensar y las dificultades técnicas, buscan la línea de menor resistencia para desembocar en el género periodístico o revisteril. Basta ya de plumas fáciles, volanderas, vocingleras. Necesitamos escritores de vocación, artesanos de su oficio, humildes y tranquilos, fuertes y sinceros, de largo y tenaz laborar, capaces de expresar las tensiones encontradas de este pequeño gran pueblo penetrado de vida dramática.

Existe una literatura boliviana. De nosotros depende que se hunda en el olvido, o que se alce como un vuelo de cóndores hacia la cordillera encumbrada del pensamiento universal.

EL ARTE DE ENSEÑAR

Es éste un libro muy leído y elogiado. Y oportuno, pues se iba olvidando que enseñar es un arte. Olvido grave, que es causa de que la enseñanza se mecanice, es decir, que decaiga. Estos malos vientos de la mecanización soplan sobre todo del lado de los Estados Unidos. Por ello, que este libro venga también de allí, le da más valor. Su título es su primer acierto.

Problema urgente de nuestro tiempo es educar a las masas. Uno de los pueblos que en proporción más jóvenes lleva a la escuela y más años los retiene en ella son los Estados Unidos. Obra buena, muy buena, que hacen éste y otros pueblos, y que tiene sus peligros: el de la mecanización es acaso el mayor. Educar hombres no puede ser lo mismo que fabricar alfileres o automóviles en serie. Hay que educar a las masas; pero pensando, con Antonio Machado, que "el hombre masa no existe", que lo que se llama la masa son "millones de conciencias humanas que luchan heroica y denodadamente por destruir cuantos obstáculos se oponen a su hombría integral".

Evitemos acerca de todo un pueblo juicios simplistas, error frecuente. Quizás de los Estados Unidos venga el peligro señalado (acaso más de sus imitadores serviles); pero los Estados Unidos son un mundo complejo de corrientes y opiniones encontradas. Por eso de allí nos viene también este libro y, por ejemplo, el menos reciente *Teaching the individual* ("Enseñanza a cada individuo") de Ruth L. Munroe, que registra experiencias del Sarah Lawrence College, colegio rico donde disponen de tiempo y de personas para estudiar individualmente a todas las alumnas a fin de proceder con cada una conforme a lo que le es peculiar.

El libro mismo del profesor Highet es un dechado del arte de enseñar. Mucho enseña. Es denso, no menos que un buen libro alemán, y a la vez está escrito con amenidad y elegancia. Interesa siempre y hasta divierte. Las anécdotas numerosas que lo ilustran están contadas con gracia. En él hallamos las dotes que el autor exige de un buen maestro: una de ellas, el humorismo, que a veces en él es crítica incisiva. Aunque es persona de muchas lecturas, rara vez se limita a exponer lo que otros han dicho. Lo que escribe ha sido vivido por él, es producto de su propia experiencia o de su reflexión. Precisa-

mente él, que ha leído tanto, no parece que son obras de pedagogía lo que más ha leído. Para un maestro es muy peligroso, aún más que para otros técnicos, limitarse a lo puramente profesional. Ejemplo de lo contrario es este libro, uno de cuyos valores es la amplitud de horizontes. En él se aprovecha una rica información que abarca países, épocas y actividades muy distintos.

Las cuatro partes de la obra tratan de los maestros, de los métodos que éstos emplean, de grandes maestros y de sus alumnos y, por último, de la enseñanza en la vida diaria fuera de la escuela.

El asunto es tratado con ciertas limitaciones, que acaso se haya impuesto el autor, para decir lo que mejor conoce, su propia experiencia, y hace bien. Se habla sobre todo de enseñanza universitaria, poco de la secundaria y aún menos de la primaria. Ni una vez se cita el nombre de Pestalozzi, aunque se reconoce el cambio trascendental que supone la enseñanza obligatoria para todos característica de nuestra época, y aunque en el prólogo se promete que serán estudiados los maestros más capaces de épocas pasadas. Y se habla sólo de enseñanza intelectual.[1] En los pasajes dedicados a Jesucristo, a Sócrates, a T. Arnold, por ejemplo, se echa de menos lo que en ellos es más importante: la enseñanza no ya de una doctrina moral sino de una conducta, su influjo personal en la formación del carácter, en la vida, no sólo en el pensamiento de sus discípulos, influjo que en los tres casos perdura aún. A pesar de que la erudición del autor es tan vasta, el mundo de lengua española está casi ausente del libro. Una de las excepciones, un elogio a la campaña de México contra el analfabetismo. No aparece Vives para nada. Verdad es que tampoco aparece en el diccionario enciclopédico editado por la universidad de Columbia, a la cual pertenece el profesor Highet, diccionario que por lo demás es excelente.[2] Y la verdad es que en cuestiones que el autor estudia con detenimiento y buen sentido, como el método socrático, que él llama "tutoring", los exámenes y los castigos, en España se ha conseguido algo, especialmente por F. Giner y por su discípulo y continuador M. B. Cossío, no superado, hasta donde yo conozca, en la época moderna. Cuando habla de grandes hombres que no lo hubiesen sido sin el influjo de sus maestros, buenos, pero no personalidades eminentes, piensa uno en dos casos de la América española, que el profesor Highet

1 ¿Será esto debido a que el autor es escocés? En las escuelas de Escocia, como en las del continente europeo, se da menos importancia a la educación del carácter que en Inglaterra.

2 En un libro sobre el mar publicado en los Estados Unidos, muy interesante y que ha sido de los de más venta en los últimos meses, un "best seller" se dedica un capítulo a la historia de los descubrimientos marítimos sin hacer la menor referencia a los realizados por los portugueses.

no cita y que confirman su aserto: Rodríguez, el maestro Simón Bolívar y Mendive, el de José Martí.

Acerca de los castigos hay páginas llenas de sensatez. Sin embargo, no me satisfacen del todo. Después de leer su libro no puedo imaginarme al profesor Highet imponiendo castigos, no ya en su cátedra de la universidad; tampoco aunque enseñara en una escuela secundaria o primaria, pues lo considero un excelente maestro. No obstante, cuando examina este punto, si bien toma el buen camino, no llega al final. Aquí, ¿quién lo diría?, son los pedagogos los que tienen que aprender de los penalistas y no lo contrario. Lo primero sería precisar lo que es un castigo. Creo que es causar un dolor con la esperanza de que el dolor por sí mismo producirá una mejora en el castigado. No es castigo el esfuerzo, incluso el sacrificio, que haga el alumno por ayudar a alguien o por aprender algo que en su pereza dejó de estudiar, si lo hace por propia voluntad, porque el maestro, sin amenazas, le ha convencido de que debe hacerlo. La "pena" ha de ir dirigida a dos fines: la defensa de la sociedad (que puede ser la reducida sociedad de una escuela o la más reducida aún de una clase) y a la corrección del que delinque. Y precisamente cumple mejor estos fines no siendo "penosa". Si esto es verdad en la cárcel, no va a serlo menos en la escuela. Es curioso que un español del siglo XII y del XIV, el Infante don Juan Manuel, tiene ya del castigo una concepción aún más moderna que la del profesor Heighet y la del gran educador inglés T. Arnold, que escribió sobre este asunto.[3]

Varias páginas están dedicadas a los jesuítas. Son casi siempre de elogio aunque, no les favorecen las líneas de James Joyce que reproduce (De *A Portrait of the Artist as a Young Man,* capítulo I). Es interesante lo que según el profesor Highet debe James Joyce a los jesuítas. Nuestro autor dice del sistema de enseñanza de éstos que es admirable, hasta que el Papa disolvió la Compañía de Jesús en 1773. Declara que ni es jesuíta ni siquiera católico. Esto nos hace pensar en lo mucho que se ha escrito y hablado acerca de los jesuítas y de sus colegios. Es tema que, como Felipe II, el comunismo, los toros, Pi-

---

3 Dice el Infante en el "Libro del Conde Lucanor" (Ejemplo XXI, titulado "De lo que contesció a un rey mozo con un muy grant filósofo a qui lo encomendara su padre"): "Et vos, señor conde, pues criades este mozo, et querrídes que se enderezase su facienda, catad alguna manera que por ejiemplos o por palabras maestradas et falagueras le fagades entender su facienda, mas por cosa del mundo non derrangedes con él castigandol nin maltrayendol cuidandol enderezar; ca la manera de los más de los mozos es tal, que luego aborrecen al que los castiga, et mayormente si es homne de grand guisa, ca liévanlo a manera de menosprecio, non entendiendo cuanto lo yerran. ...Et por aventura caería tal desamor entre vos e él, que ternía daño a entramos para adelante". Y el ejemplo termina con esta moraleja:

"Non castigues al mozo maltrayendo,
Mas dile comol vaya placiendo".

casso. . ., da lugar a juicios apasionados y extremos. Nada menos que Cervantes y Descartes, católicos, pero nada jesuítas, elogian su enseñanza, e incluso un protestante, considerado como un clásico de la literatura inglesa, George Borrow (*La Biblia en España,* capítulo V). En cambio es tremendo lo que contra ellos cuentan españoles contemporáneos, antiguos alumnos suyos, como Ortega y Gasset (en un artículo publicado, si no recuerdo mal, en *El Sol* de Madrid, y que me parece que no ha incluído en ninguna de las dos ediciones de sus obras completas), Pérez de Ayala en su novela A. M. D. G. y el admirable y católico Miró en sus dos libros *Nuestro Padre San Daniel* y *El Obispo leproso,* que constituyen una sola novela. Unamuno, que no asistió a colegio de jesuítas, cuenta el efecto terrible, peligroso, que en él produjeron, siendo aún muy joven, unos ejercicios espirituales dirigidos por un jesuíta. Desde entonces vivió apartado de la Compañía de Jesús.

Es atractivo el tema de examinar objetivamente lo que los jesuítas han hecho en enseñanza y hasta donde ha llegado su influjo en ésta. En los liceos laicos de la república francesa algo bueno y algo malo hay que parece venir de ellos, por ejemplo, la enseñanza de las humanidades y el sistema de premios.

Este de los premios es otro problema de enorme trascendencia. Uno de mis mejores maestros decía que mucho daño hacen los castigos, pero aún más los premios. Con esto se relaciona la cuestión de si en la escuela conviene utilizar el instinto de competencia. Asunto delicadísimo. Lo que dice el autor es de sumo interés. Aquí se inclina también a admirar a los jesuítas, aunque mesurado, piensa que se excedieron. Creo que efectivamente se excedieron, y que en su sistema de premios se olvidan de lo que dice Tomas Kempis en su *Imitación de Cristo,* obra traducida al español precisamente por un jesuíta, el Padre Nieremberg.[4]

Es verdad que la competencia hace brotar energías ocultas; pero ¡es tan peligrosa, sobre todo entre individuos! Muchas veces los alum-

4 "Gran sabiduría y perfección es tenerse en poco a sí propio" (Libro I, capítulo II); "Muy poco se le daba el ser juzgado en cualquier juicio humano (San Pablo, I Cor. IV. 3)" (Lib. III, cap. XXXVI); "Nunca leas para mostrarte más docto o más sabio" (Lib. III, Cap. XLIII); "¡A cuántos ha dañado la virtud descubierta y alabada antes de tiempo! ¡Cuán provechosa ha sido siempre la gracia guardada en silencio...! (Lib. III, cap. XLVI). "La naturaleza gusta de recibir la honra y reverencia. Mas la Gracia atribuye fielmente a Dios toda honra y gloria". (Lib. III, cap. LIV); "La naturaleza... espera alcanzar... alabanza o favor por el bien que ha hecho; y desea que sean sus obras y sus dádivas muy ponderadas. Mas la Gracia no busca cosa temporal, ni quiere otro premio que a Dios sólo" (Lib. III, cap. LIV); "La naturaleza... desea ser conocida y hacer aquello de donde le venga alabanza y celebridad"... "La Gracia... enseña... a esconder humildemente las cosas loables y dignas de admirarse"... "No quiere que ella ni sus cosas sean pregonadas" (Lib. III, cap. LIV).

nos siguen una moral superior a la que quieren fomentar entre ellos los maestros, se apartan de toda rivalidad, y, movidos por un espíritu de compañerismo, cooperan entre sí y se ayudan. En buenas escuelas inglesas he visto utilizar con resultado satisfactorio el espíritu de competencia dentro de una clase dividiéndola en dos grupos, siendo una mitad de la clase la que "ganaba", no un individuo.

Al hablar de los sofistas el autor dedica unas líneas a B. Shaw. Dice de él que deslumbraba sin convencer a nadie de nada positivo, y que tenía pocas ideas constructivas. Esto parece muy discutible. Shaw fué uno de los miembros más importantes de la Sociedad Fabiana y las ideas de aquel pequeño grupo de intelectuales son las que han "construído" la Inglaterra actual, y, tan convincentes han resultado, que han convencido hasta a un primado de Inglaterra, al arzobsipo de Canterbury, el arzobispo Temple (hijo), afiliado al laborismo, e incluso han convencido al partido conservador, pues, contra lo que algunos creen, las últimas elecciones inglesas no fueron una derrota del partido laborista sino acaso su mayor triunfo, porque los conservadores, para ganarlas por pequeña mayoría, hubieron de aceptar en su programa lo principal de la obra realizada por el laborismo (socialización de bancos, ferrocarriles, minas...) excepto la socialización de la industria del acero y algún otro punto de menor importancia.

He tenido la fortuna de oír hablar en público a B. Shaw siete u ocho veces: dos en la Universidad de Londres, cuatro o cinco en actos de propaganda de la Sociedad Fabiana y otra en una asamblea de iglesias religiosas no conformistas. Esta última vez me convencí de que era un hombre profundamente religioso, si para serlo no es necesario renunciar al uso de la razón. La doctrina y los sentimientos que entonces expresó no eran ciertamente negativos. El prólogo a su pieza *Androcles y el león* lo confirma.

De lo más interesante de este libro, que siempre lo es, considero el pasaje, original y profundo, acerca de los alumnos malos de los colegios buenos, y el referente a exámenes y tesis. "Palabras horribles —dice el autor—, mi alma se pone mala sólo de oírlas".

Y, como lo que más nos debe preocupar ahora es que no haya guerra, terminemos con lo que el prof. Highet dice del presidente Wilson: "Enseñó al género humano cómo ha de lucharse por el ideal más grande de nuestro planeta: la creación de la paz universal".

Rubén LANDA.

UN LIBRO DE UN DISTINGUIDO OFTALMOLOGO

Ha sido editado recientemente en nuestro país el último libro del Dr. Manuel Márquez[1] figura internacional de la oftalmología contemporánea. Hace más de diez años que México cuenta con su fecunda presencia en la vida científica y profesional; son varias las obras suyas que han visto la luz editorial entre nosotros; son ya numerosos los trabajos de investigación y de enseñanza cuyos beneficios hemos usufructuado, en la cátedra, en la diaria tarea hospitalaria, en las sociedades y asambleas científicas; pero juzgamos que en el aspecto didáctico de su actividad, la presente obra es la más completa y fructífera que unitariamente ha producido.

El Dr. Márquez es fundamentalmente un escritor científico; es a través de la lectura de sus páginas como mejor se alcanza a manifestar la organización de su labor y su experiencia oftalmológica. Y es en este libro donde de manera más enjundiosa se advierten las calidades que integran su personalidad.

La obra se presenta como tratado elemental y se dirige a servir las necesidades del médico que quiere iniciarse en las delicadas labores de la oftalmología. Sin embargo, tales aspectos, que quedan cubiertos de manera cabal y armoniosa, son trascendidos en varios otros sentidos que convierten al libro en un provechoso ejemplar y ameno motivo de interés científico para todo el mundo oftalmológico.

Ensayaremos la disección de esas líneas básicas del libro del Dr. Márquez que, a nuestro juicio, le confieren la categoría señalada.

El carácter que de modo fundamental se ostenta en esas páginas, y que es fuente del resto de sus trazos, es el de su esencia cultural oftalmológica. Es decir, el de la organización de su saber; el del establecimiento de un orden jerárquico que condiciona, coordina la abigarrada muchedumbre de los conocimientos oftalmológicos de toda índole, dentro de un sistema que los estructura. En tal sentido, cumple con el fin esencial del trabajo universitario, que distingue ante todo entre la adquisición anárquica, por más que exuberante, del saber,

---

1 *Oftalmología especial, teórica y clínica.* "La Prensa Médica Mexicana", México, 1952.

y la integración orgánica de conocimientos conforme sus relaciones y sus coeficientes de categoría y probabilidad, la cultura.

Y bien sabidas son las dificultades que se originan dentro de las disciplinas médicas, que se ven enriquecidas e interferidas por las informaciones que brinda el copioso y sutilmente dubitativo mundo de la experimentación, en cuanto a la valoración justa de los hallazgos, las sorpresas y las contradicciones de los datos que las forman. Cuando dentro de ese laberinto se puede establecer una ruta y se ha sabido adquirir un sentido de orientación que capta el rumbo, es a base de una grande y prolongada inversión de calidades y esfuerzos. Y cuando se tienen la generosidad y la capacidad de brindar a los semejantes las ventajas de esa armónica síntesis, se está sirviendo a la causa del hombre en uno de sus más caros modos.

En el libro del Dr. Márquez quien lo recorre encuentra una exposición, más que histórica, vivida de los acontecimientos que informan la oftalmología. En algunos se halla el testimonio fehaciente del autor, en todos se encuentra el afán apasionado de su penetración, de la inmersión decidida a bucear el fondo de la verdad. Y con tales elementos construye su reseña: los expone, los concatena, los amasa en una entreverada mezcla que somete al tamiz de un criterio incansablemente vigilante.

En esos achaques se sigue gastando la vida el Dr. Márquez. Su intención permanente es la de cambiar los conocimientos teóricos con las realidades diarias de la investigación clínica. Enfoca las doctrinas a iluminar los hechos, y organiza los hechos para consolidar teorías.

Hay otra cosa característica en el libro del Dr. Márquez: el estilo. Casi todos los oculistas conocen a don Manuel Márquez personalmente; pues idénticas llaneza y sinceridad a las que rezuma su persona campea en el libro. Allí nada hay solapadamente oculto, ni disfrazadamente ignorado; no se encuentran tampoco expresiones solemnes de dudosa veracidad con las que es desgraciadamente frecuente que se revistan prestigios discutibles. En sus páginas se muestra claro y auténtico, humilde y vigoroso.

Otros aspectos se pueden advertir en la obra comentada, referidos a la forma humana con que frecuentemente la reviste. El manejo de las citas de autores es un diálogo siempre matizado con rasgos de asentimiento, comprensión o discusión que, en cualesquiera de los casos, confieren a sus líneas un cálido tono afectivo.

Para la generación actual de oftalmólogos hispanoamericanos, la obra reseñada presenta un interés particular. A nuestra generación, por motivos históricos, le ha tocado el destino de haber sido profesio-

nalmente educada simultánea o sucesivamente en dos escuelas en cierta forma antagónica, la europea y la norteamericana, entre las que se encuentra montada a horcajadas sin saber, en muchos casos, realizar la síntesis de ambas. Tal antagonismo de métodos o de sistemas es considerado balanceadamente a través del criterio que informa el libro comentado. El carácter de cronista permanentemente alerta y capaz demostrado por el autor en todas las etapas de su vida, le hace tener en cuenta y combinar las dos tendencias apuntadas.

Hemos ensayado revisar las características que a nuestro juicio singularizan esta obra y nos encontramos, al final de su recorrido, con que su conjunción desemboca en una clara explicación. El libro del Dr. Márquez ofrece semejantes perfiles precisamente porque proviene de su vida; porque al fin y al cabo no es sino la resultante de su trayectoria dentro de la oftalmología y su recorrido vital dentro de ella es un caso ejemplarmente único.

Si se ocurriera pedir una definición de la actitud del Dr. Márquez frente a su ciencia, habría que decir de él que es el oculista que mantiene permanentemente abierta, sagaz y crítica, su mirada hacia la oftalmología; especialidad que, según definiera el genial maestro Letamendi, en la aplicación de la medicina general (que tan a fondo domina nuestro autor) a un orden particular de casos prácticos o sea al de las afecciones oculares; y que en ese trance ha pasado y sigue pasando su vida.

Armando RAMIREZ.

Presencia del Pasado

LUCIANO, MORO Y EL UTOPISMO DE VASCO DE QUIROGA

Por *Raúl VILLASEÑOR*

LA realidad circundante puede reputarse como aquello que es evidente por sí mismo y que existe independientemente de quien lo percibe. Pero la apreciación general de los modos de operación de la realidad, adopta dos caracteres diametralmente opuestos, que están en consonancia con los puntos de vista de quienes los sustentan, siendo uno de ellos el de los satisfechos que se aferran a su perduración y, el otro, el de los inconformes que buscan a todo trance su modificación.

Quienes propugnan la vigencia permanente de los modos de conducta, lo hacen porque de ahí deriva su situación personal de bienestar, son partidarios del *así fué, es y será* y no desean que cambie, por lo cual viven asentados *tópicamente,* porque no buscan aquello que ya tienen.

Los inconformes, por lo contrario, pregonan que el estado en que se actúa no ha sido siempre el mismo y pugnan por efectuar un cambio sustancial en los modos de operación de la realidad, refiriéndola a un futuro más o menos inmediato, porque viven *utópicamente.*

Los conformes son una minoría, que no obstante cuentan a su favor con el peso de la tradición y muchos elementos más que garantizan supervivencia. Quienes tienen conciencia de la injusticia, suelen ser muy pocos, pero son los representativos de las tendencias irrealizadas de bienestar que acucian a los integrantes de la mayoría.

Los muy pocos podrían, si quisieran, afiliarse totalmente a los puntos de vista de quienes luchan porque no se produzcan cambios, pero como no buscan su realización personal, puesto que son seres de espíritu elevado que se nutren con las abstracciones denominadas equidad y justicia, se transforman en los propiciadores de ideas y valores en que condensadamente se

contienen, como tendencias irrealizadas, las necesidades de su época.

Los utópicos dirigen sus proyecciones a propósitos de mejoramiento colectivo en todos los órdenes vitalmente alcanzables, pues no se constriñen a lo meramente material, dado que presuponen la existencia de un todo armónico en que se encuentran equilibrados todos los factores que hacen humana la vida del hombre.

En cada momento histórico es dable encontrar, aisladamente o en grupos, a los representativos de los anhelos de bienestar, cuyas ideas adquieren la tremenda fuerza de un explosivo poderoso y son capaces de desquiciar el orden social existente, por lo cual sus esfuerzos son tenazmente combatidos por quienes miran en sus actitudes un peligro para la supervivencia de sus modos de conducta.

Tomando en cuenta que en todo tiempo han existido estratos opresivos y consecuente con el punto de vista desarrollado previamente en forma breve, una de las preocupaciones que me han acompañado a lo largo de los últimos cinco años, ha sido la de demostrar que en el Descubrimiento, Conquista y Colonización de América, campearon antecedentes de naturaleza ideal, modificatorios de las formas de operación de la realidad, que lo sitúan en un plano que puede ser denominado utópico.

Con tal propósito, me di a la tarea de realizar investigaciones de las que ha nacido un libro que he intitulado *Utopía sobre el Nuevo Mundo* y al que sólo falta darle los últimos toques para entregarlo a su publicación, no porque considere que he arribado a conclusiones definitivas, sino porque se me ha planteado la necesidad de darle término, pues tengo por cierto, como acertadamente afirma don Alfonso Reyes, que "... el que pretende decir siempre la última palabra, corre el riesgo de quedarse callado. Mas, como aconsejaba Quintiliano, hay que resignarse alguna vez a dar por terminadas las obras...".[1]

Muchos son los hallazgos con que tropecé en mis empeños, pero de momento me interesa centrar la atención en la extraordinaria figura del primer obispo de Michoacán, el licenciado don Vasco de Quiroga, en quien concurrieron muchos de los elementos que entran a formar parte de los hombres de levantada actitud que suelen denominarse *utópicos,* mas no porque sueñen

[1] ALFONSO REYES, *Ultima Tule.* Imprenta Universitaria. México, 1942, p. 7.

en hacer cosas imposibles, sino por el contrario, porque han forjado un modo especial de acción tendente a modificar las formas de operación de la realidad circundante.

La lectura del trabajo del doctor Silvio Zavala, sobre la influencia de Tomás Moro en los empeños y realizaciones utopianas de don Vasco,[2] —antecedente incuestionable en la fijación, desarrollo y elaboración de mis propósitos— me impusieron la tarea de leer *Las Saturnales*, de Luciano de Samosata, de las que hace mención Quiroga en su *Información de Derecho* del año de 1533,[3] en la cual hace hincapié en que los modos de conducta observados por los indígenas en la gentilidad, eran semejantes a los que el retórico sirio asignaba en sus escritos a los hombres de la famosísima Edad de Oro.[4]

Las Saturnales de Luciano, traducidas directamente del griego al latín por Tomás Moro,[5] y *La Utopía* del ilustre Canciller inglés decapitado por Enrique VIII, fueron junto con su formación humanística y algunas otras lecturas entre las que cabe destacar *El Villano del Danubio* de fray Antonio de Guevara,[6] las que influyeron de manera más decisiva en la obra de Quiroga, tanto en la fundación hospitalaria de Santa Fe, cercana a la ciudad de México, como en las realizaciones llevadas a cabo en Michoacán.

La primera dificultad que afronté al tratar de leer la obra de Luciano, fué la de que no estaba incluída en los libros de este autor existentes en las bibliotecas y librerías por mí frecuentadas; solamente encontré dos ediciones bilingües en griego y latín de su *Opera Omnia*, pero dada mi exigua familiaridad con los idiomas clásicos, apenas si pude comprender lo que el samosatense escribió sobre el asunto que tanto apasionaba a don Vasco.

---

2 SILVIO ZAVALA, *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España.* Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, Antigua Librería de Robredo, México, 1937. Existe una reimpresión en una separata editada por El Colegio Nacional, México, 1950.

3 Editada en el Tomo X de la *Colección de Documentos Inéditos del Archivo de Indias,* Madrid, 1868. Véase sobre el particular los interesantes puntos expuestos por el Dr. Silvio Zavala en la obra precitada, quien hace notar, entre otras cosas, que la *Información en Derecho* fué atribuída al Lic. Rojas.

4 VASCO DE QUIROGA, *Información en Derecho,* pp. 481-496.

5 Quiroga afirma en el libro citado (p. 493) que leyó a Luciano en una versión hecha por Tomás Moro del griego al latín.

6 Véase a ADOLFO CASTRO, *Obras Escogidas en Filósofos Españoles* (B) de Autores Españoles. Tomo 65, Rivadeneyra, Madrid, 1873.

El doctor Silvio Zavala, con quien he estado en contacto desde que inicié la redacción de mi libro, me sugirió la conveniencia de hacer una versión española de *Las Saturnales.* Con el fin de lograrla, recurrí al auxilio de mis amigos traductores, pero sus múltiples ocupaciones la aplazaban indefinidamente.

En cierta ocasión, charlando con Manuel Germán Parra, expuse mis tribulaciones con Luciano; él me aseguró haber leído *Las Saturnales* en español, lo cual me sorprendió sobremanera, pero para mi fortuna, unos días después puso en mis manos una traducción directa del griego, hecha por don Federico Barraibar y Zumárraga.[7]

Comuniqué el hallazgo al doctor Zavala y volvió a afirmarme la necesidad de reeditar dicho trabajo, habida cuenta de que si bien es cierto que existe la mencionada antes, también lo es que difícilmente se encuentra, por lo cual su aparición se hace como un servicio para los estudiosos de las ideas en la Historia de México, pues tiene singular importancia para la cabal comprensión de la generosa actitud de don Vasco de Quiroga.

En el contexto de *Las Saturnales* que a continuación ofrezco, me sirvió de base, desde luego, la traducción del señor Barraibar, pero como en su estructuración idiomática moderna quedaban muchos puntos oscuros, recurrí a consultar la obra en su idioma original, a fin de captar en su prístina esencia las ideas expresadas por el autor y en no pocos casos tuve que efectuar modificaciones. En la revisión conté con la cooperación de Eusebio Castro, a quien doy las más expresivas gracias, las que hago extensivas a Silvio Zavala, Manuel Germán Parra, Octaviano Valdés y Bernabé Navarro.

Las notas que el señor Barraibar puso en su edición han sido utilizadas íntegramente, pero para facilitar su manejo opté por presentar las que surgen de esta introducción y las referentes a la obra de Luciano, usando numeración progresiva. Las llamadas en que después del número que les corresponde se encuentre una letra B entre paréntesis, corresponden estrictamente a las notas puestas por el expresado señor Barraibar.

La Enciclopedia Británica señala como fecha del nacimiento de Luciano el año 125 E. V., colocando su fallecimiento hacia el año de 192; el erudito A. M. Harmon, de la Universidad de

---

[7] LUCIANO, *Obras Completas.* Traducidas directamente del griego con argumento y notas por D. Federico Barraibar y Zumárraga. Biblioteca Clásica. Sucesores de Hernando y Cía. Madrid, 1919, 4 tomos.

Yale,[8] proporciona en dato igual para nacimiento, pero su óbito lo sitúa acaeciendo cerca del año 180.

Luciano vió la primera luz en Comagena, Samosata. Es en sus escritos donde se obtiene el mayor número de datos para reconstruir su biografía,[9] y de ellos se deduce que le agradaba hacerse llamar "un sirio". En su línea general de pensamiento puede ser afiliado entre los epicúreos.

Durante su primera juventud ingresó como aprendiz en el taller de un escultor, pero inconforme con las limitaciones que le imponían las reglas a que se sujetaba su obra de creación, derivó hacia la actividad retórica en la que se sentía muy a su gusto, a pesar de que hace algunas burlas de su ocupación como narrador de cosas bellas.

Su producción literaria, nacida toda ella de la exposición oral, es muy amplia y se destacan sus obras satíricas; viajero incansable, lo mismo se hacía escuchar por los oyentes cultos de la Jonia o de Italia, que de la Galia o de Grecia, pues en todo el mundo conocido alcanzó a tener muy merecida fama.

En muchos de sus trabajos hace mofa de la organización de la sociedad, no por la burla en sí,[10] como consideran algunos de los que lo han estudiado, sino con un claro sentido de carácter modificatorio. En este sentido, la más patente manifestación está constituída por el trabajo que en sus obras completas tiene el número LXX y que no es otro que *Las Saturnales,* que tan entusiásticamente pondera don Vasco.

No es este trabajo una obra en que desarrolla una idea original, pues en el pensamiento griego existían varias manifestaciones acerca de la posible Edad de Oro y el más claro antecedente de Luciano, se encuentra en el poema *Los Erga* del cantor a quien los helenos hermanaban con Homero, el notable Hesíodo.

---

8 LUCIAN. With an english translation by A. M. Harmon, of Yale University. In eight volumes. London: William Heinemann. New York: G. P. Putnams & Sons. MCMXXVII. (En la Biblioteca del Colegio de México únicamente existen los 4 primeros tomos y no está en ellos *Las Saturnales.*

9 Se contienen principalmente en sus escritos intitulados *Sueños, Doble Indiciado, El Pescador y la Apología.*

10 Véase la introducción hecha por Harmon, en el desarrollo de la cual esboza la teoría de que Luciano se ocupaba de hacer la crítica de la sociedad simplemente por entretenimiento, cosa ésta que resulta por demás risible.

Como habrá de advertirse de la lectura de la obra que de Luciano se reproduce, éste hace referencias a Hesíodo en un tono burlón, mas lo importante del caso estriba en que repite la descripción de la etapa dorada en la organización social humana, que sirve de base para que Moro escriba su *Utopía,*[11] al mismo tiempo que da a conocer las ideas sobre la bondad primigenia a un personaje que, como fué el caso de Quiroga, tiene singular importancia para nosotros, por sus implicadas actividades en la procuración del bien a los aborígenes.

No habré de hacer más extensa esta introducción, únicamente me resta insistir en el hecho de que la actitud utopiana de don Vasco de Quiroga, tiene su raíz en el conocimiento de la labor humanística de Moro y a través de éste con Luciano y Hesíodo, pero que en su personal esencia, no se conformó con la simple postulación teórica, pues siendo un hombre de espíritu levantado, de los que procuran el bienestar de todo el género humano, su pretensión de modificar la sociedad no la pospuso para su realización en el futuro, sino que entusiásticamente se dió a la tarea de demostrar su factibilidad, con un celo que sólo cabe en un hombre consciente de sus actos y que sabe hacia dónde se encamina.

LUCIANO DE SAMOSATA
OBRA No. LXX.

I. LAS SATURNALES

1. *El Sacerdote:* ¡Oh Saturno! ahora está en tus manos el imperio del mundo; ahora te ofrecemos incienso y sacrificios; ¿qué podría obtener principalmente de ti pidiéndotelo en esta ceremonia?

Saturno: A ti te corresponde examinar detenidamente lo que haz de desear. ¿Crees acaso que con el imperio poseo simultáneamente la adivinación y que conozco lo que te agrada más? Yo, en lo que pueda, nada te negaré.

El Sacerdote: Muy pensado lo tengo. Te pido bienes ordinarios y asequibles; riquezas, montones de oro, fincas rústicas, muchos esclavos, trajes bordados y finos, plata, marfil y todo

[11] No es nada remota esta afirmación, pues debe tomarse en cuenta que según todas las probabilidades, Moro hizo la traducción algún tiempo antes de haber escrito su *Utopía.*

cuanto hay digno de estimación en el mundo. Concédemelos, excelente Saturno. Así recogeré también algún fruto de tu soberanía, y no seré el único que esté toda la vida privado de esas cosas.

2. *Saturno:* ¿Lo ves? Me pides lo que no está en mi mano. Yo no puedo conceder esos bienes. Por consiguiente, no te enfades si no los obtienes. Pídeselos a Júpiter, cuando le retorne la soberanía dentro de poco. Yo me encargo del poder con ciertas restricciones. Mi imperio dura siete días, pasados los cuales, vuelvo a ser un particular y uno de tantos. Durante este lapso no puedo ocuparme en ningún negocio serio ni oficial. Beber, embriagarme, gritar, divertirme, jugar a los dados, escoger los reyes del vino, hacer obsequios a los siervos, cantar desnudo, otorgar aplausos trémulos, arrojarme de vez en vez de cabeza al agua tiznado de hollín el rostro es lo que se me permite. Mas los grandes bienes, las riquezas y el oro los distribuye Júpiter a quien le place.

3. *El Sacerdote:* Pero esto no lo hace con gustos ni prontamente. Cansado estoy de pedírselo a gritos, mas no me escucha; mueve la égida, vibra el rayo y mira torvamente para espantar a los importunos. Si advierte a algún mortal y lo hace rico, obra sin discernimiento: prescinde de virtuosos y de sabios, y enriquece a bribones, a estúpidos y a andróginos azotables. Así es de que yo quisiera saber de qué bienes dispones.

4. *Saturno:* No son pequeños ni despreciables, aun comparados con el poder supremo. ¿O te parece poca cosa el ganar en el juego y ver que el dado de los otros sale siempre por el uno y el tuyo siempre por el seis? ¡Cuántos han hecho pacotilla abundante gracias al dado propicio! ¡Cuántos se han quedado en cueros por haber naufragado en tan menudo escollo! Además, ¿hay placer comparable a beber a pasto, pasar en un festín por cantante habilísimo, arrojar a los criados agua fría como castigo de su torpeza en el servicio, ser proclamado ilustre vencedor y recibir en premio una guirnalda de embutidos? ¿Y ser nombrado rey del banquete por la suerte de las tabas, no recibir órdenes ridículas y poder dárselas a otro, como la de que se injurie a sí mismo, baile desnudo, o dé tres vueltas alrededor de la casa cargando a una flautista, no son pruebas insignes de mi magnificencia? Si te dueles de lo ficticio y poco duradero de este poder, te quejas sin razón, pues debes considerar lo poco que dura el de quien te lo ha concedido. De lo que está en mí:

dados, reino del festín, cantos y cuanto he dicho, pídeme sin temor que no te he de espantar con la égida ni con el rayo.

5. *El Sacerdote:* Pero, Titán ilustre, a mí no me hace falta eso. Contéstame simplemente una cosa que me interesa mucho; si lo haces, creeré ampliamente compensados mis sacrificios y me daré por satisfecho.

Saturno: Pregunta; te responderé si lo sé.

El Sacerdote: Primero si es verdad lo que de ti se dice: que solías devorar los hijos que tenías de Rea; que ésta sustrayendo a Júpiter, te entregó una piedra para que la devorases tomándola por el niño; que éste, cuando creció, te derrotó, te destronó y te encadenó con todos los que te auxiliaban y os precipitó al Tártaro.

Saturno: ¡Eh, tú! Si no celebrásemos una fiesta, y no estuviesen permitidas la embriaguez y las injurias a los amos, ya te daría a entender que puedo enfurecerme cuando se me hacen semejantes preguntas sin respeto para un dios tan cano y viejo.

El Sacerdote: Pero Saturno, yo no he inventado esa historia. Homero y Hesíodo lo afirman y no quiero agregar que casi todos los hombres la creen a pies juntos.

6. *Saturno:* ¿Crees que aquel pastor charlatán[12] sabía nada de cierto? Considera un poco. ¿Es posible que un hombre, por no decir un dios, devore voluntariamente a sus hijos, a no ser un Tiestes víctima del nefando fraude de un hermano impío? Y aunque llegase a esta locura ¿Podría tragarse una piedra en vez de un niño, a no tener los dientes absolutamente insensibles? Ni ha habido tal guerra, ni me ha quitado Júpiter el imperio, sino que yo se lo he cedido libre y espontáneamente, ni me encuentro encadenado y aherrojado en el Tártaro, puesto que sin duda me ves, si no eres tan ciego como Homero.

7. *El Sacerdote:* Está bien, pero ¿por qué razón dejaste el mando?

Saturno: Te lo diré. Era ya viejo y tenía gota, por lo cual sin duda me ha creído inválido el vulgo; no podía darme abasto frente a las infinitas injusticias de los hombres de estos tiempos; tenía que correr sin cesar de arriba abajo para dirigir el rayo para abrasar perjuros, sacrílegos y fascinerosos que es trabajo penosísimo que requiere fuerzas juveniles. Por eso cedí el mando a Júpiter, y no me arrepiento. Parecióme conveniente dividir el imperio entre mis hijos y pasar el tiempo en festines,

---

[12] (B) Hesíodo.

sin atender a oraciones, sin sufrir importunidades de los que piden cosas opuestas que me obligarían a usar el rayo, relampaguear y echar granizo a veces. Hago, por lo contrario, la mejor vida de viejo, bebiendo el más puro néctar y charlo con Japeto y otros contemporáneos. En tanto impera Júpiter con mil molestias, excepto en los pocos días que me he reservado el poder, en las condiciones que te he dicho, para recordar a los hombres los felices tiempos de mi gobierno. En aquella edad todo brotaba sin siembra y sin arado; la tierra no daba espigas, sino panes y carnes adobadas; corría el vino en arroyos y las fuentes manaban miel y leche; todos eran buenos y áureos. Todo eso se recuerda durante mi fugaz imperio; por ello mientras dura, todo es ruido, canciones, juegos e igualdad entre libres y esclavos, porque en mi reinado no se conocían los siervos y ni yo que era el amo los tenía.[13]

8. *El Sacerdote:* Pues yo, Saturno, consideraba que tu benevolencia para con los esclavos y prisioneros provenía de la misma fábula que de ti se cuenta y que el deseo de honrar a los que como tú sufren esclavitud y encarcelamiento, era como respuesta a la situación que confrontabas.

Saturno: ¿No acabarás de decir tonterías?

El Sacerdote: Tienes razón. Ceso. Pero réspondeme a otra pregunta. ¿Solían tener juegos de azar los hombres de tus tiempos?

Saturno: Sí; pero no apostando talentos y miles de dracmas como vosotros; a lo más apostaban nueces; así ni se apesadumbraba el que perdía, ni se estaba llorando ayuno entre los gananciosos.

El Sacerdote: Bien hecho; ¿pero qué hubieran podido jugar aquellos hombres de oro? Mientras hablaba se me ha ocurrido una idea. Si uno de aquellos hombres de oro macizo se presentase ahora en el mundo, ¿qué tormento no sufriría? todos correrían tras él y lo despedazarían, como a Penteo las Ménades, a Orfeo las Tracias y a Acteón los perros, riñendo por llevarse mayor pedazo, pues a pesar de la fiesta nadie se despeja de la codicia y todo el mundo procura hacer negocio. Por eso unos van a robar las mesas de los amigos, y otros te injurian y rom-

---

13 Este apartado, el núm. 7, es el que provocó intenso entusiasmo en D. Vasco de Quiroga y lo reproduce en su *Información en Derecho,* en la traducción latina hecha por Tomás Moro, en las pp. 484 a 486. Véase nota núm. 5.

pen los inocentes dados achacándoles el mal que ellos voluntariamente se producen.

9. Dime también, ¿por qué siendo un dios tan delicado y provecto has elegido para tus fiestas la época más desagradable del año, cuando todo lo cubre la nieve, sopla furioso el Bóreas, no hay espacio libre de nieve, están los árboles secos y sin hojas, feos y sin flores los prados, y encogidos casi todos los hombres y sentados junto a la lumbre como viejos? Es un tiempo impropio para ancianos y para diversiones.

Saturno: Me haces mil preguntas, mientras debíamos estar bebiendo. Hemos perdido gran parte de este día filosofando sobre cosas inútiles. Dejémoslo, pues; comamos, alborotemos y disfrutemos libremente de la fiesta; juguemos nueces a la antigua, nombremos reyes y obedezcámoslos. Así justificaremos la verdad del adagio: "Los viejos se vuelven niños".

El Sacerdote: ¡Ojalá no pueda beber, aunque tenga sed, el que no considere agradables tus decretos! Bebamos, pues. Suficientes son tus respuestas. Voy a escribirlas y a hacer con nuestro diálogo un libro, en que consten mis preguntas y tus propicias respuestas para leérselo a los amigos que lo merezcan.

2. CRONOSOLON O EL LEGISLADOR DE LAS SATURNALES

10. Prescripciones de Cronosolón, sacerdote y profeta de Saturno y legislador de sus fiestas. Las relativas a los pobres ya les han sido enviadas en otro libro; estoy seguro de que las cumplirán; de no hacerlo incurrirán en las graves penas señaladas a los delincuentes. Vosotros, oh ricos, guardaos de infringirlas y de oír a la descuidada mis mandatos. Quien tal hiciere, tenga entendido que no me desprecia a mí, al legislador, sino al propio Saturno, que me ha elegido para dictar las leyes de sus fiestas, apareciéndoseme, no en sueños, sino cuando estaba perfectamente despierto. No encadenado por los pies, ni arrugado y decrépito como siguiendo a delirantes poetas, cual suelen representarlo los pintores,[14] sino con afilada hoz, aspecto alegre, vigoroso y regio. Así se me ha aparecido. Sus palabras son verdaderamente divinas y merecen que las conozcáis.

11. Viéndome pasear triste y pensativo, comprendió al instante, pues es un dios, la causa de mi tristeza y la aflicción que me producía el ser pobre y el llevar, a pesar de lo riguroso

[14] Evidente alusión a Homero y a Hesíodo.

de la estación, una sola túnica, cuando el Bóreas soplaba con violencia. Había mucha nieve y hielo, contra los cuales yo no estaba apercibido; veía a todo el mundo preparar sacrificios y festines para las fiestas próximas, que para mí no habían de ser alegres. Acercándoseme por la espalda, cogiéndome de una oreja y sacudiéndome, como acostumbra cuando se me aparece: "¿Qué ocurre, Cronosolón?" me dijo Saturno. Pareces afligido. No sin razón, le respondí. Veo a los malditos y perversos llenos de riquezas y viviendo deliciosamente, mientras yo y otras muchas personas instruídas estamos en la miseria y sin recursos. Señor, ¿no querrías poner término al desorden y restablecer la igualdad? —No es fácil cambiar, me respondió, lo que Cloto y las otras Parcas os han decretado; pero durante las fiestas remediaré tu penuria. He aquí el remedio. ¡Ea, Cronosolón!, escribe las leyes que en la fiesta han de ser observadas, para que los ricos no la celebren solos, sino que sus bienes os pertenezcan. —No comprendo, le dije.

12. "Yo te enseñaré", replicó. Dicho esto, me puso en seguida al cabo de su intento. Enterado de todo: "Diles, añadió, que como no las cumplan verán si llevo por adorno esta hoz aguzada. Chistoso sería que quien ha castrado a su padre Urano, no hiciera lo mismo con los ricos infractores enviándolos con pitos y flautas[15] a pedir para la Madre de los dioses convertidos en eunucos". Estas son sus amenazas. Lo mejor será que no infrinjáis sus leyes.

LEYES

Título Primero

13. Durante las fiestas nadie se ocupará en negocios particulares ni públicos, sino sólo en lo tocante al juego, a la comida y a los placeres: sólo los cocineros y reposteros tendrán ocupaciones. Igualdad para todos, libres y esclavos, pobres y ricos. Prohibición absoluta de enfadarse, encolerizarse y proferir amenazas. Declárase ilícito rendir cuentas durante las Saturnales. No pueden exigirse prendas de vestir, ni numerario, ni hacerse escrituras durante las fiestas. Ciérranse los gimnasios, se suspenden todos los discursos serios; únicamente se permiten los chistosos y agudos sazonados con burlas y donaires.

[15] (B) *Las Coribantes.* Vid. de la Danza, 8.

Título Segundo

14. Mucho antes de la fiesta escribirán los ricos en una tablilla los nombres de sus amigos: tendrán preparado dinero, aproximadamente el décimo de su renta anual, el sobrante del guardarropa, y todo lo demasiado basto para su uso y bastantes objetos de plata. Lo tendrán todo a mano. La víspera de las fiestas purificarán sus casas, arrojando la tacañería de ellas, la avaricia, el afán de lucro y demás vicios que con ellos moran. Una vez limpia la casa, ofrecerán sacrificios a Júpiter, donador de riquezas; a Mercurio dadivoso, y a Apolo, el de los regalos espléndidos. A la noche leerán la lista de amigos inscritos en sus tablillas.

15. Verificarán en seguida la distribución con relación al mérito de cada amigo, y la enviarán antes de que el sol se ponga. Llevarán los presentes sólo tres o cuatro esclavos de los más viejos y fieles. La cantidad y calidad de lo remitido se anotará en una tablilla para que no pueda sospecharse de los portadores. Los esclavos beberán sólo una copa, y volverán a casa sin pedir más propina. A los hombres cultos se les enviará doble de todo, es compensación muy justa. Las palabras con que se verifiquen la entrega de los regalos serán discretas y pocas: no se enviará nada ofensivo, ni se elogiará lo enviado. Un rico no enviará nada a otro rico, ni convidará en las Saturnales a las personas de su rango. No se guardará nada de lo que se haya sacado para regalar, ni sentirá el haber hecho regalos. El que por encontrarse ausente en año anterior no haya recibido su parte, la recibirá en éste. Los ricos pagarán las deudas de los amigos pobres, y el alquiler de la casa cuando no hayan podido satisfacerlo. Procurarán, en fin, enterarse con mucha anticipación de las necesidades de sus amigos.

16. Queda prohibida toda queja de los que reciben: sea como quiera lo regalado, habrá de parecerles grande. Una ánfora de vino, una liebre o una gallina cebada no se considerarán presentes propios de las Saturnales. No podrán ser ridiculizados los presentes saturnalicios. El pobre instruído enviará al rico generoso un libro de los antiguos, justamente famoso y adecuado para la lectura de convites, o uno escrito como le sea posible al remitente. El rico lo recibirá con alegre rostro y lo leerá al instante. Quien lo despreciare o rechazare, sepa que aunque haya hecho regalos, incurre en las amenazas de la hoz. Los demás enviarán coronas o granos de incienso. Si un pobre

regalase a un rico ropas, o plata y oro, o cosa superior a sus medios, quedará confiscado el regalo, se venderá y su importe ingresará en el tesoro de Saturno; al día siguiente recibirá el pobre lo menos doscientos cincuenta azotes que le dará el rico con una caña.

Leyes del banquete

17. Baño cuando la sombra del cuadrante tenga seis pies de larga; antes del baño, juegos de nueces y tabas. Colocación en la mesa según cada cual se halle: la dignidad, el caudal y la nobleza nada significan para ocupar el primer puesto. A todos del mismo vino: bajo ningún pretexto, dolor de cabeza o de estómago, se servirá sólo al rico mejor mosto. Igual distribución de viandas. Los criados no harán distinciones entre los comensales; se servirán con prontitud; no se guiarán por su parecer para traer lo pedido; no presentarán a éste una gran pieza y a aquél una pequeña, ni a uno el jamón y a otro la quijada de un cerdo: Igualdad absoluta.

18. El copero mirará a cada convidado con más atención que a su dueño: tendrá también alerta el oído. Habrá copas diversas. Cada cual podrá brindar cuanto guste. Todos podrán beber a la salud de los demás, así que el rico dé el ejemplo. No es necesario beber si no se puede. En las bromas se podrá llegar hasta las que no sean ofensivas. Todo juego será con nueces: quien apueste dinero ayunará hasta la mañana siguiente. Cada cual estará en el comedor o se irá en cuanto y cuando se le antoje. En el convite de un rico a sus esclavos, servirá el dueño acompañado de sus amigos. Cada rico grabará estas leyes en una columna de bronce colocada en medio del patio para que se lean. Sépase que mientras esté en pie dicha columna, ni hambre, ni peste, ni incendio, ni mal alguno caerán en la casa de los ricos. Pero sí (lo que el cielo no permita), llega a ser derribada, plegue a los dioses evitar las consecuencias.

3. EPISTOLAS SATURNALES

I. *Yo a Saturno, salud*

19. Te he escrito ya para exponerte mi situación y el peligro que corro de ser el único que, por mi pobreza, no pueda

disfrutar de las fiestas anunciadas; también recuerdo haberte dicho que era contra toda razón el que algunos mortales tengan bienes y placeres de sobra y no den nada a los pobres que mueren de necesidad, precisamente al acercarse las Saturnales. Como nada has respondido, me creo obligado a recordártelo. Conviene, pues, inmejorable Saturno, que destruyas la desigualdad y declares comunes todos los bienes antes de prescribir la celebración de tus fiestas. Tal cual ahora estamos, se nos puede aplicar el "hormiga o camello" del adagio. Figúrate, si no, un actor trágico, con un pie calzado de alto coturno y descalzo el otro. Si en semejante disposición saliese a escena, precisamente estaría, ora en alto, ora en bajo, según el pie que emplease. Así es la desigualdad en esta vida. Calzados algunos por la fortuna con elevados coturnos, nos aplastan con trágico boato, mientras los demás vamos pie a tierra, a pesar de que, como sabes, podríamos desempeñar el papel tan bien como ellos y alargar el paso, si se nos diesen los mismos elementos.

20. Oigo decir a los poetas[16] que en otro tiempo, mientras tú nos gobernabas, eran muy diferentes las cosas: la tierra sin siembra y sin cultivo producía los bienes; todos hallaban que comer hasta saciarse; fluían vino y leche los ríos, y hasta líquida miel algunos. Los mismos hombres *(esto es lo mejor)* eran de oro, y la pobreza jamás se acercaba a ellos. En cambio nosotros, si bien se mira, ni aún de plomo somos,[17] sino de cosa de menor precio: ganamos la mayor parte el pan a fuerza de trabajos; todo se vuelve pobreza, dificultades, desesperación y "¡Ay de mí!" "¿Cómo le haré?" y "¡Suerte maldita!" y cosas por el estilo. Los pobres, sin embargo todo lo soportaríamos mejor, como comprendes, si no viésemos la felicidad de los ricos. Tienen bajo llave tanto oro y tanta plata, innumerables vestidos, esclavos, carruajes, pueblos enteros, campos, bienes de todas clases, y, sin embargo, están tan lejos de darnos parte alguna, que ni siquiera se dignan mirar al común de los mortales.

21. Eso es lo que nos sofoca, Saturno, y hace insoportable nuestra suerte: eso de que ellos se estén tendidos en lechos de púrpura, nadando en delicias, proclamados felices por sus íntimos y en perpetua holganza, mientras yo y mis semejantes hasta

---

16 (B) Hesíodo es el primer poeta griego que describió los *siglos dorados*. V. 14.

17 Quiroga en su *Información en Derecho* (p. 483), refiriéndose a los aborígenes afirma que están en plena edad dorada y que la forma de vida de los europeos es de "... hierro, acero y peor...".

en sueños pensamos cómo hemos de ganar cuatro óbolos para procurarnos una sopa de pan o un guisote con berros, tomillo o cebolla e irnos en seguida a la cama. Cambia, pues, nuestra condición y restablece la primitiva igualdad, o en último término, manda a los ricos que no disfruten exclusivamente de sus bienes, sino que de tantos medimnas de oro nos den a todos un quénice[18] y de tantos vestidos los que estén apolillados. No tienen por que sentirlo: todo eso ha de perecer; mejor es, por consiguiente, que nos dejen llevar lo que ha de destruir el tiempo, que no dejarlo enmohecer y podrirse en arcas y baúles.

22. Ordena, además, que cada rico siente a su mesa cuatro o cinco pobres, y que los trate, no como ahora se estila, sino con democrática afabilidad y con igualdad perfecta: no se atraque uno delante del esclavo que espera en pie a que no pueda más el dueño, y luego, cuando llegue a nosotros, pase de largo, mostrándonos los residuos del pastel al alargar la mano hacia el plato; ni que si se sirve un cerdo, ofrezca el criado la mitad y la cabeza a su señor, y deje a los demás los huesos medio envueltos en grasa. Ordena también a los escanciadores que no esperen a que pidamos siete veces para servirnos, sino que sirvan en cuanto se les indique, una copa tan grande y tan llena como la del amo. Que el vino sea igual para todos los comensales. ¿En qué ley está prescrito que el dueño se embriague con vino perfumado y a mí me raye las tripas con vino nuevo?

23. Si corriges esto, la vida será vida, y tus fiestas serán fiestas: si no, que las celebren sólo los ricos y nosotros nos limitaremos a desear que su esclavo derribe y rompa una ánfora cuando vuelven del baño; que el cocinero deje ahumarse la comida, y distraído eche la salmuera del pescado en las gachas; que una perra, entrando de repente, se coma medio pastel y todas las salchichas mientras los marmitones están ocupados en otras cosas; que el jabalí, el cerdo y los rostrizos hagan, mientras los asan, lo mismo que de las vacas del Sol refiere Homero[19] o mejor aún, que no se limiten a serpear por la tierra, sino que salten y metidos en los asadores huyan a las montañas; que las gallinas cebadas, desplumadas ya y dispuestas, vuelen y desaparezcan también para que no sean ellos los únicos que las coman.

---

18 (B) El medimna se aproximaba a nuestro hectólitro. El quénice pasaba algo del litro.

19 (B) Odisea, XII, V. 295.

24. Pero esto les causará más pena: que enjambres de hormigas semejantes a las índicas desentierren de noche sus tesoros y los repartan al pueblo; que ratoncillos diestros les agujereen, por incuria de los criados, todos los vestidos hasta que parezcan redes de pescar atunes; que a sus lindos esclavos, de profusa cabellera, a quienes llaman Jacintos, Aquiles o Narcisos, se les caigan de pronto los cabellos al servirles la copa y les salgan barbas en punta como la de los cuneobarbados[20] de comedia, y les crezcan en las mismas sienes pelos punzantes y duros, mientras se les queda mondo el cráneo. Estos y otros muchos votos hacemos los pobres para el caso de que los ricos perseveren en su egoísmo y se nieguen a gozar en común sus bienes, y a no darnos alguna parte de sus riquezas.

II. *Saturno a mí, su querido amigo, salud*

25. ¿Cómo deliras hasta el punto de escribirme sobre la presente situación y pedirme la distribución de bienes? ¿No sabes que esto sería incumbencia de otro, soberano actual del universo? Me asombra que seas el único que ignore que yo, rey, hace mucho tiempo distribuí el imperio a mis hijos, y he cesado en el mando. Júpiter entiende ahora en ese asunto. Mi poder se circunscribe a las tabas, a los aplausos, a las canciones y a la embriaguez, y eso durante siete días solamente. Los graves asuntos de que me hablas, la desaparición de la desigualdad, y el que todos los hombres sean igualmente pobres o ricos, son de la competencia de Júpiter. Pero si en lo referente a las fiestas se denuncia alguna falta por injusticia o avaricia, a mí me corresponde el juicio. En consecuencia escribo a los ricos una carta respecto a los festines, al quénice de oro, a los vestidos y demás presentes que deben haceros para celebrar mi fiesta. Tu petición, en este punto, es justa y habrán de hacer lo que dices, a menos que opongan razones de verdadera fuerza.

26. Pero tened entendido los pobres, que estáis equivocados y tenéis idea errónea de los ricos al juzgarlos perfectamente felices, y únicos en vivir dichosa vida porque puedan comer opíparamente, embriagarse con generosos vinos, tratar

---

[20] (B) Transcrito literalmente el vocablo griego es Espenopogomes, nombre compuesto de .... cuña y .... barba. Designaba las máscaras de viejos de comedia, las cuales terminaban en punta.

con mujeres hermosas, y vestir flexibles telas. Ignoráis por completo lo que es semejante dicha y los numerosos cuidados que les asedian. Vigilancia incesante sobre cada uno de sus bienes para que el mayordomo no los menoscabe por torpeza o los sustraiga fraudulentamente; que el vino no se agrie, que el trigo no se agorgoje, que un ladrón no se lleve las copas, que el pueblo no crea a los sicofantes que le acusen de aspirar a la tiranía. Esta es la mínima parte de las molestias que los angustian. Si supieseis sus temores y cuidados, sus riquezas os parecerían abominables como la peor parte.

27. ¿Crees que si así no fuera y las riquezas y la soberanía fueran insignes bienes, hubiera cometido la locura de dejárselas a otros, para vivir como simple particular, sometido a poder ajeno? Yo conocía todos los cuidados anejos a los soberanos y a los ricos, y abdiqué el poder y no me arrepiento.

28. Te me quejas de que los ricos se atracan de jabalíes y pasteles, y vosotros sólo coméis en las fiestas berros, puerros y cebollas. Pero consideremos tal cual es la cosa. Por de pronto, es evidentemente muy grata y nada fastidiosa, pero las consecuencias son diametralmente opuestas. Vosotros no os levantáis, como ellos, con la cabeza pesada por la embriaguez de la víspera ni hinchado el vientre y lanzando ventosidades fétidas. Este fruto sacan los ricos de sus cenas; luego, después de haberse revolcado parte de la noche con muchachos o mujeres, o como su perversa lujuria les sugiera, la tisis, la pulmonía, la hidropesía vienen, como resultado natural del exceso de lascivia. ¿Podrías mostrarme un rico que no tenga el color amarillo y casi cadavérico? ¿Hay uno que si llega a la senectud, ande por su pie, y no en hombros de cuatro siervos? El exterior es de oro, pero el interior puro zurcido, como trajes de teatro, hechos de malas telas recosidas. Vosotros no coméis peces, como ellos, ni los probáis siquiera; pero ¿no consideráis que estáis exentos de gota, y pulmonía y enfermedades producidas por semejantes causas? Por otra parte, tampoco es un placer para el rico comer de tales cosas cotidianamente y hasta hartarse: por eso los verás apetecer legumbres y puerros con más afán que tú jabalíes y liebres.

29. Callo otros mil pesares: el hijo corrompido, la mujer enamorada de un esclavo, el amado que se entrega más por necesidad que por afecto. Hay, en suma, muchos males ni sospechado siquiera por los que sólo veis la púrpura y el oro, y

os quedáis atolondrados y en actitud de adoración cuando se os presentan llevados por caballos blancos. Si desdeñaseis y despreciaseis su lujo, si no miraseis su carruaje de plata, si no os fijaseis, al hablarles, en la esmeralda de su anillo, si no os quedaseis estupefactos ante la finura de sus trajes, y los dejaseis ser ricos para ellos solos, estad seguros de que os buscarían y os rogarían que les acompañaseis a comer, para poder mostraros lechos, mesas y copas cuyo valor es nulo si su posesión carece de testigos.

30. Veréis así que todas sus riquezas las poseen, no para su uso propio, sino para que vosotros las admiréis. Conocedor de las dos clases de vida, os escribo para consolaros. Celebrad, pues, mi fiesta, en la idea, de que pronto abandonaréis todos la vida, dejando ellos su abundancia y vosotros vuestra pobreza. Les escribiré, sin embargo, como os he prometido, y estoy seguro de que no menospreciarán mi carta.

III. *Saturno a los ricos, salud*

31. Acaban de escribirme los pobres, acusándoos de que no les dais nada de lo que tenéis, y pidiendo el restablecimiento de la comunidad de bienes, para que a todos corresponda parte igual. "Es justo, dicen, instituir la igualdad, para que no tengan unos más de lo necesario, y carezcan otros de todo placer". Les he contestado que esto es de competencia de Júpiter. Tocante al presente y a las injusticias que piensan les habéis hecho en las actuales fiestas, yo entiendo que debo ser el juez y les he prometido escribiros. Lo que os piden es, a mi ver, muy moderado. "Helados de frío y muertos de hambre, dicen, ¿hay modo de que podemos celebrar la fiesta?" Si quiero, pues, que tomen parte en su celebración, me encargan que os obligue a darles los vestidos inútiles o demasiado ordinarios, y algunas gotitas de oro. Si lo hiciereis, no pondrán en pleito vuestros bienes ante el tribunal de Júpiter; pero si no, propondrán nuevo reparto en la primera audiencia que otorgue el numen. No os será costoso el desprenderos de algo de lo mucho que tenéis la felicidad de poseer.

32. Quieren que también os hable en mi carta de las comidas a las cuales desean concurrir. Se quejan de que solos, y a puerta cerrada, vivís deliciosamente, y de que si, de tarde en tarde, os dignáis admitir algún pobre a vuestra mesa, el convite

tiene más de molesto que de grato, pues casi todo lo que se hace en él es con evidente intención de rebajarlos. Tal es, por ejemplo, el de no darles del mismo vino. ¡Qué infamia, por Hércules! ¡Y qué despreciables son si no se levantan de la mesa, y os dejan solos en medio del festín! Ni siquiera les dejáis beber hasta la saciedad: vuestros escanciadores tienen los oídos tapados con cera, como aquellos compañeros de Ulises.[21] Los demás pormenores son tan bochornosos que me cuesta trabajo decir las acusaciones presentadas contra vuestros servidores, que se están delante de vosotros hasta que os hartáis, y corren delante de ellos y otras mezquindades por el estilo indignas de personas libres. La igualdad es el mayor atractivo del festín: por eso su presidencia compete a Isodaites,[22] pues todos deben tener porción igual.

33. Procurad, por consiguiente, que los pobres no os acusen, sino que os honren y os amen por esos pequeños regalos, cuya poco sensible distribución puede, hecha a tiempo, granjearos eterna gratitud. No podríais vivir en ciudades, si los pobres no viviesen en ellas, prestándoos mil servicios que contribuyen a vuestra felicidad; no tendríais admiradores de vuestras riquezas si fueseis ricos para vosotros solos y lejos de la luz. Haya, pues, muchos admiradores de vuestras mesas y copas; que al brindar y beber a vuestra salud, puedan examinar el vaso, tantear su peso y considerar al primor de su trabajo, la cantidad de oro y la habilidad del orfebre. En recompensa os llamarán excelentes y filántropos, y evitaréis malos quereres. ¿Quién ha de querer mal a un rico que distribuye y da lo justo? ¿Quién no le deseará largos años de vida, disfrutando de su caudal? Tal cual ahora obráis, vuestra fortuna carece de testigos, vuestra opulencia concita envidias y vuestra vida está falta de placer.

34. No juzgo, por otra parte, el atracarse a colas a modo de lobos y leones, tan divertido como en compañía de personas discretas, que, empeñadas en agradaros, no dejan el festín frío y silencioso, sino que le amenizan con conversaciones oportunas, bromas inocentes, y discreteos de todo género. Reuniones gratísimas, amadas por Venus, por las Gracias y por Baco. Al día

---

21 (B) Al pasar por delante de la Isla de las Sirenas. Precaución aconsejada por Circe para que no les atrajesen los cantos de aquellos monstruos seductores.

22 (B) Significa este nombre *Igualdad en el festín* como compuesto de ...., igual y .... festín, comida.

siguiente los convidados elogiarán vuestra discreción y os granjearán simpatías. La cosa merece buen precio.

35. Ahora os dirigiré una pregunta. Supongamos que los pobres anduvieran con los ojos cerrados: ¿no os molestaría el no tener a quien mostrar vuestros trajes de púrpura, la muchedumbre de vuestro séquito y vuestros sortijones? Nada digo de las celadas y odios que probablemente os prepararán los pobres si os obstináis en vivir solos en medio de las delicias. Espantosas son las imprecaciones que os amenazan. ¡Plegue a los cielos desoírlas! De otra suerte, no probaréis del pastel y de las salchichas sino lo que la perra deje; las gachas apestarán a sardina; el jabalí y el ciervo, mientras los asan, procurarán escapar del horno al monte; y las gallinas, ¡zas! volarán sin alas a casa de los pobres. Hay más, vuestros hermosísimos coperos se quedarán instantáneamente calvos, y eso, después de haberos quebrado una ánfora. Procurad, pues, lo más adecuado a la fiesta y a la seguridad de vuestras casas: aliviad la indigencia, y proporcionaos a poca costa amigos que no son despreciables.

IV. *Los ricos a Saturno, salud*

36. ¿Crees que sólo a ti te han escrito los pobres? ¿No hace años sin cuento que aturden a Júpiter con reclamaciones semejantes, pidiendo nueva división de bienes y acusando al destino de desigualdad en la distribución y a nosotros de que nada les damos? Pero Júpiter, como dios, sabe en quién está la culpa, y se hace el sordo a sus ruegos. Nos justificaremos, sin embargo, ante ti, puesto que actualmente nos gobiernas. Los ricos, teniendo a la vista cuanto nos has escrito, de que es hermoso auxiliar a los pobres, y agradable el alternar y comer con ellos, hemos procedido siempre así, tratándolos como a iguales, sin que haya un solo convidado que pueda quejarse con fundamento.

37. Pero los pobres, que al principio decían que necesitaban muy poco, una vez franqueadas nuestras puertas, pidieron sin cesar una cosa y otra; de no concedérselas todas al instante, eran de ver sus odios, iras e insultos. Sus mentiras, como de personas en continuo trato con nosotros, parecían naturalmente dignas de crédito a cuantos las oían. Así es que nos

vimos en la alternativa de ser enemigos declarados, no dándoles nada; o de dárselos todo, y convertirnos en pobres y pasar a la clase de los pedigüeños.

38. Lo demás no es tan importante. En los convites, no contentos con llenarse y atracarse, bebían con exceso, y a lo mejor arañaban la mano del lindo escanciador que les servía, o querían violentar a nuestra mujer o a nuestra concubina. También, después de haber vomitado por todo el triclinio, nos llenaban al día siguiente de dicterios contando que los habíamos tenido muertos de sed y de hambre. Si te parecemos mentirosos, considera lo ocurrido con vuestro comensal Ixión: le admitisteis a vuestra mesa y le tratasteis como a igual, y el buen hombre trató de forzar a Juno cuando se puso borracho.

39. Estas y otras razones semejantes hemos tenido para, por nuestra propia seguridad, cerrarles en lo sucesivo nuestras casas. Pero, si, como ahora dicen, prometen ante ti ser moderados en sus exigencias y no conducirse indecentemente en los festines, vengan a nuestra mesa y buena suerte para todos. Enviarémosles también, como prescribes, vestido y oro en cantidad razonable, y, en suma, no les faltaremos en nada. Pero que, por su parte, dejen también de hablarnos artificiosamente, y muéstrense amigos y no aduladores y parásitos. De nada nos tendrás que acusar si ellos cumplen sus deberes.[23]

---

23 La irónica burla que se desprende de estas palabras de Luciano, puestas en boca de los ricos, no son otra cosa, si bien se mira, que la mejor probanza en contra de una situación que consideraba perniciosa. Vasco de Quiroga debe haber leído toda la obra, pues no se concibe que únicamente hubiera visto la parte en que se describen los tiempos primigenios, pero sólo utilizó la porción que para él tenía sumo interés.

¿BARTOLOME DE LAS CASAS, EXISTENCIALISTA?

ENSAYO DE HAGIOGRAFIA Y DE HISTORIOGRAFIA

Por *Lewis HANKE*

NADIE ha tratado hasta hoy de mostrar la posible conexión entre las ideas de Bartolomé de las Casas, el fraile del siglo XVI, y el filósofo francés Jean-Paul Sartre, quien representa ese movimiento de la inteligencia y del sentir, posterior a la segunda guerra mundial, conocido como "existencialismo". Los profetas de esta nueva tendencia difieren entre sí en algunos aspectos; pero el tema que les es común y que con más insistencia recurren en sus escritos es que la existencia humana es radicalmente absurda y el mundo donde habitan los seres humanos es incomprensible. Si existencialismo significa también vivir conforme a las ideas personales, trabajar con y para los demás hombres, y "comprometerse" a mejorar el orden político y social en que se vive, puede decirse que las luchas de Las Casas en pro de los indios americanos tienen un carácter similar.

Establecer una relación entre el pensamiento del adalid parisiense de los existencialistas y el del obispo misionero de la conquista española en América, parecerá a muchos un paralelo extraño e infundado. El propósito de este artículo no es sugerir la existencia de tal relación; pero dada la extrema diversidad de opiniones que se aplican hoy día a Las Casas, sería un pronóstico demasiado audaz negar irrevocablemente tal posibilidad. Las actuales diferencias de interpretación son tan tremendas que es difícil creer que algunos historiadores como Edmundo O'Gorman, de México, no estén hablando de otro personaje histórico que llevaba el mismo nombre.

Algunas controversias sobre las figuras del pasado no tienen más trascendencia para el hombre moderno que las famosas disputas medievales en torno al número de ángeles que se podían acomodar en la punta de un alfiler. Las consideraciones

sobre los problemas que tratamos a continuación pertenecen a una categoría distinta y vale la pena hacerlas porque de sus respuestas se desprende nuestra concepción del valor permanente de Las Casas, uno de los hombres más eminentes que España envió a América.

Las polémicas sobre Las Casas tienen una calidad asombrosamente perenne. Y tan persistentes han sido las malas interpretaciones de algunos de sus actos —por ejemplo su supuesta conexión con el establecimiento del comercio de esclavos negros del Africa en América—, que Fernando Ortiz publicó recientemente una larga y meticulosa defensa de Las Casas bajo el título de "La leyenda negra contra Fray Bartolomé".[1]

Temperamental y filosóficamente, es probable que Las Casas y Edmundo O'Gorman no se hubiesen llevado bien de haber vivido en la misma época, y aunque hubiesen tenido la oportunidad de discutir sus desacuerdos frente a frente, es dudoso que hubiesen llegado a resolver entrambos algún aspecto fundamental de la conquista española de América. Con cuatro siglos de separación, no es sorprendente que O'Gorman haya formulado teorías sobre la doctrina de Las Casas que parezcan extrañas a algunos otros que estudian al personaje; si Fray Bartolomé viviera, es muy posible que se quedara perplejo y que dando rienda suelta a su impetuoso temperamento, se indignara ante algunas de las opiniones que le atribuye O'Gorman. Examinemos las principales y más atrevidas aseveraciones de O'Gorman para ver hasta dónde resisten el análisis. La interpretación se debe a alguien que es amigo y admirador tanto del dominico español del siglo XVI como del contemporáneo historiador mexicano.[2]

I. *¿Poseía Las Casas el espíritu experimental de un físico científico?*

UNA de las interpretaciones más dudosas de O'Gorman es que Las Casas poseía el espíritu de un científico experimental. Al comentar la empresa de Las Casas y de otros dominicos de predicar la fe pacíficamente en Guatemala, O'Gorman observa que

Tal es lo que implicando en ese reto. Y cuando el P. Las Casas

[1] *Cuadernos Americanos*, (México). Año XI, núm. 5, pp. 146-184.

[2] EDMUNDO O'GORMAN, *Fundamentos de la historia de América*. México, 1942.

lo acepta y se embarca en el experimento de la Vera Paz, su actitud no difiere en nada esencial de la del físico que, armado de una hipótesis, interroga a la naturaleza (p. 79).
. . . Es, en la acepción más precisa, un experimento. (p. 80).

No cabe duda que esta es una mala interpretación sobre Las Casas o sobre la naturaleza de un experimento. El físico científico formula una hipótesis que puede resultar o no correcta cuando se la somete a una prueba experimental. Puede creer o no que la hipótesis es correcta y ni por un momento se le ocurre considerar si la hipótesis concuerda con la justicia o los preceptos cristianos; cualquiera que sea el resultado del experimento, acepta la decisión que emana de la naturaleza. Para él la hipótesis es un instrumento que se usa para explorar o verificar la naturaleza y no una verdad religiosa que se deba defender o demostrar.

¡Cuán diferente era el enfoque de Las Casas! Estaba profunda y apasionadamente convencido de que el método pacífico de predicar la fe era el único que podía llevar a la práctica un cristiano. Ansiaba tener la oportunidad de demostrar esta convicción poniendo la idea en práctica en Guatemala; pero me parece que el espíritu que animaba su empresa nada tiene en común con el de un físico científico al dedicarse a sus experimentos. No necesitamos ir muy lejos para encontrar una explicación a la decisión de Las Casas de predicar en Guatemala, y en particular no necesitamos asumir que tenía un espíritu de prematura modernidad "escondido bajo su hábito de monje y su locuacidad escolástica".[3]

Se nos dice que los colonos españoles radicados en Guatemala se divirtieron inmensamente cuando el inquieto Las Casas propuso en un documentado opúsculo el método pacífico de someter a los temibles indios de la zona llamada Tierra de la Guerra. Como lo describe un cronista, "aunque el libro estaba escrito en elegante latín", los vecinos de la colonia se mofaron de él y de su autor. El Señor había tenido a bien enviarles a ese turbulento individuo, y su disgusto tomó la forma de urgir a Las Casas a que pusieran en práctica su proposición de convertir a los indios exclusivamente por medios pacíficos. Tenían la seguridad de que aunque escapase con vida, su fracaso alcanzaría

[3] O'GORMAN, *Lewis Hanke sobre la lucha española por la justicia en la conquista de América.* "Hispanic American Historical Review, XXIX (1949), 563-571. La cita aparece en la p. 570.

tal resonancia que pronto se verían libres de sus extravagantes y molestos sermones.

Las autoridades españolas facilitaron la oportunidad de que se sometiera a prueba la teoría de Las Casas y se puede decir que abordaron el problema de un modo experimental. Pero ni Las Casas ni los colonos de Guatemala albergaban duda alguna acerca de los resultados. Las Casas no consideraba que su proposición fuese un experimento sino una demostración de la verdad de Dios. Insistía tenazmente en el hecho de que Cristo no se había contentado con enunciar su verdad sino que insistió en que se pusieran en práctica en el mundo que lo rodeaba. Como ha dicho Juan Crisóstomo, una de las más eminentes autoridades sobre Las Casas:

> Los hombres no consideran lo que decimos sino lo que hacemos... Podemos filosofar interminablemente; pero si cuando llega la ocasión no demostramos con nuestras acciones la verdad de lo que hemos estado diciendo, nuestras palabras harán más daño que provecho.[4]

Lo dicho asume que la historia del experimento de la Vera Paz en 1537 es cierto. En un reciente y agudo análisis que del episodio hace Marcel Bataillon,[5] resulta que muchos hemos aceptado con demasiada diligencia la versión romántica del cronista dominico del siglo XVII Antonio de Remesal, en cuyo único testimonio se apoya la historia. Después de una espiritual e irónica recapitulación de la pintoresca narración tal y como nos la legó Remesal, concluye Bataillon diciendo que el dramático desafío de los colonos guatemaltecos a Las Casas y la aceptación del reto por su parte, los mercaderes indios con sus baladas y su música dulce que ayudó a convertir a sus congéneres, y el estratégico matrimonio de un cacique, era más bien hagiografía que historia y fué aderezada por el cronista dominico con el fin de exaltar a su Orden en general y a Las Casas en particular. Basándose en parte en el silencio y en parte en documentos —y con mucho de sentido común—, Bataillon expone la idea de que el esfuerzo pacificador fué en realidad una empresa lenta y secreta, por lo menos en sus primeras etapas, hasta que Las Casas fué nombrado obispo de Chiapas en 1543 y pudo usar su pode-

---

4 LAS CASAS, *Del único modo de atraer a todas las gentes a la verdadera religión.* México, 1941, p. 273.

5 MARCEL BATAILLON, *La Vera Paz. Novela e historia.* "Bulletin hispanique". Burdeos, LXIII, 235-300.

rosa influencia en la corte en favor de la campaña de los misioneros.

Pero esta combinación de cuidadosas investigaciones, de imaginativa interpretación y de planteamiento efectivo del problema que hace Bataillon, no estaba disponible en la época en que escribió O'Gorman y por ende debemos considerar sus opiniones a la luz de la situación tal y como entonces se conocía. Aun en este caso, sería interesante saber por qué adoptó O'Gorman esa suposición extrema —y me parece que infundada— de que la campaña de los misioneros en Guatemala tuvo todas las características de un experimento físico.

Un ejemplo mucho más convincente para su propósito de evidenciar la transición del escolasticismo al pre-cartesianismo operada en el siglo XVI, hubiera sido el experimento sociológico que se llevó a cabo en las Islas en los años inmediatamente anteriores al episodio de las prédicas pacifistas en Guatemala. En el caso a que nos referimos vemos a las autoridades administrativas españolas tratando en realidad de descubrir, por experimentos más similares al espíritu de los físicos que al que animaba la misión de Las Casas, si los indios podían "vivir como los campesinos cristianos de Castilla". Tenían hasta una población controlada, más o menos como el campo con que cuentan los sociólogos modernos para investigar lo que ocurriría bajo ciertas condiciones.[6] Mas aún en este caso debemos obrar con cautela y no asegurar que estas tentativas de administración eran experimentos "en la acepción más precisa de la palabra".

A buen seguro Las Casas se hubiera asombrado de que se le equiparara a un físico experimentalista y si estuviera vivo escribiría un bien documentado opúsculo bajo el título de "Cincuentisiete razones que prueban que el Dr. Edmundo O'Gorman ha malinterpretado mi doctrina sobre el único modo de atraer a todas las gentes a la verdadera religión".

II. *¿Cuál era el único modo de atraer a todas las gentes a la verdadera religión?*

Las Casas escribió un enorme tratado sobre este tema y aunque sólo una parte se ha conservado y publicado, dicha parte constituye un grueso volumen. Sin embargo se sigue discutiendo

[6] Hanke, *The First Social Experiments in America.* Cambridge, 1935, pp. 40-71.

cuál era ese "único modo". Reaccionando contra lo que describe como la "interpretación consagrada" de "Las Casas, humanitario y pacifista", O'Gorman [7] ha elaborado una respuesta bastante original. Para él "la idea central de Las Casas no es la evangelización por *medios de la paz,* como tradicionalmente se viene sosteniendo, es la evangelización *por medio de la razón,* lo que no es lo mismo".[8]

Me parece que esta exégesis es deleznable y depende del discutible énfasis que se ponga sobre cualquier verdad aparente que ofrezca. La idea de que se debía persuadir a los infieles por la razón de aceptar la fe, en realidad fué sustentada por Las Casas por estar sólidamente basada en el ejemplo y en la doctrina cristianos. Las Casas toma esta idea como axiomática y no la discute, por lo menos en la parte de su tratado que se conoce. Desde luego, es muy posible y aún probable que haya explicado y defendido la idea, con apoyo en numerosas citas de autoridades, en uno de los capítulos que se perdieron. Porque no cabe duda que luchó enconadamente para cerciorarse de si los indios comprendían la nueva fe antes de que se les bautizara.

Muchos misioneros, ansiosos de acumular un impresionante número de almas salvadas, estaban dispuestos a bautizar centenares y aún millares de indios en un día, sin fijarse demasiado en que tuviesen previamente instrucción y conocimientos sobre el catecismo. Las Casas protestó tan vigorosamente contra tal actitud que el 31 de marzo de 1541 la Corona sometió el asunto a uno de los teólogos más capaces del reino, Francisco de Vitoria. Como se le explicaba en la real orden,

> Se le escribe que Las Casas ahora ha venido de las Indias y pide que allá nadie bautize indios adultos ni negro ni otro infidel hasta que estén bien doctrinados en la fé, y dice se acostumbra hacer sin que el bautizado entienda nada, y se manda a Vitoria que de su parecer con los teólogos de la Universidad y lo envíe firmado al consejo de Indias.[9]

El primero de julio de 1541 se entregó la decisión, debidamente firmada por Vitoria, Domingo de Soto y varios otros teólogos que apoyaron el punto de vista de Las Casas, citando auto-

[7] *Fundamentos,* p. 56.

[8] *Fundamentos,* p. 58. Las itálicas son de O'Gorman.

[9] *Archivo general de Indias,* Indiferente general, 423, 1. 19, pp. 226 vt. 229.

ridades y usos antiguos de la iglesia.[10] De modo que si este énfasis sobre la comprensión es una evidencia del pensamiento precartesiano, como lo piensa O'Gorman, había varios racionalistas en embrión tanto en España como en las Indias, y sus raíces intelectuales se remontan hasta San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Como lo hace notar Sergio Méndez Arceo, algunos de los pasajes citados por O'Gorman con el fin de ilustrar su punto de vista sobre este asunto, son pasajes no del propio Las Casas sino citas de los tratados de Santo Tomás de Aquino.[11] Las ideas en las cuales O'Gorman ve un espíritu pre-cartesiano, eran comunes a Santo Tomás y a Las Casas.

La segunda idea —que la fe se debía predicar pacíficamente— era mucho más importante para Las Casas. Acaso daba por sentado que la evangelización debía hacerse por medio de la razón, como algo indudablemente practicado "por Jesús y sus apóstoles, por la costumbre de la iglesia y sus decretos, y por los santos doctores".[12] Las Casas siempre aseguró que a los infieles se les debía enseñar la fe por la vía *pacífica y razonable*;[13] y dedicó gran atención a probar su idea de que la fe también se debía predicar por métodos no violentos.

Esta insistencia no era un pensamiento original de Las Casas. Probablemente estudió en otros esta doctrina y llegó a convencerse de su verdad como consecuencia del ejemplo del dominico Pedro de Córdoba, a quien conocía bien, y estaba enterado de la primera tentativa de usar el único modo verdadero de catequizar, que Córdoba empleó en 1516 en la costa septentrional de la América del Sur, cerca de Cumaná. Después que Las Casas ingresó a la orden dominicana en 1522 y al cabo de ocho años de estudiar con atención en un convento de la isla Hispaniola, conocía bien las bases teológicas y jurídicas para un enfoque pacífico y racional, como se desprende claramente del tratado *del único modo*. Durante esos años de meditación pudo haber tropezado con la famosa obra de Bernard de Clairbaux sobre la

10 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía,* III, 543-545.

11 "Revista de Historia de América", Núm. 15, México, 1942, p. 356.

12 Esta opinión consta de una manera sucinta en la obra de Las Casas *Treinta proposiciones muy jurídicas... Sevilla,* 1552, proposición 22.

13 *Del único modo,* p. 199.

conversión pacífica y no forzosa de los judíos en la época de la segunda Cruzada en el siglo XII. En todo caso, en esos años se convenció de la verdad que encerraba la prédica pacífica, y nunca se apartó de esa creencia en el resto de su larga vida.

En conclusión, Las Casas "no dió con la idea de que el único método de difundir la fe era por medio de la razón a fin de evadir las comprometedoras implicaciones de una doctrina sobre la guerra justa".[14] Más bien elaboró su teoría del método racional y pacífico de predicar la fe porque sus estudios sobre la doctrina de la iglesia, la ley de la iglesia y los padres de la iglesia lo convencieron de que este método era el camino correctamente cristiano para ganar infieles. Y en su examen sobre el bautismo de los indios, Las Casas sustentó la idea de que los indios debían conocer plenamente la fe antes de abrazarla; este punto de vista fué el que aprobaron Vitoria y los otros teólogos de Salamanca.

Otra de las sorprendentes afirmaciones de O'Gorman sobre el pensamiento del fraile es que

> . . . para Las Casas la guerra no es un mal, es un bien, puesto que es medio de hacer justicia. Lo que pasa es que hay guerras injustas, y como tales, reputa las que se hacen con propósitos misioneros, no porque la intención no sea loable, *sino porque la manera es ineficaz.*[15]

Esto conduce a O'Gorman a hacer de Las Casas casi un pragmático. Es verdad que Las Casas creía que la prédica pacífica es más efectiva que los medios violentos; pero hizo tal declaración de una manera casual, y su argumento básico se apoya en el ejemplo y en las enseñanzas de Jesús, de los apóstoles, de Crisóstomo, de Agustín y de otras autoridades cristianas, según la interpretación que daba a sus doctrinas. Si alguien tiene dudas sobre este punto, puede hacer a un lado las glosas de O'Gorman y Hanke y consultar las propias palabras de Las Casas en su tratado *Del único modo,* especialmente las pp. 221-235. Una de las ventajas de las discusiones como las que ahora tenemos es que las obras de Las Casas se leerán más amplia y más intensamente que antes.

Quienes consulten los escritos de Las Casas encontrarán que exalta la paz y condena la guerra. Según él, la guerra es irracional, artificial y carece de consonancia con la naturaleza

---

[14] O'GORMAN, *Hispanic American Historical Review*, XXIX, 569.
[15] *Fundamentos,* pp. 56-57. Las itálicas son de O'Gorman.

humana. Además está contra las enseñanzas y las intenciones de Cristo y de sus apóstoles. La guerra transgrede el mandamiento que ordena al hombre amar a su prójimo como a sí mismo, es un acto indecente e infame que a lo sumo afecta la condición de las cosas materiales, no así la de las espirituales, y de todos los métodos, es "el más miserable y criminal, lleno de toda suerte de males y de crueldad, un método adoptado por los ladrones y por los hombres más sacrílegos. Llevará a los infieles a menospreciar la religión y a evitar a los que predican la fe". Por consiguiente, no cabe duda de que los métodos guerreristas para establecer un reino o para propagar el cristianismo "son incompatibles con la bondad de Cristo o con la dignidad real". Hay que emplear, en cambio, "la dulzura de su doctrina, los sacramentos de la Iglesia y la misericordia que regará muchos beneficios con bondad, dulzura, claridad y paz".[16]

Desde luego, Las Casas, al igual que prácticamente todos los españoles de su época (Luis Vives era una excepción, y condenaba toda forma de guerra), creía que en determinadas condiciones la guerra podía ser justa. En su tratado *Del único modo* se refiere una vez, de pasada, al hecho de que "no hay guerra justa a menos que medie causa justa para declararla",[17] y claramente se basaba en San Agustín para su apreciación de lo que constituía una guerra justa.

Lo que distinguía a Las Casas, sin embargo, no era que estuviese de acuerdo con la mayoría de sus contemporáneos sobre la teoría de la guerra justa sino que declaraba que las que se hacían contra los nativos del Nuevo Mundo eran injustas, particularmente como preludio a su conversión. Condenaba el uso de la fuerza, no sólo porque el fragor y el horror del conflicto armado creaba un ambiente inapropiado para que los indios escuchasen y considerasen la nueva doctrina del amor y de la salvación, sino —y este es un punto que O'Gorman no menciona y que aparentemente no considera digno de mención— porque los métodos bélicos fueron condenados por Cristo, los apóstoles, los padres de la Iglesia y otras autoridades. La práctica de emplear la fuerza y la guerra para propiciar la expansión del cris-

---

16 *Del único modo*, p. 499. Todo el tratado debe leerse, pero los pasajes más importantes sobre la guerra y la paz aparecen en las pp. 13, 21, 27, 35, 39, 41, 43-51, 55, 57, 95, 137, 149, 163, 177-189, 215, 227-229, 339, 395, 399, 411, 413, 415, 421, 435 y 475.

17 *Ibid.*, p. 515.

tianismo era directamente contraria a la fe que se predicaba, sostenía Las Casas, y de aquí que abogara por la persuasión pacífica.

III. *¿Eran las ideas de Las Casas fundamentalmente aristotélicas o fundamentalmente cristianas?*

SORPRENDERÁ a algunos que se formule esta pregunta. Sabemos que Las Casas declaró ante el rey Carlos V en 1519 en Barcelona que "Aristóteles era un gentil y ahora está ardiendo en el infierno, y sólo debemos hacer uso de su doctrina en cuanto es consistente con nuestra santa fe y con las costumbres cristianas".[18] Por esa época se oponía a los argumentos que acababan de presentarse en el sentido de que a los indios recién descubiertos se les debía considerar "esclavos por naturaleza" de acuerdo con la doctrina aristotélica de que ciertas personas rudas de limitada comprensión son inferiores *a natura*, y que no hay nada más justo y natural que los hombres prudentes y sabios ejerzan dominio sobre ellos para su propio bienestar así como para el servicio de sus superiores. Las Casas replicó en 1519 que los indios no eran seres inferiores, y que el *dictum* de Aristóteles obviamente no les era aplicable.

La cuestión se planteó con mucho mayor insistencia durante la gran polémica que tuvo lugar en 1550-1551 en Valladolid entre Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda.[19] Ambos contendientes sustentaban doctrinas opuestas y se acaloraban en la discusión, cuyos verdaderos alcances aún despiertan dudas entre algunos sectores. A pesar del gran interés que despertó la polémica, la historia completa aún no se conoce, en parte porque la documentación en que consta no se ha encontrado y luego porque la extensa *Apología* que presentó Las Casas durante cinco días consecutivos aún permanece en manuscrito. Es con relación

---

18 LAS CASAS, *Historia de las Indias,* I. 3, caps. 149-151, da una descripción de este encuentro. La referencia a Aristóteles ardiendo en el infierno está en la p. 149.

19 El más reciente y por muchos conceptos el mejor tratamiento de esta polémica es el de Venancio D. Carro, *La teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América*, 2ª ed., Salamanca, 1951, pp. 561-673. También valioso sobre los aspectos aristotélicos del problema es SILVIO ZAVALA, *Servidumbre natural y libertad cristiana según los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII*. Buenos Aires, 1944.

a esta polémica que O'Gorman enuncia otras de sus desconcertantes paradojas, al decir categóricamente que "todo el pensamiento de Las Casas es fundamentalmente aristotélico, y Sepúlveda es tan cristiano como Las Casas".[20] Sin intentar medir con exactitud el cristianismo de Sepúlveda —punto que en sí tiene interés, pero no necesariamente con respecto a este trabajo—, examinemos el pretendido aristotelismo del pensamiento de Las Casas.

Es verdad que tanto en sus argumentos de Barcelona en 1519 como en los de Valladolid en 1550-1551, parece que Las Casas acepta la teoría de Aristóteles en el sentido de que algunos hombres son esclavos por naturaleza. También es verdad que hay numerosas referencias a varios pasajes de Aristóteles en el tratado *Del único modo* y que su voluminosa *Apologética historia* tuvo por objeto probar que los indios americanos llenaban, y de la manera más satisfactoria, las condiciones que enumeraba Aristóteles como necesarias para gozar de una vida plena. Pero ¿es suficiente esto para abonar la conclusión de que "todo su pensamiento es fundamentalmente aristotélico?"

Precisa tener en cuenta que aunque Las Casas nunca trata de rebatir el concepto aristotélico de la esclavitud natural, tampoco lo defiende ni explica sus alcances. Más bien procura confinar la vigencia de la teoría a un campo lo más reducido posible. No solamente negó con vigor que los indios pertenecieran a la categoría de esclavos naturales sino que sus argumentos tendían a llevar a la conclusión de que ninguna nación del mundo podía ser condenada como tal nación a semejante vida.[21] Y Las Casas declara en uno de sus pasajes más categóricos:

> Todas las gentes del mundo son hombres. . . todos tienen comprensión y volición, todos tienen los cinco sentidos exteriores y los cinco sentidos interiores y se mueven por los objetos que les llegan a través de ellos, a todos les complace la bondad y les causa placer la alegría y la delicia de las cosas, todos rechazan y abominan el mal. . . No existe nación hoy día, ni puede existir, no importa cuán bárbaras, salvajes y depravadas sean sus costumbres, a la cual

[20] O'GORMAN, *Sobre la naturaleza bestial del indio americano,* "Filosofía y Letras", México, 1941, núm. 1, pp. 141-158; núm. 2, pp. 305-315. En la p. 312 aparece esta afirmación: "Todo el pensamiento de Las Casas es fundamentalmente aristotélico".

[21] LAS CASAS, *Historia de las Indias,* l. 3, caps. 150-151.

> no se pueda atraer y convertir a todas las virtudes políticas y a toda la humanidad del hombre doméstico, político y racional.[22]

Por consiguiente los esclavos naturales son numéricamente escasos y se les debe considerar como errores de la naturaleza, como los hombres que nacen con seis dedos en los pies o con un solo ojo. Y aún más raro es hallar a un hombre de razón deficiente.[23]

Por todo lo dicho, no sabe uno qué pensar de una de las últimas opiniones de O'Gorman:

> El padre Las Casas trataba de ser tan buen aristotélico como su formidable opositor, y por eso se vió obligado a conceder la existencia real de siervos por naturaleza, con lo que la polémica quedaba a favor de Sepúlveda en el plano teórico de la discusión. Pero en el momento decisivo, Las Casas, con un gesto magnífico de energúmeno, abandona la razón para entregarse a la fe, y se sacude así la autoridad del filósofo que tanto le estorbaba, afirmando como argumento contundente que Aristóteles era gentil y que estaba ardiendo en los infiernos.[24]

Tanto el hecho como el énfasis interpretativo de este pasaje son discutibles. Porque Las Casas nunca abandonó por completo a Aristóteles, hasta donde lo comprueban los documentos de que ahora se dispone; la declaración acerca de que Aristóteles debía estar ardiendo en los infiernos data de 1519, o sea treinta años antes de la polémica de Valladolid, y lo que es más serio todavía, O'Gorman olvida considerar las otras tres principales divisiones del argumento básico de la polémica de Valladolid. Sepúlveda declaró que era lícito y necesario hacer la guerra contra los indios, por estas cuatro razones:

1º Por la gravedad de los pecados que los indios habían cometido, especialmente sus idolatrías y sus pecados contra natura.

2º Por la tosquedad de su naturaleza, que los obligaba a servir a personas que tenían una naturaleza más refinada, como los españoles.

---

[22] Estas citas proceden de su *Apologética historia*, Madrid, 1909, pp. 127-128, y de su *Historia de las Indias*, 1. 2, cap. 58.

[23] *Ibid.*, 1. 3, cap. 151.

[24] O'GORMAN, *La idea del descubrimiento de América*, México, 1951. La cita es de la p. 143.

3º Para esparcir la fe, lo cual se lograría más fácilmente si antes se subyugaba a los nativos, y

4º Para proteger a los débiles que había dentro de las propias huestes nativas.[25]

Sólo con referencia al segundo punto aparece en escena la teoría aristotélica de la esclavitud natural, y Las Casas así lo aceptaba, aunque no lo defendía.

¿Por qué aceptó ese principio, aun en un sentido limitado y restringido? Mi propia interpretación es que en este punto Las Casas evidenció ese espíritu realista y legalista que caracterizó buena parte de su acción. Hasta cierto punto, el ataque de su oponente descansaba sobre la presuposición de que los indios americanos eran esclavos por naturaleza. La defensa de Las Casas no era atacar frontalmente a Aristóteles sino demostrar que la doctrina no se debía aplicar a los indios. Al mismo tiempo su explicación de la clase de personas que debían caer dentro de la categoría aristotélica de esclavos naturales, evidencia cuán débilmente se aplicaba —en su opinión— al mundo en general. Por consiguiente podemos llegar a la conclusión de que Las Casas hizo un flaco servicio a Aristóteles, con el propósito de refutar la aplicación de su doctrina a los indios.

Podemos simpatizar con el disgusto de O'Gorman por la actitud carente de discriminación que prevalecía en el siglo XIX en cuanto a la polémica con Sepúlveda;[26] pero en mi opinión, la tesis de que "todo el pensamiento de Las Casas es fundamentalmente aristotélico" todavía no se ha probado. Cuando Agustín Millares Carlo publique su largamente esperado y tan necesario índice de las autoridades y de las obras citadas por Las Casas en su voluminoso trabajo, creo que se verá claramente que el cuerpo del pensamiento del obispo era por completo y hasta monótonamente cristiano. Como observó Las Casas en la enérgica carta que escribió a los eclesiásticos de Guatemala cuando tenía casi noventa años de edad, él había estudiado asiduamente leyes durante cuarentiocho años y todo lo que había abogado en favor

---

25 HANKE, *La lucha española por la justicia en la Conquista,* Filadelfia, 1949, p. 120. El cap. 8 de este volumen contiene con mayores detalles mi opinión sobre la polémica de Valladolid.

26 Las opiniones de O'Gorman sobre este punto constan en una nota que apareció en "Filosofía y Letras", México, 1941, núm. 3, pp. 142-145.

de los indios, "aún lo riguroso y lo duro", lo había substanciado con principios de Santo Tomás de Aquino.[27]

IV. *¿Falseaba Las Casas la historia?*

O'GORMAN ha dedicado alguna atención a la amistad entre Las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, particularmente por lo que se desprende de las diferentes versiones que dan en sus respectivas historias sobre la tentativa de Las Casas de colonizar la costa de Venezuela en 1521.[28] Al discutir el asunto asegura O'Gorman que una de las citas que hace Las Casas del texto de Oviedo es falsa y que en otra ocasión Las Casas omite datos pertinentes. En consecuencia, observa O'Gorman, "no da muestras el P. Las Casas de la probidad intelectual que sería de desearse".[29] Este es un cargo grave que requiere pruebas.

El cargo de que Las Casas era un historiador con prejuicios no es nuevo. Desde que se publicó por primera vez su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* en 1552, se ha atacado a Las Casas por sus exageraciones en cuanto al número de indios que mataron los españoles, y también se ha dicho que era más propagandista que historiador. Pero no es sino en años recientes cuando se le ha acusado de falsear deliberadamente documentos con el fin de realizar sus propósitos. El historiador argentino Rómulo D. Carbia empezó hacia 1930 una vigorosa campaña para convencer al mundo de que en algunas ocasiones Las Casas falsificó documentos y en otras mintió deliberadamente.[30] Sos-

---

27 A. M. FABIÉ, *Vida y escritos de Fray Bartolomé de las Casas,* II, Madrid, 1879, 578-579.

28 GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Sucesos y diálogo de la Nueva España.* Prólogo y selección de Edmundo O'Gorman, México, 1946, pp. 155-171. Biblioteca del estudiante universitario, 62.

29 "Una de las citas que hace Las Casas como textual de Oviedo es falsa (la que se refiere a los pareceres que dió Oviedo al Consejo), y en la cita que hace al final del cap. 160, omite Las Casas la parte última del texto citado que sería pertinente... *En la Historia de las Indias* lo cita con frecuencia en forma tan desfavorable como apasionada, e incluso le dedica unos capítulos polémicos donde, a decir verdad, no da muestras el P. Las Casas de la probidad intelectual que sería de desearse". *Ibid.,* p. 157.

30 Para una discusión sobre el valor de Las Casas como historiador y para una descripción de la campaña de Carbia, con citas de la copiosa bibliografía sobre el tema, ver mi trabajo *Bartolomé de las Casas: Historiador* (Editorial de la Universidad de Florida, 1952). Una versión es-

tiene Carbia, por ejemplo, que Las Casas fabricó la carta de Colón de 1498, así como su *Diario,* la carta Toscanelli, la vida de Colón por su hijo Fernando y otros documentos. Durante años Carbia publicó tales acusaciones y denunció vigorosamente a Las Casas en salas de conferencias y en mesas de discusiones. Nunca presentó prueba alguna de sus cargos, aunque siempre prometió hacerlo, y murió sin documentar sus alegatos. Hoy día sería difícil y acaso imposible encontrar un solo historiador en Europa o en América que repitiera los cargos de Carbia.

Si Las Casas falsificó la historia, O'Gorman ha elegido un terreno escabroso para luchar: la tentativa de colonización de Venezuela. Para mayor abundamiento, el reciente y revelador estudio de Marcel Bataillon [31] demuestra sin lugar a dudas que en ese episodio específico de la vida de Las Casas, el atacante fué Oviedo y no el obispo. En vista de ese reciente artículo del sabio francés, sería necesario que O'Gorman documentase sus cargos antes de que los pudiesen aceptar los historiadores.

V. *Conclusión*

De establecerse, todos los alegatos de O'Gorman tenderían a disminuir la estatura de Las Casas. Porque para él, Las Casas no era un hombre intelectualmente honesto sino un falsificador de la historia; no era un misionero cristiano que favorecía la prédica pacífica de la fe porque esa fe requería que su mensaje se promulgase pacíficamente, sino alguien que no tenía ambages en recurrir aun a la guerra —si el método daba resultado— para lograr sus fines; no un pensador fundamentalmente cristiano sino un aristotélico, que también tenía afinidades con Descartes. A esta multitud de paradojas se puede añadir este nuevo pronunciamiento de O'Gorman contra Las Casas:

---

pañola de ese ensayo apareció como introducción de la *Historia de las Indias* de Las Casas, 3 vols. (México, 1951), al cuidado de Agustín Millares Carlo.

31 "Ruta de una leyenda: los 'caballeros pardos' de Las Casas", *Symposium*, VI (Siracusa, 1952), núm. 1, pp. 1-21. Después de examinar la leyenda de que el plan de colonización de 1520 debido a Las Casas estaba destinado a convertir en nobles caballeros a los campesinos, que Bataillon cree maliciosamente fabricada por Oviedo contra Las Casas, observa: "Todos los documentos auténticos con que contamos confirman la veracidad de la narración de Las Casas y justifican su rectificación" (p. 4). Otro estudio fundamental reciente es el de Manuel Giménez Fernández, *El estatuto de la tierra de Las Casas,* Sevilla, 1949.

Su cabeza era confusa, su erudición tan dilatada como indigesta, su apasionamiento grande, su intención buena, su estilo digresivo en extremos de desesperación. . . (p. 131). Pedirle a Las Casas un poquito de congruencia es pedir peras al olmo (p. 141). . . Marcha el padre Las Casas iluminado por un ideal, curiosa y difícil mezcla de piedad heroica y sistemático racionalismo. . . (p. 132). No duda Las Casas, pues es el ser más crédulo que jamás haya existido. . . (p. 141).[32]

Los futuros estudiosos de la conquista española de América acaso se extrañen de las nutridas controversias hoy día existentes sobre la verdadera doctrina de Las Casas —cuatrocientos años después de que se publicó su primer tratado en Sevilla. Pueden llegar a la conclusión de que todos los que procuramos establecer su verdadera significación solemos referir a la persona y a sus ideas demasiado estrecha y arbitrariamente al mundo actual. De pie en el tope de una montaña de escritos polémicos que sobre Las Casas se ha ido amontonando a través de los siglos, quizá todos seamos proclives a olvidar que vivió en el siglo XVI y que en último extremo se le debe juzgar como un hombre de su tiempo.

El hecho de que Las Casas sustentase sobre diversos temas ideas que hoy día nos parecen risibles, lo emplea O'Gorman como un arma para ridiculizarle, pues el historiador mexicano cree además que los estudiosos del presente "mutilan" a Las Casas y por ende dan una falsa visión de su trabajo, al omitir la referencia a sus opiniones sobre magia y otras creencias que ahora consideramos absurdas. "Que cualquiera que desee obtener fácilmente un perfil intelectual de Las Casas", exclama O'Gorman, "examine la *Apologética historia* de Las Casas, su trabajo más 'científico'. Verá ahí que se discuten varios problemas de magia, tales como si las brujas se pueden convertir en animales, y otras cosas por el estilo".[33]

¿No es más sensato ver en esos ejemplos la inevitable complejidad del hombre del siglo XVI que tanto puede deleitar a los lectores del siglo XX? Es creencia general que Sir Francis Bacon tenía una firme comprensión del método científico, hasta el punto en que se se ha llamado padre de la ciencia moderna. ¿Invalida el respeto que merece como notable pensador de su tiem-

[32] Las citas proceden de la obra de O'GORMAN, *La idea del descubrimiento de América*, México, 1951.

[33] *Ibid.*, p. 144.

po el hecho de que creyera también —según se nos dice [34]— que el fuerte aliento de los leones les hacía perder los dientes y que soldados y marinos se henchían de valor si tomaban pólvora con agua antes de la batalla? Para traer a cuento casos de la historia española, allí está el ejemplo de Oviedo, a quien aún se le considera un valioso historiador. Aunque más sofisticado que Las Casas como escritor, la obra de Oviedo tiene muchos capítulos que hoy día mueven a risa. Disertaba sobre temas como el canto de los gallos y el maullido de los gatos en el Nuevo Mundo (hacían menos ruido, permitiendo a Oviedo estudiar más concentradamente que en España); aseguraba también que los dolores de parto de las mujeres eran diferentes en el Nuevo Mundo (como testimonio citaba las experiencias de su propia mujer).[35] Aun una persona tan sabia y enterada como el polígrafo del siglo XVII Antonio de León Pinelo estaba firmemente convencido de que el paraíso existía en el Nuevo Mundo y que el arca de Noé había zarpado en su famoso viaje desde algún punto de la América.[36] Por lo menos un escritor del siglo XVI estaba convencido de que Quetzalcóatl, el dios indio, era en realidad Santo Tomás de Aquino. Las leyendas sobre los indios mexicanos continuaron fascinando a otros estudiosos en años posteriores. Edward Tylor, antropólogo inglés del siglo XIX, sustentaba la teoría de que las diez tribus perdidas de Israel habían emigrado hasta llegar a México, y creía también que Quetzalcóatl no sólo era un hombre real sino que pudo haber sido irlandés.[37]

¿Hay que descartar a Las Casas como una mente confusa porque tenía algunas ideas que en la actualidad consideramos obsoletas, y por la misma razón se debe restar importancia a Bacon, Oviedo, León Pinelo o Tylor? Es en la doctrina básica de Las Casas donde encontramos su contribución permanente a la cultura.

---

[34] A. Wigfall Green, *Sir Francis Bacon*, 1952. (El original no especifica edición ni página. N. del T.).

[35] Gonzalo Hernández Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra-Firme del mar Océano*, Madrid, 1851-1855, 1. 6, cap. 40. V. también sobre confusionismo de la historia antigua, 1. 6, pp. 49-50.

[36] *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario Apologético, Historia Natural y Peregrina de las Indias Occidentales y Tierra firme del mar Océano*, Madrid, 1656, p. 301.

[37] Robert R. Marett, *Tylor*, Nueva York, 1936, p. 36.

Pero aun sobre su pensamiento fundamental continúa la polémica, como se ve por las varias paradojas de O'Gorman. Se pueden mencionar otros puntos controvertidos, pero no cansaremos más al lector; dejaremos algo a los futuros lascasistas, particularmente en el campo de la teología. Tal vez algún teólogo emprenda el estudio de la naturaleza exacta de la doctrina de Las Casas sobre la gracia y demuestre que todas las interpretaciones previas requieren revisión.

Esperemos que en el año 2052 por lo menos los historiadores lleguen a ponerse de acuerdo sobre lo que era en realidad la doctrina de Las Casas. Porque es evidente que en la actualidad no hay acuerdo al respecto y también que en lo tocante a una figura tan trascendental para el conocimiento de la obra de España en América, como lo fué Las Casas, no bastan las paradojas, por más brillantes que sean.

EL DIABLO EN MESOAMERICA

Por *Rafael Heliodoro VALLE*

He aquí un tema de vasto horizonte que nos permite invadir los terrenos de la mitología, el folklore, la religión, la moral, la poesía, la psiquiatría, el arte. Porque el Diablo es un personaje más histórico que muchos de los que tienen biografía y estatuas. Ha metido la cola en numerosos acontecimientos. Hasta fué arquitecto en aquellos años en que había quienes, ávidos de hacerse ricos de la noche a la mañana, le vendían tranquilamente el alma, firmando con él un pacto en el que en vez de tinta se empleaba sangre viva.

Vemos al Diablo desde aquella vieja representación en que se empeña en convencer a Job de que se subleve contra Jehová, hasta el ángel abatido bajo la espada de San Miguel en el cuadro del siglo XVI que puede contemplarse en la iglesita mexicana de Cuautitlán, así como en el grabado siglo XVII de Mechlin.

Los mil nombres

Algún día se fundará la Academia Americana de Demonología y uno de sus deberes primordiales será el de catalogar los nombres que tiene el Diablo en los diversos países de este hemisferio.

Los mayas de Yucatán —según Landa— tenían varios: *Bolonzacab, Kanalacantún Kanuuayayab, Kinchahau, Chacacantún* e *Itzamná* (este fué civilizador y fué comparado con el rocío). Los aztecas —según informaciones de Sahagún— tenían un rico repertorio de nombres: *Tlaloc* (o Tlaloque Tlamacazqui), *Macuilxóchitl* o *Xochipilli* —que enviaba las enfermedades secretas—; *Omácatl* —el de los convites—; *Ixtlílton* —el que cataba el pulque—; *Opochtli* —el patrón de los pescadores—; *Yacatetli* —el dios de los mercaderes—; *Mappatecutli* —el protector de los fabricantes de petates—; *Mictlantecutli* que residía en



Así se representa a San Miguel y al Diablo.



Orígenes. Revista de arte y literatura.

uno de los nueve infiernos; *Tezcatzóncatl* —el dios del pulque—, cuyos súbditos eran innumerables—; y el más sombrío y terrible de todos, *Huitzilopochtli,* a quien no sólo ofrecían corazones latentes, sino también sangre de aves.

Los negros le llaman *Mandinga,* y según un proceso de la Inquisición de México, se le conocía por el de Mozambique. "Hasta los literatos gustaban de la metáfora —dice Fernando Ortiz—. En 'El Diablo Cojuelo' se llama 'guineo' al demonio. Bien sabido es que los imagineros católicos pintan negro al

diablo y que los negros africanos lo imaginan blanco". Juan Calalú, significaba: "Juan Calalú, apaga la vela y enciende la luz". Y en Centroamérica, hay otros nombres: *Amazaira,* que era temido mucho por los indios payas de Honduras —según el misionero Liendo y Goicoechea—; el *Cadejo,* el *Sombrerón,* y aun tiene nombres de mujer: la *Tatuana,* la *Llorona,* la *Siguantaya,* la *Siguanaba,* la *Segua,* la *Sigua,* el *Justo Juez;* y, por último, en Costa Rica se le conoce por *Pisuicas* o *El Patas.*

Mitología, sangre y alaridos

Aunque inferior a la del Perú antiguo, porque ella es riquísima —la mitología del Diablo en Mesoamérica es interesante en extremo. Parece arrancar de la presencia de la manos misteriosas que han sido encontradas en los muros de algunas ciudades derruídas. Es más viejo que los profetas y las tradiciones. En uno de los libros de profecía de los mayas, el Chilam-Balán de Chumayel, aparecen cinco grandes sacerdotes que delante de Dios se quejan por las numerosas calamidades que habían caído sobre su pueblo, desde los vómitos de sangre, los años de langosta, "la carga de la Miseria y el Pleito del Diablo". Y cuando al cabo de los siglos el personaje sigue urdiendo intrigas contra los hombres, infundiendo pánico, multiplicando locos y epilépticos, prosiguió su obra armando escándalos a la media noche, lanzando lentos alaridos, desparramando pestes, prolongando sequías.

Un día apareció un heraldo de la paz y el trabajo: Quetzalcoatl, quien predicó en el Anáhuac contra los sacrificios humanos, y "no les enseñó a ponerse de rodillas" desafiando el poderío de Huitzilopochtli. Al abandonar la ciudad de Tula los sacrificios volvieron a instituirse, aparecieron los "ischcuiname", es decir "las mujeres diablas" (y ello fué el año de 1057), y comenzó la guerra, iniciándole Tezcatlipoca.

Huitzilopochtli era nigromántico; y, además, espantable, cruel, intrigante, provocador de crueles enemistades y desasosiegos; y Tezcatlipoca también sembrador del odio, era "el malvado Lucifer, padre de toda maldad y mentira, muy ambicioso y muy soberbio". Los hombres y las mujeres sucumbían, con el corazón abierto por los sacerdotes, "delante de las estatuas de los demonios".

Había también nueve infiernos. Al que señoreaba Mictlan Tecutli, iban las almas de aquellos que habían muerto por enfermedad; las ofrendas que se les llevaba en los funerales iban a parar a poder de aquel diablo. El cronista Gerónimo Mendieta ha reconstruído el mito de Mictlan Tecutli. Cuenta que en el cielo había una diosa llamada Cuitlalicue, quien parió una vez un pedernal, que fué arrojado hacia la tierra y cayó en Chicomoztoc. Los ángeles malos, que se hallaban en la Tierra, le enviaron un mensaje a la madre dicho demonio, pidiéndole poder para hacer hombre. La madre pidió que hablaran con el demonio aquel para "que les diese algún hueso o ceniza de los muertos pasados, y que sobre ellos sacrificasen, y de allí saldrían hombre y mujer que después fueron multiplicando". Xólotl fué enviado al infierno en busca de aquellos materiales, y cuando regresaba fué perseguido por Mictlan, y al caer, "el hueso, que era de una braza se le quebró e hizo pedazos, unos mayores y otros menores, por lo cual dicen los hombres son menores unos que otros". De aquellos fragmentos, después de haberse sacado sangre los dioses y las diosas, nació un niño y al cuarto día una niña y Xolotl "los crió con la leche del cardo".

En el México antiguo las huellas de diablo son muchas. En el Códice Aubin (p. 476) está representado Huitzilopochtli. Cuando los primeros conquistadores —sobre todos los frailes— vieron sus múltiples representaciones en esculturas y pinturas y escucharon los relatos de sus hazañas, no les cupo la menor duda de que Lucifer se había trasladado de España en una época muy remota. Para ellos, tales representaciones no era más que atributos de la fealdad, que contrastaban con los ángeles y los santos cristianos, cuya hermosura y gracia había descendido a la tierra como un concepto que iba a revolucionar las ideas religiosas de los indios.

El Diablo en la conquista

LLEVABA Hernán Cortés —según lo advierte Bernal Díaz del Castillo, su compañero de lucha— una medalla de oro en la que se veían grabados San Jorge y el dragón infernal. Dicha medalla fué enviada como un regalo del señor capitán a Moctezuma en un intercambio de cortesías. Para Cortés la presencia

del Diablo en los ídolos aztecas no podía ser más patente, y empezó a derribarlos, sintiéndose un defensor de la fe, casi gran sacerdote de la nueva religión. Según una carta que envió al Rey Fr. Toribio de Motolinia (2 enero 1555), Cortés envió a decir a Moctezuma: "...y que aquellos no eran Dioses sino piedras y figuras del Demonio".

Pero uno de los conquistadores, Hernando de Ceballos, en nombre de Pánfilo de Narváez, al presentar en nombre de éste una demanda contra Cortés, afirmó que en el pensamiento del capitán general reinaba el Diablo, pues "como hizo Lucifer, trató de se levantar, no solamente contra el dicho Diego de Velázquez... Cortés peleaba así no sólo contra Moctezuma, sino en contra del Satanás. En cambio, los indios no salían de su estupor al saber que San Cristóbal —uno de los primeros santos españoles que fueron reverenciados con altares y capillas, y también con pinturas, en México—, "hubiese sido servidor del diablo antes de descubrir a Cristo".

Y como Satanás sabe disimular su condición, para dar sorpresas, venía también en la grata compañía de los conquistadores, si bien con otro nombre y era consultado por Cortés en las horas de graves peligros; por ejemplo, cuando había dispuesto abandonar la ciudad de Tenochtitlán y quería saber si escaparían con vida. El astrólogo portugués Botello —el primero de ese oficio que llegó a México— echó una suerte con los naipes, y varias veces éstos le contestaron que había que abandonar la ciudad aquella misma noche; y, por cierto, que Botello tuvo sobra de razón, pues fué uno de los primeros muertos en la retirada de la Noche Triste. Si hubiera vivido Botello años después, de seguro que por sus artes diabólicas habría sido castigado por la Inquisición.

Una geografía anchurosa

Siempre se habla de "los dominios del Diablo" refiriéndose al Infierno. Sin embargo, no se ha trazado un mapa en que se hagan resaltar aquellas ciudades o sitios geográficos en que su poderío es indudable. Para prepararlo habría que hacer buen acopio de nombres de montañas, ríos, pueblos y hasta barrancos, lo mismo que explorar las leyendas y las supersticiones. El inocente, al parecer, "juego del volador", que si bien se mira

fué una suave trampa tendida por Satanás, al jesuíta Rafael Landívar, quien le dedicó uno de los cantos de su "Rusticatio Mexicana", está vinculado a la geografía histórica del Diablo.

Esto dice, al hablar de ese juego, Cayetano de Cabrera y Quintero: "Grado que da el demonio a los maestros de voladores... La escuela en que se recibe este grado, por lo que mira a estos contornos, es una Cueva impenetrable (de que han sacado innumerables ídolos, e idólatras) en el monte que dicen de Joco, o *Ajuzco;* donde ocurre el que se ha de graduar de volador; llega hasta la entrada sin más compañía que su audacia: aparécesele el Demonio varias vezes: la primera a la boca de la Cueva en figura de un horrible Ethiope: otra, a distancia en la de un León, y la última en la de una Serpiente espantosa. En todas le rinde adoración, y el le alhaga, propriamente para matar al que le adora".

La lista de esos nombres geográficos podría iniciarse así: El morro "Los Diablos", en medio de Champotón y Campeche; la Cueva del Diablo, en Campeche el Cajón del Diablo al sur de Constanza, Sonora; el Valle del Diablo en la Baja California; el Portal del Diablo, en el Río Guayape, de Honduras.

Durante la evangelización

TODOS los cronistas españoles del siglo XVI y XVII hablan del Diablo como del peor enemigo a quienes los evangelizadores tenían que combatir. Para ellos estaba encarnado, en cada ídolo. Por eso, cuando el Obispo Zumárraga destruyó ídolos y códices, públicamente, libra una de las batallas de la evangelización, ya que se trataba de cambiar la mentalidad religiosa de los indios.

Los mayas "se bautizaban para no recibir daño de los demonios y nadie se casaba sin él, porque según decía Lizana el que no lo había recibido estaba endemoniado y no podía llevar buena vida". Para librarse de su influencia, celebraban una ceremonia en la que "los padres (de familia) ayunaban tres días y se abstenían; luego los sacerdotes purificaban la casa echando fuera al demonio con ciertas ceremonias, pues decían que el niño quedaba en poder de él desde que nacía y aún antes; después daban un vaso del vino que bebían a un indio ordenándole que se fuera por el pueblo, que no lo bebiese ni mirase hacia atrás y así creían que estaba expulsado el demonio".

Una de las primeras menciones del Diablo en México, dentro de la ideología católica, está contenida en "Colloquios y doctrina christiana con que los doze frayles de San Francisco embiados por el Papa Adriano sesto y por el Emperador Carlos quinto conuertieron a los indios de la nueua Espanya en lengua Mexicana y Española" (p. 65). El relato catequizador dice así:

> ..."Es de saber que entre aquellos príncipes caualleros que nuestro Señor Dios creó, fué uno más principal, excelente y generoso que todos los otros, muy iminente en hermosura y sabiduría (el qual se llama Luzifer). Este supremo príncipe, como se vió ser más excelente que todos los demás príncipes, leuantóse en soberuia y presunción; quiso valer más que todos y dixo en su corazón: pondré mi trono junto el trono del todo poderoso Dios, subiré y seré semejante a él (fol. 39r), y muchos de los otros príncipes fueron deste voto y parecer, que este Lucifer fuese su señor y cabeca; pero a otro príncipe llamado San Miguel no le pareció bien esta determinación y luego le contradixo y se puso en armas contra él y díxole: quien se pueda ygualar con Dios, el que es señor universal y de infinito poder y digno de toda reverencia y acatamiento? Por esta razón se bandearon los ángeles y se hizieron dos parcialidades, y luego fueron enemigos los unos de los otros y començaron a pelear de una parte el Lucifer con los que con él se leuantaron, y de la otra parte san Miguel con todos los demás que zelaron la honra de Dios. Una espantable batalla en el cielo".

Uno de los primeros franciscanos, Fr. Diego Valadés, en su "Rethorica Christiana", incluye una 'Exhortación a los indios", en la que les dice: "Porque, si bien la esclavitud de los hombres es molestísima, mucha más intolerable es aquella en que el diablo, enemigo del género humano, os tiene atados y sujetos"; y les amonesta porque al sujetarse a él, les "exige cosas que sobrepasan todos los límites de la razón, es decir, la inmolación de vuestros hijos, vuestras propiedades, deformaciones corporales, derramamientos de sangre, como a todas horas ocurre entre vosotros". Esa imprecación repite, en cierto modo, la afirmación de Cortés en las "Ordenanzas militares" que dió en Tlaxcala, al referirse a los ídolos: "...y el Demonio por la ceguedad y engaño que los trae el de ellos muy venerado".

Es que el Diablo hablaba directamente con los sacerdotes y se les aparecía "de mil maneras" —según López de Gomara—; y lo representaban "en piedras muy ricas de jade, que es lo que los indios tenían para sólo en ellas (las figuras) y en otras que llaman chalchihuites, que es una piedra verde, el verde claro y no ser transparente como la esmeralda, para pintar o labrar "su imagen". Aquella insistencia para aparecérseles, fué "especialmente al principio de la conversión"... "Ponían cruces sobre los ídolos escondidos para engañar a los españoles, y el diablo huía de ellas"... "Dieron a la marquesa doña Juana de Zúñiga en Toeocualco una pilica de buena piedra, en que solía haber ídolos, ceniza y otras hechicerías. Ella, por haber servido de aquello, mandó que bebiese allí un gatillo muy regalado, el cual nunca jamás quiso beber en la pilica hasta que le echaron agua bendita; cosa notable, y que se publicó entre los indios para la devoción".

El Diablo se aparecía a muchos conquistadores en forma de vil metal. (Se diría que estaba incubando la novela boliviana "Metal del Diablo" de Augusto Coimbra). "Dad al Diablo tal tierra!; vámonos, pues no hay oro" —asegura el P. Las Casas que exclamó Pedro de Alvarado de Cuscatlán.

En el principio de la evangelización fueron dos los principales paladines que ayudaron a los frailes en su tarea: el Santo Nombre de Jesús y el arcángel que defendió a la Virgen María. He conocido en el ex convento de Teresitas, en Querétaro, una pintura en que se ve a San Juan de la Cruz acechado por tres diablos (pintura del famoso Tresguerras); y un letrero en otro de los muros: "Viva el invicto San Miguel, muera el maldito Lucifer".

El Diablo también se defendía, porque el pulque era su mujer aliado, "fué uno como ardid", o intrigaba contra los misioneros, como le sucedió a Fray Jordán de Santa Catarina en Oaxaca, ante quien se apareció "valiéndose de un mulato de malísima inclinación, que le levantó una calumnia". Pero de nada servían aquellas confabulaciones, porque él mismo les anunció que vendrían los españoles; y a los toltecas "les aconsejó después que les convenía abandonar la tierra si querían vivir y unos de ellos se fueron hacia el norte y otros poblaron Campeche y Guatemala". Lo cual coincide con lo que otro de los cronistas religiosos afirma, al hablar del primer Rey de Tilan-



El enamorado.



Una hija en pacto con Satanás.

tongo, que recibió en el bautismo el nombre del Rey Felipe de Austria: "...sin la resistencia que otros en recibir la fé, así porque el Demonio les había dicho en sus oráculos, como se acababa el Imperio, y venían unos hombres del Oriente, que los habían de sugetar".

El Diablo en la Inquisición

A PESAR de los millones de conversos al catolicismo, el Diablo continuó su obra demoledora en los cuatro siglos de régimen español. Con mucha frecuencia se le alude en los procesos del Tribunal del Santo Oficio: los dementes, los epilépticos, los posesos, los que ejercían la medicina sin título y hasta los blasfemos y los consumidores de "peyote" —la yerba mágica de los huicholes en Nayarit— eran atrapados y castigados por los inquisidores.

Uno de los primeros procesos fué el que se siguió contra el indio Juan Luis, zapatero y pastor de ovejas, residente en Xochimilco, de 18 años de edad. Se le sometió a interrogatorio, denunciando que había tenido tratados con un demonio de nombre "Mantelillos", y fué condenado a sambenito, destierro y galeras. "Señor Mantelillos —exclamaba—, os ruego que me vengáis a cuidar", y entonces el demonio le ayudaba a pagar sus deudas, le cardaba la lana de las ovejas y hasta le arreglaba problemas de amor.

Otro proceso fué el seguido contra Diego de Torres (1611), nativo de la ciudad de México, por ser "esclavo de Satanás", a quien tenía hecha una cédula escrita por su mano y con su propia sangre, en reconocimiento de que era Príncipe y Señor, pues se había entregado el alma. Destruyó también dos escapularios que arrojó luego por el suelo, pisoteándolos y diciendo que quería ahorcarse e irse al Infierno (Sección de Temporalidades, Archivo General de la Nación). Hubo también quienes fueron castigados por ser sospechosos de haber celebrado pacto diabólico: Ana Vega, mulata de Puebla (1698), y se presentó una doncella, Leonor Báez (1649), de quien se decía que una negrita que apareció junto a su cama, no era sino el Diablo, que "le hacía música celestial".

Son frecuentes aún los casos en que aparecen hechiceros y nigrománticos, y hasta taumaturgos que se ganan el pan diario

vendiendo servicios a quienes creen en medicinas milagrosas, en consejos para resolver conflictos de amor y en pactos con Satanás para obtener fácil dinero. Hace pocos años Juana Ahuactzin, residente en un pueblo de Tlaxcala "martirizaba a jóvenes incautas", y hasta aseguró que en su casa tenía un altar consagrado a "una escultura de Satanás, hecha de madera enyesada" y en la cual aparecía "pinchando con un tridente a San Miguel, cuya cabeza tenía bajo sus pies".

Demonología y folklore

UNO de los compañeros del insigne misionero Margil fué Fr. Rodrigo de Jesús Betancur, que hablaba con frecuencia de "los diferentes enredos con que el Demonio engaña a los que se llaman brujos". Se habla del Hombre Negro, de los "chanes" ("fabulosos seres sobrenaturales"), y de una multitud de monstruos invisibles o que dan consejos por medio de susurros. Se habla también de la influencia del diablo en la meteorología y en las bebidas que prefieren los borrachos, así como de la intervención que tiene en la curación de algunos enfermos incurables. Cerca de Cuernavaca hay las Lomas de Gualupita, que son visitadas en septiembre, al son de músicas y danzas, tan sólo para cortar la yerba olorosa llamada "pericón" ("tagetes lúcida"), que los brujos prescriben contra el reumatismo, desde los tiempos precolombinos. Se sigue hablando entre los indios totonacos que conmemoran el 24 de agosto la fiesta de San Bartolo, que ese día "anda el diablo suelto" y es muy peligroso bañarse en el río. Para otros en la época de pescar "tenía el diablo la suya"; y en varios pueblos de Centroamérica corre la fama de que al descubridor de algún tesoro, encerrado en una botija, "se lo lleva el diablo", pues se muere a los dos meses. En Amatlán, de Veracruz, el 3 de mayo se efectúa la Fiesta de la Cruz, y los ebrios consuetudinarios, acostumbran apalear contra la pared un muñeco pintado en ella y lanzan gritos estentorios, invocando así a los otros diablos, para no sentirse solos en la cárcel.

El uso de varias drogas estupefacientes es patrocinado, en noches rituales, por consumidores de mariguana; y, por cierto que algunos de ellos cantan una copla de célebre corrido:

¡Ahí viene el diablo mayor
con sus siete mil hermanos;
dice que se ha de llevar
a todos los mariguanos!

Sobre brujos y hechizos y terapéuticas en que hay invocaciones y actos de hipnotismo, escribió un libro interesante Lewis Spence: "The magic and misteries of Mexico". También el viajero etnólogo Carl Lumholtz escribió en su "México desconocido" muchas de sus experiencias entre los huicholes. Encontró que "cuando una gallina canta como gallo se la debe matar porque tiene al diablo metido"; que los que viven en las barrancas aseguran que "hay dos dioses, pero no diablos" y que éste creó las cabras, pues "su pelo no sirve para nada, su carne es mala y gritan mucho cuando las matan". Tales indios atribuyen al Diablo la muerte o la enfermedad y para aplacarlo hay que erigirle adoratorios y festejarlo. No saben otra cosa, "los más civilizados, más que hacer la señal de la cruz y pronunciar los nombres de María Santísima, Dios y el diablo, que les son familiares". Al hablar de las bebidas alcohólicas entre los huicholes, Lumholtz relata un mito curioso:

> Tata Dios bajó al mundo. Tenía en su casa muchas grandes ollas llenas de fuerte tesguino. Al otro lado del Río Huerachic, en las barrancas, vivía el Diablo, que era muy poble y sólo tenía un jarrito de tesguino malo. El Diablo y su hermano convidaron a Tata Dios a que fuera a beberlo con ellos, y habiendo aceptado le dieron el jarro y la jícara, y se sentó a beber; pero no pudo emborracharse porque no había suficiente licor. Cuando hubo vaciado el jarro, dijo Tata Dios: "Ahora vamos a beber tesguino a mi casa; porque yo también tengo". Aceptaron la invitación, fuéronse todos juntos y Tata Dios les dió una grande olla llena de tesguino y la jícara para beberlo, lo que no dejaron de hacer, entreteniéndose al mismo tiempo en cantar como los mexicanos, hasta que ambos rodaron por el suelo completamente ebrios. Ya muy entrada la noche, se levantó el Diablo y se acostó con la mujer de Tata Dios. Cuando ella despertó enojóse muchísimo e hizo levantar a su marido, quien emprendió pleito con el Diablo hasta que éste lo mató. Pero Tata Dios resucitó al rato y dijo al Diablo: "Ahora sal de aquí y vete lejos". "Voy a mi casa por mis armas", repuso el Diablo; pero fuese primero a la habitación de Tata Dios y le robó su dinero y cuanto tenía, ocultándolo todo en su casa, a donde fue buscarlo Tata Dios. Este, nuevamente

irritado, púsose otra vez a pelear hasta que quedó muerto; pero tornó a levantarse y dijo al Diablo: "Húndete", y desde entonces se hundió el Diablo y ha permanecido debajo de la tierra, mientras Tata Dios continúa en su casa.

Si el Diablo fué relojero de la Catedral de Estrasburgo, también fué arquitecto en Centroamérica, habiendo construído un puente sobre el Río Michoatoya, antes de que cantara el primer gallo. También tiene grandes posibilidades como actor, pues aparece en pastorelas, hacia la Navidad; y su costumbre data de la época en que Hernán Cortés dirigía los destinos de la Nueva España. Consta que en la Fiesta de Corpus intervenía fingiéndose un cojo, y de allí le nombraron "cojín" o Diablo Cojuelo. Y aparecía también como tema en "cierto cantar que llaman tlatol del diablo", en la Nueva Galicia, en la época del virrey Mendoza (1546). Quedan aún reminiscencias del célebre personaje en las diversas máscaras que aparecen en fiestas católicas o en agasajos populares. Por ejemplo, en Yucatán hay una tribu, la de los kakchí, que ha logrado preservar "La danza del diablo", en la que aparecen éste, su mujer, su padre y su madre, más cuatro demonios de segunda categoría, un oso, cinco cerdos, un mono y un individuo vestido con un traje blanco en que está pintado un esqueleto, que representa a la muerte. "Todos ellos llevan enormes y grotescas máscaras de madera muy bien labrada, pintadas de negro, rojo y amarillo, con tres cuernos en vez de dos, con enormes colmillos y culebras de cabeza verde y el resto del cuerpo rojo, que se enroscan en derredor de la máscara y de los cuernos. Todos los demonios llevan bigote negro, detalle inspirado probablemente en el aspecto de los conquistadores hispanos". Esa afición a las máscaras es general, y entre los tarascos, por ejemplo, es muy importante, sobresaliendo las que deben llevar los diablos. "Gustan de reproducir los rasgos faciales de los indios". A las máscaras los de Nuevo México —siendo éste parte de la Nueva España— añadían colas, sobre todo en el baile de la Neñeca, que se hacía en Viernes Santo.

El Arzobispo de México, señor José Lanciego y Eguilaz (1726), lanzó una pastoral contra el Diablo, el cual con el nombre de Dios de las Cosechas, en la Huaxteca era festejado en agosto, con una ceremonia en que aparecía "una olla de miel virgen, y alrededor chalchihuites, con hongos, y tortillas de elote, y pintadas varias figuras y sabandijas y había también

danzas de mujeres vestidas de blanco, cantando al Demonio" y luego había una estupenda borrachera, y a la postre salía vencedor el arcángel que defiende a la Virgen María. Por eso continúa sonando, con su aspereza risueña, del más puro folklore mexicano, la cuarteta maliciosamente trunca:

Vencites Miguel, vencites,
envaina tu brillante espada,
ora si me amolates,
ya me llevó la. . .

El San Miguel que aparece en algunas pastorelas, mientras otro de los actores hace el papel de su enemigo irreconciliable, y que en cierta ocasión, enamorado de la más linda dama del elenco, se la raptó, obligando al director de escena a que diera explicaciones así: "Respetable público: tengo la pena de anunciaros que se suspende la pastorela, porque el Diablo se ha robado a la Virgen. . .".

Algunos apodos

El Diablo ha tenido muchos nombres, ha usado muchas máscaras, pero también se da el lujo de tener apodos o de prestar su nombre. Refiere John Lloyd Stephens que durante su viaje encontró a Mr. Handy, quien iba desde los Estados Unidos a través de Centroamérica, acompañando a un elefante que se llamaba "El Demonio". Otros le llaman e "Mandinga"; no pocos el Judío Errante. Con frecuencia el más pillo de una banda de ladrones es conocido por "el Diablo Mayor", "Diablo Prieto" llamaban a su jefe Domingo Lagos, los indios de Texíguat, y "Diablo Blanco" a Guadalupe Lagos, que había sido alcalde de Tegucigalpa. Un gobernador de Tabasco, en su furor anticlerical, puso a uno de sus hijos el nombre de Lucifer. Y aún llaman agunas gentes al coyote el "Perro del Diablo".

Un gran tema literario

Un personaje de tanta importancia, que ha existido, que cuenta con numerosos materiales para su biografía, era natural que interesara a los hombres de letras. España nos ofrece los antecedentes de esta investigación: "El condenado por desconfiado" de Tirso de Molina, "El mágico prodigioso" de Calderón, "El

rufián dichoso" de Cervantes, "El Diablo Cojuelo" de Vélez de Guevara.

Está demostrado que de España eran enviados por docenas en el siglo XVI "La espantosa y maravillosa vida de Roberto el Diablo". Apareció después en México (1682) "Quintillas al chasco que se llevó el Diablo en la Concepción Inmaculada de la Virgen María", y en seguida las pastorelas —que aún se representan, que tienen larga bibliografía— desde "los hijos de Bato y Bras o travesuras del Diablo", en México, hasta las nueve que escribió e hizo representar el franciscano hondureño, José Trinidad Reyes; "El Diablo en México", por Juan Díaz Covarrubias; "Compendio de la historia del Diablo", por Olardo Hassey (1869); "La vida del Diablo", de Luis Malo (1876); "El fistol del Diablo", de José T. Cuéllar; "El anillo del Diablo. Comedia de magia artificial", de Enrique Zumel, que se representaba en 1879 en el Teatro Hidalgo de la capital mexicana; "La cruz del paredón", de José Peón Contreras, en la que el vizconde Fernán de Silva y Velazco invoca a Satanás para que María, que es monja, le acepte; "El Diablo", versos del cubano Bonifacio Byrne; el soneto "La caída de Luzbel" del hondureño Juan Ramón Molina (1897), "El testerazo del Diablo", juguete pastoril de un acto de Rafael A. Romero (edición de Antonio Vanegas Arroyo), "El Diablo tiene frío", pieza teatral de Joaquín Gamboa; "Breve historia del Diablo", de Porfirio Hernández; "Desventurado fin de Satanás", de Rafael Sánchez de Ocaña; y luego alusiones concretas, como la de Salvador Díaz Mirón en unas décimas en que dice: "Si yo fuera ángel sería el soberbio ángel Luzbel", y este pasaje de Rubén Darío en "La canción de los osos":

> . . .pues cien veces junto a ella
> contemplasteis cola y cuernos
> del señor Diablo,
> protector de las lujurias en la tierra y los infiernos.

Dicho lo cual, es de desearse que, lo más pronto posible, se funde la Academia Americana de Demonología, para que haga la investigación formal que exige un tema tan viejo y tan novedoso como es el que ofrece un personaje de fama mundial como éste de quien se sigue diciendo que "no es Diablo por viejo sino por Diablo".

HERMAN MELVILLE EN LA AMERICA LATINA

HERMAN Melville y Emily Dickinson son los dos grandes escritores norteamericanos del siglo XIX que sólo en las últimas décadas han conseguido la consagración definitiva y su cabal reconocimiento crítico. Vivieron en la oscuridad y sus contemporáneos no percibieron la extraordinaria grandeza de su inspiración. Melville en particular escribe en Norteamérica las primeras obras "con escenario de vastas proporciones", según la sagaz observación de Zabel. "Abarcaba todos los continentes y mares de la tierra. Se dilataba hasta adquirir las dimensiones del Globo y del universo terrestre. Se hacía metafísico y cósmico. Y con la expansión del escenario iba unida la expansión correspondiente del pensamiento y de la imaginación del arte americano".[1]

A Melville (1819-1891) le toca vivir en la época del desarrollo del comercio marítimo norteamericano y del desenvolvimiento de las vías de comunicación intercontinentales, que persiguen favorecer el intercambio de productos de gran riqueza: las grasas de ballena, el guano del Perú, el oro de California. El Océano Pacífico concentra en el siglo XIX ese intenso comercio internacional, cuya vastedad atrae a marinos audaces, a traficantes de toda índole, a hombres sin escrúpulos y sin miedo, y también a viajeros imaginativos sugestionados por la aventura y lo desconocido de la leyenda que dora siempre la cruda realidad de la vida en apartadas regiones.

Melville, viajero ejemplar

NACIDO en Nueva York, al lado del mar, sus experiencias vitales están desde muy joven vinculadas a la navegación. Todavía adolescente, embarca Melville en un viaje a Gran Bretaña como simple grumete. Pero otras rutas más atrayentes y riesgosas le esperan todavía los años venideros. Ese primer viaje a Europa (1837) le proporciona los elementos vivenciales para revelar sus dotes de genial escritor. Poco tiempo después de su regreso, empieza a escribir páginas breves y finalmente de esa primera experiencia del Atlántico surgen sus dos primeras

1 MORTON DAUWEN ZABEL: *Historia de la literatura norteamericana,* Buenos Aires, Ed. Lozada, S. A. 1950.

novelas que le dan nombre ilustre y categoría literaria: *Redburn* y *White Jacket.*

La segunda experiencia viajera es más significativa y trascendente. Entre 1841 y 1844, realiza a bordo del ballenero "Acushnet" y otros barcos, un largo periplo marítimo por el Pacífico y los llamados entonces "mares del Sur". Bordea la costa oriental de América, supera el cabo de Hornos, visita las costas de Chile y el Perú, las islas Galápagos y culmina con una estada prolongada en las Marquesas, Tahiti, Japón y Hawaî. Al regreso recala de nuevo en la costa peruana para retornar con breves escalas en Buenos Aires y Pará a la costa occidental de los Estados Unidos. A este nuevo período de creación, pertenecen sus novelas *Typee* (cuya acción se desarrolla en las Marquesas), *Omoo* (con escenario en Tahiti) y *Mardi* (que se desenvuelve en varias islas de la Oceanía). Finalmente, todo el Pacífico constituye campo de acción de su más notable y conocida obra de ficción: *Moby-Dick (La ballena blanca),* novela-tragedia que resume su concepción del mundo y en que expresa, en un tenso ambiente saturado de mar, el mensaje de su alma atormentada.

Todavía espera a Melville una tercera experiencia de viaje, ya un poco entrados sus años de madurez. En 1860, con su hermano Thomas, a bordo del clíper "Meteor" navega nuevamente alrededor de la América del Sur, con estadas en Chile y Perú y siguiendo hasta San Francisco de California en 4 meses y medio de travesía. Apresuradamente, regresó en octubre de 1860 a Panamá y cruzando el istmo pudo arribar a Nueva York poco después.

La vivencia del Pacífico y la América Latina

PERO el segundo de los viajes mencionados es acaso el definitivo en su vida y en su obra. Su "vivencia" del Pacífico es profunda, perdurable y trascendental tanto en el estilo como en la desolación y el tormento de su espíritu. El sentimiento cósmico se enriquece y afina en las vigilias prolongadas del marino, transido de emoción frente a las costas desoladas de Chile y Perú, frente a la extraña configuración de la naturaleza en las Galápagos o en los arrecifes de la Oceanía. En casi 4 años de ausencia, adquirió el cabal conocimiento de casi todas las islas de la Oceanía, incluyendo las islas Marquesas, las de la Sociedad, sin exceptuar Tahiti, y luego Japón y Hawai. Pero asimismo tuvo la experiencia viva y perdurable de la América Latina, de cuyos usos y costumbres asimila muchos aspectos.

Podrían apuntarse algunos datos más acerca de este viaje. La primera parte de la travesía transcurre en el ballenero "Acushnet", que recala en las costas de Tierra del Fuego, Chile y Perú, permanece una temporada de pesca en las Islas Galápagos y luego algún tiempo en las Marquesas. En Tahiti, se contrata Melville en otro ballenero, el "Charles & Henry" con el que toca en Japón y Hawai. Allí reside 14 semanas en espera de una posibilidad de regreso. Finalmente se alista como tripulante de la fragata de guerra "United States", perteneciente al escuadrón norteamericano del Pacífico, en cuyo bordo vive un año, hasta dirigirse a la costa peruana, obligado centro de aprovisionamiento de esa escuadra. Arriba a Boston en octubre de 1844.

No se ha insistido suficientemente en la estada de Melville en la América Latina y la incitación creadora que ella constituye dentro de su obra. Christopher Morley en su ágil itinerario viajero *Hasta la vista,* apunta apenas que aquel fué un fugaz visitante de la capital del virreinato del Perú.[2] El contacto geográfico determinó incluso en *Melville* cierta erudición en cosas de estas regiones. En *Typee,* que se publicó primitivamente con el título: *Narrative of a four month's residence among the natives of a valley of the Marquesas Islandas,* se puede advertir su familiaridad con los relatos de viaje de Mendana, y los del capitán Porter, el famoso comandante de la fragata "Essex" y el comandante Stewart, al frente del "Vincennes", buque insignia del escuadrón a que pertenecía el "United States". Unos y otros, los balleneros y los barcos de guerra, hacen siempre en esa época, la recalada de rigor en los puertos de Chile y Perú, antes de emprender la travesía de cruce del Pacífico o después de la extenuante navegación de regreso de la Oceanía. En otras obras de Melville se menciona también la narración del primer navegante norteamericano que recorrió la costa sudamericana del Pacífico, desde fines del siglo XVIII, el capitán Amasa Delano.

Melville y sus relatos latinoamericanos

En dos relatos breves de Melville de escasa difusión, están contenidas algunas observaciones acerca de la América Latina y principalmente el Perú. *The Encantadas* (las islas Galápagos) [3] constituye una sucesión de cuadros y escenas sin trama única dentro del marco extraordinario de la naturaleza de estos parajes alejados de la civilización, mundo estéril y desolado, en donde el espíritu parece succionado por la tierra. Tripu-

2 CHRISTOPHER MORLEY: *Hasta la vista,* Garden City, N. Y., Doubleday & Doran & Co. 1935.

3 *The complete stories of Herman Melville,* edited by Jay Leyda, New York, Random House. 1949.

lante del "Acushnet", Melville permanece en dichas islas desde el 30 de octubre de 1841 hasta entrado el año siguiente. En ese lapso frecuenta los puertos peruanos de Payta y Tumbes, que servían de lugares de aprovisionamiento para los numerosos balleneros que actuaban en los alrededores. A los cazadores de cetáceos se han agregado más tarde, en esa misma zona marítima, los pescadores de atún, los "tuna-clípers" de nuestros días. Melville hace referencia al "sandy Payta", al "peruvian Pisco", a las "cholas" y "cholos" del litoral peruano, elementos todos, humanos o inanimados, que eran auxiliares preciosos en los trabajos de pesca y preparación de los productos extraídos del mar.

El otro relato de inspiración latinoamericana es *Benito Cereno,* la historia de un desdichado capitán de barco español cuyo cargamento de esclavos se amotina contra él y lo secuestra por largos meses de incertidumbre y desesperación. Este relato apareció dos años después de *The Encantadas,* en 1859.

Benito Cereno y el capitán Amasa Delano

LA narración de *Benito Cereno* se basó casi fielmente en un hecho verídico relatado por el capitán Amasa Delano en su obra *Narratives of voyages and travels,* publicada en Boston, 1817[4] Delano había estado en Chile y Perú desde fines del siglo XVIII, por breves términos, y finalmente en lapso más largo, en 1805, durante su segunda vuelta alrededor del mundo, y fué protagonista del suceso que él cuenta llanamente como un acontecer de travesía, y que Melville, medio siglo después, recoge y reelabora literariamente, comunicando vigor y arte a hechos desnudos y agregando energía poética y dramática a la verdad histórica.

Se supone que algún tiempo antes de componer *Mardi* y *The Encantadas,* Melville consiguió un ejemplar del libro de Delano. Buscaba seguramente otros elementos para sus escenas de las Galápagos y halló en el capítulo XVIII algo de sugestionante interés humano. Melville respetó la línea principal de la trama y hasta el nombre de los protagonistas. Pero alteró con sentido estético, con romántica insinuación, los nombres de los barcos: el "Tryal" del capitán Cereno resultó llamándose "San Dominick"; y el "Perseverance" del capitán Delano se convirtió en "Bachelor's Delight".

Delineó además, con imaginativa y amorosa delectación, el aparejo del navío español y resaltó su línea de antiguo barco de la real Armada,

4 AMASA DELANO: *Narrative of voyages and travels in the Northern and Southern Hemispheres comprising three voyages round the World together with a vayage of survey and discovery in the Pacific Ocean and Oriental Islands,* Boston, Printed by E. G. House for the author. 1817.

en su porte clásico, alimentado con las reminiscencias de su prosapia pretérita.

La historia de Benito Cereno se desenvuelve en un clima acentuado de misterio y de enigma. El capitán Delano había anclado su barco en una rada de la isla de Santa María, ubicada en la parte meridional de la costa de Chile. Advierte en hora temprana y fresca de la mañana, la aproximación de un velero que navega en condiciones anormales con riesgo de varar sobre las rocas acaso por la avería y escasez del velamen o por la inexperiencia de la tripulación, compuesta en su mayor parte de negros. Delano ordena arriar una ballenera provista de víveres y agua y personalmente decide intervenir en el auxilio del "San Dominick", cuyo casco aparece descuidado y cubierto de algas y crustáceos. Se le acoge en ese barco con indiferencia por los pocos marineros blancos y se dirige al encuentro de un personaje que por su porte y distinción deduce sea el capitán del barco: don Benito Cereno. Este lo insta con frialdad a permanecer en su cámara para departir. La entrevista se prolonga las restantes horas del día, mientras Cereno es atendido solícitamente por un negro, de magro físico pero de viva inteligencia, a quien llama Babo. Cereno parece seriamente enfermo y sufre constantes vértigos, no obstante lo cual se afana en ofrecer una impresión de capitán despótico, a pesar que reconoce haber incurrido en ciertos actos de debilidad y condescendencia.

La ficción de Cereno

MIENTRAS los capitanes departían, las corrientes llevaban al "San Dominick" mar afuera. Advertida esa circunstancia, el capitán Delano, decidido a acondicionar el barco sometido a su protección, dispuso colocar las velas que había hecho traer de su buque, de modo que la primera brisa nocturna lo llevara cerca del "Bachelor's Delight". Entre tanto, Cereno relataba convencionalmente una falsa historia de su tragedia y de lo sucedido a bordo de su nave. Habría salido 6 meses antes de Buenos Aires con 300 esclavos negros, varios oficiales y buen número de tripulantes, además de unos pocos pasajeros, entre los que se contaban el dueño del cargamento de esclavos, don Alejandro Aranda y el joven Joaquín, marqués de Aramboalaza, y todos con destino al Callao. Las penalidades comenzarían al pasar el cabo de Hornos, en donde habríanse desencadenado tempestades. Se presentaría luego el azote de la fiebre y la sed, que diezma a la tripulación y extermina por lo menos a la mitad de los esclavos, y a todos los oficiales y pasajeros. Cereno habría podido sobrevivir sólo por la ayuda del fiel y buen Babo.

En el transcurso de la memorable jornada, Delano se formulaba diversas conjeturas alrededor de cierta actitud expectante de los marineros y el sospechoso proceder de los negros y sobre todo, por la extraña personalidad de don Benito Cereno. Al caer la tarde, comenzó a soplar el viento y en pocos minutos estuvieron los barcos lado a lado. Luego de despedirse, Delano descendió y se acomodó en su bote. De pronto, se produjo cierto alboroto y revuelo en el barco, y Cereno saltó sobre el bote. Siguiéndole, el negro servidor suyo, saltó igualmente al bote con un cuchillo entre los dientes, mientras simultáneamente tres marineros se arrojaban al agua, en pos de Cereno, para evitar su huída. En pocos momentos, los ocupantes del bote redujeron a los perseguidores procediendo enérgicamente y el bote, conduciendo salvos a los capitanes, se alejó del barco español.

El enigma del barco español y la verdadera historia

LLEGADO a su nave, Amasa Delano, con una expresión de alivio, pidió a Cereno, que acababa de recobrar el conocimiento, le aclarara el enigma. Entre tanto, el "San Dominick", cuyo cable de amarre se había roto, navegaba al garete. Era visible un blanco esqueleto —lúgubre recuerdo del cadáver de don Alejandro Aranda— ahora suspendido del mascarón de popa, mientras los negros gritaban y bailaban sobre cubierta y al tiempo que los marineros trepaban a lo más alto de los mástiles, como escapando de una persecución de los primeros. El capitán Delano envió varios botes al mando de su segundo oficial para recuperar el barco español, con instrucciones de utilizar la fuerza si era necesario. La resistencia de los negros obligó a disparar sus armas de fuego a los marinos norteamericanos. Reducidos a la impotencia los esclavos, fueron considerados prisioneros y conducidos inmediatamente a Concepción para instruir su proceso, y logrado este cometido, trasladados al Callao para ejecutar la sentencia.

La verdadera historia del viaje de Cereno, más tarde expuesta en la prueba para el juicio de los amotinados y asesinos, y antes relatada a Delano, fué la siguiente: El capitán español y su barco habían salido de Valparaíso con destino al Callao, conduciendo unos 160 esclavos. Viajaban asimismo don Alejandro Aranda, propietario de los mismos, varios pasajeros distinguidos, oficiales y tripulantes. Los esclavos se amotinaron en alta mar, mataron a los pasajeros, entre ellos a Aranda, Francisco Masa, rico mendocino, el marqués de Aramboalaza, varios españoles empleados y servidores de Aranda, y otros más. Respetaron sólo a los tripulantes. Encabezó a los amotinados un negro de gran persona-

lidad que era Babo, secundado por otro de bárbaro aspecto, a quien después se segregó. El desenfreno se hizo tangible en bailes y ceremonias paganas. Don Benito fué dejado en aparente libertad con la condición de que condujera a la nave a un puerto del Senegal. Pero la falta de agua impuso que la nave tuviera que recorrer la costa del Perú desde Pisco y Nasca y parte del litoral chileno hasta encontrar en una caleta deshabitada al barco de Delano. Babo había vigilado a Cereno constantemente y sobre todo en el curso de su conversación con Delano, imponiéndole que relatara la falsa historia. Pero al producirse la despedida, y debido a una súbita decisión, Benito Cereno saltó al bote en busca de protección, mientras Babo lo hacía con intención de ultimarlo.

El final es dramático y verídico. Cereno restableció un tanto su salud corporal en la travesía de Concepción al Callao, agradeciendo constantemente el servicio que Delano le había prestado. Pero su mente estaba definitivamente perdida, a causa de la prolongada angustia, el terror a los negros, las torturas y amenazas continuadas a lo largo de tantos meses. Al llegar a Lima, Cereno sufrió una recaída, requiriendo los servicios médicos y los auxilios religiosos. Muy deprimido, vivió sus últimos días en un convento de Lima y apenas si sobrevivió lo preciso para saber juzgados y castigados a sus secuestradores por la Audiencia de Lima, que falló a base de los sumarios practicados por las autoridades de Concepción. Delano desarrolló en Lima intensa actividad cerca del virrey para esclarecer los hechos y justificar sus actos.

El relato primitivo y la obra de arte

RESULTA interesante comparar el texto del propio Delano y el de Melville, a los cuales separa la distancia que media entre el relato directo y escueto de las incidencias reales, sin pretensión artística alguna, y la narración decorada y exquisita del artista, que provoca conscientemente las sensaciones de encantamiento, de irrealidad y de misterioso embrujo. Melville puso al servicio de esa empresa su poder de creación y su capacidad expresiva, logrando comunicar vibración y vitalidad a un rutinario diario de navegación. Este diario fué tan árido "que a pesar —dice Stone— de haber Melville citado a Delano, no fué identificado el último como protagonista y autor, sino setenta años después [5] y a Melville le fué adjudicada íntegramente la paternidad de Benito Cereno".[6]

5 GEOFFREY STONE: *Melville*, Sheed & Ward, New York. 1949.

6 Se refiere Stone indudablemente al trabajo publicado por H. H. Scudder: Melville's *Benito Cereno* and Capt. Delano's Voyages", en PMLA, Modern Language Asso. Publs., XLIII, 1928, el primero que esclareció la verdadera fuente de Melville, o sea las memorias de navegación de Delano.

Con todo, la crítica de su época no dejó de señalar a Melville algún defecto en esta narración. George William Curtis, crítico notable del "Putnam's Monthly", dijo en 1855, juzgando el manuscrito de *Benito Cereno:* "El cuento de Melville es bueno. Pero es de lamentar que no lo haya tratado como un relato continuo y conexo, en vez de interpolar dentro de él o al final, documentos monótonos y aburridos. Ellos debieron formar parte integrante del contenido sustancial de la narración. Además es un poco extenso (llega a las cien páginas comunes) pero es muy sugestionante y bien logrado".[7]

Melville y Lima

En los primeros párrafos de *Benito Cereno* hay una referencia que confirma el conocimiento íntimo que tuvo Melville de Lima y sus habitantes. Compara el sol indiscreto con el ojo de una "tapada" limeña, y a su manto con las nubes interceptantes y dice: "Muy parecido al sol que interceptado por las mismas bajas y viajeras nubes, no dejaba de semejar el ojo siniestro de una intrigante limeña, atisbando a través de la plaza, por entre la abertura característica de su oscura *saya-y-manto*".[8]

Según el relato, don Joaquín, el marqués de Aramboalaza, traía oculta una joya que resultó destinada al relicario de Nuestra Señora de la Merced en Lima, ofrenda votiva, cuidadosamente preparada y guardada que debía manifestar su gratitud para el caso de haber llegado sano y salvo en su viaje de España al Perú.

Al final de la narración, Melville fija el escenario convencional en la plaza de Armas de Lima y dice: "Meses después, tirado por la horca de la cola de una mula, el negro Babo encontró su silencioso final. El cuerpo fué quemado, pero por muchos días, la cabeza se expuso en lo alto de una pica en la Plaza, provocando, desvergonzada, la atención de los blancos. Y al otro lado de la plaza, en la Iglesia de San Bartolomé, reposaban en sus bóvedas los recobrados restos de Aranda. Pasando el puente sobre el Rimac, tres meses después de ser absuelto por la corte Benito Cereno había rendido su alma al creador recluído en el Convento de Monte Agonía".[9]

---

7 GEORGE WILLIAM CURTIS, citado por Jay Leyda, en la introducción a *The complete stories ...*, ya citado.

8 *The complete stories ...* contiene el texto completo de *Benito Cereno* así como de *The Encantadas*. Hay traducción castellana de *Benito Cereno*, en edición de Santiago de Chile, dato que no hemos podido confirmar.

9 *The complete stories ...*

Los viajeros que crean y los viajeros que incitan

Los viajeros cumplen un doble papel frente a la creación artística. Cuando existe en ellos la llama creadora edifican con empeño y con singular prestancia la obra de arte literaria y en muchos casos, la obra de arte pictórica. Fueron escritores de calidad entre los viajeros norteamericanos, Charles S. Stewart, William S. Ruschemberger, W. Lewis Herndon, James Orton. No faltaron los artistas dibujantes que alternan sus logros con otros méritos; he ahí el caso de Carleton y del propio Squier. Cuando no, cuando son ajenos al menester literario, cuando como en el caso de Amasa Delano, es el rudo lobo de mar que en su retiro escribe el relato escueto de sus travesías, constituyen sin embargo, el estímulo, el acicate para la obra de otros creadores. Delano inspira a Melville. Un historiador norteamericano ha demostrado hace poco cómo el libro de viajes por el Perú y Brasil que escribió W. Lewis Herndon incitó al adolescente Mark Twain a proyectar un viaje a la América del Sur, al Perú y al Brasil de la leyenda y de los grandes ríos, y que ese impulso espiritual lo indujo, en pos de un objetivo final a navegar por el Misisipí hasta Nueva Orléans, en donde no encontró el barco soñado para realizar la empresa proyectada; pero en cambio, tuvo la experiencia del gran río Misisipí, con la cual nutrió sus primeras grandes y definitivas novelas.[10]

Delano, un buen vecino

Amasa Delano, narrador escueto, hombre de realidades y no de libros, forjado en la experiencia del mar, resulta el inspirador de parte la obra de Melville. Es el autor del primer documento que registra experiencias latinoamericanas en un marino norteamericano. Bordea las costas del Pacífico cuando todavía no ha llegado el momento de la causa emancipadora en las colonias americanas. Pero ya desde esa lejana época —comienzos del siglo XIX— empieza a comprender las realidades distintas que operan en los países de la América del Sur. Alterna con virreyes y oidores, con funcionarios de toda especie y con criollos inquietos. Pasea en Lima y se ocupa con el Virrey Avilés de problemas candentes,

10 WILLIAM LEWIS HERNDON: *Exploration of the valley of the Amazon.* Edited and with an introduction by Hamilton Basso. Illustrated with maps and reproductions of contemporary prints. Mc Graw-Hill Book Company, Inc., New York, London, Toronto, 1952. El prólogo de Basso contiene interesantes apreciaciones críticas acerca del interés que despertó en los espíritus rectores del pensamiento norteamericano el libro de Herdon.

de incidencias de mar. Ayuda y coopera en perseguir a delincuentes y a restablecer la justicia, liberando a inocentes. Se gana la estimación de las autoridades y afirma, en medio de todo, un señorío y una ponderación exquisitas. Delano deja bien puesto el nombre del país de la marina a que pertenece, y es significativo que sea el "pionero" en establecer vinculaciones interamericanas y un lejano e ignorado abanderado de la causa de la comprensión entre los pueblos del norte y del sur de la América. No es así coincidencia fortuita que aquel Delano sea antecesor y antepasado de un gran estadista norteamericano de nuestros días, Franklin Delano Roosevelt, adalid y apóstol del intercambio espiritual entre las Américas y de la causa de la "buena vecindad".

Amasa Delano (1763-1823) nació en Duxbury, Massachussets, y murió en Boston. Alistado en la marina de guerra desde los 14 años, participó en la guerra contra los ingleses. Perteneciente a una antigua familia de constructores de barcos, lo atrajo el mar desde niño y en el "Massachussets" realiza largas travesías y periplos sugestionantes. Durante varios años recorrió el Asia y visitó China, India, Islas Orientales, realizando exploraciones y viviendo la experiencia de juventud entre 1791 y 1793. Años después, en 1799, emprende nuevos viajes y completa tres veces la vuelta al globo. En 1805, en la segunda circunnavegación tocó más detenidamente en las costas del Perú, siguiendo luego al Asia a través del Pacífico. De regreso, con cargamento de sedas y especias, recala de nuevo en la costa occidental de la América del Sur, para concluir su viaje en las Antillas en 1807.

Delano perteneció a una antigua familia radicada en Nueva Inglaterra, descendiente de Felipe de la Noye, emigrado francés hugonote, llegado a América con unos puritanos ingleses en 1621. El apellido galo de la Noye resultó abreviado y democratizado en Delano. Su padre, Samuel Delano, era propietario de un astillero en New Plymouth. Durante la guerra de la Independencia, Amasa participó en la lucha con los ingleses. Tomado prisionero, pasó cautiverio en Halifax, Inglaterra.

Delano, autor y viajero

Delano sólo escribió un libro: *Narrative of voyages and travels in the Northern and Southern Hemispheres; comprising three voyages round the world; together with a voyage of survey and discovery in the Pacific Ocean and Oriental Islands.* (Boston. Printed by E. G. House for the author. 1817).

La obra antedicha comprende 28 capítulos continentes de las diversas incidencias del viaje y las impresiones del autor. Aunque éste estuvo

en muchos lugares más de una vez, la relación escrita sintetiza en sólo una oportunidad sus diversas apreciaciones. Los primeros capítulos refieren sus estadas en China, India, Islas Orientales, en búsqueda aventurera de los amotinados de la "Bounty", célebre y novelesco episodio acaecido pocos años antes, en 1787. En su relación del regreso hay referencia al puerto de Nasca (Perú) y la costa de Chile y Patagonia. Las costas peruanas y chilenas eran la obligada escala de todos los navegantes de los mares del Sur. Parece que Delano tocó en el Perú por lo menos en tres oportunidades a partir de 1791 y hasta 1805, ó sea antes y después de la estada de Humboldt.

El episodio del capitán español Benito Cereno, acogido más tarde por Melville, se incluye extensamente en el capítulo XVIII, en donde las referencias al Perú son también frecuentes. Pero en los capítulos XXV y XXVI ofrece ya Delano una descripción completa del país, al lado de sus personales observaciones, principalmente hechas en su última y más larga estada, de noviembre de 1805 a marzo de 1806.

Aparte de Nasca y Pisco, Delano describe con pormenores el Callao, donde todavía encuentra las huellas del terremoto de 1746, en forma de ruinas y hacinamientos de huesos humanos en los subterráneos del Real Felipe. Puede y logra interrogar a testigos presenciales del citado cataclismo. Agrega su experiencia personal de los temblores limeños y observa que los varones más templados abandonan medrosos sus casas al percibir el menor movimiento terráqueo y que las mujeres son generalmente más serenas, permaneciendo al lado de alguien necesitado de ayuda. Hallándose en una oportunidad en compañía de 2 oficiales de marina, no dice si españoles o peruanos, se produjo un temblor y uno de ellos escapó presuroso a la calle, mientras el otro permaneció al lado del viajero. Al volver el primero le preguntaron la razón por la que había corrido. Contestó preguntando si no habían sentido el temblor. Respondieron ellos que sí pero que pensaban que un soldado o marino no debía correr de nada. Entonces el medroso se disculpó diciendo que había salido para ver a su caballo, suponiendo que se hubiese espantado. Esta anécdota dió lugar a escenas y motivos posteriores de burla y buen humor. En otro acápite cuenta la anécdota sucedida a un sacerdote amigo y devoto, afanoso de que besara Delano la primorosa imagen de la Virgen que hacía conducir en una bandeja el prelado. Pero habiéndose enfermado el bromista viajero y habiéndole remitido el sacerdote la imagen a su alojamiento para procurarle mejoría, al llegar éste de visita, halló a Delano con la Virgen puesta en su lecho, en liberal y descreída actitud destinada a escandalizar al ultramontano y fanático clérigo.

En otros párrafos, relata Delano sus cordiales relaciones con el Virrey, a quien está autorizado para visitar en cualquier hora del día y de la noche, y ofrece impresiones de su trato liberal y sencillo. Respecto de la Inquisición, el viajero expresa que durante sus varias visitas a Lima, ha tenido buena ocasión de obtener un correcto informe acerca de ella y de sus observaciones y datos recogidos confidencialmente, deduce la convicción de que la Inquisición "no ha sido tan terrible como la han presentado", juicio que merece fe viniendo de un liberal, no tachable de fanatismo.

Delano en Lima

Su curiosidad sobre las cosas de Lima y del país entero es insaciable. Calcula la población de la capital del Virreinato entre 70,000 y 100,000 habitantes. Recoge datos de la más diversa índole tomándolos de fuentes autorizadas como el antiguo "Mercurio Peruano". La Casa de Moneda atrae su atención así como las iglesias que visita en número de 30 ó 40, "incomparables en su riqueza y esplendor". Transcribe informaciones acerca de la población y organización política del país, producción minera y ofrece noticias acerca de la condición de los indios, de los negros y de los misioneros repartidos en el Perú y la condición de vida de los habitantes de la selva. Observa y anota las costumbres típicas como las corridas de toros, las riñas de gallos, la indumentaria y las diversiones.

Usando de su influencia ante el Virrey y las autoridades del Virreinato, Delano obtuvo en Lima la libertad del marino inglés capitán James Bacon, apresado por sospechas de filibusterismo, así como también la de otros marinos ingleses o considerados como tales, casi en número de 50. En noviembre de 1805, Delano intervino igualmente en el problema de la liberación de 5 ciudadanos norteamericanos venidos en un barco de New Haven, Connecticut, apresados en la isla de Más Afuera ("Massa Fuero"?) (Juan Fernández), por un barco de guerra español, en razón de su situación ilegal de extranjeros no autorizados legalmente para residir en las colonias. Poco escapó en la costa peruana o chilena de su curiosidad insaciable, probada en sus descripciones minuciosas de las Islas de Lobos de Afuera y Lobos de Tierra y las características de sus habitantes, sus hábitos y prácticas de pesca.

Delano, persona y personaje, autor y protagonista

Su narración, despojada de galas literarias, es sin embargo llena de vigor y entusiasmo por estas regiones desconocidas para sus compatriotas.

Matiza su relato con anécdotas y rasgos de humor y ágiles comentarios, permitiéndose intercalar meditaciones edificantes, que acusan su formación espiritualista. "La virtud y el vicio, la felicidad y la miseria están mucho más uniformemente distribuídas en naciones que se permiten suponer que nunca han tenido vicio o miseria, y que creen, como los chinos, que su residencia es el centro de la tierra en cuanto a sabiduría, privilegio y felicidad".

El libro de Delano, poco apreciado por sus contemporáneos y que por muchos años después de su muerte pasó casi olvidado, ha recibido en los últimos tiempos una acogida reivindicadora como obra incitativa y como manifestación de una clara inteligencia, un cabal don de observación y un modelo de apreciación objetiva de las realidades que captaba. Constituye, además, un documento para marinos y viajeros, un "baedecker" viviente de todos los mares del mundo, un esfuerzo precursor en favor de la comprensión espiritual y material de los latinoamericanos por los hombres de la América del Norte y un estimulante testimonio de vida para los creadores de ficción y de arte.

Resulta así Delano no sólo un autor y un protagonista de la vida y la acción, sino también un personaje de novela. Hemos visto cómo en la pluma de Melville, la figura de Delano se trueca de simple referencia bibliográfica en persona actuante de un episodio que parece ficción y el arriesgado hombre de mar y marino enérgico y consciente de sus deberes, comparte en las páginas del gran escritor y novelista, el aura de leyenda y de misterio que advoca la equívoca figura del capitán Benito Cereno. No soñó Delano seguramente que dos hombres como él y Cereno, tan distintos en carácter pero aproximados por el destino y que vivieran hermanados un episodio memorable habrían de fraternizar en el arte de Herman Melville, y que gracias a la ficción del gran novelista norteamericano, habría de volverse el interés de la posteridad al olvidado y exótico libro de sus viajes y experiencias.

Estuardo NÚÑEZ.

Dimensión Imaginaria

LA ANTORCHA SOBRE LA CARNE

Por *Emilio ORIBE*

Introducción

SOBRE el Puente de Londres, en las proximidades de la Torre, en los días de espesa bruma o por las noches, me entretuve mirando cómo un hombre movía una antorcha, alzándola, hamacándola, haciendo señales con el fin de ordenar el problemático tráfico del río, durante largas horas. Es un acto cotidiano y sin interés, me dijeron. Puede ser; para mí adquirió cierto significado intencional y al mismo tiempo fué un entretenimiento misterioso.

No puedo negar ahora, mientras recuerdo ese detalle del puente, que desde hace algún tiempo me atrae la tentación del poema de ciertas proporciones intencionales. Todo poema es una antorcha sobre un puente. El poema con diversidad y unidad, plan y desarrollo, ornamentos formales, y el mito en la entraña, como una sustancia parecida a la que los escolásticos denominaron intencional. Lo que en los años mozos se me apareciera como riesgo y etapa excepcionalísima, se ha convertido en aventura más frecuente. Las ideas poéticas gravitan y se insinúan a través de signos naturales que me impulsan a intentar creaciones líricas de algún desarrollo, cuidando la indocilidad de los detalles estructurales y estableciendo matices, etapas, oscuridades y luces, contornos y vagos laberintos hasta retener una obra orgánica que anuncie las ocultas preocupaciones metafísicas que se embozan en los seres y las cosas que me es dado percibir.

En esta preocupación por la orgullosa y a veces vana pretensión del poema, no he podido jamás dejar de admirar lo evidente y lo irresuelto en los halagos naturales, los datos que son compromisos, la fatuidad de las insinuaciones que trasmiten las formas vivas; de ahí es que siempre he hecho participar algún acontecimiento vivido o soñado, que me sirve de episodio

y de argumento. El poema puede constituirse entonces en dos planos paralelos: el de los halagos puramente poéticos de la fábula y el de las ocultas significaciones. Entre estas últimas aparecen como constantes las ideas del tiempo y de la muerte, del ser, la eternidad, la mutación y la permanencia. Por la encrucijada de los aparentes episodios narrados avanza una cruel flecha sostenida en un viento que comunica sólo infinitud.

He sido —lo soy— un devoto de la inteligencia. No lo niego. No lo temo. He creído adivinar una inteligencia poética allí donde termina la dimensión lógica y metafísica. He leído y practicado, por amor y por obligación, muchas filosofías en historias, en sistemas y en libres cauces. Hasta creo que me he construído con el saber metafísico un modo natural de considerar las cosas y los acontecimientos. Penetro por momentos —muy breves, muy raros— en la hondura esencial de algún filósofo o poeta. Es un contacto apenas; lo experimento y me voy. El fatum de los hechos me arrastra. Al revés de otros que retroceden, me complace con frecuencia el persistir en la contemplación de lo simple y divino del pensamiento puro en sus máximas revelaciones. ¿Las entiendo bien? No sé. Paréceme a veces que en algo me aproximo, pero con ello no me hago trajes de vanidad.

La creencia viene a mí entonces con vestiduras ontológicas y poéticas al mismo tiempo. ¿Confesaré que me he pasado durante instantes en un total desvanecimiento de lo real, tratando de acariciar con el puño del desarrollo reflexivo los infinitos atributos de la sustancia espinosiana o el *élan vital* de Bergson, o siguiendo la trama difícil de algún poema planeado y vislumbrado, ajeno a fuerza de ser mío?

Alterno entonces esas comunicaciones y pausas con las frágiles trivialidades cotidianas o con los coloquios con las obras de los artistas que por azar frecuento. No les he temido nunca a la sabiduría y a la cultura ni a los hombres y sus beligerancias. No he temido tampoco confesar mi ignorancia incoercible y mi desorientación ante el saber y la presunción de los demás. La poesía, en todas partes, me señala el camino de sus elementales formas: idénticas y atrayentes, se me aparecen en los planos de la profundidad y en el sonreír de las apariencias.

Los poemas *construídos,* los penosos oficios de la medida y el cálculo, proporción y ritmo, la ingeniería poética, constituyen, en esas oscilaciones narradas, tentaciones poderosas en sí

mismas. De ahí que, desde joven, me atrajeran Lucrecio, Manrique, Leopardi, Vigny, Goethe y, más tarde, Poe, Mallarmé, Valéry, Thompson y, últimamente, Milocz, Eliot o Saint John Perse. Confieso que la dispersión formal de lo poético me cautiva fugazmente y me desagrada al fin: amo la poesía en el poema complejo; que la unidad integral del poema, con el misterio y la emoción, presente amplios contornos definidos, compatibles con la insinuación y la musicalidad de los detalles y procedimientos.

He elegido en cenáculos, para explicarme, algunos poemas breves y otros extensos. Reconozco al mismo tiempo que los poemas breves son susceptibles del logro exacto de una expresión en el sentido de la profundidad y la armonía, hasta la condensación más circunscrita y perfecta de lo poético. Pero considero conveniente detenerme después en aquellos que se cumplen según ciertas proporciones extensas, porque exigen, además de los dones poéticos originales, los esfuerzos de la construcción, de la simetría y el desenlace, la organización de la angustia.

A los poemas de belleza libre prefiero los poemas de belleza adherente, en el sentido de la terminología de Kant. Es indudable que el mejor argumento en favor del poema de este estilo es el poema mismo. La dimensión del tiempo desaparece entonces ante el poderío de la realización cumplida.

El poema lírico filosófico, argumenta por sí mismo, como la antorcha sobre el puente del tiempo. Su fracaso y su olvido son más evidentes e ilevantables que en las otras formas líricas. Su triunfo es el resultado de sabidurías y azares, muchas veces imposibles de precisar. Pero es rotundo e inagotable. *El Cuervo* de Poe, *El Lebrel Celeste* de Thompson y *El Cementerio Marino* de Valéry, valdrán siempre en su sólida duración por sí mismos, al margen de los soportes carnales que los prohijan, de las obras poéticas contemporáneas y de las interpretaciones estrictas o imaginarias que han originado. Otros ejemplares —*La Tierra Baldía* de Eliot, el *Anábasis* de Perse—, son estables formas de una oscuridad mayor, de un desarrollo arbitrario y libre, pero, sin embargo, permanecerán a modo de unidades inconfundibles dentro de la poesía de siempre. En cualquier circunstancia, ofrecerán declive o entrada a los enigmas y a los problemas del hombre eterno, desenmascarados y sufridos por el hombre de hoy. Resplandecen líricamente a pesar de las

mareas filosóficas que los impregnan. Esta poesía realiza, en los planos del ritmo, del lenguaje y del pensamiento, conexiones y abreviaturas inmensas que son también particularidades íntimas de la arquitectura y de la música. Pero de no lograrse una conjunción de oposiciones constructivas e ideas generales, experiencias de la sensibilidad más refinada y maestrías técnicas, el poema se inclinará a morir irremisiblemente. El poema, entonces, cae con todo el despojo de su andamiaje en el más espeso olvido.

En cambio, un destino imponderable y dichoso acoge, sin que jamás las generaciones agoten sus contenidos misteriosos, a ciertos poemas extensos, como algunos de Hölderlin, inconexos a fuerza de puros, o *La Siesta de un Fauno* de Mallarmé o el *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz, por más distantes que aparezcan el uno del otro.

LA poesía de los poemas extensos que hago no es filosofía embozada ni desenvolvimiento emocional, ni discurso, ni mito explicable, balbuceable. En el fondo del poema que se disfraza con situaciones y peripecias, la poesía en la inteligencia intenta presidirlo todo, libre del destino de las armonías conceptuales y verbales que mis vanidades han tejido a su alrededor. Yo mismo, cuando creo haber llegado a desentrañar su exacto sentido, recojo la nube de un inánime esquema que no me satisface.

LA mayoría de los poemas que he escrito parten de un puente del universo real o de una experiencia concreta. Los símbolos empiezan a revelarse en mí, entre la fragmentación detenida de las percepciones. Puedo reivindicar siempre una auténtica ubicación entre los elementos vividos. De allí, es posible evadirse hacia los estados que presumen de revelarme las desnudeces privativas del universo, las instancias pre-adánicas o, también, pueden quedar las cosas y los sentimientos y sus interpretaciones en su milenario envejecimiento, pero convertidas en letras de un alfabeto sólo comprensible en términos de espíritu puro. La sorpresa de ambas actitudes me es igualmente valiosa como signo distintivo de una poesía que sólo pretende perdurar sobre el tiempo. Ignoro si lo que escribo satisface o halaga; no hago caudal de ello; sigo adelante en un impulso

prospectivo puramente poético y objetivado de mí mismo. No me importa saber si soy ese otro que lee mi poema cuando lo leo.

Existe un hombre concreto, el que crea, el que se explica, siempre ante un universo dado. Puede enfrentarse a los fundamentos de este último por medio únicamente de la poesía. Al hacerlo, su personalidad total de hombre le exige un esfuerzo para completar la primaria intuición que se le presenta. Ese esfuerzo irá a culminar en el poema; su vanidad y su sabiduría, su tragedia y su libertad, alternarán utilizando procedimientos establecidos, un lenguaje genérico, unas leyes rítmicas, unos períodos que conduzcan el proceso que se cumplirá según desarrollos previstos.

La búsqueda expresiva, en su rápida o lenta aspiración de originalidad, sufrirá la resistencia de lo inerte: las palabras grises, las imágenes estructuradas en la conciencia, el peso glacial del universo concebido para la acción, el vivir y el interés. La naturaleza ha sido ya un teatro por el cual muchos actores geniales han desfilado. La flor y la nube y el viento y la estrella, traen ya a nuestros sentidos las huellas de Homero, de Lucrecio, de Baudelaire. Esto lo sabe, lo sufre, lo alude el poeta culto de hoy. La profundidad concreta de las realidades se da siempre mezclada con los éxitos o los fracasos de los filósofos, poetas y santos que nos precedieron. Tenemos delante de los ojos el peso de tradiciones literarias o religiosas, que se presentan como obstáculos a nuestra originalidad.

Los poemas cuyos modelos más me interesan son siempre hijos de ciertas formas inmanentes en el creador, ante las cuales los materiales de la inteligencia y del universo se adaptan y circulan como realidades tan estéticas como vivas. Ello significa que se debe poseer y dominar una específica voluntad de forma sin la cual no es concebible ni realizable el poema. Se trata de una forma *a priori* pero particular en cada circunstancia; compleja como una totalidad de innumerables formas que se van estructurando para el sostenimiento de la gran forma definitiva.

La forma temporal, anímica, corpórea, rítmica; la forma que se denuncia como una virtualidad y un poder de concebir, desarrollar y concluir de acuerdo con un desenvolvimiento ordenado por la libertad y el número, por la espontaneidad y la

disciplina, confundiéndose sin cesar hasta que el resultado y el coronamiento se impongan como la última evidencia formalizada. Las olas de las formas, como las hojas de un árbol o las escamas de un pez, vienen predeterminándose en los instantes en que un poema de ciertas dimensiones se presenta al poeta con las perspectivas de una aventura temible y odiosa, tentadora y decepcionante a la vez: nada aterra tanto como dudar del exacto resultado entrevisto. El derrumbe de las formas se percibe al mismo tiempo como una contingencia amenazante. El poema puede quedar en esbozo casi, o debe renunciarse a él para siempre, cuando la forma necesaria y taxativa no es explícita desde el principio al final.

Toda tentativa de un poema filosófico extenso se encuentra con los más magníficos obstáculos. ¿Qué hacer? ¿Excluirse de la sabiduría y recurrir a los impulsos primarios y puros que uno pueda poseer? Las emociones cantan entonces alrededor de nuestras ideas y experiencias como las oceanidades en el ámbito de Prometeo. Pero las palabras esenciales y los lamentos de Prometeo significan más que el canto de las vanas figuras que son adorno de las olas.

La existencia trágica del poema extenso debe abreviar y excluir innumerables experiencias ajenas y propias del poeta si pretende subsistir y brillar. La tensión sostenida de las creaciones inteligentes debe acusar sus armonías más allá del interés, el agrado, el encanto de las fragilidades episódicas. Nadie agotará después el sentido de lo entitativo, en función de lo representativo, que trasunta un poema logrado de acuerdo con esas intenciones y cumplimientos.

De pie, sobre un puente de palabras y ritmos, he levantado la antorcha del conocimiento poético para guiar a los navegantes de los abismos. Después, moviendo mi antorcha, he escrito humildemente sobre poesía en general y sobre lo que he podido hacer. Ello es más o menos conocido, está en prólogos que han suscitado el tedio de mis presumibles compatriotas, y también en comentarios que he agregado a algunos poemas. Me parece que ahora debo comunicar algo más directo y personal: escoger algún poema de los últimos años y *narrar* sus procesos en aquello que puede ser explicable. No pretendo enunciar sus claves intraformales; ya no las poseo; he vivido

y las he olvidado. También las he cambiado por otras claves, más de una vez.

Y digo, ahora, con el sentido de una confesión naturalísima: el poema que concibo y trato de cumplir es la querencia de una doctrina con clave inteligible muy difícil, en el sentido de que lo mejor de él lo reservo para unos pocos. Casi nada: lo externo figurativo es de muchos; los símbolos explanables, las maestrías técnicas, las alusiones a filosofemas y anécdotas, también. La filosofía occidental nació del humus del poema filosófico; vuelva éste en los tiempos de hoy, considerándose dueño de su ministerio creador antiguo.

DURANTE la misma permanencia en Londres, que mencioné al principio, la consulta de nuevas obras sobre los presocráticos y la contemplación de la corriente del Támesis desde los puentes, además del hecho de realizar después peregrinaciones por la orilla de río, renovaron mi admiración y mi curiosidad por Heráclito. Entonces conocí por aquellos lugares a una profesora adjunta de la Universidad de Dublin, que concluía su tesis doctoral en Londres investigando sobre el filósofo oscuro de Efeso. A ella le habían encomendado la vinculación posible de Heráclito con la física moderna. Pero logré que se interesara más por la interpretación ígnea del universo: éste, como un proceso cíclico de combustiones sobre el fondo de la regularidad legal. El alma como emanación del cuerpo; el mismo cuerpo como un fuego que se apaga o se condensa; la generación como un fuego que se trasmite, un fuego líquido en conversión hacia un fuego seco. Todo esto incitaba la curiosidad de la joven y era tema del diálogo que manteníamos entre la doble bruma de Londres y de nuestras reflexiones.

En otras oportunidades la joven realizaba actos que me llamaban la atención: por la noche encendía fósforos y se complacía en arrojarlos al agua desde algún puente. También hacía pequeñas antorchas con papeles y se deleitaba precipitándolas desde los parapetos y viéndolas extinguirse en las sucias olas. Nunca quiso explicarme por qué la divertían tanto esos actos; sólo pedía mi ayuda.

Durante varias semanas realizamos juntos estudios sobre Heráclito en el Museo Británico. También me inició en el arte de robar rosas rarísimas en el Regent's Park. Me llenaba los bolsillos de rosas, como trozos de fuego helado. Intimé más con

ella: era libre, sola, valiente, le preocupaba la filosofía tanto como la poesía. Me sostuvo una vez la opinión de que el pensamiento de Heráclito debió ser para los griegos de su época algo así como el de Joyce para nosotros. Ella, como irlandesa, se enorgullecía del símil e insistía sobre las afinidades que existían entre ambos escritores.

El hecho de que Heidegger hubiese divulgado por aquellos días un episodio de la vida de Heráclito en su *Carta sobre Humanismo,* dirigida a Jean Beaufret, de París, provocó de nuestra parte una consulta a varios maestros sobre la autencidad de la narración. En la carta de Heidegger se dice que el episodio ha sido tomado de un texto de Aristóteles. Nos preguntábamos: ¿Sería auténtica la anécdota? ¿Sería invención intencionada de Aristóteles? ¿Qué significaba? Solicitamos una aclaración de parte del mismo Heidegger y le escribimos a Alemania, pero éste no perdió el tiempo en contestarnos. La historia es ésta: "De Heráclito se cuentan unas palabras que habría dicho a unos extranjeros deseosos de ser recibidos por él. Al acercarse lo vieron calentándose cerca de un horno. Se detuvieron sorprendidos, y esto sobre todo porque él les infundió valor a ellos, los indecisos, haciéndoles con estas palabras: *"También aquí hay Dioses".* Aunque, según Heidegger, el relato habla por sí mismo, se detiene a tratarlo a través de varias interpretaciones que no vienen al caso ahora. Yo sostuve entonces la legitimidad de inventar anécdotas o mitos sobre los antiguos.

HACIA el fin del otoño de 1949, radicado yo en París, relacionando momento de mi amistad con la joven, y la doctrina de Heráclito, di forma a un mito o poema, y lo titulé "La antorcha sobre el puente". Se lo envié a mi compañera de estudios y paseos porque la ficción creada por mí reunía significativos recuerdos, elementos antiguos y modernos, filosóficos y personales, que ella conocía tan bien como yo. No recibí respuesta alguna; jamás se volvió a comunicar conmigo. Nunca más la volví a ver; ahora hasta dudo de que haya existido.

Las oscuridades de Heráclito procrean siempre otras oscuridades mayores.

LA ANTORCHA SOBRE EL PUENTE

I

CIERTA vez, Heráclito fué encontrado
por un joven discípulo
al salir de la alcoba
de una cortesana ateniense llamada Circe.

El filósofo
volvía de la cámara aromada
apoyando su brazo en el hombro
de la heptacorde hetaira,
con visible aire de cansancio.

Herido el discípulo
en lo más íntimo de su idolatría
y de su ética
por la importuna circunstancia,
sólo atinó a decir:
—Maestro qué hacíais?
—Arrojaba una antorcha desde un puente—
contestóle Heráclito.

Y siguió adelante,
más sereno y hermoso que nunca
y, más que nunca, oscuro.

II

Según un neoplatónico
que descubrió la historia,
la frase significa
que la antorcha del fuego de la vida
es arrojada a lo ignoto desde una altura
en cada acto carnal,
y se integrará en el Todo
a través de individuos,
generaciones y especies,
hundiéndose
y actuando
desde las tinieblas errantes del Tiempo.

Más según la sofística,
        de un tedioso gentil de Byzancio,
el goce genesíaco
        —y sólo estético—
es una antorcha
        que uno arroja desde
            desde un puente...
En seguida
        Sobre el agua del No-ser,
la veréis extinguirse.

III

Las dos tesis son bellas.
Por lo tanto,
igualmente
verdaderas,
discutibles y falsas.

Se puede reflexionar sobre el inexplicable carácter poético que se incorporan ciertos seres y cosas cuando se fugan de las actividades implicadas en su destino o esencial naturaleza. Las finales consideraciones que voy a hacer girarán en torno a eso; basadas en los acontecimientos que integran estas crónicas ofrecen semejanzas y relaciones entre sí. Principalmente si se hace destacar lo estético incluído en la extrañeza que se desprende del imprevisto impulso transitivo que aleja lo natural o lo real hacia otras circunstancias o derivaciones inesperadas.

I. Un puente, gigantesco o no, está construído desde que existen hombres, con el fin de facilitar el pasaje de la gente sobre ríos, torrentes, abismos. El Puente de Londres, desde hace siglos, y ahora más que nunca, de día y de noche, transporta de una ribera a otra del Támesis a millares de atareados seres y vehículos. En su útil destino, trepida, tiembla, se estremece como un arpa bajo las altísimas torres herácleas que le dan fisonomía histórica y legendaria. Constituye un *surplus,* una añadidura imprevista, sin duda, que sirva, por medio de unas antorchas encendidas sobre él, para dirigir la caravana de barcos, remolcadores, vaporcitos y chatas que cruzan por sus entrañas empapadas de aguas aceitosas y teñidas de carbón. Es así sobrenatural que de esa materialidad trascienda

algo poético en grado sumo. Ya no es puente, es símbolo de la condición poética de lo humano.

2. Es extraño y paradojal que una hermosa mujer, que realiza estudios sobre filosofía antigua, con el fin de redactar una tesis original sobre Heráclito, robe flores en un jardín casi sacro y arroje antorchas de papel encendido desde las barandas de un puente. Y que eso en sí, propio de un niño, resulte verdaderamente poético en ella.

3. Es absurdo, más que extraño, que un filósofo como Heráclito —igual podría ocurrir con Parménides, Platón o Sócrates—, frecuente las alcobas de lujosas cortesanas como cualquier libertino o comerciante desaprensivo, o se encuentre frente a la boca ígnea de un horno doméstico, preparándose para dorar el pan. El discípulo de la anécdota, lo mismo que los extranjeros que se extrañaron de la postura de Heráclito, y también cualquier filosofante de hoy, sólo imaginan y creen que los filósofos no están obligados nada más que a pensar y exponer sus pensamientos. Y no poseen otra misión en el universo. Como el puente, como la joven estructuradora de tesis presocráticas, tienen su quehacer definitivamente trazado y deben obedecer a su esencial tarea. Lo demás es extraño: y por ello puede ser poético y sorprendente el sentido de estas anécdotas.

4. Por fin, también es extraño que alguien escriba poemas en lugar de existir como todos. Y, más aún, tenga genio o no, que ceda al propósito de reflexionar sobre lo que escribe, sumergiéndose con todo candor en la explanación ontológica de sus fantasías. ¿Su inmanencia creadora, su aureola vital se acrecientan acaso?

Ya existía una antorcha sobre un puente en el acto de crear algo. Reflexionar sobre lo que se crea es elevar otra antorcha sobre este otro puente. Es posible que todo filosofar sobre el poetizar consista en una vacua tentativa o poder de elevar antorchas, por el estilo, sobre puentes verbales. Así, hasta lo infinito.

Nota.—1952. El poema *La antorcha sobre la carne* fué escrito algunos años después de estos sucesos, lejos de todo puente y de toda torre, entre los rosales del Prado de Montevideo, tan postulables de renombre como los del Regent's Park de Londres, aunque no tan célebres. Allí, bajo otro estado de espíritu muy distinto, en una circunstancia fundamental para mi vida, el canto fué constituyéndose en mí hasta su formalización definitiva. Ahora, es tiempo de ir al poema con su título intencional.

E. O.

LA ANTORCHA SOBRE LA CARNE

I

Yo fuí el merodeante hace años
de una atormentada torre,
donde inconsútiles ídolos,
reyes y reinas que son nada más que túmulos yacentes,
potestades de la iglesia, la sangre y el crimen,
al cadalso subieron
y sueñan en mí devorados por los buitres y el tiempo,
ofreciéndome sólo en sus materiales de derribo
algo así como un nocturno puente de historias,
y no trascendiendo de todo ello si bien se reflexiona,
nada más que la antorcha
de la poesía.

II

En inútiles crepúsculos,
después de distraerme cien veces por los puentes
de un titánico río,
una forma que no fué nadie para mí entonces,
llenó los huecos de mi gabán de caminante
con flores purpúreas robadas en los jardines públicos,
y yo las arrojé con sus prestigios, aromas y armas,
en mis sólidos bolsillos como búcaros
con el afán de conservar sus formas más allá de su destino,
y ser idólatra de sus cálices,
pero después de olvidarlas
las recogí en un repudio de hojas secas
y ramas pútridas,
no siendo ellas por tanto nada más que inusitados despojos;
sólo tolerables
antorchas de poesía.

III

Mientras esto recuerdo, mujer que me escuchas,
miro cómo la noche
hace invisibles los círculos del gran geómetra

los tránsitos de los hierros diurnos,
los aéreos puentes que la sostienen
con la gloria del número dormido en el témpano del tiempo,
y todo el menoscabo del mundo que como agua corre abajo,
y teje sin tregua sobre tantos vínculos
el vestuario de la tiniebla absoluta
con sus murallas hendibles en el espacio,
solidificando en una igual sustancia las atmósferas,
las aguas, las esferas,
y los pilares por donde los hombres huyen.

Las antorchas que entonces alguien enciende
en los astros más míseros,
son algo más que un fingimiento de hermosos heraldos.
Son la evidencia
de innumerables puentes
sobre el abismo.

En torno a esos ciegos monstruos de fósforo,
el orbe transcurre
hacia la caducidad sin alternancias
y nada se sabría de tanto portento
si no fuera por la infidencia de aquellas ígneas materias,
que en lo alto se obstinan
en perpetuar el equívoco signo
de que algo existe.

IV

¿Qué puentes infinitos,
de finísimos pilares de acero o cristales,
están tendidos entre los universos
sobre esta nada pensante que me enorgullece?

Bajo esa inmensa omnitud nocturna
que inmóvil contemplo,
y en la cual sólo perciben mis pupilas
múltiples antorchas,

¿qué perfectos puentes estarás dibujando, Dios mío?
¿Por qué haces

que los tan fugaces puentes
del cuerpo que uno ama,
y que yo sé que existen porque he pasado por ellos,
aunque no recuerde jamás sus contornos,
se desvanezcan en la muerte como rosas o reyes,
y sólo subsisten las antorchas
de unos ojos
en algún canto?

V

No puedo dejar de pensar ahora
que de noche unos ojos
me estarán esperando, insomnes,
en lo alto de alguna torre o puente de ese Universo.
A pesar de la fugacidad corruptible
que los sustenta,
serán el más firme testimonio,
de una eternidad inmanifiesta,
hundida en las tinieblas de su transitoria carne.

Tus ojos,
si me miran me infunden don profético,
y por ello digo esto:
como antorchas que no morirán nunca
han de quedar en mi canto,
velando sobre el puente de tu cuerpo excluído de la vida,
y sólo así tú seguirás siendo el tangible contorno
del más humillante enigma
que los dioses pudieron haber creado sin saberlo.

VI

Lo que diré a los tiempos,
es que frente a tu puente corpóreo
que postula existencias,
frente a tu rostro tan hermoso como ajeno,
que amo y creo eterno en tus ojos,
sólo sé que me obstinaré en iluminar tu Nada.

Frente a cada brizna de eternidad que en ti vislumbro,
sólo sé que me obstinaré en iluminar tu Nada.

Frente a cada mutable trascender que en ti imagino,
sólo sé que me obstinaré en iluminar tu Nada.

Frente a cada verdad que en ti postulan mis orgullos,
sólo sé que me obstinaré en iluminar tu Nada.

Y que en cada beso carnal en donde me extingue
        para en ti inmortalizarme,
sólo sé que algún canto
me obstinaré en levantar sobre tu Nada.

VII

¿Qué puente somos aquí, Amor mío?
¿Y qué efímero tránsito coronando milenios
es tu cuerpo,
        que en la turbia especie habitas
sólo por castigo o costumbre?

¿Qué puente ocultas tú, mujer que me escuchas;
y que nada contestas como una tiniebla en acecho,
entre toda esa carnal contingencia
que en ti culmina y se derrumba?

Sobre la arena sin contacto en que se convierten
tus huesos y tus carnes,
y que sustentas sin sentir ni valorar
y paladeas en cada minuto,
y que son una Nada que fluye,
¿qué orillas anónimas vinculas,
¿Qué oculto puente eres tú?

VIII

Lo único cierto es que yo,
siendo el merodeante
        de un atormentado puente que es tu cuerpo,

defendido ha siglos por númenes sin lámparas
que hacían de dioses y déspotas,
        sólo intenté hacer arder una antorcha
        sobre la noche de tu carne.

Formulo el voto desde ahora
de insistir en mi propósito,
con la certeza de engendrar idolatría
        con este canto,
un santuario edificándote
        para tal fin,
                sólo con palabras.

ALFONSO REYES, SEGUN SU POESIA

Por *Max AUB*

Yo no he dado alaridos.
A. R.

Es casi imposible para un escritor de nuestros días, que no sea catedrático, llevar a cabo una obra crítica seria porque no hay Dios que se le pague. Falta el tiempo, que más que nunca es oro, es decir medio de vida. Dejando aparte las condiciones de cada quien, y las mías distan mucho de las de un expositor claro, nada me hubiese gustado tanto como escribir un verdadero ensayo acerca de la poesía de Alfonso Reyes, de su "Obra Poética", que acaba de recoger en un volumen. A la fuerza tengo que contentarme, así disguste, con las desperdigadas notas que siguen; ojalá sirvan para que alguien, ante todo más sabio, escriba lo que el dorado tiempo no me deja. Valdrá la pena, y su precio.

Tres puntos de exegética literaria[1]

1. - Nunca se sabe exactamente de qué manera es otro; ni nada se entiende con absoluta claridad. Este es el valor primero del poeta, que lo pone en evidencia. En ese hálito, o atmósfera, que rodea un poema —y no se trata aquí de la "música antes de cualquier otra cosa"— radica generalmente su claridad, siempre infusa. Tal como la simpatía que emana de un cuerpo —y para mí tengo que es cosa material— todo verso tiene su electricidad que juega y casa con la del que lo lee y entiende o no. No hay camino para apear estas dificultades del sentimiento y toda crítica no histórica ha de basarse exclusivamente en ese halo y desear alcanzar emitir otro que, a su vez, lleve al lector

[1] Los subtítulos, todos ellos títulos de A. R., nada tienen que ver con sus libros.

en busca de lo comentado. La poesía es nudo secreto que ata las palabras, si no misteriosamente, por lo menos de tal manera que los demás difícilmente alcance el porqué. Menos en los versos de circunstancia, incluída la épica, en la que éste fija de antemano las razones. Mas, si a ella y a ellas se atiene exclusivamente el poeta no alcanza el auténtico cauce de la emoción general.

El escritor da parte de sí a todos, mas ¿qué da? En primer lugar sus preocupaciones, luego sus alegrías y, según los tiempos, busca divertir divirtiéndose él mismo, es decir saliéndose de sí. Todos los grandes poetas de las épocas confusas o de decadencia, como la nuestra, en la que sentimos temblar la tierra bajo nuestras plantas y sin clavo divino al que agarrarnos, han visto lucir, en primer término, las agonías humanas. Desde este punto de vista somos todavía románticos, más ciego sería el que negara que navegamos hacia un puerto contrario, así no se le avizore más que en lontananza. Algunos signos precursores —aún sin gran calidad— se atisban en la literatura soviética y en algunos poetas comunistas; otros hay en poetas sabios como Jorge Guillén o Alfonso Reyes.

2.—¿Qué representa la *obra poética* en la obra total de Alfonso Reyes?

¿Qué sería Alfonso Reyes con sólo su obra poética?, ¿qué sería Alfonso Reyes sin su obra poética?, o, mejor, ¿qué sería Alfonso Reyes con sólo su labor crítica?

Incontestables jeroglíficos. Todo es uno porque la obra poética de Alfonso Reyes también es, en parte, escolio y nota, y su crítica, creación solitaria.

La importancia de Alfonso Reyes decanta de la totalidad de su sed de comprensión, de su ser Alfonso Reyes. Su obra es nota a sí mismo, banderines en sus metas alcanzadas, estandartes golosos de viento suave sobre las piedras millares de sus conocimientos.

3.—La poesía de Alfonso Reyes es una gran y única canción al mundo que lo rodea. Un canto a la vida, y la tristeza de no poder asirla y detenerla, con lo que se enlaza con todos los grandes que han sido. Llora su juventud, añora su patria y sólo en el juego —que en rigor no es "obra poética"— se deja llevar por el presente sin más.

Sin embargo, este rememorar no es nunca elegíaco, jamás se le ocurrirá decir que "cualquier tiempo pasado fué mejor",

por mucho que los hechos le llevaran a ello. No es, tampoco, estoicismo, sino fe en la belleza como expresión del hombre.

La experiencia literaria

No hablamos más claro por la sencilla razón de que no pensamos más claro. A mayor claridad de entendimiento, mayor claridad de expresión —por lo menos en poesía, donde las cumbres pertenecen a quienes han sabido decir las cosas como son, o como ellos han logrado hacernos creer que son. (Tal vez no sea así en filosofía, tal vez. . .)—. Buena prueba de ello es que los mayores aciertos pasan luego al idioma corriente como apotegmas. Pruébalo al mismo diablo Mallarmé, cuyos mejores poemas son los más asequibles.

Escribo conforme voy viviendo —es esto y algo más— que la vida y la escritura son, en Alfonso Reyes, consubstanciales. Vive porque escribe y escribe porque vive. No se comprendería de otro modo, ni se le puede comprender de otra manera.

No que la vida sea papel —nada tiene de erudito a pesar de su erudición— sino que nació para trasladar fuera de sí —y en lo único que nos es dado— lo que el mundo ofrece. No puede separar lo hecho de lo dicho (dicha no es aquí más que un femenino muy particular) ni, viceversa, lo escrito de lo vivido. Su imaginación no correrá más allá de lo que le ofrecen —y por eso no es novelista ni dramaturgo.

Después las cuartillas se clasifican en libros, imponiéndoles su orden objetivo. . ., etc.

Calendario

La vida de Alfonso Reyes se divide claramente en tres épocas: de su nacimiento a la muerte de su padre (1889-1913). Los veinte años que siguen, de voluntario e involuntario destierro,[2] dándose en él el caso extraño de un partidario de la revolución alejado de su tablado por una falta ajena; y, luego, la vuelta a la patria aquietada. Tres épocas y un solo Dios verdadero: intentar coaligar lo real con una comprensión equidistante de

2 *. . . mi obra de escritor. . . de veras comenzó. . . el día en que me despedí por primera vez de las costas mexicanas. (A vuelta de correo).*

cualquier desenfreno. El ideal de Alfonso Reyes es la serenidad, y tocóle vivir entre tormentos y tormentas. De ahí cierto desequilibrio para quienes lo juzgan desde muy cerca y la ceguera que produce una obra crítica acerca de la crítica, hecha un poco a la fuerza, para alejarse de lo que le tiene más a pecho y no le ha dejado vivir: su pasión por México y sus problemas terrenos y subterráneos.

La educación —la buena educación— porfirista chocó con sus deseos de emancipación de cierta filosofía positivista, dizque comtiana, oficial del Estado que le vió crecer, su "élan vital" bergsoniano tenía que repelar, en cierto modo, con la revolución de raigambre anarquista que señoreó durante un lustro por las tierras —entonces todas calientes— de su patria.

(Para mí tengo, y lo callo, que la Revolución Mexicana, no la de don Francisco I. Madero, que no fué, tal vez, más que motor de la que por tal se tiene, es la única que llevó al poder una pléyade de semidioses ácratas. Unico movimiento anarquista en sus entrañas que ha triunfado en el mundo, así sus resultados demuestren que la teoría es impracticable y venga a dar, a la corta o a la larga, en el restablecimiento de ciertos daños que la engendraron).

Era difícil, para un hombre como Alfonso Reyes, fundirse con lo elemental de un movimiento agrario —aun estando de acuerdo con la razón fundamental que lo empujaba— que había de recurrir, sin lugar a escoger, a la depredación y a los fusilamientos sumarios, sin temores del mañana, del qué dirán o de los valores del espíritu.

De esas contradicciones, superestructuras a veces bizantinas, surge la obra variadísima de nuestro poeta, cifra de la cultura de su tiempo, lo mismo en realizaciones que en intentos o intenciones. Podrá discutirse, en este terreno movedizo, cuanto hizo en prosa sin que ésta entre en juicio: sobria, galana, precisa; mas parte de su obra en verso quedará seguramente sin mengua: dase en ella algo de lo mejor acabado (en una época de *ensayos*) en sus turbulentos días.

La antigua retórica

Cuando *la poesía se desencariña de las realidades circundantes, puede decirse que vive gastándose a sí misma, y así va afinando sus instrumentos en una atmósfera de pura retórica"* (*A*

vuelta de correo). Dícelo un hombre que ocupó largas horas en inquirir el camino de las poéticas.[3] Nada tiene, pues, de extraño que en su obra busque las maneras más inverosímiles de burlarlas aun sabiendo que toda expresión tiene una retórica: tantas como poetas, que los que no tienen la suya no pasan de corifeos. *Sólo la buena forma es capaz de captar el buen contenido.* El estudio de las formas queda para los profesores, que nadie escribió todavía un buen soneto rellenando de paja su guante de catorce dedos, con todo y sus falanges y falangetas bien engrasadas, y si lo hicieron se pudre al poco tiempo. En poesía la taxidermia no sirve para maldita la cosa. "Tu est un empaillé", dicen los franceses. Alfonso Reyes es exactamente lo contrario.

Asegura no pocas veces Alfonso Reyes que la diversidad en la sabiduría es seña de privilegio. Temo que se engañe llevado por tan alto ejemplo como puede serlo el Sumo Creador. No, la diversidad, por buena que sea —y lo es—, divierte más que otra cosa, es decir, quita la atención para producir un bienestar general que no tiene gran cosa que ver con la administración. El hombre orquesta no alcanza la notoriedad del solista, y grande —en la memoria a medias de la multitud— es Leonardo por los restos de su pintura, Goethe por poeta. Queda, en el magín de cualquiera, Manrique por unas coplas. Sálvase quien puede, y siempre por lo mejor, lo demás cae en el olvido, y sólo los especialistas se regodean de ello, rastrojando.

La diversidad es buena para quien la goza o padece, resulta indiferente para los mediocres; no es calidad apreciable. No basta, hoy, saber de todo, sino saber más que todos, así sea en algo infinitesimal.

La diversidad sirve para bien vivir y sentir y sentirse vivir —y más con seres de la misma calaña— pero no va más allá del límite de la vida. La grandeza no tiene más que un orden.

Sí, dirá el poeta: soy "eso" y más. Pero por ser más, no se es completamente "eso", que —a veces— el pecar de más es mengua.

Pertenece Alfonso Reyes a esta especie por extinguir en las letras españolas —sin importar la tierra sustentadora— del erudito que, además, es otra cosa. La santa e inexorable especiali-

---

3 Con lo que se prueba, una vez más, lo incierto de que "con el estudio se crían melancólicos los ingenios" como quería Saavedra Fajardo.

zación, de manos de la ciencia, impide ya, a quien se hunde en el túnel de una de sus ramas, volver en tiempo útil a la luz de la razón natural. A lo sumo, puede el erudito de nuestras generaciones destilar algún poema de eximia calidad (como en el caso de Dámaso Alonso) porque es hechura de poco tiempo y gusano viejo, pero sin más.

La vida de nuestros días exige —por lo menos en el mundo de habla española— hacer tantas cosas para ganar el pan que la gloria se queda al garete y muchas veces al azar de los vientos de la política. En estas condiciones inseguras puede enconcharse el erudito, sin atreverse a asomar la nariz fuera de su especialidad, con lo que pierde contacto hasta con la lengua nuestra de cada día, único modo de pasar desapercibido. Nuestra época, al ensanchar brutalmente el ámbito de lo conocido, ha reducido el hombre; mientras la adversidad mata la curiosidad, entre otras cosas porque ni tiempo hay de ver las cosas como son; conténtanse todos con la apariencia, y se pasa a otras. Esto para los que quieren estar "al día". Mas ahora "el día" es distinto en cualquier paralelo, ya que en todas partes cuecen habas. En el siglo XIX, podía un hombre estar al tanto de las novedades de todas las cortes europeas y así juzgar de la literatura de su tiempo. Pero hoy. . . , a lo sumo léense los folletones —o folletines— y cáese en el lazo de la propaganda editorial o en el más grave del jovenzuelo que oyó campanas y da la campanada.

Ni tiempo tienen los estudiantes de asentar sus conocimientos en lo fundamental y ya ni Dios sabe latín, no digamos griego: hay demasiadas cosas en inglés, en francés, en alemán, en ruso, que reclaman la inmediata atención. En estas condiciones nadie lee originales; parecen bastar las historias de las historias, o las historias de las historias de las historias. Ya nadie va al grano. Lo peor, que no hay solución a la vista. Los conocimientos humanos han crecido más rápidamente que los métodos de su enseñanza, y no digamos que la inteligencia. Nadie es hoy más listo que ayer y ante el cúmulo feroz de cosas a saber, cada día mayores, todo se fragmenta. Sin duda es una de las razones del destazar del Universo en manos de forzosos ignorantes, que no hay como la especialización como abono de la intransigencia.

Hace doscientos años un físico podía haber leído cuanto se imprimió acerca de su ciencia. Hoy no, y no se culpe a nadie de esa muerte. Tal vez el mundo anda como anda porque lo crearon diversos Dioses, demasiado ocupados, o despreocupados, por saber lo de los demás.

Hay poetas de una, dos, tres o más caras. Poco tiene que ver su calidad, sí con su interés o capacidad por otras cosas que no sea el verso. Una cara tiene Bécquer (con todo y sus prosas); una Machado, una Rubén. Dos, Góngora, pongamos por ejemplo, y deseo de no salir de lo escrito en español. Múltiples, Quevedo (el mejor ejemplo, a quien los *Sueños* o el *Buscón* hubiesen bastado para su gloria) o Lope (a quien *la Dorotea...*)

Tientan a estos últimos todas las facetas de la creación, aparecen tallados como el mejor brillante recogiendo las luces de los cuatro puntos cardinales. Goethe será su mejor ejemplo. De éstos entran pocos en libra. Reyes, guardando distancias que, en este caso, lo son todo menos peyorativas, da en sus versos cauce a lo que él llama "su realidad" y que no lo es, sino lo contrario, fidelidad a su manera humana, el husmeo de todos los vientos.

A estas buenas gentes, que sienten la necesidad de estar al corriente —en la corriente— de cuanto sucede en su tiempo, en su mundo, basando su conocimiento en la historia, suelen llamarlos humanistas. A veces, no se por qué, y por eso mismo, les niegan el calificativo de poetas. (Jovellanos, Valera, Menéndez y Pelayo). Su demás obra oscurece parte de la propia; débese a lo poco que suele abarcar el ingenio de los hombres y a cierta manía clasificadora de los autores de manuales, que no suelen leer las obras que califican.

Yo soy el primero en saber que mi veleidad en asuntos y estilos. . . ha contribuído a que se me vea un tanto borroso, dice Alfonso Reyes en el prólogo de su *Obra Poética.*

Lo importante es saber el porqué de esa veleidad. Y, aún más: si existe verdaderamente, o si no es más, como estoy muy tentado a creer, que es una defensa, un pudor personal, un no entregarse, un afán antimístico, un querer que nada se le escape (en sus dos sentidos: verlo todo y no dejar que se le vaya nada de las entrañas de la mente), una especie de avaricia que le llevará —por otra parte— a no escatimar la entrega de cuanto escriba. Dar y no darse.

No sería obra inútil, ni mucho menos, recoger escogiendo lo más hondo de la poesía de Alfonso Reyes y ordenarlo por temas. Veríase entonces que en su promiscuidad —*y denodadas de pies todas se barajan,* como dice don Francisco— hay en él dos notas predominantes: una elegíaca (principalmente acerca de la tragedia familiar de su vida que se retuerce en la de su

patria) y otra descriptiva. Ambas, de estirpe clásica. No serían, tal vez, muchos poemas, pero los suficientes para confirmarle en su puesto primerísimo que sus enemigos —no los declarados— le regatean, ayudados por el propio poeta empeñado en dar la misma categoría a los "gritos del alma" y a los juegos de bienandanza y benevolencia.[4]

Todos son hijos de un mismo caletre y no hay razón, en la vida, para preferir prole; pero no se trata de uno, sino de como le traten. De las centenares de comedias de Lope ¿cuántas abonan su grandeza? ¿Ganó Mallarmé su audiencia por sus versos circunstanciales? Saca el juego su gracia de lo que es, mas si el jugador se empeña en dar otra categoría a su placer falsea el resultado. Podrá decir Alfonso Reyes que lo que ofrece como entretenimiento no pasa de ello, pero al entremezclarlo con tanta perseverancia con sus obras mayores logra un destinte que si bien da lustre a lo menor no deja de empañar lo grande. Sé que para el futuro no importa, muere lo superficial por consunción y sólo queda lo que es capaz de despertar renovado en pechos ajenos; mucha de esa levadura corre por las venas de los —por eso— mejores versos de Alfonso Reyes. Es lástima barajarlos con bazas de menos valor.

Las vísperas de España

YA, desde el mero principio, en 1906, grita:

¡Amo la vida por la vida!

e insinuará su callado sentir:

Y sólo trato conmigo
los secretos que me digo.

Por muchos altibajos que un hombre tenga que subir y rodar siempre se hallará —si lo es de veras— venas que no se agotan con el blanquear de las sienes o el multiplicarse.

---

[4] Las poesías descriptivas podrían comprender fundamentalmente: *La pipa del cantábrico, Golfo de México, Hierbas del Tarahumara, Infancia, Los Pelícanos, Glosa de mi tierra, Viento en el mar, La tranquera, Sol de Monterrey, Villa de Unión,* a las que habría de añadir *Fantasía del viaje,* que enlazaría con lo elegíaco, poema jánico —y jónico— del descubrimiento del mar.

Las elegíacas: *Noche de consejo, La tonada de la Sierva enemiga, El descastado, El hombre triste,* etc. . .

En 1907 asegura, aun refiriéndolo a André Chenier, que

como el claro latino menosprecia
la muchedumbre que le estorba el paso:
va tras una visión, y entre gemidos
clama altivando el rostro: "¡Grecia, Grecia!",

posición que le achacarán —sin razón o con ella— para achicarlo. (¿Quién a quién?).

Lo parnasiano es, sin duda, lo menos auténtico de su voz, le rueda más fácil y amena el romance; le sale sólo con ponerse a hacerlo. Y la burla, y la gracia (las burlerías diría yo refiriéndome a una parte importante de su labor poética).

Su espíritu se regodea —perezoso— en el balanceo del verso corto.

chismorreos de mis penas
hablillas de mis amores
escarnios de mis cadenas,

y ya, en 1911, el ojeo de la "Minuta":

nota de mis desayunos,
de mis comidas polémicas,
escolios de mis bebidas,
corolarios de mis cenas. . .

Esta *Sátira de la compañía* es clave (25 de febrero de 1911) de un modo que no abandonará, y, para complementarse, escribe el día siguiente su *Romance de Monterrey,* espejo de otra manera.

Desde el principio la sapiencia retórica le lleva —en parte de su obra— al juego *(Oda nocturna antigua).*

Ese burlarse de su mismo saber, que es poner en práctica juegos de prosodia perfecta buscando la gracia —a veces, el chiste—, se le impone, momentáneamente, con detrimento de alcances mayores.

La inteligencia, tal vez en brazos de la pereza, se divierte en el remedo. No diré que la circunstancia vence —todo es circunstancia, desde la Divina Comedia a las odas de Quintana— pero sí el santo del día. No deja pasar una. Se detiene en todo, le importa lo menor, tal vez porque le hiere. No es reparo, sino sentir que no se le lance con mayor frecuencia a empresas mayores para los que está dotado como ninguno.

Claro está que puedo pregonar soy "eso" y más. Y tendrá razón y el criticón queda corrido.

No se le ocultan esas nimiedades y aconseja a los demás: *No tropieces contra lo fortuito, no te anules en el choque contra lo indiferente y lo inútil.* Estos consejos (que recuerdan, a veces, en el tono, "Les Nourritures terrestres") como sucede siempre, son más para otros que para su propio autor.

Efectivamente, Alfonso Reyes ha procurado resguardarse, hasta donde le fué posible, sin conseguirlo totalmente.

Burlas literarias

El sentimiento, la imaginación y la sabiduría son tres fuentes distintas y sólo padre verdadero de la poesía. Prevalece generalmente alguna, o algunas de sus aguas, y tíñela de su parecer. Mas no hay poeta verdadero sin parte de ellas.

Ahora bien, nuestro poeta no oculta nada. (La mejor manera si no de mentir, sí de lanzar podencos tras liebres disecadas).

Yo prefiero promiscuar
en literatura.

(¿De verdad prefiere? El que prefiere escoge. ¿Puede escoger el poeta?)

alternando lo ramplón
con lo fino

(¿Ramplón a sabiendas, sea quien sea?)

y junto. . . el romance paladino. . .
con la quintaesencia rara
de Góngora y Mallarmé.

(¿Mallarmé, dónde? Tal vez lo cree).

Siempre dice y explica:

"¿Qué tanto puedes pesar?"
Expresión muy dialectal.

o,

Los pavos reales eran
parientes del sol,

o se explaya en retórica que no parece exactamente la suya, como cuando asegura:

...medir las palabras
con los latidos del pecho

(¿Alfonso Reyes? Tal vez... pero yo más bien diría que no; a Dios gracias).

Y si no, pocas páginas adelante (sólo pasan tres años):

¿La emoción? Pídela al número
que mueve y gobierna el mundo.
Templa el sagrado instrumento
más allá del sentimiento.

¿En qué quedamos? Ya sé: los latidos del corazón también se cuentan. Sábelo Alfonso Reyes mejor que nadie, pero eso es otra historia.

y busca para su gusto
el contraste y la acidez

para acabar con una aberrante afirmativa:

solamente rimo
cuando me brindan ocio mis lecturas...

¡Qué bribón ese Alfonso Reyes, que no en balde estudió tantas retóricas! Tantas que no se queda a más carta que la suya, que no siempre, ni casi nunca, es la que más alabó. Ya sé, y copio de una carta muy particular:

La poesía no es un tratado de lógica, ni un grito de dolor, es confesión de doctrina. Hay derecho a la contradicción. La naturaleza humana es contradictoria. "Toda poesía es de circunstancia", decía Goethe. Mi lírica, singularmente, sería falseada si no se la aprecia en relación con "la fecha".

Esa atadura a lo externo, al día —de noche todos los gatos son pardos, y la noche es el ámbito romántico por excelencia— es una de las características de lo clásico.

El deslinde

Las palabras aparecen cuando hacen falta, funcionalmente. La denominación "romántico" vino a emplearse cuando de alguna manera había que designar algo que carecía de nombre. Hasta entonces habíase llamado clásico a cuanto parecía merecer la pena de ser recordado. Cuando, a fines del XVIII, empezó a valorarse otro tipo de belleza surgió la palabra "romántico", pareció

buena y ahí se ha quedado, por ahora. El problema no se había presentado en la Edad Media, cuando la belleza era exclusivamente de Dios.

No pueden equipararse clasicismo y romanticismo a otras denominaciones de escuelas literarias: expresionismo, simbolismo, etc., porque estas últimas pueden ser —son— además clásicas o románticas. La frase de Goethe (Eckerman, 2 de abril de 1829) "Llamo clásico al género sano y romántico al género enfermo", sirve, de buenas a primeras, para entenderse. No creo que haya sentido peyorativo en Goethe: también los enfermos tienen su corazoncito. Podría seguirse indefinidamente: normal, lo clásico; anormal, lo romántico; clásica, la razón; romántica, la irracionalidad; clásica, la cultura; romántica, la ignorancia; clásica, la belleza; romántica, la fealdad; clásica, la conciencia; romántico, el instinto. Ahora bien: nada es del todo clásico, ni del todo romántico. (Goethe fué el inventor de la antinomia, y tenía que serlo, por ser quien y cuando fué; ya inventada la palabra "romántico").

Un escritor es clásico o romántico según para quien escribe.[5] Como es natural quedará en pie el saber si el público depende de lo que se escribe, pero para mí tengo que el auditorio pesa más en el escritor de lo que se ha considerado hasta ahora en las historias literarias. Una historia de los públicos aclararía muchas cosas. ¿Para quién escribía Valéry? ¿Para quién escribía Galdós? ¿Para quién escribía Dante? ¿Para quién escribía Muñoz Seca? ¿Para quién escribe Alfonso Reyes?

Si digo que Alfonso Reyes es un poeta clásico me refiero ante todo a su gusto por la lógica tradicional, es un poeta cartesiano —si queremos, o cortesano, que es otra manera de ser cartesiano— y ello alcanza mayor importancia por haber convivido con las escuelas irracionalistas que triunfan en Europa entre las dos guerras. Para él el absurdo, que alcanza por entonces categoría suma, no pasa de ser una diversión (en términos militares). No influye fundamentalmente en él ni Nietzsche ni Bergson (las grandes influencias de principio de siglo) ni los simbolistas, ni el dadaísmo, ni el surrealismo. Ni se dejará llevar por el desbordamiento "suramericano". Su gusto por Grecia se debe no sólo a su gusto, sino a su idea misma de la

[5] Acerca del clasicismo se ha escrito tanto que da grima. El libro de Henri Peyré "El Clasicismo francés" es excelente y resume muchas cuestiones.

estructura del universo. La medida está en su misma sangre. Lo cual explica su preferencia juvenil por los parnasianos.

Clásico es aquel para quien se iguala el bien y la belleza, o, como quería Nietzsche, necesita tener todos los dones y todas las necesidades fuertes y contradictorias y doblegarlas todas bajo un mismo yugo.

Tanto monta, en cualquier caso le corresponde el marbete a nuestro poeta. Ahora bien, entendámonos: Alfonso Reyes es un poeta clásico, no neoclásico; no por su forma, por su formación.

Que lo diga él mismo: *El ser es mucho más que razón, y no hay confesión más amplia del ser que la poesía,* y

> *. . . medir las palabras*
> *con los latidos del pecho*

No se trata de los sentimientos —para nada entra en este trato el alma— sino auténticamente que dé la medida el cuerpo.[6] Mundo forjado a su medida, como el griego. Pero dándole a la "Naturaleza" la amplitud que le dió Aristóteles.

Bástase el clásico con lo que tiene el hombre —y el romántico no. Gústale al primero la línea que lo encierra, al segundo el panorama que le envuelve, sin límites (sin más límites que el marco, y ese a fuerza).

Goya en la intersección. (¿Quién corresponde a Goya en literatura? Nadie. Si Goethe hubiese sido sifilítico. . .). No le gusta la línea, no se puede atener a ella, irá a buscar —y lo hallará— el ambiente; pero es puramente humano, no natural, de naturaleza, todavía no existe el paisaje. Prefiere el sueño de la razón.

Cervantes y Goya, monstruos españoles espantan y divierten al orbe con la caricatura, el uno de la imaginación,[7] el otro de la desesperanza. Porque ¿qué son sino formas de la desesperación todos los monstruos —infra y extra humanos— con los que Goya expresa su rebeldía ante el mundo tal como se le ofrece organizado?

Hasta entonces había sido fácil hacer responsable a Dios de cuanto mal acontecía, pero ¿ahora?

---

6 Consideré antes la cita desde otro ángulo. Pero también los críticos tenemos ciertos derechos. . .

7 Cervantes es, además, naturalmente, otra cosa. Pero no es lugar para hablar de ello.

Carga el hombre con la pena, la vergüenza, la rebeldía de su condición —superestructuras que parecían inconmovibles— que se vienen estruendosamente al suelo y son, desde entonces, el signo indeleble de toda creación.

Se partía de Dios para llegar al hombre; ahora se invierten los términos: se sale del hombre para llegar a Dios, aunque muchos —con conocimiento de causa— no lleguen tan lejos.

Al desaparecer Dios del horizonte humano ya no había razón para aunar belleza y bondad. La aparición de lo feo como bello no tiene que ver con el romanticismo, aunque históricamente coincida con él y bastante le deba; es algo mucho más hondo, que sobrevivirá a las escuelas y a las reglas.

Al desaparecer las reglas ultraterrenas desaparecen las humanas; los retratistas del siglo XVIII, pintaban todavía según el natural: retrataban. Tras Goya se buscará el alma de las caras, con tal de dársela, ya que carecen de ella. Y ello nos llevará (tras muchas revueltas) al cubismo y a las otras escuelas de la primera mitad del XX.

Con el "realismo socialista" intenta aflorar, a los doscientos años, un nuevo clasicismo.

De la representación —de Dios en sus obras— se va a pasar a la expresión; es decir, en vez de reproducir, intentar crear —para los demás— el sentido y el sentimiento interior de los representados (por eso las manzanas de Cezánne van a tener otra "dimensión" que las maravillosamente representadas por cualquier bodegonero holandés del siglo XVII).

(Por eso, muchos de los que hoy siguen creyendo en Dios no comprenden lo que llaman el "arte moderno").

El hombre deja de pertenecer, se pertenece. Toda esa época se sitúa entre dos pintores, y dos pintores españoles: Goya y Picasso.

Con Dios desaparece la imaginación, esa feliz y agradable libertad "otorgada". Ya no se va a imaginar, sino a crear. Cervantes imagina a Don Quijote, Dostoyewski crea a Aliocha Karamasov.[8] Para imaginar no se necesita la naturaleza, para crear es indispensable. Así nacen los impresionistas que quieren saber *cómo* está hecho el paisaje —cosa que todavía a Turner le tiene sin cuidado.

---

[8] Sé que Dostoyewski creía en Dios, pero no podía dudar de que una parte de la humanidad de su tiempo había dejado de creer en él.

El hecho de traer el paisaje a primer término ha sido muy estudiado, pero habría que considerarlo como un hecho metafísico del hombre creador de su propio mundo.

No escapará Alfonso Reyes a esta obligación, sus poemas descriptivos que como ya dijimos están entre los mejores, no me dejan mentir.

No debe su denominación el clásico a cierta finalidad didáctica que sólo el neoclasicismo engendró; el poeta clásico ve las cosas desde fuera; el romántico desde adentro, lo que no es razón para determinar el ardor. El poeta romántico suele ver las cosas a través de una ventana (entendámonos), el clásico desde el exterior, de fuera adentro —que es la manera normal de colocar las banderillas.

Las literaturas clásicas han sido siempre literaturas aristocráticas, hechas para las clases dominantes (por eso la actual literatura rusa va por esos derroteros, así sea el proletariado la clase dominante en la URSS).[9]

En cambio el romanticismo (tanto da llamar así al que informó los libros de caballerías, el romancero, los folletines, Hugo o Galdós) va dedicado a los desheredados.

Alfonso Reyes es un poeta clásico, pero no tiene clase dominante a la que dirigirse. Es un escritor desterrado, sin posibilidad de público mexicano, como no sea el pequeñísimo de sus hermanos de letras. Uno de sus poemas más significativos se titulará *el descastado*: el que no tiene casta de la que reclamarse.

Forzando un poco la mano —¿si no dónde queda el gusto?— podría asegurarse que lo clásico es "creer que la felicidad

---

[9] Uno de los rasgos de lo clásico en la nueva literatura soviética es que los amantes son siempre de la misma clase y no, como en los románticos, de clases distintas. (No puede haber un Ruy Blas soviético). Se me dirá que no puede haber diferencias de clase en una sociedad sin ellas. Sin embargo, los "obstáculos" de las novelas soviéticas responden casi siempre a razones de orden político, por desviaciones del "traidor" hacia sentimientos de otra *clase*.

Entre los rasgos fundamentales del romanticismo se halla la inconformidad del héroe con la organización social que le rodea. Este sentimiento no puede aparecer en la literatura soviética, porque, al contrario, él la defiende. En esto se diferencia de los héroes clásicos de centurias pasadas donde este problema era inexistente por el hecho de pertenecer, generalmente, a la clase dominadora. El problema de la "mésalliance" nace con las luces. Antes la pastora podía casarse con el príncipe, sin mayor escándalo; por lo menos en la literatura. Este problema revierte, en la literatura soviética, en el obstáculo de la diferencia de criterios políticos.

proviene de la civilización". Y lo romántico "creer que la civilización proviene de la felicidad" o que "la felicidad proviene de los impulsos irresistibles del alma".

Si se es clásico, no sin saberlo, cuando más "encubierto y parafraseado" sea un sentimiento, más valor adquiere. Es ley cierta para la decadencia de todos los trances clásicos de las literaturas —pequeñas o grandes. Sea el XVI español o el parnasianismo francés de finales del XIX. De como esto se auna —en España— con el surrealismo es uno de los sucesos literarios más curiosos de nuestro tiempo, aunque la coincidencia viva de Góngora y Quevedo puede curar de cualquier espanto.

Habría que buscar, tal vez —no lo creo—, en la sola facilidad las razones de modos tan dispares, en Rafael Alberti y Federico García Lorca; de la facilidad al juego sólo hay un paso, y más en los andaluces (Unamuno y Guillén hubiesen y son incapaces de ello) y no colguemos al juego —tratándose de poesía— un marchamo peyorativo. Sin embargo, la grandeza de García Lorca no está en sus poesías surrealistas, ni la de Alberti en sus imitaciones gongorinas, pese a los gustos de ciertos poetas antólogos de nuestro tiempo. Alfonso Reyes no da lugar a estas dudas, si juega lo hace de cara y con conocimiento de causa y efecto.

Tiene lo clásico alma de compás. Y compases —con pases— tienen todas las poesías de Alfonso Reyes. Aun esa fundamental *El Descastado* que —por juego (no hay juegos románticos)— nos da como poema en prosa.

Y se equivocaría el que viera esbozos en las obras pequeñas —dedicatorias y finos recuerdos— de Alfonso Reyes. No, que eso sería romántico. Sus pequeñeces están acabadas, pulidas, terminadas.

(No niego que estoy un poco cansado de poetas que sólo sean poetas —más poetisas que poetas, sin que importe mucho el sexo—; ni cierta preferencia por poetas que, además, sean otra cosa; como Goethe, por ejemplo, o Quintana, o Quevedo, o Lope, o Hugo. (A pesar de Garcilaso). Entre otras cosas porque dicen, en verso, únicamente lo que debe decirse en verso).

El peregrino

Sabiendo que todo acaba. . .

DAMOS aquí con uno de los hitos de la poesía de Alfonso Re-

yes. La resignación que le mantiene prisionero en los límites de su propia vida:

hay prudencia en su locura...

cosa que pocos perdonan, se es loco o prudente; ambas cosas a la vez son difíciles de digerir en estómagos primarios. Esta mezcla fundamental de la poesía de Reyes, "destantea" a muchos y, entre la duda y el asombro, prefieren "ningunearla".

Acaba el poema, magníficamente:

Amor, yo nunca pensé
que siempre me acompañaras:
hasta ahora que lo sé.

Hay en estos tres versos —atados a una forma popular de decir— todo el placer que es capaz de expresar un hombre. Mas ¿qué pesa "si todo acaba"? Y falta el grito final. Reyes deja la solución al albedrío de su lector, y no se lo agradecen.

Pero, ¡qué aciertos!, no sólo formales, que entonces no lo serían:

...sólo dislate, el corazón.

Y ¡qué distancia entre *El peregrino* y *Desengañado,* casi juntos en el libro! ¿Son del mismo poeta? Parecen dos, y lo son.

...deja al tiempo girar año tras año
confía sólo en la virtud del trino.

Cada vez más cerrado en sí, cada vez más desconfiado y sólo confiado en la obra propia.

Un día

La gracia *(La gracia se da de gracia)* presupone toda una escala de matices que sólo ofrece el despejo natural. ¿A quién se le ocurre? A nadie más que a él. La gracia es particular, y, tal vez por eso, generalmente, momentánea. Por el contrario el canto grave o sentimental, al ser patrimonio de tantos, alcanza valor más duradero. Así la fama.

Cuando Alfonso Reyes dice:

¿Qué se propone la flor
cuando, retorcido el tallo
se ahoga de respirar
con todo el cuello alargado?

juega, y como juego se lo agradecen y olvidan. Pero cuando escribe, más abajo:

¿Y todo esto que vive
y que vive de regalo?

y sigue y acaba:

Yo espero, y pasan los años
¡tan callando!,

(Ahí, de nuevo, el resonar culto de Manrique, por la sencilla razón de que no se puede decir mejor), el juego viene a rematar en el tiempo y queda clavado en el umbral del misterio.

En esta mezcla está parte de Alfonso Reyes y la razón de su poco éxito popular. De todo hay en él y el lector, para captar íntegramente el poema, tiene que estar a las verdes y a las maduras, y gustar de ello:

Es aire y es sentimiento.

Y, sin embargo, no lo es, que nuestro hombre —por sentimental supongo— se defiende como demonio de dejarse ir por la pendiente, no de los sentidos, sino de sus reflejos más o menos condicionados. Pone un hasta aquí constante, y, si puede, da una pirueta o hace una mueca, enseña las manos: ¡nada por delante, nada por detrás! Para comprender otra cosa hay que ser como él, y eso es ponerle a uno las peras a cuarto.

Y si no:

¡Vuela, pensamiento, y dile
que calle y no diga nada:

Ese profundo pudor mexicano que le nace por todos los poros, ese mejor callar, por si acaso —o por acoso— no me entienden. . . Que los que sean de su cuerda no necesitarán sino medias palabras, o ni eso: el sólo mirar. Y recaer en la broma, por no callar: —Máscara, ¿a que no me conoces? Doloroso juego, pero juego que ahoga, muchas veces, el canto llano.

Ultima Tule

Ese callar fué ya del mero principio:

y sólo trato conmigo
los secretos que me digo.

("Lamentación bucólica", 1906)

Podemos seguir el callado rastro fácilmente:

Apaga el ansia, baja la voz, filosofemos
y no nos oiga el sueño lo que decimos de él.

("Filosofía a Lálage", 1910)

¿y las penas que ahogo...

("Las quejas", 1917)

y, ya descifrado, el secreto a voces:

pero más es lo que callo

(*Mis amores*, 1930)

¿Qué tienes alma que gritas
a tu manera y sin voz?

("Cuatro Soledades", 1937)

Yo espero y pasan los años
¡tan callando!

("Un día", 1938)

falta voz a mis clamores

("Insomnio", 1938)

Sin olvidar, porque él mismo lo recalca, la cuarteta final de los *Romances de Río de Enero, donde la misma emoción vaga, que nunca se entrega del todo: "no pude decirte lo que quería"*.

Este callar mexicano tiene en Reyes razones humanas más directas, orígenes más claros y dolorosos: antiporfirista como tantos otros compañeros suyos de generación y anhelos, ni siquiera deseó la candidatura presidencial de su padre. Mas la muerte, ahí sí no tan callada, ¿qué podía sino obligarle a guardar silencio, en su dolor de hombre bien nacido?

...deja al tiempo girar año tras año
confía sólo en la virtud del trino,
y guarda sólo, en tu desdén huraño,
una dulce quietud ante el destino.

("Frontera del dolor")

Los ramalazos vendrán más adelante y aflorarán esporádicamente en la obra poética, formando un poema trunco a la memoria de su padre. La primera referencia directa es de 1932, o esa, espléndida, de la parte III de *San Ildefonso,* donde con sólo aludir al paisaje surge el dolor.

No hay más infierno que el olvido, a él van a dar los poetas que callan. Ni siquiera pueden aspirar al perdón de Dios. Mas ¿cómo ser poeta mexicano, si el callar es expresión nacional? Decir está en la mano de cualquiera, callar es más difícil. Complícanse la vida los mexicanos, no por gusto, sí por tradición (y nada tienen que ver aquí los indios). El callar como expresión social debe de ser producto del siglo XIX, revueltísimo de dolores. (Revélanse entonces notables políticos y malos poetas). Conoce la cortesía un florecimiento que alcanza cimas barrocas. Pueblo romántico por excelencia, no da un solo gran poeta romántico. Por no callar algunos prefieren mentir, o hablar por no decir nada, si no les importa la calidad.

Un español del pan pan y vino vino da impresión de párvulo al lado de un mexicano. Quien mejor calla, más medra. Enfocada así la vida resulta más distraída que cualquier otra. —¿Qué no me quiso decir? ¿Qué busca? Todo se hace a tientas y con pies de plomo. Nada impide decir a todo que sí y sólo padece la crítica, que se revela imposible. Mas ¿es gran pérdida? Con el tiempo todo llega y acendra. El callar engendra gran susceptibilidad y el callado se duele como ninguno de la lengua larga.

En aquellos tiempos tan revueltos y revolucionados, ¿cómo vivir entre tantos amos esporádicos sin callar a menos de perder no una sino siete vidas si las hubiese uno tenido?

No hay duda que al afianzamiento de una clase en el poder legítimo hará desaparecer paulatinamente esta característica. Dejando aparte que el callar es una de las formas más perfectas del estoicismo; ese estoicismo tan decantado y cantado de los mexicanos.

El propio Alfonso Reyes lo ha dicho no hace mucho, refiriéndose a un recuerdo infantil: *una frase que a través de los años me persigue como una obsesión: "¡Me quedé a solas con mi teatrito!"* Sí, con su teatrito callado.

Poesía fuera de sí. Con voluntad extrema de no entregarse. Adarga. Escondida senda por la que huye del mundanal ruido a la que, a veces, no quisiera que llegara otro rumor que el de las hojas de los muchos libros leídos. Mas fracasa. Y la vida se lo lleva por delante, rodando, muchas veces por caminos que no quisiera seguir. Se rebela, apela en vano:

que hay un azoro, un espanto
en la mitad del silencio,

como dirá en uno de sus poemas más trágicos y seguirá (así lo deje para otra parte del libro) en el que le sigue, *La tonada de la sierva enemiga,*

y es tanta la tiranía
de esta disimulación
que aunque de raros anhelos
se me hincha el corazón
tengo miradas de reto
y voz de resignación.[10]

Estamos en 1913. Dos años de callar absoluto y, en 1915, el primer poema escogido empieza: *Yo de la tierra huí de mis mayores...*

Los trabajos y los días

Cada vez menos palabras;
y cada palabra, un verso;
cada poema, un latido;
cada latido, universo.

NORMALMENTE, con la mayor naturalidad, revierte Alfonso Reyes su propio ser al mundo, en una devolución esperada, hermana de los mayores poetas que hayan sido. ¿Hasta qué punto obedece a una ley histórica general —y europea— o depende de la que Cosío Villegas señala como parte de la nota nacionalista de la Revolución Mexicana: *la quietud, la reserva, la moderación, el escepticismo?* No sería difícil hallar las raíces filosóficas que le hacen exclamar:

es inmortal el instante
y lo fugitivo eterno.

Desde luego Alfonso Reyes no es poeta platónico, en ninguno de los sentidos de la palabra.

Ya algún título suyo, así sea de obra en prosa, recordaba sus fuentes preferidas. ¿No cantó Semónides de Amorgos la resignación ante la brevedad de la vida pero "dejando que el corazón (de los maduros) goce de los bienes de la existencia"?

¿La emoción? Pídela al número
que mueve y gobierna al mundo.

---

10 Dizque no se trata de él... ¿Desde cuando se es otro?

Templa el sagrado instrumento
más allá del sentimiento.

Los jonios y los pitagóricos son las fuentes naturales del poeta de Monterrey. Y, como consecuencia, un desprecio de la caridad, un sentir aristocrático; Alfonso Reyes salta por encima del cristianismo, de la primera inmortal Grecia conocida, a Goethe.

Deja al sordo, deja al mudo...

No es privativo de sus años maduros, que, ya en 1916, había escrito: *Odio a la pobreza.* Pero no haya engaño: odia la pobreza, no los pobres. Odiala precisamente porque engendra pobres, y, punzante, el dolor de saberla presente y, tal vez, remediable. Mas ahora, con el correr de los años, se refugia en la sola estética, posiblemente por considerar inútil el esfuerzo personal, sin que, en ningún momento, deje de alentar simpatía por los que luchan por vencerla.

Pero el destino es ya *inerte cegüera* y sólo produce cierta satisfacción el encerrarse en sí y pulirse: *quédate quieto y callado,* aconseja. Vuelve entonces a contemplar su vida y se avergüenza de seguir amando, a pesar de todo. Ya, ni la gloria quiere:

Y arráncame estas trenzas de laureles
que me arañan la piel

dirá en uno de sus últimos poemas recogidos.

Con el otoño habían brotado las canciones resignadas, la voz interior de la obra cumplida, cierta tranquilidad ante la obra bien hecha y el deber satisfecho. Tranquilidad ante la propia vida cuyo fin se vislumbra, y la inquietud por un mundo que camina desoyendo consejos de la más normal prudencia. De ese dualismo van a surgir los suaves poemas mitigados, pero trasverberados de emoción de *En la impaciente juventud...*, *Otoñada*, *La canción secreta* (otra vez rematada con una de las voces más profundas de la lírica española, como para estar seguro de la mejor compañía).

Ifigenia cruel

¿HAY algo de Alfonso Reyes en esa Ifigenia que huyó de la tierra y sus recuerdos?

Huyo de mi recuerdo y de mi historia. . .
. . . .
Pero soy como me hiciste, Diosa,
. . . .
una llama fría.

No es, como suelen decir, *Ifigenia* obra aparte en la general poética de Alfonso Reyes, al contrario, y, tal vez, si se apurara los puntos de contacto con su vida, se hallarían allí "gritos del alma" más directos, más punzantes que en sus otros poemas:

¡Ay hermano de lágrimas, crecido
entre la palidez y el sobresalto!
Déjame al menos, que te mire y palpe,
¡Oh desvaída sombra de mi padre!

Esta Ifigenia que, en tierra extranjera, se niega a oír el mandato de la sangre y se refugia en el templo, pidiendo asilo, podría, quizá, hallar correspondencia psicológica con un Alfonso Reyes al que hubieran venido a buscar para fin parecido. Ahí radican los mejores momentos del precioso poema.

Al "no quiero" de *Ifigenia* corresponde la penúltima intervención del coro.

"Alta señora cruel y pura:
etc. . .

que es, tal vez, el ideal de Alfonso Reyes:

y llámate a ti misma como quieras:
ya abriste pausa en los destinos, donde
brinca la fuente de tu libertad.

El mismo lo dice, meridianamente: *Cuando Ifigenia opta por su libertad. . . oponiendo un "hasta aquí" a las persecuciones y rencores políticos de su tierra. . .*

Es posible que, en un momento dado, Alfonso Reyes hubiese querido, como su heroína, perder la memoria, más al recobrarla tenía, forzosamente, ya que se trataba de un asunto personal, que resolver su dilema no según el capricho sino la necesidad vital. *Un súbito vuelco de la vida vino a descubrirme la verdadera misión redentora de la nueva Ifigenia. . .* y se queda en Taúride. (¿Hay nombre mejor de España?).

El cazador

Amor, yo nunca pensé
que siempre me acompañaras
hasta ahora que lo sé.

El amor en Alfonso Reyes es del de la estirpe del Arcipreste *(El arcipreste aquel del Guadarrama).* Pura alegría de vivir, *divinidad inaccesible,* constantemente adorada, en las horas despiertas, con el apetito vivo, las ganas abiertas, los sentidos a flor del mundo, cuando el viento solo es capaz de estremecer y no digamos los olores y los volúmenes —siempre curvos.

Lo erótico, que no es moco de pavo en su obra, tiene el lugar justo que corresponde en la vida de un hombre normal, sin callarlo. Nada más lejos de la hipocresía, que preside tanto verso, no en el recato sino en la exhibición, que ciertas poetisas suramericanas pusieron de moda. Es amor del bueno, que no esconde más nombres que los que veda —como siempre— el buen gusto, con tal de no perderlo.

Cortesía

Tal vez en ningún otro momento se afianza tanto su maestría como en *Cortesía,* la maestría formal con rango de juego. Nada le detiene, rompe con todo —y todo, hasta palabras: prestidigitador, malabarista y juglar lanza la amistad al aire, la descompone y recompone en mil formas y colores. No pasa, ni él quiere que pase —con alguna que otra excepción: *Aquí, La canción del equipaje, ¡Por favor. . .!* y el espléndido soneto *Cara*—, de aparecer como ilusionista. Lo consigue y todos quedan contentos, sobre todo el destinatario. Sólo queda la lívida envidia de los no escogidos.

Desde ahora te digo que quien sólo canta en do de pecho no sabe cantar, escribirá para justificarse. Y tiene razón, pero tal vez carece de ella al darle tanta importancia, porque los grandes poetas no permanecen por sus caprichos (sólo Goya y porque aquello no era sino un título) sino por sus dós de pecho. No quedan los hombres por sus hechos cotidianos sino por sus hazañas. Ahora bien, si ver al hombre en su nimiedad sirve para completar su biografía, venga. Pero, ahora no se trata de eso, sino de la *obra poética* de Alfonso Reyes, de la que *Cortesía,* no

es más que adorno.[11] No así *Minuta,* buen poema mollar; maduro y substancioso.

Huellas

LAS hay, sin lugar a dudas, en los versos primeros de Heredia, de Othón, de Darío .(¿Podía ser de otra manera?). Pero desaparecen pronto frente a una resaca de fondo, tal vez impelida conscientemente, en contra de los que le había herido en sus comienzos. Los gustos literarios de Alfonso Reyes saltan a la vista de todos: dedica sus horas a Ruiz de Alarcón, a Góngora. ¿De ellos entonces la influencia? Sería desconocer a un mexicano. No. El gusto de Reyes por lo culto, lo difícil, lo enrevesado, es consecuencia de su amor por una poesía más pura (claro está que escribo aquí "poesía pura" en su sentido prístino y no me refiero a esa aberración de recluirla en la sola música).

Por muchas razones Manrique ha marcado hondamente la poesía de Reyes, por otras Lope. La muerte (de su amado padre) y el amor (múltiple) serán los temas profundos de la poesía más importante de Alfonso Reyes.

De Rubén le quedará el deseo formal de "versificación bárbara" —sáficos o alcaicos, resonancias de exámetro en composiciones rimadas a la moderna— como señaló Enrique Díez-Canedo, pero esto no será, ni con mucho, lo principal.

Heredia fué su primera influencia —él lo dice— su primer deslumbramiento, su primera visión de un mundo limpio. El refugiarse en sí mismo —Reyes es un poeta refugiado, exiliado, descastado desde entonces—, no fué por gusto sino como mal menor, para decir y callar. Sobre todo para callar. Poeta cercenado, imposibilitado para gritar su entera verdad, hallará varios de sus más felices aciertos en lo externo, en lo descriptivo: la mejor manera de callar y acallar el pensamiento.

(Si hubiera cultivado más este aspecto de sus posibilidades tal vez otro gallo le cantara en cuanto a su renombre poético nacional).

Alfonso Reyes, hijo de gobernador, de presunto sucesor del general Díaz conoce en la edad más herible el desmoronamiento de ese mundo. Ve morir a Dios, herido por un rayo, en el centro mismo de su capital. Jamás se le olvidará. Tiene que

---

11 Así sea tan divertido como *Candome porteño.*

rehacer su vida con sus propias manos, escoger su tierra, sus gustos, su futuro. Dábanle todo hecho y, de pronto, a los veinticinco años tiene que hacerlo todo. Ruptura total, atroz.

Si el Paraíso Perdido tiene todavía para nosotros la importancia que sabemos, sin saber a arte cierto que pudo ser, ¿qué no será al alcance de la mano? Mas lo primero es callar, y reconcomerse, que por algo es uno mexicano.

Los antecedentes personales de Alfonso Reyes le señalan un puesto aparte en la literatura mexicana. Le era imposible formar en la pléyade de los escritores de la Revolución; tal vez no por falta de ganas, pero no hubiese sido elegante (esa razón profunda del gusto); y a Alfonso Reyes nunca le faltó tacto (en todos los sentidos de la palabra). Se acogió a la literatura de su país (Alarcón) y a la más afín al barroco de su tierra (Góngora). Así se sintió menos desterrado. Pero el contacto directo con España —con la literatura española— iba a marcar indeleblemente su claro espíritu.

Tras él, Rubén. Pero, ¿había entonces algo más fácil que hacer diariamente metros y metros de poesía rubendariana?

Una oscura reacción le llevará a los moldes clásicos, a los más clásicos, a los más populares: a las canciones de Gil Vicente, a los romances de Lope.

Podrá enaltecer a Góngora, explicar, traducir a Mallarmé, sólo en sus pequeños ocios recogerá su influencia. Tiene consideración de los demás y cuando compare los pavos reales con el sol escribirá:

Los pavos reales eran
parientes del sol. . .

y no, pobremente,

parientes del sol

como hubieran hecho Góngora o Mallarmé, por razones muy distintas: el uno por complejo de su superioridad, el otro —tal vez— por impotencia.

¿A qué —a quién— se parece Reyes, poeta? ¿Con qué poetas de su tiempo se le puede emparentar? (La crítica consiste en aparejar y desaparejar).

¿A González Martínez, a Rafael López, a Eduardo Colín, a Manuel de la Parra, a López Velarde, a Carlos Pellicer, entre sus conterráneos? Desde luego que no. ¿A Rubén, a Lugones, a Guillermo Valencia, a Herrera Reissig? ¿A Juan Ramón, a los

Machado, a Unamuno, a Villaespesa, a Rueda? ¿A Enrique de Mesa, a Díez-Canedo, a Domenchina, a Guillén, a Salinas? Tampoco.

Y, sin embargo, hay, con Antonio Machado, ciertas afinidades de gusto, ciertas equivalencias en lo que más pesa —en su modo y manera de entender la vida de la poesía—, en cierto tradicional modo de tratar los asuntos que no quedaría mal quien lo estudiara.

Están ya presentes, en las poesías de 1917 y 1918 *(La amenaza de la flor, El mal confitero)* ciertos valores (de Gil Vicente, de Lope) cierta gracia que luego han de manifestarse en Federico García Lorca y en Alberti.

Es una vuelta al juego con que el general sentir —que hará despertar, en Francia, el interés por Proust y Valéry— se entretiene y goza. Guillén y Salinas ya están por llegar a Madrid, Alfonso Reyes les acompañará y hará de hermano mayor. Pero no irá por su camino francés. Ahí el mexicano será más fiel a sus propias raíces.

Lo curioso es que Reyes, tan al corriente y en la corriente, no refleja en su obra poética el gusto por la poesía que defiende y define en prosa: Mallarmé, Valéry y Góngora, el de las *Soledades.*

Puede más en el regiomontano —¡qué sabor gongorino en ese gentilicio!— la fuerza del idioma que lleva adentro. Y en su correr, si de influencias se tratara, ya dije que sería más visible la del más natural de los poetas españoles: Lope, o la del otro Góngora, el de las letrillas.

Es curioso cómo este erudito, este desentrañador del don Luis más fragoso y difícil, venga a practicar la más sencilla y clara de sus maneras. La razón está en el gusto: en el bueno. Porque por muy extraordinaria que sea la poesía churrigueresca de Góngora tendrá, como el surrealismo más tarde, cierta parte de mal gusto intrínseco (jesuíta y romántico) que había de repugnar a un espíritu mediterráneo (y clásico) como el de Alfonso Reyes. (Véanse, a este respecto algunas de las *Notas* de *Romances de Río de Enero: El romance nos transporta a la mejor época de la lengua,* etc.).

Junta de sombras

SIEMPRE me ha parecido que tenían mucho en común los ingenios de Alfonso Reyes y Juan Valera. Ambos de buena familia,

ambos eruditos, ambos diplomáticos, académicos, amigos de la buena mesa y de las buenas mozas, ambos eclécticos —con su buen tinte epicúreo— ambos longevos, ambos de mucho publicar, "equilibrados y de buen gusto" *(Fitz Maurice Kelly)*. "El más culto, el más helénico, el más regocijado, y delicioso de nuestros prosistas amenos y el más clásico, o más bien el único verdaderamente clásico de nuestros poetas. La alegría franca y serena y el plácido contentamiento de la vida nadie los ha expresado en castellano con tanta audacia y al mismo tiempo con tanta suavidad y gracia ateniense. . ." —como es sabido que dijo don Marcelino del poeta egabrense, y nada refleja mejor cierta parte de Alfonso Reyes.

Veamos lo que dicen de Valera algunos otros, pidiendo perdón por tanta cita: "Quedará como uno de los maestros de la lengua contemporánea: su estilo, de una pureza clásica, y sin embargo, sin afectación de arcaísmo, puede ser considerado como tipo acabado del castellano moderno" *(Ernest Merimée)*. "La lectura de los clásicos, antiguos y modernos, contribuyen a la elaboración de un estilo, que adquiere tersura y elegancia, aparente facilidad y sencillez, siendo fruto maduro de la reflexión y el estudio" *(Valbuena y Prat)*. "Se distinguió Valera por su buen gusto natural; por su conocimiento de idiomas clásicos y modernos; por su amor a la claridad, por su inmensa lectura, derivada de su curiosidad por saber. Fué un verdadero humanista, como los del Renacimiento; un espíritu académico, en quien el cerebro y la inteligencia dominan sobre el corazón y la sensibilidad". "Por su estilo casi perfecto, la exactitud en la descripción, la mesura, el equilibrio, la sencillez, la alegría y la serenidad, que suelen considerarse paganas, Valera es clásico; por la tendencia epigramática, la ironía de la frase y el escepticismo ameno, Valera es un 'ingenio'. No se adaptó a las tendencias nuevas de su tiempo (romanticismo, naturalismo), que no le gustaban. No llegó a ser popular, siendo su público un núcleo selecto y culto". *(Hurtado y González Palencia)*. "No sobresale ni por el color ni por el sentimiento; pero aventaja a todos en las dotes que manan de la pura inteligencia: el juicio sano, perspicaz y certero, el razonamiento sutil, deslindador las más veces y analítico, sintético a sus tiempos, y altamente comprensivo; el rarísimo sentido común que le lleva a buscar los más naturales argumentos y a exponerlos con evidencia maravillosa; el más acendrado gusto, cuando de literatura erudita se trata; la ducti-

lidad y acomodo o el ningún dogmatismo y aún sobrado escepticismo; la bondadosa anchura de mangas y cortesana transigencia en gustos y doctrinas; el arte supremo de la amenidad; la finura de la más socarrona azucarada ironía". *(Cejador).* "Poseía las cualidades del clasicismo helénico: sencillez, optimismo, un buen gusto impecable, serenidad y perfecta armonía en los varios elementos de la composición literaria". *(Romero-Navarro).*

¿Hay quién dé más? Otra correspondencia de Alfonso Reyes con Valera es su ídem. Hombres cordiales, de largo platicar con sus amigos, tanto uno como otro aprovecharon sus ocios en describir cuanto les rodeaba, para dar a conocer sus reacciones frente a las últimas noticias, a los últimos libros. Literatura al día, que se juega el albur de su permanencia al gustoso calor de la amistad.

La Ilíada traducida

No incluye el volumen que me lleva de la mano la traducción de *La Ilíada* (los nueve cantos primeros), publicados en 1951. Sin embargo, quedaría manco este esbozo si no me refiriera a ella —y no a su claro resultado sino al motor que llevó a Reyes a enfrentarse con tamaña tarea en los años subsiguientes a la segunda guerra mundial.

Es posible —y probable— que su gusto por Grecia, sus estudios, sus lecciones le movieran a ello, pero tengo para mí que le empujó algo más hondo.

Nada de lo que hace el hombre en su vida —y con su vida— carece de alguna parte de razón. La resolución del tema de *Ifigenia,* correspondió —en los 20— a empujes personales, el traducir *La Ilíada* —en los 50— a otros de más universal criterio. (Siempre habla uno por lo que le parece).

La Ilíada es la guerra, la fatalidad de la guerra. *La Ilíada* es violencia, y en nuestro tiempo de violencias, tal vez por horror de ellas, fué escogida. La vida de Reyes —como la de todos los de su edad— está bajo el signo de la violencia, pero los europeos no conocieron la revolución mexicana, y la mayoría de los mexicanos no conocieron la guerra europea. Reyes sí. Y vivió, a pesar de la distancia, la guerra civil española más entrañablemente que otros, por muchas razones amistosas y familiares.

En el interregno de las dos guerras mundiales pudo refugiarse en la erudición; ni antes, ni después.

"Los héroes de Homero no son belicistas ni pacifistas. Son violencia y lo que sufre la violencia. En el mundo de Homero, como en el de Platón, sólo se puede imponer o sufrir la injusticia" *(J. Wahl).* Allí "el sentimiento de la miseria humana es una condición de la justicia y del amor" *(Simone Weil).*

Tal vez podrían jugar aquí las razones que apartaron la generación de Reyes de la filosofía de Nietzsche para llevarlos de la mano hacia Bergson y decantarse, en un mundo bárbaro, a desear un equilibrio clásico, que todavía no hacemos más que entrever. Para ello hay que pasar sobre muchos cadáveres: los que no faltan en *La Ilíada.* Pero no voy a hablar aquí de la guerra de Troya: allí fué y aquí.

Homero en Cuernavaca

Lo que apunto más arriba dalo en claro Alfonso Reyes en los últimos sonetos de ese *recreo en varias voces.* Recreo en su sentido estricto de volver a crear, de recrear la propia vida, única salida que nos queda cuando, pasados los entusiasmos de la juventud, se impone la melancolía, gran fuente perenne de la belleza humana:

¿Si será que se vive solamente
para ver alejarse las pasiones
y acaso la memoria diligente
es la más justa de las mediciones?

En estos seis sonetos últimos vuelve nuestro hombre a repasar su vida:

Era yo niño aún, era el primero
de mis arrojos en la poesía;
cuando, borrada y diáfana, al postrero
latido que la tarde difundía,
Casandra vino a mí. . .

y la sombra eterna del padre:

Navegando la Ilíada, hoy otra vez lo veo:

atado al recuerdo de *Mío Cid* (o de como se enlazan las épicas en la mente), mientras no se puede disipar

el tufo de la guerra y del saqueo.

y, en seguida, la confesión de parte:

Por gracia o maldición —otro lo acierte—,
un patrimonio traigo en la memoria
de valentía y de dolor y muerte.

y,

a siglos de distancia la sangre es siempre una,
e igual es la congoja e igual es el contento.
Oh tierra que me diste la norma con la cuna:
a tu regazo —prenda de mi consentimiento—
de mis pacientes números confío la fortuna,
pues hallo que recogen tus quejas y tu acento.

En las dos grandes construcciones humanas que están a la base de la cultura que hoy maldamos en llamar occidental. la *Ilíada* y el *Antiguo Testamento*, están ya implícitos el clasicismo y el romanticismo. De la *Ilíada* —de Grecia— está impregnado Alfonso Reyes desde sus principios, mientras que la *Biblia* no parece haber hecho mella en su formación.[12]

La belleza era la desembocadura fatal del mundo griego, la única salida del bien; mientras Job es quizá el ideal estético del otro mundo. El poeta romántico tiene siempre algo de profeta, vive en el recuerdo y en el futuro. El poeta clásico es el hombre del día: el que quiere la justicia en este mundo.

Grata compañía

CADA quien es ajeno a cien mieses. Este que no lo es ¿quién es?: Alfonso Reyes, el que da. No es tanto de agradecer como a primera vista parece: es el que más recibe.

Ancho, lucido, pequeño, sonriente. Raíz abierta. Cepa, raigambre. Tan cerca de la tierra que todo huele a sonrisa. Palo de rosa. Arraigándose en cualquier parte del mundo por sus fibras más finas y recias (cada vez que se trasplanta traen sus raijos cuajos de la tierra que sea). Regalo de Dios para quien quiera oírle, aun cuando se pone triste. Voz de pluma, rábano rosa, tan hombre. Abierto y alerta a los vientos del cuadrante que sea. Criba y savia. Ventana, o mejor, torre, mirador. Algo así como un observatorio (al menor descuido se abre y saca el telescopio).

12 A este respecto: el muy sugestivo librito de Rachel Bespaloff, *De l'Iliade.*

Con su prosa por los lados y sus versos por adentro:

Escojo la voz más tenue
para maldecir del trueno.

Gran cazador sonriente y dadivoso, ya decía, en 1910:

en malos tiempos vivimos
pues que reír no es prudencia

Sabe, y no sueña. Conoce y no imagina. Tiene la lengua consigo y le da el valor que desea. Hiende un pelo en el aire con el filo de la intención. Entiende y no se figura. Inventa las figuras como adorno del recuerdo. No se le esconde más que lo que deja adrede, en las espeluncas. "Con su saber conoce" —como Job—. Lo cual es mucho más difícil de lo que parece.

Sensual y cortesano, tan mexicano. Y fino como el oro. Este hombre a quien las menos cosas son ajenas.

Dícenle "humanista", para acabar con él; o "erudito". Todo porque no echa en el papo del olvido lo que halla en los libros.

Enseña de la única manera que debiera valer: abandonándose, tal como él mismo dijo de Santa Teresa: *A veces toma la pluma como cosa boba.* ¿A qué o a quién recurrir si no?

Alfonso Reyes sabe mil cosas de ver, oír y callar. Sabe, de sabor. Sabe, de lengua. Sólo el que disfruta puede hablar bien de lo que conoce.

Este don Alfonso de todos los corazones, galería, mirador, raíz redonda, gloria de todos, más de una vez se retrató, como cualquier gran pintor, en la esquina de sus frescos. Nadie, ahí sí, tan franco:

Para imitar al Indeferente
de Watteau, resulto sanguíneo
y regordete, y para cubista
¡me sobran tantas curvas líricas!
. . . . . .
Harto estoy ya de mis recursos
y funesta facilidad
. . . . . .
que estoy viejo de juventud
en este mundo sin pecados!

("Conflicto")

(Aquí puede residir otro de los trágicos conflictos de Alfonso Reyes, "en este mundo sin pecados" —es decir sin pecado original— donde toda culpa tiene que recaer, sin expiación, sobre sus autores. Surge de este pozo un relante de culpabilidad personal que trasciende en una gran parte de la poesía elegíaca de Reyes).

Hombre soy: traigo para tu regazo
frente con duelo y trabajadas sienes

("Madre")

(Este segundo verso representa, en su magnificencia patética, cualquier gran cabeza esculpida, más que pintada, y ante todo la del autor, tal como se ve).

Y, más allá, ¿qué somos?

. . . la delgada
disolución de un secreto

("Apenas")

—Los caminos de la vida
no llevan a donde voy

("Cuatro soledades")

Parece que de mí mismo
quiero huir, y no se a dónde

("Insomnios")

hay prudencia en su locura
pero hay locura en sus ansias

("El peregrino")

(debe leerse: "hay prudencia en mi locura, pero hay locura en mis ansias). Sin olvidar algunos versos de *Jornada en Sonetos.*

Jornada en sonetos

Estos poemas *(inéditos o por primera vez recogidos)* forman un todo bastante uniforme para sospechar que su autor los fué acumulando en busca de unidad. La fecha asignada, apurando las extremas señaladas (1912-1951), no lo es en puridad: un soneto de 1912, otro de 1917, alguno de 1936, de 1940, el resto, hasta cincuenta y seis, casi todos de 1947 a 1949 —tres de 1951.

Múltiples referencias literarias directas, para que nadie se engañe: Lope, Safo, Casanova, Byron, el Arcipreste, Horacio,

Goethe, Bernis, Rousseau, Ibico de Reggio, Mimmermo, Simónides, Calderón, Boscán, Lope, Lope, Goethe, Lope, para olvidarlas en tres sonetos clave: *Caricatura del hombre, Virtud del recuerdo, El verdugo secreto,*

Me quise sobrio, me fingí sereno,
me dictaba sus máximas Horacio,
dormí velando, festiné despacio,
ni muy celeste fuí, ni muy terreno.

Tal vez este verso último, del penúltimo poema de su *Obra Poética,* especifique mejor que nada el valor personal y futuro de Alfonso Reyes, poeta de todas las horas, al que quizá sólo le faltaron las voces de la ignorancia.

ALGO MAS SOBRE VALLE INCLAN

Por *Ramón* SENDER

A MENUDO los que escriben sobre Valle Inclán muestran una tendencia a desenfocar la persona del poeta y a presentarlo bajo una luz desfavorable. El orgullo del autor de "Voces de Gesta" se disfraza de vanagloria, su integridad de egoísmo, su inconformismo de manía de singularidad. ¡Qué difícil es para algunos que un hombre sea un hombre! De un modo deliberado o inconsciente todos tiran de él hacia abajo. Tal vez por pereza mental, para evitar la tarea de una interpretación que tiene sus complicaciones. O quizá por el deseo mezquino de hacer descender el poeta al propio nivel. Es como si se quisiera hacer de él un títere de su mismo guiñol. En estos días los corifeos del espadón tratan de hacerlo militante de la caterva que él satirizó en tantas obras, sobre todo en la serie final del Ruedo Ibérico. Olvidan que aun si lo consiguieran a fuerza de sofismas Isabel II no dejaría por eso de ser la caricatura de la licencia escandalosa ni Primo de Rivera el fantasmón, ni la aristocracia del siglo XIX la necedad y la impotencia.

Para atraerse la sombra de Valle Inclán tratan de desnaturalizarlo con medias verdades como hacen con Lorca, Machado y Miguel Hernández, pero no hay habilidad que valga con hombres que han dejado escrita la esencia de su vida. Al contrario Valle Inclán es la piedra de toque a cuyo contacto se desnuda la tontería. Fernández Almagro en su libro "Vida y Literatura de Valle Inclán", al hablar de la tertulia de la Granja del Henar, dice que a veces se acercaban al poeta personas políticamente indeseables y con ellas "hasta algún militar sin conciencia de su uniforme". ¿Qué conciencia? ¿Qué uniforme? Leyendo estas cosas se consuela uno de estar lejos de España. He aquí que un escritor para adular al tiranuelo tiene que hablar de la dignidad del *uniforme* y del envilecimiento que ese uniforme sufre por la vecindad del mayor poeta de nuestro tiempo.

Leyendo esas cosas uno no puede olvidar que ese uniforme —por hablar como Fernández Almagro— se cubrió de ridículo en las últimas generaciones sin la intervención de poeta alguno y que las catástrofes coloniales se sucedieron una tras otra y culminaron en la de 1921 en Marruecos. No recordamos que ningún poeta mandara las tropas. ¿Podía envilecerse más el profesionalismo militar español? Según Fernández Almagro, sí. Podía envilecerse si un oficial se acercaba a la tertulia de Valle Inclán. Es sin duda esa misma mentalidad la que explica los asesinatos de otros poetas como Lorca y Miguel Hernández.

Lo que había hecho Valle Inclán en aquellos días era anticipar y profetizar los acontecimientos. Una vez más el poeta se adelantó a los hechos y en sus esperpentos prefiguró el *movimiento salvador*. Como Rousseau con la revolución francesa y Tolstoy con la rusa. El movimiento salvador fué un inmenso esperpento en cuyo epílogo los muñecos sangrientos de Hitler y Mussolini imitaban los gestos y las voces de Franco entre carcajadas. (Memorias del conde Ciano y de otros testigos). La verdad es que ni siquiera Hitler ni Mussolini podían tomar en serio a un compinche menor dedicado concienzudamente en nombre del patriotismo a la exterminación de lo más florido de la juventud de su patria.

Valle Inclán en los años de la república presentía todo lo que estaba llegando. La misma noche que Azaña se excusaba de asistir a un banquete que dábamos al poeta éste nos hablaba de los peligros que se acercaban y que al parecer Azaña se obstinaba en ignorar. Nos hablaba concretamente de Franco y de sus conspiraciones en las sombras del tradicionalismo beato. En ellas la larva del dictador se nutría y crecía como los hongos venenosos en los rincones podridos del bosque.

Si Valle Inclán no hubiera tenido el buen acuerdo de morirse antes de julio de 1936 habría sido asesinado como lo fueron sus amigos en Galicia. Como mataron a Lorca que no había escrito sin embargo "Los cuernos de Don Friolera" —obra que no se cita nunca ahora en los manuales de literatura— ni "La hija del capitán". Como mataron a Miguel Hernández. Yo que he querido mucho a Valle Inclán y que creo haberlo comprendido en sus debilidades y admirado en la complejidad espléndida de su genio sé que a él le habría gustado acabar como acabó García Lorca. Su muerte habría sido digna de la vida que él soñaba. (El no vivió sino que soñó su vida, como el prín-

cipe Segismundo). Los que acusan a Valle Inclán de historionismo olvidan que fué toda su vida fiel a la figura ideal de sí mismo. Pero siempre ha sido así y el histrión claudicante —traidor a su secreta ambición— quiere vengarse de la integridad del histrión virtuoso y heroico. (Y más o menos todos caemos en una de esas dos categorías).

Lo mejor de su vida —como es natural en un poeta— es su obra literaria y en ella el exasperado realismo de sus comedias bárbaras y sus esperpentos.

Esas obras están concebidas bajo el signo de la objetividad teatral, pero como decíamos no son teatro. A Valle Inclán no se le escapaba esta circunstancia y hablaba a veces de las dificultades prácticas que el montaje de sus obras encontraba, como si fuera el escenario el que tenía la culpa. La verdad es que los demás autores teatrales de su tiempo y sobre todo los más celebrados como Benavente y los Quintero poseían los artificios de la técnica sin originalidad ni imaginación. Sólo con esa fantasía imitativa que es como el genio de los mediocres.

Por uno de esos rasgos de humor injusto que tiene a veces la Providencia el genio le había correspondido a Valle Inclán y a los otros la destreza, la agilidad capciosa del prestímano y ese don articulador y combinador del ajedrecista o del mecánico relojero con los que se puede escribir cierta clase de comedias, dramas o sainetes sin necesidad de talento y ni siquiera de buen gusto literario. El mejor ejemplo de esto son los Linares Rivas, los Muñoz Seca, los Pérez Fernández y sus innumerables secuaces.

Valle Inclán evitaba esos tres géneros consagrados por el éxito —comedia, drama o sainete— precisamente por su facilidad y porque en ella va implícita una servidumbre a la realidad, frecuentemente vil. Pero no hay que engañarse. Valle Inclán no volvía la espalda a la realidad. Es realista en las comedias bárbaras y en los esperpentos. Nunca el realismo español ha alcanzado niveles tan convincentes; pero Valle Inclán no se sometía sino que dominaba y señoreaba esa realidad. Su secreto es tan antiguo como la verdadera poesía. Todos sabemos que existe la realidad relativa y la absoluta. El realismo del poeta es todo realismo posible y lo obtiene por una cadena de alusiones a formas que a su vez apelan a lo real absoluto. Esa era la realidad de Valle Inclán y cada una de sus páginas y aun de sus palabras están encarriladas en esa dirección. Algunos han acu-

sado a Valle Inclán de verbalismo. Hace poco un crítico argentino decía de "Tirano Banderas" que no había en esa novela más que palabras y que era curioso lo que con las palabras se podía hacer. Parece que es difícil, también, para algunas personas comprender que un poeta sea un poeta. Sólo hay palabras, claro —¿qué otra cosa puede haber?— pero cada palabra tiene su virtud sugeridora y lo sorprendente en Valle Inclán es que no hay una sola palabra en la cual esa sugestión no alcance la fuerza de una proyección mágica (apelación al milagro sin tener en cuenta los intereses del entendimiento y de la razón positiva). ¿No es eso el poeta? ¿No era poeta Valle Inclán? ¿Qué le importan a él los juicios de valor por los cuales se define el bien, el mal, lo adecuado, lo inoportuno, lo conveniente, lo ocioso e incluso la belleza y la fealdad tal como la razón al uso las establece?

La imaginación de Valle Inclán no se sometía a esa red de compromisos en la que vive el hombre social, tranquilo como el ave en su alcándara. Tampoco el ejemplar ciudadano don Ramón del Valle Inclán se sometió nunca a las formas de convivencia que le parecían estar en pugna con el secreto privilegio de la hombría. Velando por la pureza de ese privilegio se negaba el poeta al compromiso estéril de los pequeños logros. Pero no nos engañemos tampoco. Nunca hubo un hombre más apto para la convivialidad entre los que tenían una noción y un sentimiento parejos de la dignidad del ser. (De *ser,* sin los transitorios atributos del *estar).* Es decir, del ser absoluto.

Todos los valores humanos están tratados en Valle Inclán desde puntos de vista que no son los de las medidas relativas. Cuando el poeta alude a la justicia en las comedias bárbaras lo hace a través de don Juan Manuel que galopa hacia Viana del Prior "donde tiene que apalear a un escribano". Tampoco el amor es el que aparece como sentimiento-clave en la comedia sino la eterna inclinación más fuerte que todas las convenciones y leyes según la cual el mismo don Juan Manuel seduce a la novia de su hijo por la misma razón inexorable por la que el agua se evapora con el calor y se congela con el frío. Podía haber ahí un acento de tragedia (los héroes trágicos respiran el aire de altura de lo real absoluto) pero para eso Valle Inclán tendría que arrodillarse ante el hombre y en lugar de hacerlo, lleva la tragedia a los climas más bajos de la farsa. Ante las

bufonadas tremendas de los esperpentos no es posible reacción alguna de tragedia, de farsa, de comedia. de sainete ni de drama.

Sus esperpentos no son teatro o son —como se suele decir— teatro para leer. A nuestros ojos se asoma mientras leemos "Las galas del difunto" o "Cara de Plata" el ángel neutro y puro de una realidad absoluta burlada también. Un ángel conocedor, mágico y un poco clownesco. A fuerza de sabiduría el rostro humano toma a menudo las líneas impávidas y el color congelado del rostro del clown.

No era el de Valle Inclán teatro para la escena porque además de las razones anteriores el teatro auténtico presupone un mínimo de virtud humana solidaria. El público está presente y colabora con el autor. La obra no se desarrolla —podríamos decir— en la escena sino en un espacio ideal e indeterminable entre la escena y los espectadores. Es la obra de teatro lo que los espectadores quieren que sea, lo que ellos adivinan y completan en su adivinación. Y si el hombre aislado —el lector— tolera todas las formas de la blasfemia y de oración y de autodestrucción y de endiosamiento; si un hombre solo puede hacer preguntas en el bosque y recibir los consejos de Sileno sin inmutarse, el hombre en grupo y comunidad no puede. La presencia de los otros despierta intereses de conservación —intereses de especie— y con ellos un repertorio de pudores que no tiene el individuo en su rincón. Un individuo aislado puede glorificarse o destruirse —o ambas cosas juntas— y con su destrucción negar al resto de la humanidad. Será una actitud de fondo religioso. Unamuno dice que religión viene de *religare.* Es posible, pero no se trata de religarse con los otros en una iglesia sino de religarse cada uno suelto y solo con Dios, de quien se ha separado al nacer. Es lo que hace al anacoreta quien, además, cuando se flagela está castigando en sí a la especie y al resto de la humanidad. Al verse entre los otros se le despierta al hombre un instinto de permanencia y un sentido de valoración de lo relativo y es seguro que si el rey Midas escuchaba el consejo de Sileno y se quedaba perplejo y en duda, un grupo de cortesanos o de vasallos de Midas habría vuelto a perseguirlo no para pedirle otro consejo sino para castigarlo y tal vez para matarlo.

¿Quién toleraría en el teatro el realismo a menudo procaz de Valle Inclán? Cuenta Jules Renard que el día que se estrenó en París la farsa de Jarry *"Ubù roi"* al escuchar los prime-

ros bizarros juramentos del protagonista *(De par mes merdres!)* la gente se levantaba y se iba, indignada. Cuando leemos a Valle Inclán en nuestra casa no decimos que las violencias de su realismo son procacidad sino poesía. La poesía como es sabido no tiene que ser forzosamente belleza convencional, es decir recuerdo de formas ya familiares y consagradas sino adivinación y vaticinio (vaticinio en profundidad, no en el tiempo; es decir que el poeta no nos dice lo que va a pasar mañana sino lo que pasa en la entraña aún no advertida del ser o de las cosas). Pero esa poesía áspera cuya sorpresa y violencia apela a la magia en la soledad de nuestro estudio, en el escenario es ofensiva. El instinto social nos dice que si se puede admirar al poeta que señorea la realidad relativa, si se puede admirar al que niega o contrahace toda la realidad creada por el hombre y sus intereses transitorios, tiene que ser una negación en nombre de otra realidad superior, de una realidad absoluta. Es una casualidad bastante reveladora que Valle Inclán dijera al juez de guardia después del famoso escándalo en el teatro Fontalba con motivo del estreno de una obra del poeta catalán Montaner, que él había protestado en el nombre de Dios. Del dios de los poetas, claro.

El público español de los teatros habría aclamado a Valle Inclán si al negar éste los valores de temporalidad de la comedia nos hubiera ofrecido un panorama más profundo y más estable: el de los valores de eternidad que son los de la tragedia y que están en su obra, pero que carecen de la virtud del contagio porque Valle Inclán, después de mostrarlos, los bastardea con la farsa. El público no es que deje de aplaudir porque rechace la blasfemia que hay implícita en eso, sino porque queda lamentablemente desorientado. Esto sucedía con las *comedias bárbaras* y los esperpentos en los que, además, la procacidad hería el pudor colectivo.

También habría gustado el teatro de Valle Inclán si el autor lo hubiera desarrollado en farsa bufonesca. En la farsa no se presenta lo real absoluto sino por el vacío de su inexistencia en la cual se hace patente el reverso de todas las virtudes y no se apela a magia alguna sino al don de destrucción que el hombre conserva desde su infancia y que en los adultos se manifiesta por la risa. La risa destructora. A pesar de negar toda realidad relativa, como la tragedia, la farsa no apela a lo absoluto. Se limita a presentar un juez ridículo, un reo grotesco, una novia

risible, una familia vil, un cura vicioso y escandaloso, la caricatura, en fin, de todo lo que nos rodea. Valle Inclán funde en una sola obra la farsa y la tragedia ignorando al mismo tiempo deliberadamente las leyes del teatro. Detrás de toda esa candente contradicción hay algo más que una broma, de cristobillas. Supongamos que Valle Inclán hace a Sileno las preguntas que según Luis Vives le hizo el rey Midas y que Sileno le contesta como contestó al rey. Valle Inclán probaría después, resignado o no, a vivir su muerte y la viviría de un modo u otro. Sería un clown más. Un payaso a lo divino, hasta religarse, como el anacoreta, con Dios, a fuerza de negar y castigar y vapulear a los hombres (en la carne ajena o en la propia).

Si la farsa y la tragedia se compensan y desnaturalizan recíprocamente en los esperpentos las obras que se acercan más a la condición del teatro como "La Marquesa Rosalinda" o "La Cabeza del Dragón" tienen también dificultades de estructura y de estilo que las hacen dudosamente viables. La mayor dificultad parte (ver mis artículos anteriores en los números 2 y 5 del año pasado de esta revista) de la manera de concebir el poeta su obra, de la ideación por masas de color. Con la excepción de las *Sonatas,* que tienen en su estilo modernista la naturaleza dinámica de las narraciones del período postromántico, el resto de la obra de Valle Inclán es de una inmovilidad, de una falta de resortes estimulantes, de una ausencia de llamadas a nuestra protesta o nuestra fe a nuestro entusiasmo o nuestra desesperación (a nuestra vida afectiva y moral) sorprendente. Lo sensual, lo intelectual y lo onírico son los planos que lo deciden todo de tal forma que para entrar Valle Inclán de lleno en el surrealismo lo único que le falta —y permítasenos esta broma ligera— es eliminar un matiz que le sobra. Le sobra congruencia y don suasorio. Lo sensual-onírico es en él verosímil y es esa verosimilitud lo que le niega el poder arguyente y dinámico del surrealismo. Pero esto no nos interesa. Entrar en una escuela o quedar fuera de ella es un hecho trivial en la naturaleza de la obra de un poeta como Valle Inclán.

Lo que queríamos decir es que esa inmovilidad, esa cualidad estática en casi toda la obra de Valle Inclán, nacida de la concepción por masas de color, es otra de las causas que le dan una engañosa plasticidad inhábil para la escena. Sólo las Sonatas —que no son teatro—, tienen en sus páginas la animación de los verbos activos en todos sus tiempos: pasado, presente,

futuro. Las viejas virtudes de la narración. El resto de la obra del poeta sin excluir sus novelas de la guerra carlista ni las del Ruedo Ibérico son todas descripción y los verbos más abundantes son en formas pasivas y reflexivas y siempre en presente: "Se oye", "se refleja", "se vierte", "se comba", "se está". La descripción tiene una tendencia estática y en Valle Inclán más, incluso, que en Gabriel Miró porque la obra de don Ramón es más objetiva mientras que en el novelista levantino tiene la animación de los movimientos del alma del autor.

Como decimos esa cualidad estática no mejora ni mucho menos la viabilidad teatral de Valle Inclán. Ya hemos visto que no se trata de tragedia ni de farsa. Ni de comedia ni de drama. El clown, da en sus esperpentos el salto mortal y cae de pie sin que la gente ría ni llore —si se matara tampoco lloraríamos porque su máscara, su traje, su función clownesca lo deshumanizan demasiado—. No es la obra sainete, comedia ni drama porque falta el malentendido como base de la estructura de esos tres géneros y faltan las dos realidades superpuestas —aparente y determinante— en los caracteres y en las formas del diálogo.

La tragedia no necesita de esas formas que al fin son sólo trucos (trucos de artista, la famosa técnica) porque no apela a nuestra conciencia psicológica sino a la religiosa y esos elementos son sustituídos por la fuerza rapsódica y lírica. Pero incluso las grandes tragedias se sirven de esos elementos a veces como valores auxiliares y por encima del teatro y sus normas la más conmovedora tragedia de la humanidad —la de Jesús en el Gólgota— no carece tampoco de circunstancias accesorias de sainete, comedia y drama. La espada de San Pedro cortando una oreja romana (yo siempre he imaginado que esa espada no era entera, sino sólo media) es sainete, las palabras de Jesús enviando un apóstol a Galilea, su tierra natal, a ver qué decía de él la gente, son comedia. También lo son las palabras que dirige a su madre: "Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?". El incidente más dramático —teatral— de la historia de nuestra cultura es aquel en el que Judas besa a Jesús para señalarlo a los soldados del césar. Este último incidente en el que lo aparente y lo determinante se muestran juntos, simultáneos y en toda su eficacia es el ejemplo más vivo que podríamos ofrecer. Jesús recibe el beso sin dejar de saber que se trata de una traición. Judas se lo da, vendiéndolo y sin dejar de amarle al mismo tiempo.

Todas esas corrientes secretas que el público cree percibir mejor que las perciben los mismos caracteres del drama son condiciones inexcusables en el teatro de veras teatral.

Volviendo al plano de la escena española de hoy los ejemplos más delicados de esas virtudes en el drama moderno los ofrece "La Casa de Bernarda Alba", de Lorca. En cuanto a la tragedia con valores meramente líricos y la apelación a lo absoluto en las pasiones humanas sin necesidad del auxilio de otros elementos, tal vez "Bodas de sangre" es la obra que se acerca más. Incidentalmente, con Alejandro Casona, García Lorca, Alberti —los tres deben algo importante a Valle Inclán— el teatro está ennobleciéndose ahora como comenzó a ennoblecerse la poesía española a principios de siglo con Valle Inclán, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Veremos, cuando llegue, lo que el futuro nos reserva.

SIMITRIO

Por *Tomás CORDOBA SANDOVAL*

El caballo baja por el camino, lentamente, paso a paso; mordisquea sin detenerse la yerba fresca de la mañana. Don Cipriano a cuestas del penco, repasa la lección, que tendrá que dar dentro de poco tiempo en la escuela del pueblo. Pegadas materialmente las narices en las páginas del libro, ayuda su dificultosa lectura a través de unos lentes gruesos como fondo de botella. De vez en cuando aparte el libro, y con la mano a guisa de visera, protege sus ojos cansados de los oblicuos rayos del sol, en un vano intento de otear el pueblo cercano.

—¿Cuánto faltará colorado?—Pregunta don Cipriano al caballo. Y como si en el relinchido del caballo encontrase respuesta:

—Sí, ya falta poco, Colorado.

Y el caballo, ajeno a otra meta que el pienso, suelto de riendas se dirige hacia donde su instinto sabe.

—Buenos días don Cipriano, —gritan unos campesinos.

—Buenos días tengan ustedes señores.

—Allá le mandé a mi chamaco, don Cipri; jálele las orejas y métale como pueda las lisiones.

—No tengas cuidado, que aunque son muy brutos les enseñaré lo necesario para que sean hombres útiles.

El penco relincha; entra ahora por una de las calles empedradas del pueblo y tuerce a derecha o izquierda, sin necesidad de que su amo lo guíe. Al fin para frente a un edificio viejo, que por la fachada parece un establo. Escuela Rural "Benito Juárez" se lee arriba de la puerta de entrada. Un grupo de muchachos juega en la calle, al tiempo que llegan jinete y cabalgadura.

—Ya llegó el ciego. Aquí está don Cipri.

Las voces agudas salen de un grupo de ellos. Y luego una, solícita.

—¿Le ayudo a bajar profe?

—Sí dame una manita muchacho. ¿Tú eres Perico, No?

—No profesor soy Jacobo. Mire aquí está su bastón.

El maestro baja del caballo y amarra la soga del cabestro a un poste. Tentaleando con el nudoso palo sube los escalones de la escuela y entra al único salón de clases. Era éste un galerón bastante espacioso; cubiertas sus paredes con mapas y uno que otro grabado de piezas anatómicas. Una veintena de paperas y bancos puestos en líneas simétricas, rematan en una esquina del salón frente a un alto entarimado. Arriba de éste, un viejo escritorio con su sillón y rodeando las paredes pizarrones, en que las letras se engarabitan sobre furtivos dibujos infantiles.

El maestro del brazo de Jacobo sube al entarimado y se acomoda al fin en su sillón.

—Buenos días profesor —corea una veintena de gargantas juveniles.

—Buenos días muchachos. Y luego de un garraspeo:

—A ver Perico, toma la libreta de asistencias y hazme el favor de pasar lista. Atención señores que van a pasar lista.

Perico, al lado del maestro, después de recibir de éste la libreta, empieza a leer en alta voz:

—Jacobo Martínez.

—Presentee.

—Elpidio Godínez.

—Presente.

—Tomás Hernández.

—Presentee.

—Simitrio Ramírez.

Nadie contesta.

—¡Simitrio!, repitió alzando la voz don Cipriano.

—Ha vuelto a faltar ese gandul. En cuanto llegue me hacen favor de avisarme. Este diablo de muchacho le voy a retorcer el. . .

—Bien, sigue adelante, Perico.

El alumno continúa pasando lista y como un eco de los nombres se agota la modalidad sonora de la palabra presente.

Al fin, don Cipriano empezó la lección, no llevaría media hora de sus explicaciones, cuando una bolita de papel le dió en la mitad de la cara.

—¿Quién fué malditos?, aulló.

Dos y tres voces respondieron unísonas: ¡Simitrio!

—Ven acá bandido, no te conformas con llegar tarde, sino que tienes que hacer tus diabluras de siempre; pero me las vas a pagar.

El salón de clase se puebla de voces y agitación:

—Te toca a ti.

—Yo ya fuí dos veces, ahora le toca a Jacobo. Andale Jacobo, que si no te va a ir peor.

Jacobo se levanta y va donde el profesor y con voz apagada le dice:

—Aquí estoy maestro.

Tomándolo de las orejas se las retuerce y tirando de la izquierda lo lleva a un rincón y le grita:

—Sinvergüenza, ¿cuándo vas a escarmentar? Te vas a quedar ahí parado hasta el día del juicio, y como te muevas te mato. Además escribirás cien veces después de clase, "Yo soy un bandido", ¿me entiendes?

Risas mal reprimidas y comentarios en voz baja se escuchan por todo el salón.

—Ahora a callar y que esto les sirva a ustedes también de advertencia, bastante tengo con este holgazán de Simitrio para que ahora sigan ustedes.

La clase prosiguió sin más contratiempos. El reloj de la plaza dejó oír sus vibrantes y sonoras campanadas.

—Ya son las doce maestro, ya es hora.

Don Cipriano metió la mano a su raído chaleco sacando un enorme reloj, se lo llevó al oído primero, luego se lo pegó a los ojos. Confirmada la hora, le dió cuerda pausadamente dejándolo después sobre la mesa, saca un pañuelo, que en otros tiempos debió de ser blanco, y quitándose los gruesos anteojos empieza a limpiarlos cuidadosamente.

—Ya pueden retirarse. Estudien para mañana Geografía, que va a llegar el fin de año con los exámenes, y están hechos unos asnos. Tú, Simitrio, vete a tu papelera y empieza tu castigo.

Un ruido de sillas y una algarabía infernal se armó en el salón, precediendo la salida de aquel tropel de muchachos.

El profesor se caló de nuevo las gafas, tomó su bastón y se dirigió al castigado, quien contra la pared, aparece cabizbajo y silencioso.

—Me voy a comer a casa de doña Sofía; a mi regreso debes haber acabado tus cien renglones Simitrio, espero que al fin serás un buen muchacho. Hasta luego.

—Hasta luego don Cipriano —mascullό Jacobo.

Tan pronto salió el maestro un grupo de muchachos irrumpe en el recinto y rodea a Jacobo.

—¡Bravo Jacobo!, estuviste perfecto en tu papel de Simitrio.

—Yo creo que eres el mejor Simitrio que tenemos.

Pero antes de seguir, agrega un jovenzuelo en quien tamaño, empaque y tono hacen presumir al líder incipiente. —Debemos pensar qué vamos a hacer el día del examen. Ya está próximo, y según he oído vendrá de jurado el Presidente Municipal y la señorita Enriqueta, la profesora de piano, y en esas condiciones no se qué vamos a hacer; ni modo de seguir con el teatrito.

—Realmente es un problema —contestó otro rapazuelo, en quien la viruela marca un vivaz rostro de trece años—, pero mientras tanto tenemos que seguir la vacilada, la semana que entra le tocará al "Flaco" hacerla de Simitrio.

—Pero es que está muy flaco, y a lo mejor. . .

—No lo notará, en último caso, le dirá que no ha comido en ocho días.

Un coro de carcajadas ahoga las últimas sílabas.

—Bueno Jacobo, vamos a ayudarte a terminar el trabajito que te dejó el viejo. Nos echaremos diez renglones cada uno y al pelo. ¿No?

En menos de diez minutos están reunidos los cien renglones, alternando "yo soy un bandido" con "el profesor es un zorrillo".

Al cabo el buen de don Cipri no leería las planas.

Una hora después se oyeron los torpes pasos del maestro mezclados con el bastón en busca de los escalones.

—¡Ah! qué buen mole se sirvió doña Sofi, —exclamó el maestro, frotándose la barriga, al tiempo que muerde un palillo.

—¿Ya acabaste, muchacho de los mil demonios?

—Sí maestro, aquí está. —Y al entregarle las cuartillas inquiere con voz humilde:

—¿Me puedo ir a comer don Cipri?

—Espera, espera, déjame ver qué has hecho, a ver si ya te mejoró la letra, que más que letras parecen moscas apachurradas. Y fijándose los anteojos lee en voz alta: "yo soy un bandido", uno, dos, tres. . .

—Bien, puedes retirarte. Mañana muy tempranito ¿eh? pues si vuelves a llegar tarde tendrás que hacerme mil renglones. Vete con Dios, Simitrio.

Jacobo sin esperar más, salió corriendo.

Don Cipriano se acomoda lo mejor que puede en su sillón, no sin antes guardar las imprescindibles gafas en su estuche. Desabrocha el chaleco, cruza las manos sobre el abultado vientre y se pone a dormitar la pesada hora de la siesta.

SIMITRIO, Simitrio, patas de moscas que ensucian el blanco.

Blanco sin letras de patas de Simitrio y las moscas despanzurradas en renglones y más renglones con hilos negros babeando castigo. Señor Cipriano Echeverría, Echeverría. Simitrio, Simitrio. Señor Cipriano Echeverría ¿no es usted el profesor Cipriano Echeverría? Qué blanco uniforme, el blanco uniforme que pregunta ¿no es usted el señor Cipriano Echeverría. ¿No es usted? . . .

El doctor Simitrio no espera, el Dr. Simitrio es el más famoso; pase usted a verlo. Y ahí, alto, gordo, flaco, chaparro, Simitrio, es Jacobo, si es Elpidio, si es Simitrio. Y dentro de sus batas se encoge se estira. Se hace flaco, se vuelve gordo. Es Simitrio. Es el doctor Simitrio y su voz suena a coro silabeado de salón de clases:

—Es-tas, go-tas y es-tos len-tes y verá bien, bien, bien. Bien, bien que veo. Ahora si miro el detalle. El caserío del pueblo cómo se hunde en su verde fondo y las letras, las letras alzadas una tras otra como salen de entre las patas de las moscas, apachurradas, nauseabundas. Gracias doctor, Simitrio. Y como su cara ahora que veo se borra.

—Niños, niños, no tiren bolas, me pueden pegar en los ojos y ¿dónde está Simitrio que nunca viene?, niños, niños.

—DON Cipriano, ya son las tres, ya durmió usted mucho, se le va a hacer tarde. —Y el conserje de la escuela casi le sacudía al decirlo.

—¿Eh?, si demonios, qué dormida me dí sin darme cuenta. Tengo que regresar a casa, pues me esperan las clases particulares allá y estoy a varias leguas de camino. ¿Ya comió mi caballo José?

—Sí señor, ya está listo y nervioso por regresar.

—Ayúdame entonces; alcánzame mi bastón y vámonos.

—Con todo gusto, don Cipri.

Don Cipriano monta y el caballo impaciente emprende el regreso; toma las mismas calles y el mismo camino con la seguridad del que conoce bien lo que está haciendo.

Sin embargo el maestro lo anima con palabras:

—¡Arre Colorado, arre!

La voz y la silueta de don Cipriano se pierden en la cuesta de la loma que rodea al pueblo.

—¿Qué hora es cuate?

—No sé, pero creo que son las siete.

Un grupo de muchachos charla alrededor de una hoguera de periódicos tratando de defenderse del intenso frío de las mañanas otoñales. El sol aún muy bajo, no alcanzaba con sus rayos la estrecha callejuela de la escuela.

—Ahí viene Elpidio, al fin vamos a saber qué han decidido.

—Buenos días, camaradas, dice Elpidio, con voz importante.

—Buenos días, responden a coro los demás.

—¿Ya llegaron todos?

—No, aún faltan tres.

—Bueno, de todos modos debemos apresurarnos antes que llegue don Cipriano, ya no debe tardar.

—Yo creo que esta será la última semana de vaciladas pues los exámenes serán el mes que entra y no debemos infundir sospechas. Si nos caen, estamos perdidos, pues la venganza del ciego sería terrible, lo menos que hará será reprobarnos a todos, y quizá hasta expulse a varios de nosotros.

—Está bien Elpidio —interrumpe uno—, ¿pero qué vamos a hacer con Simitrio?

—La semana que entra les informaremos, pues ya tenemos un plan que de seguro dará resultado. Por lo pronto seguirá el relajo. Hoy, mañana y pasado le toca al "Cácaro" hacerla de maje.

—No hermano, yo no sirvo para eso —replica un jovencito como de doce años, enteco y caído de hombros, con una actitud tímida y escurridiza—. De seguro me va a cascar el viejo; además, cada vez está más enojado y si al flaco le pegó con la regla y el bastón, a mí me va a zurrar con tubo hermanos, no, de plano yo no sirvo para eso y además. . .

—Tú te callas y no te rajas. Nadie se ha rajado hasta ahora, no vas a ser tú el primero, así es que tú serás Simitrio hoy, y mucho cuidadito con rajarte, pues ya sabes la pamba que se te espera, aparte de que no se te soplará a la hora del examen, si te echas pa'trás.

—Allá viene don Cipriano ¡abusados!

En el fondo de la calle acababa de dar vuelta el maestro, jinete en el que paso a paso, resoplando, se detiene como de costumbre, al pie de los escalones de la escuela.

—¡Caramba ya llegamos, hoy se me hizo más corto el tiempo; yo creo Colorado, que hoy cortaste camino, ¿o no mi noble amigo? —Y un resoplido más fuerte que los anteriores parece la respuesta del penco.

—Profe, yo le ayudo ahora.

—Mejor yo.

—Yo maestro.

—Muchas gracias amigos, pero mejor, ¿a ver Simitrio? ¿Ya llegó ese holgazán?

Elpidio empuja al "Cácaro" que rojo y tambaleándose no se resiste.

—Si maestro, ya llegué, ahorita le ayudo.

—¡Ahora tú, ánimo "Cácaro"!

El "Cácaro" muerto de susto se acerca al corcel que no deja de resoplar, arrojando columnas de vapor por las narices, y le da la mano a don Cipriano.

—¿Ves Simitrio, como cuando quieres eres un buen muchacho? —Se apoya en el hombro del "Cácaro" que estaba más muerto que vivo.

—Pero, ¡qué flaco estás Simitrio! de la semana pasada ahora. ¿Qué te pasa? ¿Qué no te dan de comer en tu casa? ¿También allá haces diabluras?

—Sí maestro —alcanza a murmurar el aturdido alumno.

—A ver, dame mi bastón que es para mí como otro par de lentes. Estos malditos ojos cada vez están peor, no se cómo los médicos no inventan algo para los miopes —y volviéndose hacia su acompañante, le dice con malicia: —Simitrio, yo quiero que tú seas médico, me late que vas a ser un gran médico y especialista en ojos, ¿eh muchacho?

—Sí maestro —y tu voz se apaga con fríos de angustia.

—¿Pero qué te pasa? ¿estás enfermo? Mira como tiemblas.

—Sí maestro, exhala el infeliz.

—Bueno; mejor. Así te portarás más decente hoy. De vez en cuando está bien un empachito de ciruelas o cacahuates para estos diablos.

El miedo se expande. Nadie ríe ahora. Elpidio, en voz muy queda, va con Perico.

—¡Jijo!, no va a aguantar el pobre y se nos va a caer el pastel.

—Yo también estoy preocupado. Y luego aquello, mano. Yo creo que será mejor quitarla.

—Sí, corre —y la urgencia resuena en la voz de Elpidio.

Perico salió corriendo rumbo al salón tratando de llegar al escritorio de don Cipriano, pero el maestro, ayudado por su guía, está ya junto al sillón.

—Gracias Simitrio, vete a sentar, y ustedes tomen asiento también. Hoy sí tenemos que trabajar muy duro en aritmética, que es en lo que peor están.

Don Cipriano acerca el sillón, dejándose caer cansado y. . .

—Malditos, asesinos, canallas. ¿Quién fué ese cobarde?

Nadie, nadie ríe. Se han roto los hilos de la risa en los rostros pálidos y asustados. Sólo el "Cácaro" es presa de una risa nerviosa, incontenible, ni el pañuelo en la boca ni la papelera consiguen ocultar su risa, que ya bordea en la frontera del llanto.

—¿Quién fué maditos? Esta vez voy a hacer un escarmiento.

—¿Fuiste tú Simitrio?, siquiera sé hombre y confiesa.

El "Cácaro", al oír el nombre de Simitrio, se le va la risa y queda pasmado en su asiento.

—¿Fuiste tú bandido? ¿Tú pusiste esto? —Dice el profesor y agita una enorme tachuela ante los alumnos.

—Tienes instintos de asesino. Y ustedes ¿por qué no responden? Son unos cobardes cómplices de ese canalla.

—¿Quién fué? —Y luego de un silencio en que recupera la voz extinguida por el furor y la ronquera—. Les doy un minuto y si no se entrega el autor, me marcho para siempre de esta apestosa escuela. —Saca su reloj, lo acerca a sus narices y lo deja sobre la mesa.

—Un minuto, no más uno.

—El "Cácaro" se vuelve con mirada suplicante hacia Elpidio. Todos evitan la mirada del falso Simitrio, mudos sin moverse siquiera. La alegría y el bullicio han dejado su lugar a la expectante inquietud.

—¿Qué hacemos Elpidio? —dice al oído de éste alguien— piensa algo pronto.

Parecen oírse como una tensa pulsación general los avances de los segundos y de pronto la voz del maestro:

—Ocho, siete, seis, cinco —empequeñece la inminencia.

—Profe —dice Elpidio adelantándose— fuimos Simitrio y yo los que pusimos esa tachuela en el sillón.

El "Cácaro", como si hubiera oído su sentencia de muerte, pálido, con los ojos dilatados por el miedo, se levanta y avanza poniéndose al lado de Elpidio, como si buscara un poco de alivio en su cercanía.

—De ti, querido Elpidio, no esperaba esto —empieza a decir don Cipriano, con voz más calmada —pero de ese granuja de Simitrio, lo espero todo, hasta el asesinato. No me extrañaría nada de él. Nada. Hasta que su nombre apareciera en los periódicos como el de un delincuente. Estoy seguro que fué idea de él. Y además cobarde. Ni siquiera tiene el valor de confesar. Necesitó la denuncia, como sucede con los criminales. Mira Elpidio, te voy a dar una lección. Vete a tu lugar, estás perdonado. Sigue por el buen camino y no te juntes con los de la calaña. . .

Respira profundo, sofocada ya por la contención y estalla:

—¡Sal de clase y espérame afuera, ya te explicaré después! ¡Fuera cobarde, sal de aquí!

El "Cácaro" aturdido actúa como autómata, sale de clase mudo y pálido.

—Ahora olvidemos lo ocurrido y ganemos el tiempo perdido, —dice don Cipriano ya completamente sereno—. Pasa al pizarrón, Elpidio, y haz esta división. En voz alta, que te oiga todo el mundo, que sepan que eres digno de mi perdón.

Nunca fueron más aplicados y estuvieron más atentos los alumnos de don Cipriano. Un solo propósito se condensó en estas palabras: —Corran la voz. Después de clase, a las tres nos juntaremos para algo muy importante. No falten muchachos.

Al terminar la lección don Cipriano mandó llamar a Simitrio. Nadie sabía dónde estaba; todos dicen que desapareció ya.

—Seguramente, profe, se fué a su casa.

—¿A dónde vive ese cochino?

—Muy lejos maestro. Al otro lado del río; cerca de San Juan.

—Lo trae el carro de la leche todos los días profe, y en él se va a las cuatro de la tarde. Hoy seguramente se fué a pie, le ha de ver dado miedo.

—Claro, huye como un cobarde. Déjalo, mañana pienso escribirle a su familia.

—Pero si no vive más que con una tía, no tiene papá ni mamá —y hay precipitación en quien contesta.

—Pobre muchacho, después de todo eso explica algo. El calor de los padres es necesario, ya veremos qué se hace...

Y luego Elpidio, adelgazada la voz, en ánimo de contrición:

—Maestro, le suplico me perdone, le doy mi palabra que no lo vuelvo hacer, estoy muy apenado con usted. Créamelo don Cipriano, es usted muy bueno y...

—Anda, anda. Ya estás perdonado, me molestan estas escenas, no soy sentimental. Vete a jugar y estudia para que saques buena calificación en los exáme... —Y la palabra se rompe al filo de un sollozo.

Son las ocho y media de la mañana y don Cipriano no aparece. Con gran nerviosidad lo aguardan sus alumnos.

—¿Qué le habrá pasado? —pregunta alguien impaciente.

—A lo mejor ya no viene.

—No, estoy seguro que algo...

Hasta que de pronto todos se unen en el grito:

—Ahí viene, ya llegó. Y al aparecer el maestro:

—¿Qué le pasó profe?

—Perdónenme muchachos, se me hizo tarde, mi reloj se atrasó. Es la primera vez, desde hace veinte años, que le pasa esto a mi omega. En fin, anda ya como yo. ¡Ay muchachos!, qué triste es llegar a viejo. Hasta los relojes envejecen. Perdonen.

—No faltaba más don Cipriano; a ver, lo ayudamos entre todos, —diciendo esto lo cargan en vilo cinco o seis de los más fuertes.

—Por Dios muchachos me van a tirar, ya, ya está bien, no tienen idea cómo se los agradezco.

En esta forma, lo llevan hasta su escritorio. Ahí compone sus revueltas ropas y toma otra vez la actitud del profesor.

—Bueno, jovencitos, a trabajar, que hemos perdido media hora. A sus lugares.

Elpidio hace una señal y dice, en voz baja a los demás:

—Silencio, cállense todos, voy a hablar.

Se dirige al maestro, que un poco intrigado por esa actitud le pregunta: .

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué se traen?

—Nada maestro, es que venimos, a. . . no sé cómo empezar.

—Anda muchacho, dí lo que te ocurre, ¿qué pasa?

—Elpidio saca un papel de su bolsa y garraspeando varias veces, empieza a leer en voz un poco afectada.

"Estimado don Cipriano:

"Con toda la pena de mi alma, me sirvo informarle a vues-"tra merced, que mi sobrino Simitrio Ramírez murió ahogado "en el río el día de ayer. Suplico a usted que lo perdone por "todas las travesuras que le hizo, de las cuales ya tenía noticia, "al mismo tiempo también le informe a sus compañeros, y le "ruego alcemos nuestras oraciones al Señor para que le perdone "sus pecados.

"Atentamente,

Juana del Villar".

Don Cipriano se desploma en su sillón; oculta la cara entre las sarmentosas manos. El silencio impera en el salón. Don Cipriano saca el pañuelo y enjuga, con desconsuelo, las lágrimas que desbordan sus abultados párpados. Toma de las manos del niño la carta y la lee con la dificultad acentuada por la nube del llanto reprimido. La guarda, lentificado, torpe ante la pesadumbre.

Nadie osa romper el silencio, mientras don Cipriano entrega la lista a Elpidio. Este, confundido, la abre y empieza a leer:

—Jacobo Martínez.

—Presente.

—Tomás Hernández.

—Presente.

—Jacobo Juárez.

—Presente.

—Simitrio Ramírez.

Un invisible hilo detiene la lista.

—Pónganse de pie amigos míos, dice el profesor. Guardemos dos minutos de silencio por al muerte de nuestro muy querido Simitrio Ramírez y que Dios lo tenga en su seno.

El silencio abre su vertiginosa boca. Niños y profesor al borde de las hondas fauces, quedan suspendidos en el inmenso bostezo abierto entre dos minutos. Al fin, el silencio implacable se los traga en un solo bocado de convivencia humana, apretada, uno, coral, como las sumas y las restas del mediodía escolar.

LOS PEQUEÑOS MISERABLES

HIJO DE LADRÓN[1] es una obra de picaresca, cuyos antecedentes hay que buscar directamente en la picaresca española, en el realismo contemporáneo y en la tradición individualista de la novela iberoamericana inmediatamente anterior a las formas de las últimas dos décadas.

Ocurre pensar que sus personajes no son arrojados de la sociedad sino que se sitúan deliberadamente a contrapelo, porque pertenecen a las tribus que prefirieron los ganados a las hortalizas y el mar "a las banquetas del artesanado, y cuyos individuos se resisten aún, con variada fortuna, a la jornada de ocho horas, a la racionalización del trabajo y los reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios —sencillos unos, complicados o peligrosos los otros— que les permiten conservar la costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, peregrinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos. . ."

Contra esos seres del mundo abisal no hay crítica posible ni aplicación de normas morales; simplemente existen y estamos supuestos a verlos como a personas que despiertan nuestra simpatía y a veces hasta nuestra secreta complicidad (¿quién recuerda con severidad los pícaros de *Guzmán de Alfarache* o de la *Celestina* o del *Buscón?*). Porque como lo dice un representante de la ley en la novela de Rojas, ". . .pensó o sospechó que un ladrón era también un hombre. . . con los mismos órganos y las mismas necesidades de todos los hombres, con casa, con mujer, con hijos". Cuando Javert descubre que Jean Valjean es un santo, se suicida; cuando el policía de la picaresca descubre que el ladrón es un hombre, se vuelve ladrón. Esa es la diferencia entre el tratamiento romántico y el de la picaresca. Los pícaros hacen pensar en la injusticia —cometida o probable, eso es lo de menos cuando se cree *culturalmente* en las cosas y hasta en sus implicaciones de milagro—, y el lector de ascendencia hispánica nunca está con quien la ejerce sino con quien la sufre, aunque sea por esas vías casi arábigas de la fatalidad —de aquí que nuestra épica sea pobre y que en último

---

1 MANUEL ROJAS, *Hijo de ladrón*, novela; 328 pp., Ed. Nascimiento. 2a. edición, 1951.

extremo se ocupe de hombres-héroes y no de mitos como los cornúpetos norteños—. E inmediatamente buscamos razones a nuestra disculpa, aunque no sea más que porque "el hombre parece no tener ya carácter humano; es un ente que posee o no un certificado y eso porque algunos individuos, aprovechando la bondad o la indiferencia de la mayoría, se han apoderado de la tierra, del mar, del cielo, de los caminos... y exigen certificados para usar de todo aquello...". Uno de los pocos "observadores" que aparecen en *Hijo de ladrón* dice de la gente del hampa: "No podía reprocharles nada, pues no tenían la culpa de ser lo que eran; pero les temía, como un animal criado en domesticidad teme a otro que ha sido criado en estado salvaje".

El enfoque existencial se advierte en muchos párrafos de la novela, especialmente los que corresponden a momentos en que los protagonistas no comprenden nada y tan sólo captan, por todos los sentidos, los estímulos de un ambiente cruel y hasta absurdo. El vagar del hijo del ladrón por el sótano a oscuras, topando al acaso con otros seres igualmente perdidos en la negrura, recuerda *The enormous room,* de Cummings; y muchos otros razonamientos absurdos y producidos por lo absurdo, la técnica "apartista" de Miller, quien se regodea en lo amargo y en lo brutal como si su carácter irrazonable lo revistiera de una belleza que es indispensable transmitir, contar. Sólo que en este caso, el naturalismo minucioso —que no abunda en la obra— tiene una intención rítmica, una exactitud periodística que es uno de los sellos de la prosa de Rojas. Porque su libro no "trata" de ideas sino de acción, de apreciaciones sensoriales, de seres que vagan y medran sin fin, como el asesino de *El extranjero* de Camus.

Es tan fácil calificar una novela moderna de existencialista, como difícil aseverar que no lo es. Lo mismo debe haber ocurrido en la época romántica y en todos esos períodos históricos en que el individuo no se resigna a difumarse en el grupo, ni a fungir exclusivamente como encarnación o como ejecutor de la idea, del "monstruo" social en todas sus asediantes fórmulas. Sin embargo, quizá la clave esté en que los personajes de *Hijo de ladrón* no se resignan a su suerte; antes bien: se recrean en la pequeña filosofía de los humildes, en los satisfactores de desecho. Dice uno de sus "miserables": "Me daba cuenta, sí, de que no era fácil, salvo algún accidente, morir, y que bastaba un pequeño esfuerzo, comer algo, abrigarse algo, respirar algo, para seguir viviendo algo. ¿Y quién no lo podía hacer?" "¡Toda la vida del hombre gira alrededor de lo caliente!", dice otro de los desheredados. "El hombre teme lo frío: la comida fría, la mujer fría, las ropas frías, la lluvia fría, el viento frío". Pero la tónica más asidua es la sensualidad frente

a las cosas humildes y asequibles, y sobre todo la fraternidad entre los desgraciados —porque "las personalidades son tristes"— y la comprensión por sobre flaquezas y peligros. Porque el libro es un hermoso documento de comprensión humana; tal parece que por inventario trajese a cuento a todos los que sufren por las diversas monstruosidades de nuestro tiempo; incluso a los indios, a los que Rojas se refiere en un breve párrafo: "Hay gente que los odia, sí... Pero los odia por eso, porque no se entregan, porque no les sirven. Debo decirte que yo los admiro porque no los necesito: no necesito que trabajen para mí... que me obedezcan".

Manuel Rojas es un narrador de primerísima calidad. Un gran "cuentero", como los vagabundos, como todos los que prefieren "los ganados y el mar a las hortalizas y a las bancas del artesanado". Y como los vagabundos, también, refiere de prisa lo esencial, lo personalísimo de una rica experiencia. "Un vagabundo con lentes resulta tan raro como uno con paraguas"; otro se sentía tan cansado "como después de baldear solo la cubierta de un acorazado"; "lloraban, las manos en las bocas, inclinado el cuerpo, como si algo les doliera en las entrañas". Después de imaginar que la voz de una mujer sería "aterciopelada", "resultó ronca, desagradable, ácida voz de mujer acostumbrada a decir y a gritar palabras duras o groseras; yegua, por ejemplo, si se dirigía a una mujer, o cabrón tal por cual si el beneficiado era un hombre"; para describir a un grupo de jóvenes y esbeltos homosexuales que encuentra en la cárcel, recata la pincelada y dice que "sus miradas eran las más desnudas"; al toparse con otro vagabundo, "su mirada me traspasó como un estoque: mirada de gaviota salteadora, lanzada desde la superficie del ojo, no desde el cerebro...". En los escasos párrafos que acentuando el veraz realismo de su estilo tienen una naturaleza escatológica, hay siempre un toque poético un sorprendente interés humano, como ese pasaje donde el tuberculoso retiene su esputo para no asustarse y para no molestar a sus compañeros dormidos. En todas sus descripciones hay esa misma poesía fácil, que rebrilla como factor de asombro a lo largo de sus páginas tersas, de una sencillez poco usual en quien como Rojas tiene un concepto lírico en todo lo que existe. Las cosas se le antojan morada de algo casi antropomórfico —barrunto de animismo muy americano—; hablando de las vísceras humanas, por ejemplo, dice que "el dolor parece convertirlas en algo extraño y hostil, independiente de nosotros y dotado de una propia y soberbia personalidad". Y con dejo modernista: "Panamá, Guayaquil, Callao, La Guayra, Arequipa, Honolulú: preciosos nombres, como de árboles o como de mujeres morenas".

Hijo de ladrón está lleno de mar. El protagonista central, muerta su madre, diseminados sus hermanos y preso "El Gallego" —su padre—, abandona Buenos Aires y remontando la cordillera, llega a Chile, que es mar. Habla de los barcos y de las playas como si hubiese navegado con Simbad. Y hasta medra —junto con dos compañeros— con los residuos metálicos que las olas arrojan a las playas más tristes de Valparaíso.

La propiedad con que se refiere a las cosas del mar no es exclusiva: por su conocimiento de los oficios, de los términos propios de cada disciplina y de cada objeto, recuerda la especialización múltiple de Huxley. Su estilo varía inesperadamente, y ésta es una de las más señaladas características de la novela; es adecuado a la lentitud, a la presurosa y anónima carrera de los trenes, al misterio de los barcos, al trato entre criminales, a los recuerdos, a la reflexión, al dinamismo de los momentos donde vibra la acción. Y cuando falta subrayar, da el aval de autenticidad de quien *conoce* algo y recurre al diálogo, un diálogo casi de teatro, por su enjundia y por su verismo.

Es inútil hablar de trama, de planteamiento o de soluciones en esta novela; ni siquiera su estilo es impecable. Da la sensación de desparramarse sobre una dilatada geografía, de prolongarse a través de varios tiempos, y de fijarse donde interesa, como si ahí comenzara o fuera de acabarse todo. Esta ubicuidad y especialmente esta profundidad para situar al hombre le confieren su más genuino carácter universal, y la atmósfera de perpetuo viaje, de un como goce hurtado de las pequeñeces armoniosas, de molicie oriental y demoledora de itinerarios, presente en los libros de Panait Istrati.

De Manuel Rojas no hay que temer que no siga escribiendo; sabe, ve y adivina demasiado. La reciedumbre de su prosa no es una casualidad. Todo lo que haga tendrá originalidad, aunque lo pergeñe al desgaire. Su entrada por la puerta grande en la novelística americana estimula, reconforta y justifica que los críticos chilenos al unísono tracen alrededor de su nombre el círculo de los grandes escritores.

Mario MONTEFORTE TOLEDO.

S U M A R I O

Printed in Mexico.